

Ciencia y Acción

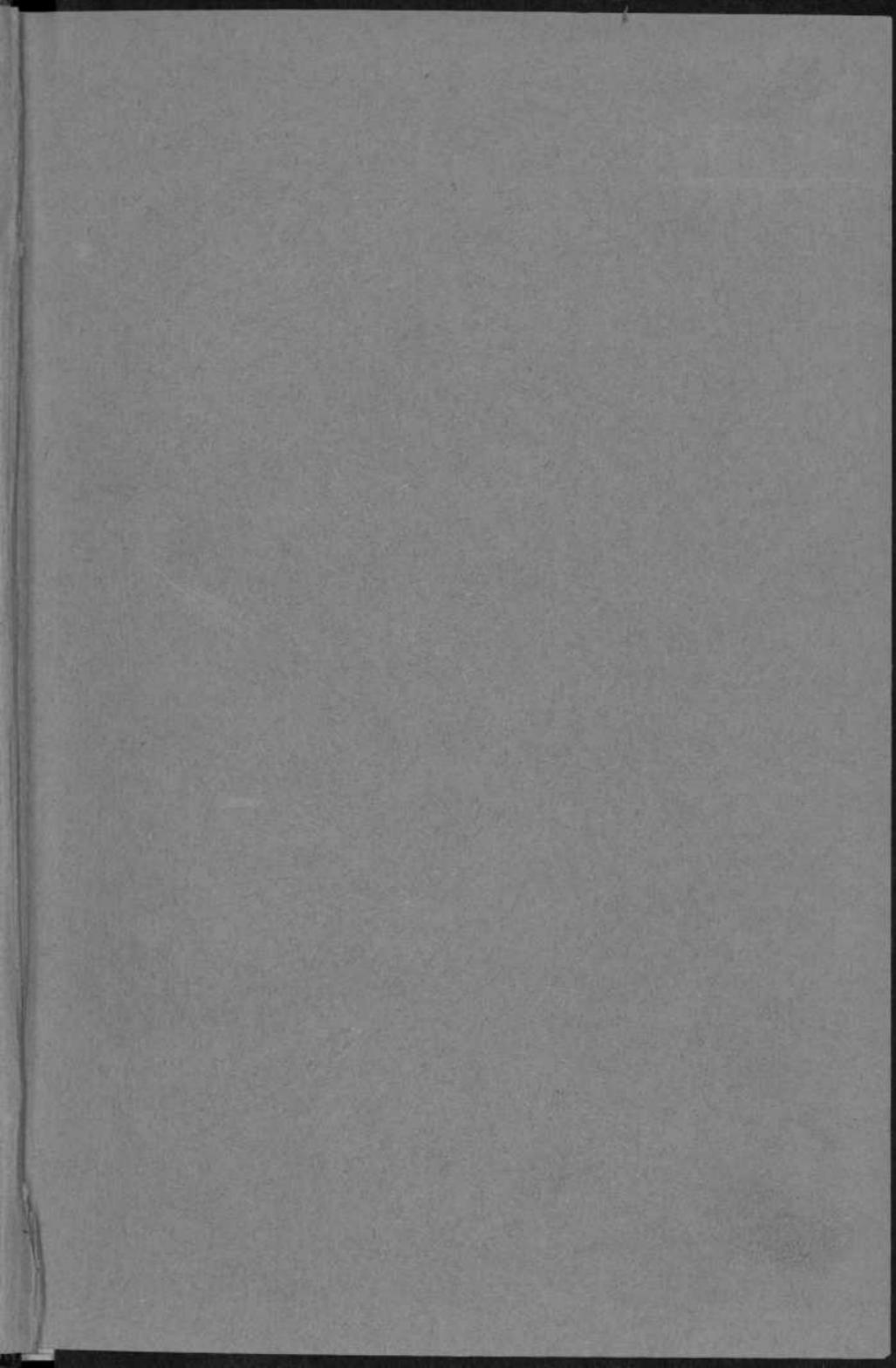
P. A. Pavissich S. J.

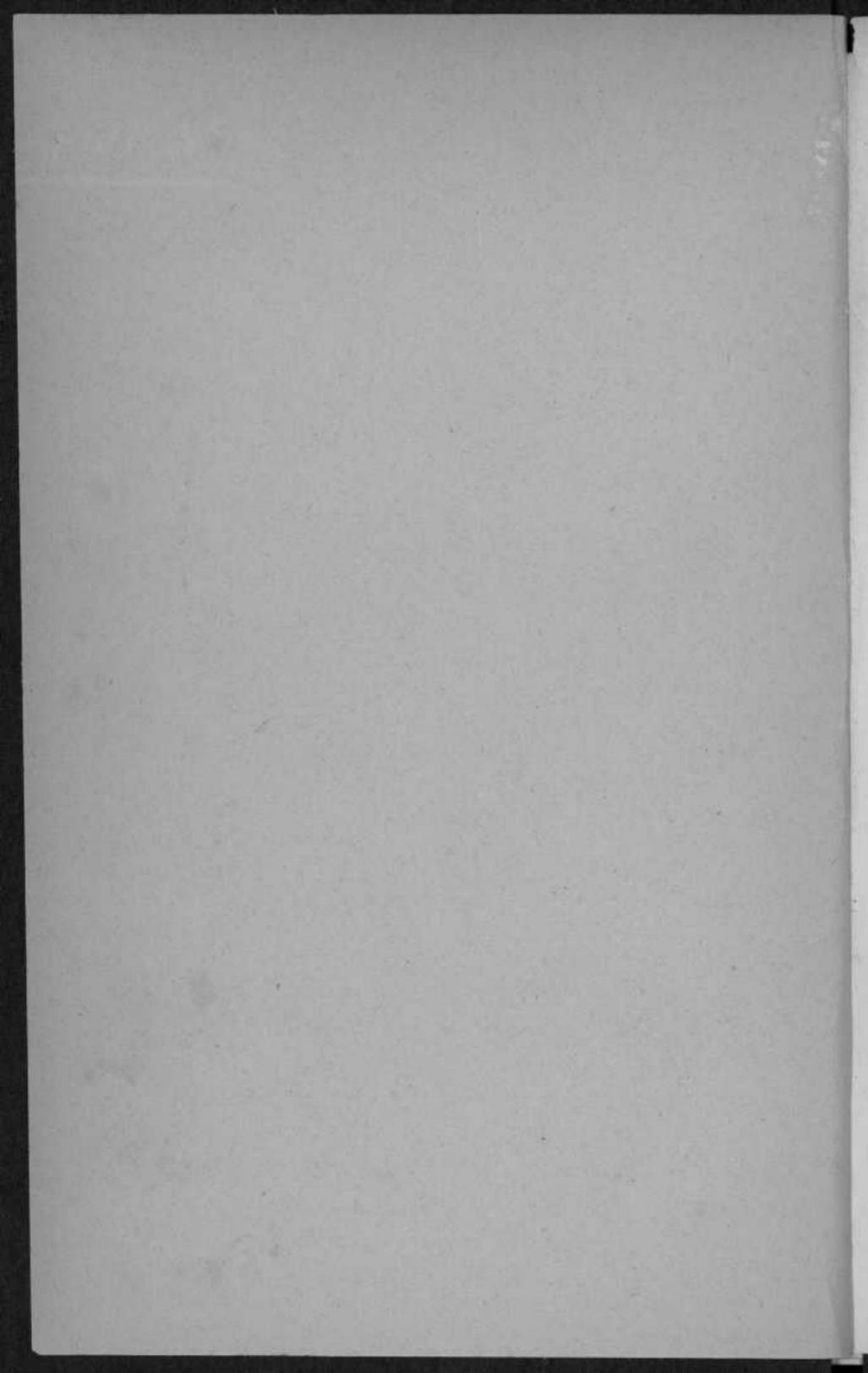
Mujer antigua y moderna

S. Calleja, Madrid

793

6064







Ciencia y Acción

—• ESTUDIOS SOCIALES •—

72

215

MUJER ANTIGUA
Y
MUJER MODERNA

(Escenas de mañana)

POR EL

P. A. PAVISSICH

De la Compañía de Jesús

~~~~~  
VERSIÓN CASTELLANA

DE

FELIX GONZÁLEZ LLANA

Con censura eclesiástica



|             |
|-------------|
| B.P. BURGOS |
| N.R.        |
| N.T. 95048  |
| C.B.        |
| 23793       |
| -----       |
| -----       |



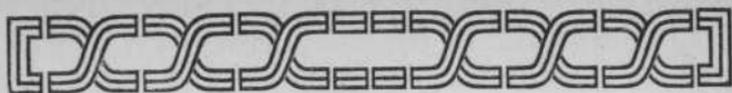
MADRID

~~~~~  
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

Calle de Valencia, núm. 28

Casa editorial fundada en el año 1876

~~~~~  
Esta obra es propiedad; la presente edición se publica debidamente autorizada.  
~~~~~



El colega con faldas.

HABÍA llegado á una posición envidiable, y, sin embargo, se consideraba infeliz.

El ingenio despierto, pronto, penetrante; el trato noble, espiritual, simpático; la índole, la conversación, el acento de la voz, la expresión del rostro, el ademán, la agudeza en el razonar, la gracia en el saludo: todo contribuía á hacerla agradable, á proporcionarle la estimación, el favor, la benevolencia de todos.

Pero lo que principalmente aumentaba sus atractivos, añadiendo un esplendor, casi un efluvio de singular amabilidad á sus encantos, era la disposición habitual de su instinto pudoroso y la reserva virginal con que la señorita Ida Piumetti sabía mezclar de modo admirable la desenvoltura, la alegría y la elegancia con un continente modesto y lleno de dignidad, que prevenía los peligros y mantenía á raya á los provocadores y á los aventureros.

Hija única de un modesto empleado del Gobierno, había perdido á su padre en la más tierna edad, permaneciendo sola en el mundo y sin más amparo que el de su madre, la cual se había

impuesto sacrificios indecibles para atender á las angustias domésticas y para educarla según las conveniencias de la familia.

Llegada á la edad de la reflexión, la pobre Ida no tardó en comprender las dificultades de su estado, dificultades por las cuales se veía obligada á crearse una manera de vivir que le permitiera atender á sus propias necesidades y á las de su madre. Venció, por consiguiente, toda repugnancia y se resignó á realizar los estudios precisos para ingresar en Telégrafos. Hizo unas oposiciones brillantísimas, y entre un centenar de competidores fué la preferida para ocupar un puesto en las Oficinas centrales de Correos y Telégrafos.

Aquel día, que para otros hubiera sido de satisfacción y de contento, el día que tomó posesión de un empleo ganado por sus propios méritos, fué para Ida un día de tristeza y de angustia, porque, debiendo desempeñar su destino en compañía de otros telegrafistas, del sexo masculino en su totalidad, la pobre joven comprendía cuán penosa y difícil había de resultar su posición; y no porque temiese afrontar los peligros, á cuyo encuentro caminaba y contra los cuales se sentía defendida por la dignidad y la firmeza de su carácter, sino porque la afligía el presentimiento, casi la certeza de que encontrándose en medio de tantos hombres, aun cuando fueran bien educados y corteses, por lo mismo que eran más diestros en el oficio no verían en ella más que *un empleado*, y quizás un rival en la llamada «lucha por la vida.» Presumía, pues, con su natural perspicacia que no sólo le serían negados los miramientos debidos á la debilidad y timidez del sexo, que el hombre bien educado dispensa siempre á la mujer casera que se conforma con agradarle, sino que sus colegas de profesión, tratando con ella como se trataban entre sí y molestados por no encontrar correspondencia en la libertad del lenguaje, vedada á ella por el propio decoro, de seguro abusarían de su debilidad, para mortificarla, humillarla y hacerle más amarga, por lo tanto, su condición.

Los hechos probaron á Ida con exceso que no se había engañado en sus presentimientos.

En la sala donde nuestra heroína debía prestar su servicio el tono y el estilo de la conversación estaban ya fijados por acuerdo espontáneo de los oficiales de Telégrafos, jóvenes todos ellos, solteros, incapaces de faltar á las conveniencias de la vida mundana ó de mostrarse ineducados; pero, por eso mismo, libres de prejuicios, de conversación abierta, prontos, á divertirse y distraerse del aburrimiento burocrático con charlas alegres y equívocos atrevidos, siempre á expensas de la religión y del pudor.

Cuando apareció, pues, en medio de ellos el nuevo colega con faldas, muchos que habiéndose encontrado con la joven fuera del edificio no se hubieran atrevido á usar el lenguaje que adoptaban entre sí, entonces se apresuraron á tratarla como á *uno de los suyos*, en la seguridad de que por el hecho de ser telegrafista Ida debía mostrarse digna de pertenecer al *tercer sexo*, y ellos estaban dispuestos á ayudarla en esta transformación; á *virilizarla*, en una palabra.

La pobre Ida, herida en lo más hondo de su alma y ofendida en sus sentimientos más íntimos por aquel lenguaje, se defendía como podía; con el silencio, con la seriedad, con la palidez ó el carmín de su rostro, disimulando y variando prontamente el asunto de la conversación, y también algunas veces con la dignidad de su continente severo y altivo.

Pero cuanto más refractaria se mostraba ella, tanto más tenaces y obstinados parecían sus compañeros en amansar su altivez, llegando á urdir una verdadera conjura, y aunque sin traspasar ciertos límites, fuera de los cuales podrían ser tratados como verdaderos bellacos, continuaron con mayor insistencia en atormentar á su víctima, no sin prudencia, para negarle al mismo tiempo el derecho de resentirse, dolerse ó defenderse abiertamente. Palabras gruesas, frases satíricas, alusiones equívocas, anécdotas picantes, burlas mordaces, guiños, miradas y risas

expresivas fueron las armas adoptadas sin tregua ni reposo para asediarla, oprimirla y obligarla á rendirse.

Tanto más penosa fué aquella persecución, cuanto menos descarada y más sorda, lenta é incesante era: una guerra de alfilerazos, de rasguños, de estocadas que quitaban á la pobre Ida las fuerzas para resistir, y hasta el aliento y la vida. La joven se asemejaba al ratoncillo caído en las garras de un gato que se entretiene y divierte en prolongarle la vida para hacerle morir con mayor crueldad. ¡Una joven honrada, pura, tímida, de sentimientos nobilísimos, arrojada en medio de aquellos libertinos, verdaderamente expertos en el arte de cubrirse con todos los atavíos de la etiqueta mundana!

No obstante, la situación de la joven era irremediable. Dando una queja á los jefes no haría más que empeorar su causa, porque ningún hecho particular podía facilitar motivo para formular una acusación formal, ni podía fundarse en una determinación concreta. Además, estaba sola contra todos, y, lo que era aun peor, en el círculo de los empleados sería considerada como espía, no alcanzando otra que extender y reavivar la persecución que venía sufriendo.

¿Podría renunciar al destino y atender por otros medios al propio sostén y al de su madre? Si hubiera sido sola, no habría vacilado en hacerlo, dispuesta como estaba á cualquier sacrificio, hasta á emprender las labores más humildes, para ganarse un pedazo de pan. Pero su madre era cada vez más vieja, ¡y necesitaba tantos cuidados y tantas atenciones! Mediante su sueldo podía atenderla con el mayor esmero; sin él, no veía más que privaciones, tristeza, miseria, la muerte de quien le había dado la vida y por quien hubiera inmolido la suya propia sin vacilar.

Para colmo de males, el amor filial la obligaba á esconder sus penas, á disimular, á encerrar en el fondo de su corazón el inmenso pesar que sentía, por temor de entristecerla y hacerle demasiado amargo el pan que la sustentaba.

—¿Por qué, hija mía—le decía algunas veces su madre mirándola fijamente,—por qué te has vuelto tan seria y tan meditabunda, desde que vas á la oficina? ¿Por qué comes con menos apetito que antes, y por qué te esfuerzas en hacerlo para darme gusto? Estás pensativa, no alegre y satisfecha como en otras ocasiones... ¡Pobre Ida de mi alma! ¡Demasiado sé que la vida que ahora llevas no es para ti! En fin, hágase la voluntad del Señor!

Y al decir esto volvía el rostro para enjugarse una lágrima, ó se levantaba de improviso para ocultar á su hija la emoción que la embargaba.

Ida sentía aumentar las penas de su corazón, exacerbadas por el silencio que tenía que guardar en casa para ocultárselas á su madre; pero, firme en su oculto heroísmo, realizaba muchas veces esfuerzos increíbles para persuadirla de que todo iba bien y que estaba contenta con su suerte.

Sin embargo, cuando se encontraba sola en su pequeño dormitorio, la aflicción, la angustia y el dolor disimulados le subían desde el corazón á los ojos, y salían de ellos envueltos en amargas lágrimas.

¡Cuán infeliz se consideraba entonces!

Luego, si volvía la mirada hacia lo porvenir y se preguntaba cuánto habría de durar aquel doble martirio, le parecía que su corazón iba á estallar y á nublarse su razón en el delirio, y que se hallaría como persona extraviada en un subterráneo que viera apagarse de improviso la luz que llevara en la mano para alumbrar su salida.

Suplicio terrible y sublime el de la virgen pura é hija amante, obligada á agonizar para no mancharse y para no descubrirse.



II

La heroína del feminismo.

UNA mañana que estaba libre de servicio y se distraía leyendo un capítulo de la *Imitación de Cristo* para confortar y restaurar su espíritu atribulado, Ida oyó sonar el timbre: fué á abrir la puerta, y se encontró frente á frente de una aparición tan grotesca y tan antipática, que, de no vedárselo la educación, le hubiera dado con la puerta en las narices.

Cuando un momento después aquel extraño fenómeno se reveló á Ida anunciándose como la señora Schwitzer en persona, que iba á avistarse con la señorita Piumetti, para asuntos de gran interés, la joven, que aunque la veía por primera vez la conocía mucho por la prensa, experimentó tal disgusto, que si hubiera cedido al primer impulso de antipatía, la hubiese echado á rodar por la escalera.

Naturalmente, venció su repugnancia; acogió á la visitante con frases corteses, y la hizo entrar en su modesta sala.

No cabía duda: era la gran heroína del feminismo, á cuya defensa había dedicado el ingenio, la fortuna, la fuerza, la vida; la promotora infatigable de la emancipación y de la perfecta igual-

dad entre la mujer y el hombre en todos los derechos y cargos públicos.

Hija de un importante industrial alemán, desde niña había mostrado aptitudes é inclinaciones más masculinas que femeninas. Esposa á los diez y ocho años de un conde protestante, un año después rompió las cadenas del matrimonio, y se unió con los únicos vínculos del amor á un oficial de caballería, y luego con un autor de comedias muy aplaudido. Pero también con éste se disgustó, por divergencias de opiniones y discordias científicas sobre la cuestión del feminismo: al cabo de seis meses de convivencia recobró la libertad, no sin que aquel loco artista la mandase al Diablo, además de prometer copiarla en un drama como tipo de la mujer intratable, añadiendo á este cumplimiento una *caricia* tan expresiva, que la señora Schwitzer conservó siempre en el rostro una gloriosa cicatriz.

Desde entonces juró por el alma de su *mejor amigo*—un soberbio papagayo fallecido de muerte prematura por una indigestión de perejil—que no volvería á ser esclava de ningún hombre, y cumplía fielmente su palabra.

Se apresuró en seguida á recorrer el mundo como un verdadero *krota-tierras*, visitando sus cinco partes y recogiendo grandes tesoros de documentos etnográficos, históricos y estadísticos sobre la condición de la mujer en los diversos pueblos de la Tierra. Después de veinte años de peregrinación mundial, durante los cuales había visitado á Italia muchas veces, decidió establecerse en ella definitivamente para comenzar en este pueblo su apostolado científico y práctico en favor del feminismo. Dos razones principales la movieron á hacerlo: los atractivos de la Naturaleza y del arte en tan bello país, y el estado de lamentable inferioridad en que se encuentra la mujer italiana respecto del hombre, por las costumbres semi-bárbaras de la Edad Media todavía profundamente arraigadas en la vida de familia.

En su larga estancia había aprendido tan perfectamente el italiano, que no sólo lo escribía con corrección, sino que lo hablaba con facilidad, á lo que añadía cierto encanto el propio defecto de su acento germánico. Comenzó, pues, á publicar en varios periódicos artículos llenos de fuego sobre la triste condición de la mujer italiana comparándola con la de los otros países, para deducir de ello el estado de opresión y esclavitud en que la tienen encadenada las tradiciones antiguas, con intento de provocar un movimiento de emancipación y de rehabilitación que correspondiera á las exigencias de la moderna evolución social. Al apostolado doctrinal por medio de la prensa añadió la acción práctica, mediante conferencias especialmente. Ya había dado algunas en varias ciudades de Italia con un buen éxito verdaderamente extraordinario de curiosidad y de hilaridad, provocada esta última por la novedad del tema y por el extraño y grotesco aspecto de la oradora, que era, como veremos pronto, verdaderamente original.

En el momento actual, para dar mayor amplitud y estabilidad á su empresa, trataba de organizar una Liga internacional con el propósito de conseguir la rehabilitación de la mujer; Liga en la cual, habrían de entrar comités nacionales, regionales y locales, para consolidar la obra ya existente y promover un gran movimiento de avance, especialmente en Italia.

Entre las personas que podían concurrir á formar el primer núcleo de la organización nacional é internacional para la rehabilitación de la mujer en la ciudad donde la oradora vivía, atrajo desde luego su atención nuestra telegrafista, la cual, por sus dotes naturales, por los estudios que había hecho, por los idiomas que conocía—además del italiano, el francés, el inglés y el alemán,—y sobre todo por su profesión, le pareció á la señora Schwitzer una *fuera* de primer orden, y la consideraba como su ya futura secretaria general.

Por eso había ido á visitarla, con la esperanza de infundir

en Ida el propio entusiasmo que ella experimentaba por la gran empresa.

El momento era solemne: se trataba de una obra mundial. ¡Y qué obra! ¡La emancipación, ó mejor, la rehabilitación de la mujer! Y esto era el primer paso en el campo práctico, paso en que la genial protagonista del movimiento, quería asociar á Ida como primera cooperadora á un hijo predilecto del *bel paese*.

Adoptó, por lo tanto, una actitud digna de ella, é inspirada en la solemnidad del momento, mientras Ida al verla enfrente de sí habría soltado una sonora carcajada si las penas que estaba sufriendo no le hubiesen quitado su antiguo buen humor.

¡Qué extraño fenómeno se presentaba ante sus ojos! Alta, seca, amojamada y con el rostro casi bronceado por efecto de sus largos viajes por Asia y África, la señora Schwitzer apenas tenía de femenino más que la falda; y aún ésta era tan corta y tan ajustada como si también ella, por la ley de la *idiosincracia*, tendiese á cambiar de especie, y se hallara en un estado intermedio de evolución. Todo lo demás era viril: sombrero, blusa, almilla, corbata, y, en fin, una petaca que asomaba por el bolsillo del pecho.

Apenas hubo tomado asiento manifestó que, atraída por las eminentes prendas que adornaban á la señorita, había ido á proponerle una misión digna de su gran inteligencia, segura de que habría de abrazar con entusiasmo la noble causa que ella defendía, constituyéndose en su fiel aliada, en su noble compañera de luchas y victorias.

Ida inclinó la cabeza casi instintivamente, pero siguió mirándola con aire de indiferencia.

Entonces la señora Schwitzer le preguntó si la molestaba el olor del tabaco, y habiendo obtenido una respuesta negativa, se puso en pie, se quitó el sombrero y lo arrojó sobre una silla, en-

cendió un cigarrillo, volvió á sentarse, colocando una pierna sobre la otra, y encajándose los impertinentes, empezó á hablar y á fumar con la mayor tranquilidad.

—Veinte años hace que recorro el mundo y estudio el feminismo práctica y teóricamente—dijo. Veinte años de viaje en todas las partes del globo, y veinte años de preparación científica, me dan derecho para tratar con pleno conocimiento de causa la cuestión del feminismo.

—¡Sí—pensó para sus adentros Ida—si tu aspecto no bastase para demostrar que has perdido el sentido común!

La otra continuó:

—Conozco perfectamente á la mujer de todos los países y de todos los siglos.

—¡Y no te conoces á ti misma, ó por lo menos, no sabes cuán ridícula eres!—siguió pensando Ida, que hubiera querido mostrarle un espejo.

—Poseo como fruto de mis estudios y de mis viajes un tesoro inmenso de recuerdos, hechos, datos estadísticos. Nada de cuanto se ha publicado respecto de esta cuestión en los distintos idiomas de Europa me es desconocido. Tengo una biblioteca, quizás única en su género por su valor.

—¡Como su dueña!—continuó pensando Ida, que ya estaba indignada con tanta desfachatez.—¡Merecerías que te encerrasen en ella con los ratones, y así no me molestarías ahora con semejantes fanfarronadas!

—Mucho más podría decir á usted en abono de mi competencia sobre la materia del feminismo; pero, ya que el tiempo es precioso para usted, y para mí también, puesto que tengo necesidad de hacer hoy mismo algunas otras visitas, confío en que lo poco que acabo de indicarle bastará para persuadirla de que el asunto para cuya cooperación vengo á solicitar el auxilio de usted es tan serio y positivo cuanto lo es la persona que tiene el honor de hablarle por primera vez.



—¡Te has juzgado á ti misma, espantajo!-dijo mentalmente Ida, y tuvo que refrenar la cólera para no dirigirle el insulto en voz alta: de tal manera se sentía fatigada con aquella charla aburrida.

Pero la otra interrumpió su soliloquio, y adoptando una actitud más solemne todavía, sacudiendo ligeramente con el dedo meñique la ceniza del cigarrillo que tenía entre el pulgar y el índice, y arrojando una nueva bocanada de humo, dijo con sonrisa de complacencia digna de Cristobal Colón cuando hubo descubierto la América, ó de Newton cuando instituyó las leyes de la gravitación universal.

—Permita usted, pues, ¡oh mi distinguida señorita!, que le exponga en breves palabras mi designio acerca de la rehabilitación intelectual, moral, económica, política y social de la mujer, y sobre la organización nacional é internacional del movimiento feminista, en cuya realización confío que desempeñará á mi lado usted parte principalísima.

Para no estallar, Ida apretó las uñas contra la palma de las manos hasta hacerse sangre.

Observando la otra que la joven se mostraba fría é indiferente, cambió de registro diciendo:

—Pero antes quisiera hacer á usted una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué piensa usted del moderno feminismo, y cuáles son sus principios y sus juicios sobre este tema de tanta actualidad?

—Nadie está más persuadida que yo de la necesidad de rehabilitar á la mujer emancipándola del estado de esclavitud á que la tienen condenada la tiranía y los falsos convencionalismo del hombre.

—¡Muy bien! ¡Admirable! ¡Encantadora! ¡En la primera ocasión debe dar una brillante conferencia, estilo Marx-Nordau, sobre estas mentiras convencionales! ¡Yo le proporcionaré los materiales, el orden, la trama, todo! ¡Veo que estamos de perfecto acuerdo!

—¡No tanto como usted se imaginal

—¿Cómo? ¿Sobre qué no?

—Sobre el punto de partida.

—¿Por dónde quiere usted comenzar?

—Por la reforma del hombre.

—¿De qué reforma habla usted?

—De la moral.

—¡No comprendo! Se trata de la mujer, no del hombre.

—Justamente. Para rehabilitar y libertar á la mujer, quisiera antes reformar moralmente al hombre.

—¿Por qué?

—Para obligarle con la ley inviolable de la conciencia á no abusar de su fuerza y de su superioridad con daño de la mujer, á respetar su sensibilidad, su parte débil, á no circundarla de tantas envidias, á no oprimirla con tantos asaltos, á no engañarla, á no hacer de ella un instrumento de sus pasiones. ¡Éste es mi feminismo! Feminismo que obligando al hombre á respetar la debilidad, la dignidad y el honor de la mujer, le forzaría por eso mismo á tratarla como compañera de su vida, y á fraternizar con ella en la familia, que es la primera escuela del individuo y la piedra angular de la sociedad. Entonces, salvo las naturales excepciones, tendríamos no solamente en el campo, sino también en las ciudades, el hombre íntegro y puro que se asociaría por el hábito indisoluble de la vida á la mujer íntegra y honrada, y encontraría, según la frase sublime del Génesis, la compañera semejante á sí creando con ella el santuario del hogar doméstico. Tendríamos entonces, conforme á las leyes de la Naturaleza, que divide en dos mitades casi idénticas la humana familia según la diferencia de los sexos, tantos hombres como maridos y tantas esposas como mujeres, salvo siempre las necesarias excepciones.

La señora Schwitzer movió la cabeza y arrugó el entrecejo. Pero Ida, sin intimidarse por ello, continuó:

—Y toda vez que el hombre y la mujer, por la propia constitución física y por la índole moral, están destinados naturalmente á unirse y perfeccionarse formando una sola individualidad doméstica, *dos almas en un solo cuerpo*, como dice también sublimemente el Génesis, el hombre con su esposa y con su familia resultaría perfecto; perfecta y contenta la mujer con su marido y con su familia. Vaya usted, pues, á buscar el ideal de la mujer feliz, que ha recobrado su dignidad, que desenvuelve sus aptitudes, que cumple todos sus deberes domésticos y sociales, que siente placer en ocupar el puesto fijado por la Providencia. No lo encontrará más que en una buena *madraza*, toda de su marido y toda de sus hijos, centro de sus afanes y de sus cuidados. Pero para dar á la mujer lo que le corresponde, para no abusar de la fuerza física, para no oprimirla, para no degradarla, es conveniente que el hombre dé á la conciencia lo que es de la conciencia, ó, para decirlo al modo antiguo, dé á Dios lo que es de Dios.

Viendo á su interlocutora mover los labios y hacer un gesto de burla, la miró fijamente, y sonriendo á su vez, replicó con más ánimo que antes:

—Ríase usted, señora; pero sepa que su sonrisa no me confunde ni me intimida. Reconozco mi inferioridad en materia de competencia científica y práctica sobre el argumento del moderno feminismo. Pero eso no me quita el derecho de juzgar con mi humilde sentido común que el hombre, por naturaleza igual y juntamente superior á la mujer, sólo dejará de abusar de su superioridad para negarla y violar sus derechos, cuando sepa hacerlo por deber de conciencia hacia Dios, que es superior á ambos y Señor de todos; esto es, cuando sepa reconocer, como dice Coopée, que

La vida es un combate cuya palma está en el Cielo

—¡Oh; que historias!—dijo la otra sin poder contenerse.

Pero Ida no permitió que la interrumpiese, y levantando la voz cada vez con mayor fuego y tono más alto, continuó:

—Sí, señora: para mí, para usted, para toda persona seria, el feminismo debiera comenzar con la reforma moral del hombre. Realizada ésta, he aquí curadas radicalmente todas las llagas que infectan á la sociedad moderna; la esclavitud y el embrutecimiento de la mujer débil, pobre é indefensa, la trata de blancas; el celibato licencioso, la prostitución, cada vez más frecuente entre las menores de edad, con todas sus ruinosas consecuencias para la familia y para la sociedad, y especialmente para la mujer, cuya emancipación, suprimido esto, quedaría asegurada no siendo ya esclava, sino libre y soberana; soberana de los afectos y reina del hogar doméstico.

—En suma; yo no he venido para oír discursos, sino...

—Perdone usted, señora—replicó sonriendo Ida, sin darle tiempo para acabar la frase;—pero nosotras las italianas, especialmente las mujeres, somos todas oradoras. Déjeme, pues, añadir que si el hombre fuese menos egoísta y menos brutal con la mujer, menos hipócrita en halagar su vanidad con los requiebros de la etiqueta, y menos villano en obligarla á servirle de recreo; si supiera apreciar el amor, la generosidad, la felicidad, la inmoción, los sacrificios de que ella es capaz á todas horas siempre que encuentra un hombre que sabe tratarla como íntima compañera de su vida respetando su timidez... ¡cuántas flores no brotarían en el sendero de su vida, cuantos horizontes no abriría ante su mente, qué alegría y qué paz florecería bajo el lecho doméstico, fundando la felicidad propia en hacerle feliz! Byron dice: ¡Oh gloria; tu más hermoso rayo es una sonrisa de mujer! Y Dante cantó:

E la mia vita e tutto il mio valore

Mosse dagli occhi di quella pietosa.

—¡Fantasías de poeta!—exclamó la otra moviéndose con impaciencia en su asiento.

—¿Fantasías de poeta?—replicó Ida con mayor insistencia todavía. En los ojos serenos y en la alegre sonrisa de la mujer sujeta al hombre porque está satisfecha de él, me parece á mí que es donde el hombre recto quiere encontrar la mayor felicidad y la más poderosa ayuda en sus empresas. He leído en estos días las Memorias del escultor Dupré. En ellas dice, hablando de su boda con una pobre planchadora: «Éste fué en verdad el más grande acontecimiento de mi vida, el que tuvo la más saludable influencia sobre mis trabajos, sobre mi paz y y sobre la prosperidad y moralidad de mi familia.» Y añade:

«Yo creo que si me hubiese unido á otra mujer, hubiera sido un marido detestable y un pésimo artista.» Nuestro gran pintor moderno Morelli, escribe á su cuñado Villari después de la muerte de su cristiana mujer: «¡No tengo ya ideas; no sé ya pintar; nadie me sugiere nada!» Cumpla el hombre su reforma moral, para sentirse obligado en conciencia á tratar á la mujer como compañera y aliada fiel en la lucha de la vida: la mujer quedará con esto rehabilitada, y habrá alcanzado su verdadera libertad y la perfección á que está destinada. El hombre, la familia, la sociedad no experimentarán todas estas ventajas que se derivan del cuerpo humano con la regular circulación de la sangre, hasta que el corazón—y el corazón es la mujer en el cuerpo social—ejerza bien sus funciones vitales. Pero en vez de esto...

Aquí Ida se calló, mientras la otra permanecía inmóvil y mirándola con asombro.



III

Conflicto y ruptura.

IDA había pronunciado la última parte de su peroración con tanto calor, con tal acento de sinceridad y gracia, como si todas las palabras que salían de sus labios brotasen del fondo del corazón: la famosa amazona del feminismo se sintió fascinada y casi atónita. Dejó, pues, sin encender otro cigarrillo que tenía ya entre los dos dedos, y colocando las manos sobre las rodillas, se inclinó hacia Ida, mirándola y escuchándola con gran atención, cual si temiese perder una sola palabra del discurso. Cuando Ida, llevada por el hilo de sus ideas iba á revelar sus penas, y por no descubrirse, había suspendido bruscamente su perorata, la señora Schwitzer permaneció muda algunos momentos como si no tuviese nada que objetar. Pero repuesta de aquel momentáneo asombro y enterada de lo que acababa de oír, le pareció despertarse de un sueño, durante el cual hubiera sido transportada á los tiempos de la Edad Media, viendo en su gentil interlocutora la más viva personificación de ellos. Por fin, arrastrando las palabras, y como si continuase las reflexiones que había estado haciendo durante el sermón de Ida, acertó á decir:

—Nunca hubiera creído que el atavismo clerical y el dualismo de la moral en las relaciones entre el hombre y la mujer, estuviesen tan arraigados en el ánimo de usted. Después de cuanto acabo de oír de sus propios labios, debería presumir que la causa del feminismo no ha llegado en Italia al grado de evolución indispensable para trabajar por ella con fruto. Usted, señorita, que por educación, cultura y condición social, debía estar preparada intelectualmente para contribuir al desarrollo de la gran obra de la rehabilitación de la mujer, para la conquista del triunfo más glorioso en su lucha por la vida, apenas si conoce los rudimentos de tan arduo problema.

Y luego replicó, inclinándose hacia atrás con los brazos caídos y las piernas estiradas.

—¿Qué ocurrirá con las demás mujeres italianas? ¿Con las patricias que sólo viven para el culto de la belleza comprada por los hombres á precio de la propia libertad? ¿Con las plebeyas que se imaginan haber nacido para morir de cocineras de los hombres? ¡Pobre Italia! Sería cosa de desesperar y dejarla perecer en la barbarie de sus tradiciones teocráticas, si con el impulso de un potente movimiento feminista no hubiese la seguridad de que habrá de cumplirse en ella la ley de la evolución.

A esta salida tan arrogante, Ida no sabía si reír ó protestar.

La otra continuó con un tonillo irónico de compasión:

—Perdone usted, señorita; pero acaba de mostrarse tan ignorante de los progresos realizados en estos últimos tiempos por el feminismo, tan tenaz en los antiguos prejuicios por los cuales la mujer ha sido reducida al estado de sierva y animal doméstico privilegiado del amo hombre, que yo no sé qué decir para convencerla del error en que se encuentra respecto de la condición de la mujer á quien falta en absoluto la libertad y la independencia bajo la tiranía del hombre. Lo único que puedo decirle es que de sus propias premisas se desprende un argumento convincente en favor del feminismo.

—¿Cuál? preguntó la joven mirándola fijamente al rostro.

—Pues éste, según usted: para rehabilitar á la mujer, se necesita ante todo la reforma moral del hombre.

—Sí, señora.

—Pues esta reforma moral es quimérica, absurda, imposible; luego no queda más que la lucha, lucha científica y práctica, lucha por la vida, por la autonomía, por la emancipación é igualdad perfecta, que pueda libertar á la mujer de la servidumbre del hombre. Por compasión, no hablemos de moral fundada sobre el dogma. Sobre este punto no puedo admitir una discusión seria, desde que la ciencia moderna ha rechazado y condenado para siempre como inmoral otra moral que no resulte autónoma é independiente de las supersticiones religiosas. Pero de cualquiera moral que se quiera hablar, lo cierto es que en la condición presente de la sociedad, el hombre ejerce su monopolio y por esto no admitirá nunca una reforma moral que le sea contraria que sea favorable á la mujer. Resultará, pues, lo que ha resultado siempre en todos los tiempos y en todos los lugares: la mujer esclava del hombre en nombre de la moral creada por él para dominarla; es decir, una moral modelada á propósito para legitimar la tiranía masculina. Por lo tanto, ó lucha ó esclavitud; no queda otro camino. Comprendo, no obstante, señorita, que nos separa un verdadero abismo para que podamos entendernos; de manera que no abrigo la esperanza de que lleguemos á un acuerdo.

—En esto tiene usted razón, señora, porque sino admite ni siquiera la posibilidad de una moral superior al hombre y á la mujer, una moral impuesta á entrambos por una autoridad que ligue sus conciencias, con motivos religiosos y domésticos; claro es que no habremos de entendernos jamás. Continúe, pues, la ciencia en rechazar esta moral y las señoras feministas, apoyadas por sus complacientes auxiliares, continúen en predicar la lucha de las mujeres contra los hombres, para sembrar el

odio de los sexos, como los socialistas siembran los odios de clase, el odio, la rivalidad, la concurrencia despiadada entre dos seres que han nacido para amarse, perfeccionarse y vivir unidos como una persona sola. Yo prefiero siempre el amor al odio y no encontraré otro medio de hacerle puro, íntimo, constante, superior á los estragos del tiempo y á las pruebas de la desventura, ni otro remedio radical al antagonismo moderno entre hombre y mujer que en la reforma moral del primero, fundada sobre la religión de Aquel que resolvió todas las cuestiones de la vida en una sola frase: *amaos como yo os amo*. Este es el criterio del sentido común, y el buen sentido nunca ha sido desmentido por la ciencia.

Sonrió complacientemente la señora Schwitzer, pensando que la presa había caído en la red; así es que le dijo á quemarropa:

—¿Y por qué, señorita, no ha seguido usted la voz infalible de su buen sentido en provecho propio? ¿Por qué en lugar de esperar tranquilamente al hombre que le había destinado el Cielo como compañero de su vida, por qué ha ido usted á hacer una despiadada concurrencia á los hombres en la profesión de telegrafista?

Á estas palabras, pronunciadas con una sonrisa satírica y casi burlona, Ida, que ya estaba harta de aquella incómoda visita, estuvo á punto de despedir violentamente á su interlocutora; pero se contuvo, y sonriendo ella también, respondió con tranquilidad estudiada:

—Verdaderamente su pregunta, y sobre todo el modo de hacerme, no me parece conforme con su ardiente feminismo, que debería comenzar por compadecer la condición de una pobre huérfana, obligada á trabajar para ganar honradamente su pan y el de su anciana madre. Pero si usted cree que mi aversión al feminismo se extiende hasta negar á la mujer el derecho de hacer concurrencia al hombre para proporcionarse lo necesario para la vida en cualquier profesión honrada, sepa que se engaña

de medio á medio. Negar á la mujer este derecho sería condenarla á sostener por sí sola todas las consecuencias derivadas de la licencia del hombre, empujándola á la miseria, á la deses-peración ó al deshonor. Baste con recordar que hoy, por la gran revolución realizada por las máquinas en el método de la producción, va disminuyendo cada vez más el número de las mujeres ocupadas en los quehaceres domésticos, y va aumentando el de las hijas de familia que necesitan colocarse fuera de casa para vivir de su propio trabajo. De aquí tantas nuevas profesiones femeninas que, hasta cierto punto, están justificadas por las nuevas condiciones de los tiempos. En el feminismo, como en todos los errores, hay un fondo de verdad, dañado, sin embargo, por las exageraciones y por los excesos.

—¿De qué excesos habla usted?

—Me refiero á la paridad que se quiere establecer entre los dos sexos, y á la lucha por obtenerla.

—¿En qué es la mujer inferior al hombre? Y si hay paridad entre ambos, ¿cómo alcanzarla si no es por la lucha?

—¡Qué paridad ni qué lucha!

—Sí, sí... Paridad para la lucha y lucha para la paridad, porque..

—Porque en todas las guerras sucumbe el más débil y la derrota final correspondería á la mujer. Los feministas debieran estudiar un poco mejor la Naturaleza y verían que el hombre y la mujer no son iguales é independientes como el abeto del abeto, sino destinados á acercarse y sostenerse juntos como el olmo y la vid. *Yo muero ó me apoyo.* La encina sostiene la hiedra, y ésta defiende á la encina. El hombre y la mujer forman un todo moral y doméstico, en el cual son tanto más felices, cuanto mejor cumplen las distintas funciones que les están encomendadas. No se trata ni de amo ni de esclava, sino de dos partes de complemento moral que constituyen un todo homogéneo y vital. La fuerza del hombre no debe oprimir, sino atraer hacia sí á la mujer para sostener su debilidad; el amor por los

hijos debe conquistar y templar la fuerza del hombre: de manera que en último análisis, toda la debilidad del hombre reside en su fuerza y toda la fuerza de la mujer en su debilidad.

—Pero, en suma, ¿es ó no capaz la mujer de ejercer todos los oficios, las cargas y las ocupaciones que ahora son, en gran parte, monopolio exclusivo del hombre? Hasta que no se llegue al idilio del olmo y la vid, el hombre podrá continuar oprimiendo á la mujer, tratándola como instrumento de placer y como bestia de carga, ¿y ella no tendrá el derecho de hacerle concurrencia en la lucha por la vida para vivir honradamente y tomar parte en todas las instituciones civiles, en las cuales se decide la suerte del hombre y también la de la mujer? Aquí está el punto más importante del asunto, y sobre él quisiera que usted me diese una respuesta clara y categórica.

—Sí, la mujer tiene derecho, no digo de hacer concurrencia al hombre por principio de perfecta igualdad, sino para atender á sus necesidades por precisión de legítima defensa, aspirando á cualquier oficio ú ocupación que le permita vivir por sí misma. Por eso, en la propia medida en que crece el egoísmo del hombre hacia la mujer, crece y se extiende el derecho de ésta á hacerse independiente de él en el orden civil, económico y social. Si los hombres se decidiesen á tratar las mujeres como los turcos, éstas tendrían entonces el derecho de tratar á los hombres como bestias. Pero, ¿le parece á usted que este sea el desarrollo natural de la cuestión, conforme al ideal de las relaciones entre ambos sexos, al bien de la familia y de la sociedad, y, sobre todo, conveniente á la índole, al destino de la mujer y en ventaja suya?

—En cuanto á las ventajas, no me explico siquiera que pueda usted dudar.

—Acaso tenga usted razón, señora, si sólo considera la cuestión del pan. Digo *acaso*, porque la concurrencia de los hombres y mujeres á los mismos oficios aumenta la oferta y dismi-

nuye el pedido, y, por eso mismo, deprime los salarios y aumenta la desocupación, haciendo á unos y á otros más difícil la conquista y más escasa la porción de pan. Pero el hombre, y aun más la mujer, no viven sólo de pan. Lanzada por las necesidades de la vida á salir del hogar doméstico para arrojarse en el mundo de los negocios, la mujer es como una planta arrancada de su suelo y de su cielo, que no puede prosperar más que en su propio terreno. Fuera de él se siente oprimida, envilecida, dividida en lo íntimo de su ser.

—Prejuicios de una educación ficticia y falseada; prejuicios que deberán caer con la total emancipación de la mujer.

—Emancipación que resultaría para la mujer la mayor desgracia.

—¿La mayor desgracia? ¿Pero no ve usted, señorita, que se hiere con sus propias armas? ¿No ha reconocido usted misma á la mujer el derecho de entrar tanto más en el terreno del hombre, cuanto más la oprima éste? ¿No ve que tal hecho social va creciendo y ensanchándose de año en año en los países civilizados, de manera que la emancipación de la mujer se puede decir que progresa á la par de la rehabilitación del proletariado, como una reivindicación simultánea de dos grandes injusticias? Ahora una ley irresistible de la evolución moderna empuja á la mujer fuera de su casa y la lleva al campo de la vida pública. La encontramos en las fábricas, en los establecimientos industriales, en la agricultura, en el comercio y hasta en las minas. La Facultad de Medicina, el arte y la ciencia están poblados de mujeres. El egoísmo del hombre todavía le impide el acceso á ciertas profesiones más honoríficas y lucrativas; pero el feminismo organizado hará caer estas últimas barreras y entonces tendremos la perfecta igualdad de derechos, á la cual seguirá la conquista de todas las libertades sociales alcanzadas por la mujer hasta que penetre é invada todas las costumbres de la vida civil, derecho y hecho que arruinarán los antiguos prejuicios, dando á la mujer su libertad.

—¿Luego tendremos la mujer abogado, la mujer magistrado, la mujer diputado, la mujer ministro, y hasta la mujer soldado?

—¿Y por qué no? ¿Acaso la mujer es menos diestra y menos valerosa que el hombre? ¿Judith y la doncella de Orleans no son tan admirables como el más famoso de los héroes? En el Colorado ya tienen las mujeres no sólo el derecho de sufragio, sino que funcionan también como jurados en los procesos civiles y criminales, y ahora se trata de que ingresen en la milicia. En las regiones del Nilo blanco, entre los pueblos indígenas de las Antillas descubiertos por Colón, en Dahomey y en otras partes, la mujer es guerrera igual que el hombre. En la antigua Bretaña, los ejércitos iban casi siempre dirigidos por una mujer, según nos refiere Tácito. El rey de los Acantis está protegido por una guardia femenina. Catalina Sforcia defendió á Forlí contra los matadores de su marido y de Cesar Borgia. Elena Smelko, conocida en el ejército por el nombre de Miguel Nikolajevitsch, combatió como una heroína en la guerra ruso-japonesa y fué herida en la batalla de Mukden; la Tompson, la Velázquez, la Emli, la Cushman, la Divers, también hicieron prodigios de valor, combatiendo como hombres en las guerras americanas. De estos hechos, en que abunda la historia, podré recordarle otros más recientes que todo el mundo conoce. En la revolución contra el Presidente Palma en Cuba, Clara Santos á la cabeza de 100 insurrectos, dispersó un destacamento muy numeroso de soldados cubanos, mandado por el coronel Estremes. Y para no ir tan lejos, lea usted la historia de las revoluciones europeas más recientes y verá que la mujer se ha mostrado, no sólo igual, sino hasta superior al hombre en valor y fiereza.

—Querrá usted decir en ferocidad y crueldad sanguinaria, señora. Pues tales mujeres, como las *petroleras* y las *dinamiteras*, las insultadoras del patíbulo, son ejemplos que demuestran la tesis contraria, porque la ira y el furor son tanto más excesivos cuanto más débiles son las personas que los

sienten. Por lo mismo en la lucha y en la carnicería los muchachos y las mujeres son más feroces que los hombres. ¡Mujer iracunda, madre sin entrañas! De Judit, de Juana de Arco, de las Amazonas, guerreras y heroínas no hay que hablar, porque son excepciones que no pueden demostrar una tesis universal. Si usted se empeña, yo no le negaré, que puede darse el caso de una mujer más fuerte que Sansón, más hábil en el arte de la guerra que Cesar, Napoleón ó Moltke. Pero con estas excepciones no verá usted más que la confirmación del principio de que la mujer es más débil que el hombre, y que la guerra pertenece á éste y no á aquélla. Y ya que el feminismo persigue la igualdad perfecta entre el hombre y la mujer, yo digo que cuando ella se haya realizado, por la propia razón que tendremos la mujer magistrado y soldado, habrá también el hombre niñera y costurera. ¡Qué mundo tan original! ¡La mujer en la escuela de tiro y el hombre mudando el pañal al niño!

Sintiéndose cada vez más dominada por la argumentación espontánea y vivaz de Ida, la señora Schwitzer se movía cómicamente en su silla, como si no encontrará una posición agradable. Por último estalló:

—La burla no es oportuna cuando se trata de cosas serias.

Y replicó Ida.

—Nunca he hablado más en serio, señora. Por eso no he dicho que pretendan ustedes formar la mujer padre y el hombre madre.

—Por su manera de replicar debo comprender que mi visita empieza á molestarla y voy á librarla de mi presencia. Si no he realizado el objeto que me había propuesto, tendré al menos en su ejemplo un argumento nuevo para combatir contra los prejuicios inveterados de la mujer italiana.

—Puede usted aprovecharlo, señora. Pero sepa, sin embargo, que aun cuando consiguiese estirpar de raíz todos los prejuicios y convertir al feminismo á todas las mujeres, deberá

hacer también el milagro del hombre madre y de la mujer padre.

—De otro modo—interrumpió fuera de sí la señora Schwitzer—el mundo deberá cambiarse en un convento, condenado á la esterilidad del celibato monacal.

«—De otro modo—replicó Ida mirándola con aire de desafío,—deberá la mujer continuar como hasta ahora, en cumplir todos los oficios penosos de la maternidad, de la familia y de la casa, y por añadidura echar sobre sí las demás conquistas del feminismo. Luego doble serie de deberes impuestos á un organismo débil, delicado, que hoy en día va degenerando cuando tiene que entregarse á las labores viriles. Vea usted á la mujer en la Universidad, la mujer en el teléfono, la mujer en la máquina, la mujer en correos. Interróguela, estúdiela, examínela y verá cuánto han ganado sus nervios, su belleza y su equilibrio físico y moral. ¡Pobre víctima! Respetad su naturaleza, su debilidad, dejadla desenvolverse y desarrollarse tranquilamente en su juventud y formarla para los quehaceres domésticos y para los cuidados de la familia; no la oprimáis con estudios y neguéis darle un alimento sano, reposo y descanso suficiente; mostrad aprecio hacia la importancia de sus oficios femeninos y hacia el valor económico y social de sus ocupaciones; no la hagáis trabajar tanto, no la tratéis como mozo de carga, rehabilitarla en su mundo, secundar en vez de violentar su naturaleza para que resulte mujer perfecta, digna del hombre y fiel compañera suya. Este es el verdadero feminismo.

Durante esta última tirada de Ida, pronunciada casi sin respirar, la señora Schwitzer se había puesto en pié como movida por un resorte, poniéndose el abrigo manoteaba y soplaba, y cogiendo con la mano derecha el sombrero se colocó frente á frente de su interlocutora mirándola de alto á abajo como el cabo al soldado que le hubiera negado el saludo. Pero Ida, resuelta, no se dejó intimidar y manteniendo su actitud digna añadió con una sonrisa:

—Es decir, señora, que si no nos hemos entendido, por lo menos nos hemos comprendido. Le agradezco su visita y le ruego que perdone mi franqueza.

La otra apretó los labios, sacudió su cabellera de nuevo y fulminó sobre Ida una mirada de tigre y con un guiño indigno, dijo, mirándola fijamente con sus impertinentes como para confundirla de alto á abajo.

—Sí, sí, tenga usted la seguridad de que no me verá usted á su lado más que cuando quiera oír el sermón de Fray Giralduino sobre el milagro de las nueces. Siempre que desee imaginarme el tipo de la mujer italiana en los tiempos de Sixto V, bastará con que recuerde esta visita. *Unglaublich! Armes italien.*

Luego sin darle la mano, inclinó la cabeza ligeramente, giró sobre los talones con rapidez, volvió la espalda y se encaminó hacia la puerta.

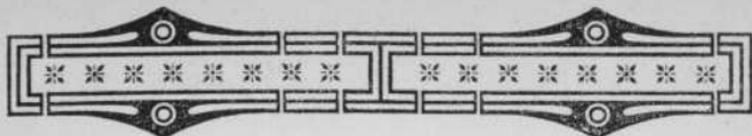
Ida la siguió diciéndole:

—Mil gracias, señora, por tanta cortesía.

La otra, le lanzó un gesto amenazador y desapareció velozmente por las escaleras.

Al volver á su cuarto, se dejó caer en una silla recordando aquella escena tan contraria á su delicado carácter y á su buen corazón. Pensó en tan extravagante mujer, en su madre, en su profesión de telegrafista, en el presente y en el porvenir.

Y no pudo menos de llorar amargamente.



IV

Sobre el campo de la gloria.

TRES meses después celebrábase en el *Politeama* la primera reunión feminista italiana, promovida y organizada por la señora Schwitzer y presidida por ella.

En las galerías y butacas no habían sido admitidas más que mujeres para evitar cualquier demostración desagradable. En los palcos no se pudo impedir la entrada de los hombres; pero su condición de gentes de buen tono, inspiraba confianza de que habrían de guardar la mayor compostura. En el fondo del proscenio estaba la mesa de los periodistas; en medio, la mesa de la presidenta, y á los lados dos mesitas, una á la derecha para la secretaria y otra á la izquierda para los oradores. No decimos oradoras por respeto á la gramática; porque no hablarían sólo las mujeres: la presidenta había conseguido la cooperación de un diputado publicista del socialismo, para inaugurar dignamente la organización del movimiento feminista *integral* en Italia.

El aspecto de la asamblea, no era ni serio, ni imponente; pero sí muy variado, muy alegre y muy distraído. En las butacas ondeaba, casi agitada por el viento, una selva de plumas de

sombreros y de abanicos de modas y de tocados de todos colores y de todas las formas; en los palcos, esparcidos acá y allá algunos caballeros armados de gemelos y poquísimas señoras. En cambio las galerías estaban atestadas de mujeres y muchachas del pueblo, procedentes, en su mayor parte, del gremio de modistas. En las primeras como en las últimas filas, no se oía más que una charla continua, un ruido confuso de voces y de gritos estridentes.

Pero apenas apareció en el proscenio la presidenta, seguida de su estado mayor, el silencio más absoluto reinó en la sala. La señora Schwitzer dirigió ante todo un triple saludo á los tres lados de la asamblea inclinándose con agilidad maravillosa; después invitó graciosamente á la vicepresidenta, á las demás señoras del comité y al orador socialista á ocupar sus asientos alrededor de la mesa de la presidencia, y se sentó majestuosamente en su poltrona.

Desde allí, con una mirada de complacencia recorrió todo el campo de su gloria, gozando por anticipado del éxito de aquella jornada memorable, debida á la iniciativa de su genio organizador. De igual manera miró Jerjes en el Helesponto todo el mar ocupado por sus flotas y la tierra cubierta por sus soldados, sintiéndose seguro de aplastar á la soberbia Grecia y de volver á Persia cargado de laureles, de despojos y de trofeos.

Pero mientras se sentaba la presidenta, ocurrió una cosa que la señora Schwitzer, quiso al principio interpretar como una explosión espontánea de entusiasmo precoz; pero que pronto tuvo que atribuir á la gran ligereza con que los italianos, por transmisión hereditaria de defecto atávico, hasta en las cuestiones más serias y más arduas, buscan siempre el lado ridículo de las cosas. Los periodistas, que colocados detrás de la mesa de la presidencia, podían manifestar impunemente con muecas y con gestos las propias impresiones, al ver aparecer sobre el proscenio la escuálida figura de la presidenta, se pusieron á

cambiar miradas de inteligencia entre sí y sonrisas tan expresivas é irónicas, que el público de las galerías, advertido de aquel lenguaje mudo, pero elocuente, y adivinando la causa en la figura extraña de la presidenta y en la moda no menos extraña de su traje casi masculino prorrumpió en una formidable carcajada que repercutió, por efecto de una sugestión inevitable, en palcos y en butacas.

La señora Schwitzer esperó, impasible y fieramente, á que pasase aquel estrépito de carcajadas, ejemplo que fué seguido por su estado mayor sentado á su lado para hacerle honor. Entre tanto allá arriba entre el pueblo soberano del tercer sexo, al primer ímpetu de entusiasmo había sucedido un ruido endiablado; en las butacas se oían voces argentinas, mezcladas con gritos sonoros. Por todas partes se reía sin descanso á mandíbula batiente.

Se veía claro que el público de las galerías dominaba el terreno y debía decidir del éxito de la jornada, porque en ellas se encontraba el verdadero pueblo femenino, ansioso de emancipación. Las butacas, y mucho más los palcos, estaban ocupados por gentes de la burguesía y de la aristocracia que habían asistido á la reunión por espíritu de curiosidad y porque el asunto estaba en moda. La presidenta, al primer golpe de vista, se percató de la índole del auditorio, proponiéndose argumentar á gusto de las galerías.

Pero el estrépito no cesaba en ellas, hasta que empezaron á oírse en todo el teatro las frases más picantes y originales sobre los personajes del proscenio, y más especialmente sobre la presidenta.

- ¡Mira, qué tarasca!
- Parece una girafa.
- Un camello.
- Un pollo con la pepita.
- Un macho cabrío destripado.

—Un bacalao.

—No le faltan más que las barbas.

—¡Las tiene! Es que se afeita dos veces al día.

—¿Cómo se llama?

—¿No viste el nombre puesto en los anuncios? *Schifer, Scrofer, Sventer... Sviter... Strazzer...* Un nombre endemoniado. Parece un estornudo.

—¿Y de dónde viene?

—De California.

—De Calcuta.

—De Abisinia.

—Será la mujer de Menelich.

—La reina de Haití.

—¡Viva la reina!

—No. Te aseguro que viene de Rusia.

—¿De Prusia? Mueran los alemanes.

—¡Abajo los rusos!

—¡Vivan los japoneses!

—¿Por qué está tan tiesa?

—Porque se ha tragado el molinillo de la chocolatera.

—No, el mango de la escoba.

—Va vestida como un barbero.

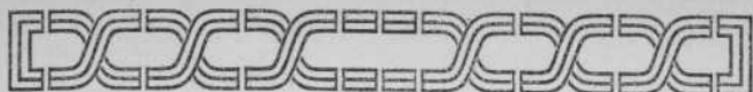
—No, como un mozo de cuadra.

—¡Silencio!... Va á hablar sobre el feminismo.

—¡Muy bien!... ¡Bravo!

—¡Viva el feminismo!

Por segunda vez reinó en el teatro un silencio absoluto. La señora Schwitzer se había levantado y empuñando la campanilla, signo y atributo de su autoridad, la agitó con fuerza con el brazo extendido en señal de protesta, demostrando con este primer acto de energía, el temple de acero de su carácter y el enérgico propósito de mantener á toda costa el orden y la dignidad de aquella solemne reunión.



V

El primer contratiempo.

EN medio de aquel silencio y con la mayor atención de todos, después de agitar de nuevo la campanilla, y de hacer un triple saludo á los tres lados del auditorio, la presidenta se colocó los lentes sobre su enorme nariz, acarició el cabello con las manos y empezó á hablar con tono solemne y con voz estridente:

—Señoras, señores, amigas, compañeras. *¡Eppur si muove.* Este grito fatídico del gran Galileo, me sale espontáneamente del corazón al inaugurar la primera asamblea nacional italiana para la emancipación y rehabilitación de la mujer. Aquello que hace años parecía á los más ardientes defensores del feminismo internacional una verdadera utopía, esto es, la difusión y organización de tan grandiosa obra en Italia, hoy es un hecho realizado, y esta solemne asamblea lo prueba. Ciertamente es, que mis generosas cooperadoras, sin excluir á algunos egregios cooperadores, de quienes tenemos aquí un ilustre y dignísimo representante, han debido luchar contra dificultades, obstáculos y prejuicios formidables... Cuántas veces, ante la guerra encarnizada, desleal, fraudulenta promovida en todas partes; ante las insidias, las traiciones, las calumnias de nuestros enemigos

declarados ó de los falsos amigos; ante la apatía, la inercia y la inconstancia de tantas personas, cuyos intereses tratamos de reivindicar y defender, sentimos vacilar las fuerzas é infiltrarse en el ánimo la duda de que la obra, á cuyo triunfo dedicamos la vida, no estaba todavía en sazón y que aún no había sonado la hora de la libertad para la mujer italiana. Pero el hecho de hoy nos demuestra la bondad de nuestra causa. No buscamos otro premio que éste; por consiguiente, estamos contentas. Contentas de lo que hemos obtenido hasta ahora, y resueltas á continuar la empresa hasta el fin, cosa que habremos realizado cuándo hayan caído todas las cadenas que oprimen á la mujer, y cuando el hombre le haya reconocido todos sus derechos para la vida pública. No descansaremos, pues, sin desmantelar hasta la última piedra del viejo edificio erigido por el egoísmo del hombre para esclavizar á la mujer. Con una serie de conquistas y de victorias parciales, preparemos á nuestros hijos el triunfo final de la mujer libre é independiente del hombre.

—¿No es verdad?—exclamó alzando la voz, y levantando los ojos y las manos hacia las galerías;—no es verdad, oh amigas y compañeras, que no queréis ser esclavas, sino libres?

—¡Libres! ¡Libres! ¡Libres! gritaron desde la galería.

—¡Viva la libertad!.. ¡Vivaaa!

—¡Pues lo seréis!—replicó con energía la presidenta, sacudiendo la cabellera y alzando el puño en el aire. Vuestro entusiasmo me prueba que sois dignas de la Libertad. *¡Eppur si muove!*... El feminismo camina, avanza á pasos de gigante... Una mirada á la asamblea de hoy, á los astros que brillan en los palcos, á las flores gentiles que embellecen las butacas, á la formidable selva de las generosas hijas del pueblo que se estrujan en las galerías, nos indicó que todas las clases de la sociedad se apresuran á ingresar en la causa del feminismo y que su triunfo ya está próximo. A todas, pues, en nombre del comité organizador, envió las más expresivas gracias. Los gran-

des intereses de la emancipación de la mujer débil y esclava, están asegurados por la cooperación de todos, y pronto defenderá Italia entera el concepto feminista *integral*, que haremos fecundo con una serie de instituciones y de obras permanentes.

Tosió, estornudó, alargó el cuello como un pollo mojado, se ajustó los lentes, y después continuó tranquilamente.

—El propósito de esta primera asamblea nacional es el de trazar las líneas principales, determinando las bases de un programa de acción y organización en toda la península. Por eso mismo nuestra tarea actual se reduce á los tres puntos siguientes:

«1.º Razones generales que abogan en favor del movimiento feminista y razones especiales que prueban su necesidad en Italia.

»2.º Medios prácticos de acción para difundirlo en todas las clases sociales. Conferencias, obras científicas y populares, periódicos y hojas sueltas.

»3.º Constitución de Comités regionales y locales para la organización permanente del movimiento y la ordenación de la dirección central.

»Sobre el primer punto os hablará el ilustre diputado y publicista que nos honra con su presencia, el señor Brandini, caudillo invicto del socialismo en el campo científico y en la propaganda práctica. Su participación en la asamblea tiene una importancia extraordinaria, no sólo por el mérito del orador, sino también porque significa la íntima identificación del socialismo con el feminismo integral para redimir y rehabilitar al proletariado femenino.

»Sobre el segundo punto del programa hablará nuestra egregia vicepresidenta, la señora Sara Lisardi, profesora del regio liceo y presidenta de la sociedad protectora de animales. El amor y el entusiasmo con que esta excelente amiga mía abrazó la causa del feminismo, prestándole su apoyo inteligente y desinteresado, no obstante el enorme trabajo de sus infinitas ocupaciones, no sólo honra altamente su carácter y ánimo gene-

roso, sino que además ilustra dignamente la excelencia de la obra que traemos entre manos. Su cualidad de judía os demuestra que el movimiento feminista es en absoluto independiente de toda religión, y extiende como el sol los beneficios de su calor y de su luz sobre todos los que quieran librarse de las tinieblas y salvarse de la muerte.

»El tercero y último punto será desenvuelto, á ruegos de la presidencia, por la elocuente oradora señorita Olga Fiorini, secretaria del comité, estudiante de Medicina, joven en edad, pero rica en cordura, en conocimientos profundos y en propósitos enérgicos. En ella ve el feminismo internacional una de sus más bellas esperanzas, porque ella fué la primera en demostrar la perfecta igualdad del hombre y la mujer, no sólo en la carrera médica y quirúrgica, sino en las cosas más contrarias en apariencia, como la gimnasia, el tiro al blanco, el *sport* y el alpinismo. Á ella se debe además, en gran parte, la gran difusión de los juegos ingleses, entre las mujeres: *cricket*, *foot-ball* y *lawntennis*, y por tal medio la juventud femenina va recobrando aquella fuerza muscular que la tiranía del hombre nos había arrebatado.

»Después que los tres oradores hayan concluído de examinar tales temas, se abrirá discusión sobre el particular, y la presidencia tendrá mucho gusto en conceder la palabra á cualquiera que desee ilustrarnos con sus luces. Pero para que la discusión resulte ordenada, objetiva y fructuosa, conforme á la gravedad del argumento, se ruega á todos los presentes que no interrumpen á los oradores, porque en tal caso, la presidencia, aunque deseosa de que en nuestra reunión reine la más amplia libertad, deberá reprimir con mano fuerte cualquier abuso.

»Dicho esto, declaró abierta la primera asamblea nacional italiana para la emancipación y rehabilitación de la mujer.»

—¡Bien! ¡Bravo!—exclamó Brandini, creyendo que el prólogo de la presidencia había terminado.

—¡Bien! ¡Bravo!—las señoras y señoritas del comité, agitando para que ondeasen extrañamente las flores y las plumas de sus sombreros.

—¡Bien! ¡Bravo!—exclamaron con mal encubierta ironía los periodistas, haciendo señas con la cabeza á las gentes de las galerías como para decirles: «Ahora os toca á vosotros».

Y las galerías respondieron con un estrépito terrible de aplausos y gritos.

Pero la presidenta no quiso renunciar al argumento final. Por lo tanto, irguiéndose enérgicamente, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Señoras, señores, amigas, compañeras!

Restablecida un tanto la calma, concluyó:

—Cuando el gran ciudadano de Pisa lanzó su célebre frase: *¡Eppur si muove!* el mundo, esclavo de la superstición, maldijo su nombre, y la Curia Romana le condenó al tormento y á la abjuración. Pero hoy todo el mundo bendice su nombre y la Ciencia ha condenado á la Curia como enemiga de la civilización. Lo propio ocurrirá con el feminismo *integral*. Execrado ayer, militante hoy, mañana llenará los ámbitos del Universo con sus victorias y sus triunfos. Á vosotras, ¡oh generosas, hijas del pueblo, que, como ángeles tutelares, velais por la gloria de esta reunión, á vosotras corresponde la misión gloriosa de apresurar la llegada de aquel día en que no seréis esclavas, sino libres, no esclavas ni animales de carga del hombre, sino iguales á él, ó por amor ó por la fuerza!

El efecto de estas últimas palabras fué tal que estalló una triple salva de aplausos en las galerías, acompañados de los gestos y de los gritos más hostiles contra las señoras y señores de los palcos.

El tumulto empezó de nuevo.

Pero la presidencia lo dominó haciendo resonar ruidosamente la campanilla. Y luego dijo con acento solemne:

—Ábrese discusión sobre el primer punto de la orden del día.

Entonces una voz estentórea gritó:

—Pido la palabra.

Todos se volvieron á mirar hacia un palco segundo de donde había salido la voz. La presidenta dirigió hacia él sus lentes, y vió al diputado Terziglio, abogado y publicista de fama y adversario político de Brandini, con el cual había roto muchas lanzas en el Parlamento y con quien en aquellos días estaba tratando una cuestión de honor por medio de padrinos.

La presidenta después de lanzar una mirada expresiva á Brandini, dijo con acento seco y resuelto:

—He declarado ya, que no concederé la palabra á nadie hasta que hayan terminado de hablar los oradores, es decir, un orador y dos oradoras.

—¡Un gallo y dos gallinas! exclamó una voz en la galería, en medio de una sonora carcajada de toda la asamblea. Pero la señora Schwitzer añadió bizarramente:

—Y únicamente sobre los temas tratados en los discursos.

Pero el abogado replicó, recalcando las palabras:

—Pues yo pido la palabra, toda vez que la presidencia ha terminado su discurso de introducción y *únicamente* sobre el tema tratado por ella.

—¡Que hable! ¡Que hable! ¡No! ¡Sí! ¡Bravo Terziglio! ¡Abajo Terziglio! ¡Fuera el interruptor! ¡Dejadle hablar! se gritaba confusamente de todas partes.

Por último, el postrer grito prevaleció y hubo que dejarle hablar. Ello fué obra de los periodistas, que colocados detrás de la presidencia, podían entenderse impunemente con el pueblo soberano de la galería, obteniendo que la voluntad popular se impusiera á la presidencia y á toda la asamblea.

La señora presidenta se vió, pues, obligada á transigir para no comprometer el buen éxito de la jornada. Y el abogado empezó á decir:

—Sólo diré unas cuantas palabras sobre el discurso de la

presidencia. No trato de tomar parte ni en pro ni en contra del feminismo, sino solamente rectificar algunas aseveraciones erróneas y juicios falsos, en honor de la verdad, sin la cual el feminismo, en vez de emancipar y rehabilitar á la mujer, podría llevarla á la ruina. Ante todo deploro que la presidencia haya cometido un error mayúsculo, atribuyendo á Galileo el epifonema *eppur si muove* y acusando á la Iglesia de haberlo atormentado. Ahora saben ya hasta los chiquillos de la escuela que ni una cosa ni otra tienen el menor fundamento. Ninguno que me conozca podrá tacharme de parcialidad por la Curia Romana ó de tendencias clericales; pero precisamente por esto tengo el derecho de deplorar que se falsee la historia, enañando la credulidad del pueblo, porque su misma incapacidad para rectificar errores, impone á quien quiere instruirle la grave responsabilidad de no alterar la verdad.

A estas palabras las amigas de la presidenta empezaron á agitarse en sus asientos nerviosamente, y más que todas la presidenta que parecía atacada del baile de San Vito.

Pero el abogado continuó, dominando con su voz de barítono toda la asamblea:

—La presidencia ha declarado además que la meta del feminismo consiste en romper todas las cadenas que esclavizan á la mujer, para obligar al hombre á reconocer su igualdad en todos los derechos y en todas las funciones de la vida pública. Dada la fascinación que ejercen hoy sobre todos los espíritus las promesas de libertad y de igualdad en los derechos, yo supongo que la presidencia ha empleado estas frases para hacer efecto; pero yo le pregunto en qué cosa es hoy la mujer esclava del hombre y de qué cadenas debe libertarla el feminismo. La señora presidenta, así como las señoras que la rodean, no sienten con seguridad el peso de semejante esclavitud, y esto es tan exacto, que todas ellas pueden vivir como les place, solas ó acompañadas, permanecer solteras ó casarse y hasta hacer

concurrancia al hombre en muchas profesiones y oficios.—¿Qué más quieren? ¿La perfecta paridad en todos los derechos y en todas las ocupaciones de la vida pública? Pues esto es absurdo... ¿A que no se atreve á predicar tales absurdos en Alemania la señora Schwitzer? Nosotros, italianos, le deberíamos gratitud, si en lugar de adoptar el tipo falso y ridículo de la mujer emancipada, que á nuestro modo de ver es monstruoso y burlesco, abogase en defensa de la sana feminilidad que defienden las prudentes matronas alemanas.

Hasta este momento el orador había hablado sin incidentes. Bajo el influjo de su voz robusta y simpática, las mismas galerías se habían mostrado tranquilas, como las gallinas al canto del gallo; sólo el grupo de la presidencia se veía agitado, especialmente la propia presidenta, cuyo rostro se congestionaba por el efecto de la indignación, lanzando á Terziglio miradas relampagueantes de ira que hubieran aterrado á un orador novicio; las otras señoras de la presidencia se sonreían, alzaban los hombros, y hacían otros gestos que hubieran aterrado á otro orador menos aguerrido. Brandini se había inclinado muchas veces hacia ella, evidentemente para aconsejarla que no perdiese la serenidad.

No obstante cuando el orador se permitió la última burla contra la señora Schwitzer, llamándola por su nombre, ésta se revolvió hacia el abogado con un gesto tan trágico que hizo reír sonoramente á toda la reunión. Luego rugió con acento de rabia mal comprimida.

—Rechazo esa odiosa injuria personal que no hace honor á un hombre del foro y á un miembro del Parlamento. Le privo de la palabra.

—¡Ya había concluído!, exclamó Terziglio, y se ocultó en el fondo del palco entre el rumor de una carcajada general.



VI

Arenga é intermedio.

SUFRIDA valerosamente la primera escaramuza, la señora Schwitzer se sintió en lo sucesivo dueña del campo. Orgullosa y satisfecha de sí, estaba dispuesta á desafiar cualquier nuevo asalto. ¿Y cómo no? Con un acto de energía viril había quitado la palabra á un abogado y diputado de tanta fama, obligándole á ceder el campo. Había defendido la dignidad presidencial, la majestad de la asamblea y la causa del feminismo. Y ahora Brandini, con su gran discurso, que debía constituir un verdadero acontecimiento en la historia del feminismo, coronaría su triunfo.

Brilló, pues, su rostro de alegría, se irguió con fiereza y con una sonrisa de inefable ternura, volviéndose hacia su fiel aliado, le dijo:

—Ahora le toca al señor Brandini la tarea de desarrollar el primer tema de la orden del día: «Razones generales y especiales en pro del movimiento feminista.»

El orador se levantó, y con voz de trombón, ocultando el pulgar bajo la sisa del chaleco y con los otros dedos repicando sobre el pecho como si tocara el tambor, comenzó su discurso.

¡Compañeras! En el mundo nada ha sido *hecho*, todo *deviene*. El *hacer* ó el crear, por ley necesaria ó por libre albedrío, no es más que un concepto abstracto de cerebros degenerados, concepto al que nada corresponde en la naturaleza. El *devenir*, esto es, el transformarse aquello que ya existe con el continuo cambio de fuerza ó de materia, he aquí el fenómeno que explica todos los misterios de la naturaleza, todos los problemas de la vida, todos los acontecimientos de la historia. Así como los embriones de los mamíferos son en su principio todos iguales, también el embrión humano recorre, en su desarrollo, todas las etapas intermedias de la vida orgánica hasta alcanzar la suma perfección en la generación del hombre. Del mismo modo el primer plasma, por un proceso infinitamente largo y lento de evolución, dió origen á todos los vivientes desde el último animal hasta el hombre.

Y como éste obtiene con la selección artificial mayor variedad de especies vegetales y animales, así también la naturaleza, con la selección natural, obtiene nuevos organismos cada vez más perfectos.

Las leyes que determinan esta evolución infinita son: la lucha por la existencia, en que sucumben los más débiles y sobreviven los más aptos; el uso ó desuso de los órganos, por el cual el primero los perfecciona y el segundo los destruye; la selección sexual que en la propagación de la especie favorece á los más fuertes y á los más bellos; las condiciones del medio ambiente en que vive el ser orgánico, y el atavismo ó la herencia con cuyo auxilio transmiten los progenitores sus cualidades á los descendientes.

Esta gran concepción del mundo orgánico, creada por el genio de Dárrwin, perfeccionada por Haeckel con el *monismo embriológico* y también con la *perigenesis de las plástidulas* en el evolucionismo universal, desde el átomo al hombre, fué aplicada por el genio de Spencer al orden moral y por el de Marx

al campo social. De manera que en lo sucesivo Darwin, Spencer y Marx nos dan la explicación sencillísima de todos los problemas de la naturaleza, de la vida, de la sociedad. Aplicadla á la condición física, moral y social de la mujer frente hombre y, con intuición maravillosa, habréis explicado el problema del feminismo, abarcando con una mirada todas las razones que abogan en su favor en el presente estadio de la evolución.

—Basta, basta, por compasión, siento ahora gritar, no al público del *Politeama*, sino á mis pacientes lectores, y especialmente á las lectoras. ¿Por qué no suprime usted las garrulerías de Brandini?

Me disgusta tener que pasar en silencio esta obra maestra; pero me veo obligado á inclinar la cabeza ante este mandato. Quien manda, manda.

Sólo diré, pues, que el orador socialista, con una espléndida exposición de biología histórica y comparada, derivó la razón científica fundamental del feminismo de la inversión del proceso evolutivo; según él la selección natural que hasta ahora ha sido favorable al hombre, comienza ya á favorecer á la mujer, reconduciendo al mundo orgánico, como dice el profesor Emery, citado por Lombroso, á la condición primitiva, es decir, al predominio de la hembra.

—De igual modo—gritó entre los aplausos delirantes de las galerías—que asciende el proletariado contra la burguesía explotadora y está ya próximo á arrancarla el poder, así asciende la mujer esclava contra el hombre tirano y está próximo á romper sus cadenas.

Excitó después á las mujeres del pueblo para que se organizaran con el objeto de crear una nueva ley atávica que deberá transmitir á la posteridad el tipo redimido de la mujer igual ó superior al hombre. Fulguró anatemas sobre el monopolio del hombre sobre la mujer llamándolo «la sanción legal de la prepotencia masculina.» Trazó la historia de la mujer al través de los

siglos y la calificó como un prolongado martirologio. Recordó el matrimonio por captura, la poliandria y la comunidad de mujeres, la poligamia, los pieles rojas, los mercados y los serrallos turcos y embrutecimiento persa y la degradación china. Flageoló el ascetismo cristiano, que ha condenado á la mujer al parasitismo moral. Con los datos más seguros de la anatomía comparada y de la estadística, destruyó la quimera de la supuesta inferioridad de la mujer. Aludió á la futura evolución de la familia cuando, conforme con el principio de la división del trabajo, el cuidado de la prole, será confiado á la colectividad, librando á la madre de tal peso insoportable: ¡un verdadero *via crucis* que acaba con la muerte en la cruz!

Cuanto más avanzaba el orador en su discurso, mayor vehemencia había en sus palabras, más vibrante y más poderosa era su voz y mayor entusiasmo despertaba en las galerías, que retemblaban entre el estrépito de los aplausos.

Cuando llegó á hablar de la mujer madre, sus palabras fueron todas de fuego, todo gesto un rugido de furor, y todos sus argumentos coreados con aplausos formidables.

Recordó entre otros hechos, el de la viuda Rousseau, ocurrido en París en 1895, y referido entonces por todos los periódicos de Italia, sin que por ello cesaran ni poco ni mucho las injusticias sociales que lo habían determinado. El marido de aquella infeliz había muerto en el Tonkin, dejándola sola para atender al cuidado de su anciano padre y de tres niños. El 11 de Marzo, privada de recursos para pagar el alquiler, abandonó la buhardilla en la *Rue Charbonniers*, donde vivía con las dos hijas, mientras el niño estaba con el abuelo, y fué á pié hasta Charenton para colocar las niñas bajo el amparo de una familia piadosa. No encontró en casa á nadie y se marchó, por lo tanto, desesperada hasta que la encontró el señor Messelot, sentada con las dos pequeñas sobre un banco del Quais de Bercy. Movidó de compasión ante tanta miseria, el buen

hombre se sentó á su lado, escuchó su historia dolorosa y la llevó á un restaurant donde la vió comer con hambre canina, y dándole tres francos y prometiéndola ayudarla en lo porvenir. Pero no le vió más. Dejó, pues, su habitación el 11 de Marzo; del 12 al 24 pasó la noche en el asilo; pero, y ¿después? No llegó á saberse nada. El señor Masselot, declaró además, al comisario, que la señora Rousseau era planchadora y que hacía tres meses que no tenía trabajo. La directora de un asilo nocturno depuso también que desde el 12 al 24 de Marzo había venido á pernoctar, aterida de frío, llevando en los brazos á las dos pequeñuelas. El 1.º de Abril se encontraron los cadáveres de las pobres criaturitas en el Sena; el cadáver de la madre, más pesado, permaneció en el fondo del río. ¿Quién es capaz de imaginar la desesperación de aquella pobre martir desde el 24 de Marzo, hasta que decidió arrojarse en el Sena con sus dos niñas? El señor Masselot declaró también que era alta de estatura, seca y apergaminada por el hambre, y que tenía los ojos brillantes por la fiebre.

—He aquí, añadió el orador, he aquí uno de los mil ejemplos del pérfido egoísmo con que la burguesía, engrasada con la sangre del pueblo, demuestra su soberanía. Soberanía nefanda por la cual los hijos del proletariado se ven condenados por el militarismo á inmolar á sus hermanos, por la prostitución, á inmolar sus hijas al tráfico nefando de la esclavitud blanca, por la ley brutal de los salarios á inmolar los padres á la tiranía del industrialismo, y las madres, por la indiferencia de una sociedad embrutecida en el individualismo, precisadas á suicidarse con los propios hijos. ¡Y luego todavía se atreven á predicar los deberes de la maternidad! ¡Hipócritas! ¡Traidores! ¡Vampiros del pobre pueblo, explotadores de carne humana!...

Aquí el orador fué bruscamente interrumpido por el delegado de la autoridad, quien viendo crecer el entusiasmo, hasta llegar al delirio y al tumulto, se había acercado á la mesa presiden-

cial, para rogar á Brandini que no excitase de este modo los odios de clase.

—Esté usted tranquilo, señor delegado, le dijo afectuosamente el orador. No estamos en una reunión de obreros revolucionarios, enemigos de las instituciones, sino en medio de pobres mujeres, hijas generosas del pueblo, que llorarían de compasión si le diesen un arañazo. Por otra parte, mi discurso ha concluído. A vosotras, por tanto, me dirijo, con la última palabra, ¡oh pobres víctimas del egoísmo burgués! A vosotras me vuelvo para invitaros á que rompáis las seculares cadenas que os oprimen. Sed conscientes de vuestra fuerza y de vuestros derechos, y resultaréis libres. Tened conciencia de vuestra propia fuerza y de vuestros derechos, y destruiréis la tiranía del hombre; seréis libres, seréis autónomas, iguales en todo y por todo, dueñas de vosotras mismas, de vuestro corazón, de vuestra vida; no debéis ligaros más á ningún hombre, á no ser en condiciones análogas y en plena libertad de elección. La igualdad del trabajo os dará la independencia personal; la organización del sexo os abrirá todas las conquistas del porvenir, como la organización de clase ha roto ya las cadenas del proletariado y está á punto de poner en sus manos la suerte de la sociedad. Sí; el socialismo, igualará al hombre con el hombre; el feminismo igualará al hombre con la mujer; y reunidos entrambos en un solo programa, todos gozaremos el paraíso en la tierra.*

Salvas fragorosas de aplausos, acompañadas de gritos agudos y de voces argentinas, estallaron en todas partes, especialmente en las galerías, cuando el señor Brandini concluyó su arenga.

Luego recomenzó la charla más tumultuosa y animada que antes.

En medio de ella se oyó una voz ronca que repitió muchas veces: ¡Pido la palabra! Parecía una voz masculina y, sin em-

bargo, era de mujer. En la mesa de la presidencia resonó un largo repiqueteo de campanilla á que siguió un silencio universal. Todas las cabezas se volvieron hacia el fondo de las butacas, donde una mujerona, con rostro y ojos de brasa, vestida de amazona, y con un látigo en la mano se había puesto en pie sobre una silla, y trataba de hablar.

También la presidenta había dirigido sus lentes hacia aquella parte, no tardando en reconocer en la amazona á una anarquista furiosa, y ya dudaba en concederle la palabra, cuando la anarquista, aprovechándose del silencio que reinaba en el teatro, gritó, blandiendo en el aire el látigo que llevaba en la mano:

—¡Hijas del pueblo, bestias de carga, carne vendida, limones exprimidos, esclavas, escupideras vivientes de la barbarie masculina! No os dejéis influir ni por los socialistas, ni por los feministas, que os mecen con vanas teorías, para aletargaros como á los niños en vuestra degradación, y recoger la herencia maldita de la burguesía explotadora. No creáis tampoco en las mentiras del evolucionismo de la lucha de clase y de sexo, de la selección y de la organización, para reivindicar vuestros derechos; la organización del socialismo os hará esclavas del hombre proletario, mil veces más brutal que el burgués; la organización feminista os hará instrumento de las mujeres privilegiadas, doctoras, médicas y abogadas, charlatanas orgullosas y tiranas, aristócratas encubiertas, mucho peor que los hombres. ¡Afiliaos en el anarquismo! Proudhon lo ha dicho: «la democracia es el odio, y el odio, es el mal.» Lo han dicho y probado con su propia sangre nuestros mártires. La anarquía es el amor, y el amor es el bien. La destrucción es la creación. Por eso la verdadera libertad de la mujer no puede surgir más que del caos...

Mientras nuestra amazona, con acento ronco, pronunciaba gritando estas palabras, acompañándolas de ciertos ademanes

enérgicos, como si quisiera aplastar con el puño á todos los enemigos de la anarquía, del proscenio, de los palcos, pero sobre todo, de las butacas, surgió un murmullo siempre creciente que presto se transformó en un griterío horrendo, verdadera imagen de aquel *caos* con que la oradora había debido por fuerza acabar su arenga.

La presidenta, asustada por la audacia de aquella furia, y del tumulto que había producido, se puso en pie, inmóvil y erguida, como un escollo en medio de la tempestad, sin acordarse siquiera de agitar la campanilla que tenía en la mano. Había perdido la chaveta, como suele decirse, y ya no sabía á que santo encomendarse. Los periodistas, alegres como unas pascuas, gozaban con delicia de aquel espectáculo feminista. Su buen humor había calmado el pánico que se había apoderado de las señoras de los palcos. El miedo, trocado en risa, se comunicó á todo el teatro. Desde las galerías chillaban.

¡Viva! ¡Muera! ¡Abajo la anarquía! ¡Basta! ¡Fuera! ¡Está borracha! ¡Está loca! ¡Las locas sois vosotras! ¡Estúpidas! ¡Dejadla hablar! ¡Sí! ¡No! ¡Echadla fuera!... ¡Fuera! ¡Fuera!

Este último grito acabó por prevalecer, y entonces el delegado, seguido de dos policías, hizo salir á la anarquista. Una salva de aplausos demostró que el pueblo soberano del sexo femenino estaba satisfecho.

Retornada la calma, desde un extremo de las butacas tomó la palabra una comadrona, de gran fama, notable por su actitud equívoca con el mundo aristocrático. Tenía los ojos hinchados, la mirada hosca, el color de ictericia. Con voz apagada dijo:

—He oído hablar aquí de la madre de familia, como si esto fuese un título honorífico para la mujer. Protesto de que eso no es verdad. También yo he tenido hijos y estoy lejos de gloriarme de ello. El puesto de honor, que se concede en los países católicos á la madre de familia no es más que un efecto de atavismo de la *Madonna*. La Venus de Milo del Louvre es mu-

cho, mucho más bella que la *Madonna* y por mí más venerada, por más que no tenga ningún niño en brazos, toda vez que carece de ellos. Propongo, pues, que en la reunión próxima se proclame no sólo el amor libre, sino la libre maternidad, como medio radical para la total emancipación de la mujer.

Á estas palabras siguió un tumulto infernal, mayor aun que el anterior.

Agrupadas en torno de la comadrona, un grupo de amigas, sostenían fieramente las razones de ésta, contra la mayoría, horrorizada por sus blasfemias.

Cuando el ruido se amortiguó un poco, el timbre de una voz metálica gritó desde un palco del primer piso.

—¡Pido la palabra!



VII

Ataque fallido.

LA presidenta, que después de los últimos tumultos, había perdido la serenidad y hubiese negado de buena gana la palabra á todos, miró cautelosamente hacia el lugar de donde había salido aquella voz, reconociendo, con asombro, en un palco proscenio, próximo al escenario, á Lironi, profesor de Economía política en la regia Universidad. No obstante, venció su extrañeza como mejor pudo, y le concedió la palabra.

—No haré más que algunas breves observaciones al discurso del señor Brandini, comenzó diciendo el profesor. Él propone el evolucionismo orgánico y biológico como el fundamento científico del evolucionismo social y del feminismo. Para ello dice: «Nada se ha hecho, todo *deviene*. La creación es un absurdo, la transformación ó la evolución explica el origen de todas las cosas y de todos los fenómenos de la vida.» Si nada se ha hecho, la materia es eterna, esto es, sin principio; si todo *deviene*, los varios grados de vida vegetativa, sensitiva y humana, se han desarrollado, por una serie infinita de transformaciones, de la materia inerte é inorgánica. Por lo tanto el ora-

dor socialista, haciéndose hoy abogado del feminismo, quiere que las mujeres renuncien á la fe en Dios, creador omnipotente y pródigo gobernador del cielo y de la tierra, para imponerles sus dos prodigiosos actos de fe: el uno, el de la materia bruta que existe por sí, sin depender de ninguna cosa; el otro, en el origen del movimiento de aquello que no se mueve, de la vida de aquello que está muerto, de la inteligencia de aquello que no entiende, del orden en el caos. A cambio de la fe en Dios se quiere la fe en la materia eterna y omnipotente, para rehabilitar al proletariado con el socialismo y á la mujer con el feminismo.»

Mientras el profesor hablaba de este modo, el pueblo soberano de las galerías no mostraba ningún deseo de escucharle con atención. Se charlaba en alta voz para apagar sus palabras. Aquí y allá se estornudaba ruidosamente, provocando la hilaridad general.

Pero el orador, continuó sin descomponerse:

—Haced, pues, estos dos actos de fe, oh, mis excelentes obreras, ya que vosotras sois las que debéis resultar doblemente emancipadas, con el socialismo como trabajadoras y con el feminismo como mujeres. Pero antes recordad el famoso cuento del huevo y de la gallina y permitid que yo os pregunte si en la transformación de las varias especies el primer huevo, ha salido de la primera gallina, ó la primera gallina del primer huevo. ¡En ambos casos tenemos un hermoso milagro de la evolución; un huevo que no procede de la gallina ó una gallina que no sale del huevo! ¡Milagro extraordinario, especialmente para los evolucionistas que ni siquiera admiten la posibilidad del milagro y todo lo explican por leyes ordinarias de la naturaleza!

¿Pero no es enteramente contrario á las leyes naturales que el huevo no proceda de la gallina, ni ésta del huevo? No, responden los evolucionistas, porque ese huevo y esa gallina han pasado por infinitos estadios intermedios, antes de alcanzar la

forma presente. ¿El uno y la otra, ó ambos? Y si es uno sólo, ¿cuál de los dos? ¿Y por qué uno sí, y otro nó? Si es el huevo, ¿en qué consiste que una substancia tan imperfecta, y que en sí no tiene nada de orgánico, proceda un ser tan perfecto como el pollo, que apenas salido del cascarón comienza á picotear el alimento? Si es la gallina, ¿en qué consiste que un animal tan perfecto proceda de un ser tan imperfecto como el huevo? ¿Cómo se explican estos dos saltos, uno hacia adelante y el otro hacia atrás en la escala de la evolución? Si todo se debe á ella, ¿dónde están los rastros y las pruebas de semejantes transformaciones? ¿Por qué, desde hace cinco mil años, los estudios de la moderna geología nunca se ha demostrado por confesión terminante de Virchow, en el Congreso antropológico de Viena de 1889, la supuesta transformación de las especies? ¿Por qué también en el Congreso de los naturalistas, verificado en Múnaco en 1877, este ilustre sabio declaró que no existía un solo hecho positivo para justificar la hipótesis de la generación equivocada ó espontánea; es decir, el paso evolutivo de lo inorgánico á lo orgánico? ¡Cuántos misterios!

Pero vengamos al nervio del argumento. La selección natural, hasta hoy favorable al hombre, lo será en lo sucesivo para la mujer; luego la superioridad de ésta queda asegurada. El señor Brandini ve correr al galope la evolución y la selección, mientras una y otra marchan, si es que existen, á paso de tortuga. La biología lo demuestra...

Evidentemente el bravo profesor se volvía temerario ante semejante público. Su tono frío y acompasado de catedrático aumentaba las antipatías de la concurrencia. Crecía, por lo tanto, el rumor del público y la confusión llegaba hasta el punto que apenas si los espectadores más próximos á él, lograban entender el sentido de sus palabras; de aquí que la presidencia se mostrase muy satisfecha, sin cuidarse de imponer el orden, ni de recomendar la calma y el silencio. Pero el orador, absorto

en sus pensamientos, continuaba impertérrito, en medio de aquel estrépito con la misma tranquilidad que si se dirigiera á sus discípulos.

No obstante, cuando recordó el juicio de Moebius y de otros sobre la inferioridad fisiológica y mental de la mujer, una silba formidable salió de las butacas y se difundió por todo el techo.

El impenitente profesor esperó á que pasara la tormenta y luego continuó con la misma flemma:

—Me disgusta que me hayáis entendido mal. No he citado á Moebius más que para rectificar sus opiniones, porque aun cuando se demostrara la inferioridad del desarrollo cerebral de la mujer, no se podría deducir ningún argumento de ello contra la inteligencia femenina, la cual inteligencia es una facultad del espíritu, y por lo mismo independiente de la mayor ó menor densidad del organismo corpóreo.

Pero no puedo decir lo mismo, cuando él sostiene que obligar á la mujer á la idéntica actividad mental se torna en perjuicio de la procreación, y que la verdadera maternidad y las labores mentales serán siempre incompatibles entre sí. Otro ilustre sabio de Tolosa, en sus *Conflictos inter-sexuales y sociales* ha reunido una infinidad de hechos, sobre las profesiones que pudiera desempeñar la mujer sin desatender el gobierno de la familia y los medios para evitar la prostitución en Francia. A esta noble tarea de rehabilitación física y moral de la mujer, debiera dedicarse la obra del feminismo, en lugar de trastornar su cerebro con vanos juegos de retórica sentimental, que promueven y alimentan un fanatismo tanto más funesto, cuanto la mujer está más expuesta que el hombre á la exaltación y al desequilibrio mental.

Nuestro Cardosi, en sus *Cuestiones familiares* demuestra con gran copia de razones, que hasta con una forma económica diversa de la actual por la abolición de la propiedad privada y de las clases sociales, no podrá cesar nunca la necesidad que tie-

nen los hijos de ser protegidos y educados por sus padres, para llegar á vivir como conviene á la sociedad civil, pues la convivencia de la sociedad conyugal es indestructible y se forma por ley natural, por una necesidad biológica no peculiar á la especie humana, sino común á todas las familias animales.

Dicho esto, concluyo con Bossi, en su bellissimo ensayo sobre la *Delincuencia femenina en Nápoles*, que mientras los cuidados de la maternidad ocupen gran parte de la vida de la mujer, será imposible que ella pueda hacer victoriosa concurrencia al hombre, en las luchas de la vida. Rechazo el juicio demasiado severo de Moebius, que quisiera suspender todas las escuelas femeninas, considerándolas inútiles; pero no puedo menos de convenir con el del primer alienista moderno Kraft-Ebbing que le dice: «Sembráis el histerismo.»

La perfecta paridad de la mujer con el hombre y su verdadera emancipación no consisten, de ningún modo, en *virilizarla* contra su naturaleza, para hacer de ella una verdadera caricatura masculina, sino en cultivar y desarrollar su feminidad y su maternidad, donde residen su reino, su dignidad y la paz y en dominar al hombre con la soberanía del corazón. El hombre y la mujer son como un cofrecillo con dos llaves; sólo con ceder al hombre la llave de la mente, puede poseer la esposa la llave del corazón.

Desde lo alto de las galerías, frente por frente del profesor, se oyó un agudo maullido, al cual siguieron otros muchos con grandes carcajadas finales.

Pero el incorregible profesor siguió impávido en su arenga:

—Si mis gentiles oyentes no aceptan la autoridad de los escritores citados, porque todos ellos tienen la culpa enorme de ser hombres, querrán al menos aceptar la autoridad de una mujer, es decir, la de nuestra genial *Neera*, la cual, en sus *Ideas de una mujer*, confirma todas las opiniones de aquéllos contra la doctrina de la emancipación. Para ella el problema del femi-

nismo no puede ser resuelto más que por un acrecentamiento de la feminilidad. Elocuente, sincera, conmovedora, es la elocuencia con que defiende la feminilidad de la joven, de la esposa, de la madre, la dignidad del tálamo y de la cuna contra sus torpes impugnadores.

A sus hermanas en Eva, seducidas por el brillo de la gloria, les muestra el reverso de la medalla; á aquellas que se agitan por una instrucción igual á la del hombre, les recuerda las palabras de Isabel de Austria: «Entregándose demasiado al estudio la mujer desampara una parte de sí misma.» A la dificultad en que se encuentran todas las mujeres de ser madres, responde que todas debieran serlo; porque es preferible un matrimonio, aun poco feliz, á una existencia solitaria entre los placeres y el estudio. A las mujeres que no han dado á luz, entre dolores, al hijo de las propias entrañas, dice: «Concebid moralmente; sed madres de un huérfano; sed maternas con el amigo, con el delincuente. El mundo tiene necesidad de educadores. La mujer que sabe educar, que desarrolla un alma, es madre aunque sea doncella; ocupa, pues, la primera dignidad feminil.»

El más dichoso poema es el de una madre.

Desde este punto de vista confieso que prefiero el feminismo de Vicente de Paúl, que ha poblado el mundo de hijas y de hermanas de la Caridad (cuyo corazón, como dice sublimemente Dumas, es inmensamente más fecundo que el útero materno), al feminismo *integral* que defiende en Italia la señora Schwitzer.

Esta y otras muchas cosas más dijo el profesor Lironi, entre las protestas cada vez más ruidosas del público. Ni habría cesado todavía de hablar, si al fin, no se hubiese dado cuenta de que le era imposible continuar.

Su discurso fué un verdadero desastre... Ni un bravo, ni una palmada, sino un rumor de exclamaciones irónicas coreó sus últimas palabras.

Para dominar el ruido fué preciso que la presidencia agitase

una porción de veces la campanilla; mientras tanto el estado mayor también tomó parte en la tarea de calmar aquella borrasca terrible.

Finalmente se restableció el silencio. El efecto de tanta energía fué rápido. Todos contenían hasta el aliento.

En su rectificación, el Sr. Brandini declaró ante todo solemnemente, que no valía la pena de responder á las divagaciones pseudo-científicas del *ilustre* Lironi, porque así se relacionaban con sus argumentos como los elefantes con los micos. Y pasándose la mano por los cabellos, recalcó con gran energía los puntos principales de su arenga, afirmando sus pruebas en nuevos hechos sociales.

Y luego concluyó majestuosamente:

—Salid, pues, ¡oh hijas generosas del pueblo!, del envilecimiento á que os ha condenado la tiranía del hombre egoísta; despertad en vuestros pechos la conciencia de la dignidad conculcada y la llama de vuestras imprescriptibles reivindicaciones. Uníos, organizaos en el gran ejército del feminismo nacional é internacional. Imitad al socialismo en romper el yugo que os oprime, cread un nuevo orden de principios y de hechos, en el cual no haya ni siervos ni amos, ni verdugos ni víctimas, sino todos iguales, todos hermanos y hermanas.

Sí, todos iguales en derechos y deberes, hermanos y hermanas en la comunidad del trabajo y en la unidad del amor. No más la mujer encorvada bajo el peso de la tiranía del hombre: no de rodillas sino en pie; no ya encarcelada entre cuatro paredes, sino la mujer libre, la mujer orgullosa y consciente de su dignidad y de sus derechos, la mujer soberana; no es, en suma, la mujer de la escoba, la bestia, sino la mujer franca, la mujer consciente de su dignidad y de sus derechos. En nombre, pues, del proletariado, de quien constituyen las mujeres la parte más gentil y más delicada, yo proclamo en esta solemne reunión la soberanía de la mujer, y declaro que el socialismo concederá

siempre al feminismo todo su apoyo material y moral, para el triunfo de sus comunes ideales.

Esta última soflama produjo gran efecto. El pueblo soberano de las galerías, como movido por una descarga eléctrica, prorrumpió en una estruendosa ovación que se prolongó durante varios minutos. La presidenta que, hasta aquel momento, había temblado por el éxito del gran duelo oratorio, abandonó radiante de alegría su sillón, para felicitar á Brandini. El público, que estaba un poco cansado de aquella interminable discusión, una vez terminados los aplausos y los vítores al orador socialista, recobró de nuevo sus derechos de innata locuacidad.

Era tal el murmullo, que parecía que se había echado el telón después del último acto, cuando se aguarda la farsa.



VIII

Epílogo y farsa.

EN medio de aquel rumor, el profesor Lironi trató de volver á la carga gritando á voz en cuello:

—¡Pido la palabra!

Todos se volvieron hacia aquella parte. Hubo un momento de estupor; pero de pronto estalló la tempestad. Se oyeron voces secas, agudas, nerviosas.

—¡No, no, no!

—¡Basta, basta!

—¡Ha hablado demasiado!

—¡Que vaya á que le aplaudan los clericales!

—¡Abajo los profesores!

—¡Que se vayan á hacer calceta!

—¡A que le aplaudan!

—¡Viva el feminismo!

—¡Viva Brandini!

—¡Viva la señora *Svizera!*

—¡No, *Schicaara!*

A este doble destrozo de aquel nombre ilustre, la hilaridad

se comunicó, como una sugestión fatal, al propio séquito de la presidencia. Hasta parecía que reían las figuras pintadas en el techo y los mascarones de las cornisas. En medio de aquella algazara, sólo la Presidenta, estaba seria, orgullosa é impasible, como si debiera ella realzar la dignidad de la asamblea y salvar su decoro.

Cuando se levantó afortunadamente la señora Lisardi, vicepresidente de la asamblea, que como hemos dicho debía hablar sobre el segundo artículo de la orden del día, y hacer uso de toda su experiencia profesional como profesora del Liceo, creyó llegado el momento de poner un poco de orden en aquella barahunda y asegurar, con un acto de energía, el éxito final de la jornada.

Hizo, pues, resonar largamente la campanilla, añadiendo con el mango de bronce una tempestad de golpes sobre la mesa. Habiéndose restablecido el silencio, Sara, en acento vibrante y solemne, dijo:

—¡Tres horas hace que estamos discutiendo y aun no se ha agotado siquiera el primer punto del programa! Las razones generales que abogan en favor del feminismo internacional, han sido expuestas brillantemente por el ilustre orador señor Brandini, y los esfuerzos del profesor Lironi, para refutarlas, no sirvieron más que para probar mejor la evidencia de ellas. La discusión fué libre, serena, objetiva y para nosotros triunfante. Un verdadero plebiscito de entusiasmo y de aplausos ha coronado el éxito de nuestros esfuerzos. ¡El feminismo existe Ninguna fuerza en el mundo podrá impedir su marcha triunfadora. Felizmente hemos salido á la luz del sol, hemos desplegado nuestros bajeles, y vamos conscientes á la conquista de nuestros ideales. O el hombre declara que la mujer le es igual en todo y por todo, ó la mujer lo hará prevalecer contra él.

Aplausos ruidosos. Gritos de entusiasmo en las galerías. Agitación en todo el teatro.

La profesora agita la campanilla, extiende el brazo para imponer calma; y después continúa:

—Los aplausos, amigas mías, nada valen si no van seguidos por hechos. Permaneced dignas, tranquilas, y dejadme recoger el hilo de nuestra discusión, para determinar el éxito y asegurar los efectos de la actual Asamblea. Mañana leeréis en los periódicos de todos los colores, que ésta ha sido una verdadera mascarada. Dejadles hablar, pero no deis motivo para que censuren con razón. Calmaos, pues, y escuchadme, si quereis que esta reunión dé todos sus frutos y se llegue pronto á las conclusiones. Decía que no se había agotado el primer tema, porque nada se ha dicho de las razones especiales que hacen necesario el movimiento feminista en Italia. ¡Pero no importa! Los motivos que militan en pro del feminismo en todos los países civilizados, demuestran evidentemente su urgencia, sobre todo en Italia, donde la mujer está peor tratada por el egoísmo masculino que en cualquier otra nación. ¡Harto lo sabéis vosotras por experiencia, oh pobres víctimas! Y no obstante, la mujer italiana sería capaz no sólo de igualar, sino de superar al hombre en todos los oficios y en todas las profesiones. Si fuere lícito recordar un ejemplo personal, yo diría que no me avergüenzo delante de ninguno de mis colegas del Instituto. Y sin embargo, confieso sinceramente que en materia de aptitudes para el estudio, no me considero superior á la más humilde campesina italiana.

Y toda vez que el primer punto de la orden del día se puede considerar como agotado, yo propongo que se vote por aclamación la resolución siguiente:

«La primera reunión feminista italiana, aplaudiendo la iniciativa del comité organizador, presidido por la señora Schwitzer:

»1.^a Propone que se constituya primeramente una Liga nacional de defensa y emancipación de la mujer, y confía al mismo Comité la misión de redactar los estatutos y recibir las adhesiones.»

—¿Lo acordáis así?

Un enorme aplauso demostró la aprobación.

La vicepresidenta continuó:

—Votada por aclamación la primera conclusión, propongo á la Asamblea votar también, por aclamación esta otra:

«2.^a Se aprueba que se tiren 100.000 ejemplares del discurso pronunciado en la reunión de hoy por el Sr. Brandini, y que se reparta entre las mujeres de toda Italia, para popularizar la idea del feminismo *integral*; se encarga de la tirada y de la propaganda al Comité organizador.»

Nuevo estruendo de aplausos, como antes.

La profesora replica:

—Después de esto, oh mis queridas amigas, el principal objeto de la reunión está obtenido. El feminismo ha entrado en el dominio de los hechos sociales con un plebiscito solemne y triunfante. La hora avanzada y el cansancio de todos no nos permiten afrontar la discusión sobre el segundo y sobre el tercer punto de la orden del día. Pero dentro de poco nos volveremos á ver, para tratarlos con toda la seriedad que requieren ambos puntos. Entretanto, desearía que la Asamblea aceptase también esta moción:

«3.^a El Comité organizador queda encargado de estudiar y trazar un proyecto sobre ambos temas, y de presentarlo en la próxima reunión general.»

Aprobada la tercera propuesta, poniéndose en pie la mayor parte de los espectadores, siguió un vocerío, un movimiento vertiginoso, como cuando se echa el telón y el público se dispone á abandonar el teatro.

Pero la presidenta, que no quería que se disolviese la reunión sin que se oyese de nuevo su palabra, agitó la campanilla, gritando desesperadamente:

—¡Un momento! ¡Un momento!

Todos se apresuraron á escuchar. Y ella añadió:

—Toda vez que con las tres resoluciones votadas por aclamación, la actual Asamblea ha cumplido dignamente su obra, ¿no hay nadie que desee usar de la palabra?...

—¡Yo pido la palabra!

Á esta inesperada interrupción todos volvieron la cabeza hacia un palco segundo de donde había salido aquella voz. La nueva interlocutora, una conocidísima ninfa del *demi-monde*, aprovechándose del silencio general, se apresuró á decir con aire de superioridad condescendiente, de benignidad y de protección soberana hacia la reunión:

—Me parece que hoy se ha atizado el odio entre sexo y sexo para dirimir la cuestión del feminismo, y tal método sólo puede resultar perjudicial para el proletariado femenino. No el odio, sino el amor se necesita para hacer á la mujer igual al hombre. Nosotras dominamos al hombre con el amor, con la ternura, y con la suavidad de nuestros atractivos; con el odio y con la guerra permaneceremos desgraciadas, como un montón de gusanos. Propongo, por lo tanto, que se haga un llamamiento afectuoso á los sentimientos caballerescos de todos los hombres italianos, para excitarlos á respetar y tratar bien á las mujeres.

No hay pluma capaz de describir la escena tragi-cómica que se desarrolló entonces en la Asamblea. La presidenta parecía anonadada; los periodistas, delirantes de hilaridad; palcos y butacas palpitantes de alegría y jolgorio; en cambio las galerías, trocadas en un verdadero *pandemonium*, parecía que iban á hundirse bajo el tumulto. Ojos inflamados, gritos infernales, imprecaciones, silbidos, amenazas, todo expresaba la indignación y el furor del proletariado soberano contra aquella desvergonzada *horizontal* de la repleta burguesía, que había osado formular tal propuesta. Las palabras de *cumplimiento* que salían de las galerías, no pueden escribirse; pero se estrellaron ante el aspecto de la oradora que las acogía risueña y radiante, como lluvia de flores.

Pero, antes de que la presidenta pudiese dejarse oír para terminar la reunión con sus frases de decoro, otro incidente no menos clamoroso surgió en las butacas.

Un numeroso grupo de *horizontales* salió de ellas y se unió á la capitana, gritando furiosamente. De todas partes, y especialmente del gallinero, se protestó, se gritó. Pero ella no cedió con la falange macedónica que la defendía, gritando obstinadamente:

—¡Dejadle hablar! ¡Dejadle hablar!

En este momento el tumulto adquirió proporciones verdaderamente aterradoras. En la mesa de la presidencia se presentó de nuevo el delegado, para decirle algo. La señora Schwitzer, aturdida con aquel estrépito, se dejó caer en el sillón con tanta violencia, que éste se vino al suelo con un ruido espantoso.

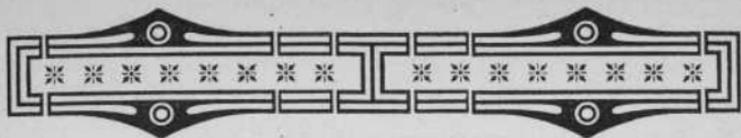
Pánico y silencio reinó de improviso en toda la Asamblea, pánico que aprovechó aquella desvergonzada para gritar:

—De todo se ha hablado aquí hoy; de los huevos, de las gallinas, de las plantas, de las bestias; pero no se ha dicho nada de la cosa más importante, esto es: que si nosotras las mujeres queremos mandar á los hombres, debemos ante todo reformar nuestro vestido. El hombre y la mujer, mientras son chiquitines, tienen el mismo traje; cuando llegan á ser mayores, el hombre se viste de hombre, y nosotras permanecemos en faldas y por eso nos tratan como muñecas toda la vida. Esta es una injusticia á que hay que poner remedio. Y toda vez que la mujer no puede vestirse en pantalones, porque esté destinada á la maternidad, propongo que se divida el mal en dos partes, adoptando un vestido único para el hombre y para la mujer... conforme al figurín viviente de la señora *Svizera, Svicera Squicara, Escrófula*, víbora—gritaron á coro y aplaudiendo las amazonas que componían la falange macedónica que rodeaba á la oradora.

Lo que después ocurrió y la manera con que fué cerrada la

Asamblea, pueden imaginárselo los lectores. Gritos, puñetazos, intervención del delegado de la autoridad, y otras cosas más. No hubo, sin embargo, ninguna desgracia personal.

En las reseñas publicadas al siguiente día en los periódicos sobre el gran acontecimiento de aquella primera Asamblea feminista, los incidentes que pudieron comprometer la dignidad de la presidencia fueron todos eliminados. Decían las malas lenguas que la mayor parte de los periodistas habían sido pagados para que no hablasen. No faltó, sin embargo, un diario independiente que refirió lo sucedido y hasta publicó una caricatura del Congreso *integral*, que se vendió como pan bendito.



IX

Tempestad salvadora.

LA visita de la Schwitzer, había dejado en el ánimo de Ida una impresión profundamente amarga y penosa. Cuantas veces volvía á ella con el pensamiento, sentía que su corazón se estremecía con un presentimiento amargo: el de que aquella presuntuosa trataría de vengarse de la arrogancia, por la cual una oscura telegrafista había rechazado el singular honor de servir-la de compañera en la grandiosa empresa del feminismo *integral*.

Los hechos, debían demostrarle que su presentimiento no la había engañado.

Una mañana, mientras se disponía á salir de casa para ir á misa antes de marcharse á la oficina, recibió por el correo dos periódicos, cuyos títulos no le eran desconocidos; uno de ellos era órgano de la masonería, y el otro del socialismo. Aunque al principio se negó á leerlos, una curiosidad invencible la empujaba á pasar los ojos por aquellas líneas.

Después de algunas vacilaciones, no pudo resistir más, y abrió el primer periódico, que era ilustrado, deteniéndose en una caricatura pintada de rojo, con este título: *Las oficinas de*

Telégrafos. En ella se representaba á varios empleados con un quinto colega vestido de mujer, y como explicación de la viñeta, el diálogo siguiente:

—«Señorita, ¿ha estado usted en el Congreso feminista?

—¿Yo al Congreso? ¿Pero si soy enemiga jurada del feminismo?

—¿Usted? Pero si su carrera prueba todo lo contrario.

—Al revés. ¿Por amor á mi carrera debo combatir al feminismo? ¿No ve usted que me perjudicaría mucho, favoreciendo la concurrencia de las mujeres, al sueldo de que disfruto y que habrá de constituir mi porvenir?

—No obstante, hay que ser altruista, aunque sólo fuera por huir á la odiosidad del más vil egoísmo.

—Soy cristiana y aborrezco el altruismo. Me basta la caridad, que cuando es bien ordenada, empieza por una misma.»

El otro periódico, publicaba una larga reseña sobre el congreso feminista, donde se leían, entre otras, estas palabras escritas en cursiva:

«Se notó, con asombro y disgusto de muchas, la ausencia de la telegrafista Ida Piumetti, la cual, por razón del puesto que ocupa, debiera ciertamente intervenir en la asamblea. Hasta que no se nos dé una explicación satisfactoria de tal ausencia, deberemos suponer que los prejuicios religiosos han cegado á esta señorita, impidiéndole reconocer cuán útil sería para ella un acto de solidaridad hacia tantas pobres proletarias. ¡Cuán cierto es que el clericalismo es una máscara y nada más!»

Al leer estas brutales insolencias, Ida se puso blanca como la cera. Después se levantó lentamente, y sin mostrar al exterior ninguna señal de la inmensa angustia que la oprimía el corazón, se acercó á un cajón de la mesa y encerró en él con llave ambos periódicos. Luego con un acto enérgico de voluntad, se puso el sombrero y los guantes, y salió apresuradamente de casa.

En la iglesia oró con fervor y se abandonó sobre un banco,

que estaba en el lugar más recóndito del templo, fijando los ojos en el Tabernáculo. Entonces se puso á pensar en su triste vida, que cada vez se volvía más amarga. Aquellos artículos eran, sin duda, los primeros asaltos, de una guerra sorda, encarnizada, mortal, que la moverían las furias del feminismo, para obligarla á capitular ó morir. En esta persecución la auxiliarían ciertamente sus compañeras de oficio, las cuales, aunque contrarias ó diferentes en la cuestión feminista, no dejarían de aprovechar la ocasión para burlarse de sus escrúpulos religiosos, de su rigidez, atormentándola peor que al principio con una guerra de alfilerazos, hasta reducirla á la desesperación.

El congreso feminista había producido enorme curiosidad en toda la ciudad. Luego los artículos publicados contra ella en los periódicos se leerían mucho. ¿Cómo mostrarse en público, sin decir nada? ¿Y qué iba á rectificar? ¿Cómo esconder á su pobre madre lo sucedido, y cómo impedir que llegara á su conocimiento más tarde ó más temprano?

A estos pensamientos dolorosos, no pudo por menos de romper en amarguísimo llanto que en vano trataba de contener, procurando taparse la boca con el pañuelo para ahogar los sollozos y los gemidos que brotaban de su corazón torturado.

Sintiéndose desfallecer bajo el peso de su desventura, su ánimo ingenuo y franco, se debatía, como un héroe encadenado, contra la tiranía de las convenciones sociales, que quería obligarla á sacrificar sus principios, haciéndola esclava cobarde de la moda y de las costumbres mundanas. Lejos, sin embargo, de sentirse vacilar en su constancia, habría querido desafiar á todo el mundo, protestar altamente, públicamente, contra la prepotencia brutal de sus perseguidores, los cuales pretendían invadir el santuario de su conciencia. Hubiera deseado no ser mujer, débil, tierna y sensible, para luchar como un león contra la iniquidad é hipocresía de aquellos, que en

nombre de la libertad, querían condenarla á la esclavitud más ignominiosa.

¡Pero era mujer y estaba sola!

Y debía vivir y trabajar en medio de los hombres, para mantener á su anciana madre, y no verla morir de miseria y de pena.

Con estos pensamientos el alivio del llanto no fué más que pasajero y volvió á caer pronto en el abatimiento y en la consternación de antes. Al fin alzó maquinalmente la cabeza, y vió que todo el mundo había salido. Entonces se arrodilló nuevamente esforzándose en concentrar su espíritu en la oración; pero de pronto volvió á levantarse, comprimiendo un grito de angustia que ya la salía del pecho, y dejando caer sus brazos como quien ha perdido toda fuerza para resistir á un asalto mortal.

¿Qué es lo que había ocurrido?

Un vendedor de periódicos, pasando cerca de la iglesia, pregonaba á voz en cuello los dos títulos de los periódicos, con la reseña sobre el Congreso feminista y con el diálogo de las *oficinas de Telégrafos*.

¡Era demasiado! Parecía que una fuerza ciega la arrastraba á la desesperación. Aterrorizada por su estado se retorció las manos con frenesí como quien cae en un abismo, murmurando, con los ojos fijos en el altar:

—Señor, no me abandonéis.

Esta invocación tuvo un efecto maravilloso. Le pareció que un repentino rayo de luz venía á iluminar las tinieblas que la envolvían, que una mano misteriosa la sacaba fuera del abismo donde se sentía caer, que un bálsamo divino se deslizaba en su corazón para curar la llaga dolorosa. Lanzó un suspiro de alivio y se sintió como arrastrada dulcemente entre las sombras luminosas del misterio eucarístico. Encontrábase próxima á Él, á un Dios todo clemencia; Dios vivo y verdadero, Padre, Maestro, Médico omnipotente de las almas enfermas

y desoladas. Allí, enfrente de ella sobre el trono de su gracia estaba aquel Dios que movido á compasión por las humanas miserias, había venido al mundo para sanarlas, muriendo en la Cruz por nosotros. Y ahora Él la miraba amorosamente desde el altar, la atraía hacia sí, la abría el corazón y la ofrecía el bálsamo celeste de la resignación cristiana, le revelaba el secreto del martirio oculto, la llamaba á la dignidad del heroísmo, que conquista la palma y la corona inmortal de la Gloria.

Acurrucada en aquel ángulo solitario del templo, siempre inmóvil y con los ojos fijos sobre el Tabernáculo, la pobre joven, suavemente impulsada por pensamientos de paz, cerró, sin darse cuenta de ello, los párpados y le pareció salir de sí misma y llegar hasta los pies del Divino Salvador, contemplando su rostro radiante de majestad y de dulzura infinita; leía en sus ojos la expresión inefable de la piedad y de la misericordia; veía florecer sobre sus labios la sonrisa de un afecto más que maternal y escuchaba estas palabras de consuelo: «No temas las maquinaciones de los réprobos. Yo estaré contigo en todas las tribulaciones y seré tu padre, maestro y guía. Más vale llorar que hacer llorar; más vale ser perseguida, que perseguidora. Deja á mi Providencia el cuidado de tu porvenir. En tanto tú bebe mi cáliz y lleva mi cruz. Todo acabará bien para ti en el tiempo y en la eternidad.»

Así como la flor abatida por un violento aguacero, al reaparecer el sol revive lentamente y se nutre para resultar más hermosa que antes, de igual modo Ida, desvanecida la terrible tempestad, toda inundada de la luz divina, sentía renacer en su espíritu, más vivas y más gallardas que antes, todas las fuerzas que creía perdidas; y abandonaba en el seno de aquella purísima paz que trueca las lágrimas en la más dulce de las sonrisas. Rompió entonces nuevamente en llanto; pero este llanto le salía del corazón para dar gracias á Dios por haberla salvado y confortado...

Cuando reabrió los ojos y se puso á orar, queriendo concluir sus diarias plegarias antes de ir al trabajo, vió entrar en la iglesia á una joven del pueblo, que un poco incierta y vacilante fué á arrodillarse no lejos de ella. Un sollozo prolongado y fatigoso salía de los labios de aquella mujer, que debía experimentar el dolor más intenso.

Ida vaciló en acercarse á la joven, temiendo aumentar sus penas con su presencia; pero al ver que la infeliz continuaba sollozando amargamente, se dejó vencer por la compasión, tomó para que la viese antes de aproximarse á ella, la cogió dulcemente por la mano, la miró con ojos compasivos y le dijo con acento de piedad:

—Cálmese usted, pobre joven, y dígame en qué puedo ayudarla. ¡Me consideraría tan feliz si pudiese consolarla! Yo también estoy atribulada como usted, y por eso mismo he de ser más sensible á sus desventuras. ¿Por qué está usted tan desolada?

La infeliz alzó la cabeza, dejó de llorar, miró en torno de la iglesia, fijó en el rostro de Ida dos ojos brillantes de desesperación, y estuvo algunos momentos contemplándola en silencio. Por último pareció tranquilizarse ante el aspecto bondadoso y simpático de su interlocutora; pero de pronto volvió á sollozar amargamente, diciendo con voz entrecortada:

—¡No, no!... Todo ha concluído para mí... Ya no me resta más que la desesperación y la muerte.

—No diga usted eso, amiga mía. Todos los males los remedia Dios, que es infinitamente misericordioso. Tenga usted ánimo, y no se deje vencer por la desesperación que es pésima consejera. Es usted joven, y debe vivir para librarse de los males que ahora la oprimen y reconquistar la paz.

—Le repito, mi buena señorita, que mi mal no tiene remedio, y que ni el mismo Dios, á pesar de su omnipotencia puede libramme de él. La paz la encontraré en el fondo del río. Lo

que yo he perdido no se recobra nunca... nunca... ¡Oh, madre, madre mía, si supieses lo que ha sido de tu Giorgina!

Y prorrumpió de nuevo en sollozos más amargos que antes.

Ida tampoco pudo contener las lágrimas y lloró con ella de compasión. Pero adivinando por las últimas palabras de la joven, la causa de su dolor, comprendió que allí no podría consolarla, pues ya se acercaba la hora de ir á la oficina. Sacó, pues, del bolsillo una tarjeta y se la alargó á la joven, diciéndole al propio tiempo que la acariciaba dulcemente:

—Estas son mis señas. Esta noche á las ocho la espero á usted sin falta... Conque, sin falta. Quiero que hablemos las dos... Ahora tengo necesidad de irme á mis ocupaciones... En tanto busque usted un buen confesor para poner paz en su conciencia. Crea usted que el Señor, movido á compasión por sus lágrimas, me ha enviado á su presencia para consolarla. Tenga usted confianza en mí... Esta noche la aguardo á las ocho en punto... Adios.

Dicho esto, la volvió á acariciar con dulzura y después de estrecharle la mano con gran afecto, salió de la iglesia precipitadamente.



X

Abordar á buen puerto.

Al marchar á Telégrafos Ida llevaba el ánimo consternado por la compasión que le inspiraba aquella joven; pero al propio tiempo se sentía tranquila y casi alegre porque esperaba gustar pronto las inefables dulzuras de la caridad. Entró, pues, en la oficina con una serenidad que no había experimentado hasta ahora y dispuesta á recibir las burlas con indiferencia.

Apenas la vieron sus *compañeros* uno de ellos le preguntó villanamente si había leído en los periódicos la reseña del Congreso feminista. La joven le miró con dignidad y replicó tranquilamente:

—Sí, lo he leído, hasta el diálogo de mi caricatura, porque me han sido enviados los periódicos por el correo. Por lo visto una pobre huérfana no es dueña de trabajar honradamente para mantener á su madre, si antes no forma parte de una asociación para ella detestable, sacrificando la libertad más preciosa y más sacrosanta: la de la conciencia y la de los propios principios. Los oráculos y las sibilas del feminismo se divierten á expensas mías; pero antes de ceder á sus violencias haré las labores más rudas.

Después de esta respuesta, pronunciada con gran entereza, por aquel día la dejaron tranquila.

Durante el trabajo, Ida no hizo más que pensar en el modo de favorecer á la joven desconocida. Comprendía que el asunto era muy grave y que la infeliz tendría necesidad de un asilo y de apoyo material y moral. Este último podía prestarlo ella, pero lo demás era imposible. Resolvió, pues, acercarse á una dama aristocrática de la ciudad, viuda y sin hijos, muy conocida por sus obras benéficas, la cual dama dirigía como presidenta una vasta y floreciente asociación de caridad, llamada la *Alianza femenina*. Aunque no la trataba personalmente, tenía la seguridad de obtener su apoyo para amparar á la joven.

Apenas estuvo libre de servicio, tomó el tranvía que pasaba por delante del palacio de la Condesa, y llegado á él, subió las escaleras y presentó su tarjeta á un viejo servidor. Este la introdujo en la antecámara y fué á anunciarla á su señora, la cual se apresuró á venir á su encuentro y con ademán de reina y una sonrisa afectuosa, le dijo invitándole á pasar.

—Muy bien venida, señorita Piumetti. Tengo el gusto de ofrecer á usted mi estimación por los ataques con que ha sido honrada por parte de los periódicos feministas. Es el mejor premio que pueden esperar las mujeres dignas.

Y así diciendo, la tomó amigablemente por la mano, introduciéndola en su saloncito de estudio.

Excusado es decir que Ida se sintió enorgullecida con aquel recibimiento. El corazón le decía instintivamente que en aquella noble señora encontraría sostén firme, no sólo para otros, sino para sí misma el día en que lo necesitase. La divina providencia le ofrecía en aquella noble señora el apoyo más seguro para sus penas.

Conmovidá hasta derramar lágrimas por estos dulces pensamientos, dió gracias á la condesa de Storní, que así llamaba la dama, y sin más preámbulos le narró minuciosamente el en-

cuentro que había tenido en la iglesia aquella misma mañana con la infeliz Giorgina, añadiendo que le había prometido ayudarla, y antes de verse con la joven venía á buscar consejo y socorro.

Durante su relación, Ida observó en el rostro de la aristocrática señora las pruebas más inequívocas de su alma privilegiada y caritativa. Ante la actitud de la noble dama no pudo dudar que estaba en presencia de un alma dispuesta á ejercer la caridad cristiana.

Para retratar el tipo ideal de la matrona italiana, un artista no habría podido elegir mejor modelo que la Condesa. Era esta de talla regular con rica simetría de líneas en toda su persona; sus diez lustros cumplidos no le habían quitado ni el encanto, ni la gracia; sus ojos, vivos y penetrantes, revelaban ingenio y benevolencia; vestía con sencillez, sin incurrir en las extravagancias de la moda francesa que quitan á muchas de nuestras damas su tradicional dignidad, pero especialmente un aire celestial de espiritualidad derramaba sobre su rostro una fragancia de paz que se traslucía en su conversación. Mientras Ida hablaba, le parecía que acababa de hallar lo que nunca encontrara en el desierto de la vida; un guía seguro.

Una vez terminado su relato, la Condesa, que había escuchado á Ida sin interrumpirla, dijo:

—¿Ha dicho usted que se llama Giorgina? ¿Es una joven alta, de rostro moreno, ojos azules, cabellos rizados y con voz casi masculina?

—Precisamente.

—Pues entonces estoy enterada de todo. Hemos tratado de esa joven en nuestra reunión de ayer tarde y fué registrada en nuestros libros como caso urgente. Hoy mismo una encargada nuestra debe ir en su busca para ponerla en camino de salvación. El asunto es de los más tristes y dolorosos que cabe imaginar... ¡Pobre joven! Venida del campo para servir en la



ciudad, por desgracia suya, entró en casa de un abogado socialista, impío y brutal, quien después de haberla violado, la arrojó de su morada para no comprometerse. La desgraciada está en el colmo de la desesperación y corre el peligro de que en un acceso de locura se quite la vida. Ha sido acogida en casa de una pobre mujer, casada con un mozo de ferrocarriles. Pero allí no puede permanecer. Trataremos de ponerla en seguridad. Si usted la ve esta noche hágala comprender que nosotros proveeremos á su subsistencia. Ya que la caridad debe ser proporcionada á las desgracias de las personas, ninguna más digna de ella que esa víctima infeliz. ¿Está usted satisfecha, señorita?

Por toda contestación Ida la cogió la mano y se la cubrió de besos y de lágrimas. Y á pesar de todos los esfuerzos que hacía para vencer su conmoción, el llanto seguía brotando de sus ojos.

Sonrió bondadosamente la Condesa, leyendo en aquellas lágrimas la sinceridad de su corazón, y añadió:

—Si usted desea saber en lo sucesivo lo que hemos hecho con su recomendada, no tiene más que favorecerme con alguna nueva visita y la informaré de todo. ¿Y ahora no tiene usted por ventura alguna otra cosa que decirme?

Á esta pregunta hecha en tono de maliciosa benevolencia, Ida alzó los ojos y los fijó en la Condesa. Esta mirada bastó para que se comprendiesen. Luego bajando nuevamente los ojos, respondió con un ligero rubor:

—No tendría que contestar más que lo que la señora ha adivinado ya; pero hay un grave obstáculo.

—¿Cuál?

—Mi pobreza.

—¿Nada más?

—Por mi parte, nada.

—Entonces la cosa está hecha. Pero explíquese usted claro.

—Yo creo, señora Condesa, que Dios me ha mandado á su casa más por mí que por aquella infeliz! ¡Tengo tanta necesidad de guía y de sostén en mi tristísima situación! Al entrar en la Sociedad que la señora preside para dedicarle todo el tiempo que tengo libre, me parecería encontrar un puerto de refugio tras terrible tempestad, renacer á una nueva vida después de una enfermedad mortal... Pero...

—Pues le digo que la cosa está hecha y todas mis asociadas se felicitarán de ello. Aquí tiene usted una copia de nuestros estatutos. Léalos usted y así conocerá de qué se trata, y cuáles son las condiciones para formar parte de nuestra Asociación. Pero, cuidado—añadió sonriendo—cuidado con caer de la sartén en las brasas.

—No comprendo.

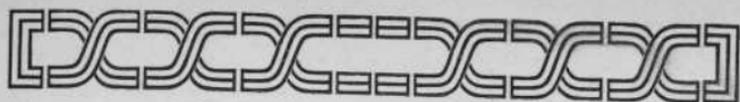
—Quiero decir que para escapar al feminismo de la señora Schwitzer no vaya á caer en otro peor.

—¡Por Dios, señora, es lo que deseo, aunque sólo sea para probar á mi protectora que no merezco nuevos artículos de periódicos!

—Entrando en nuestra Sociedad le harán á usted una guerra cruel.

—No importa. Combatiré bajo buena bandera. Además, quien hace buena guerra, hace buena paz.

Y después de decir estas palabras, pidió á la Condesa permiso para retirarse. Quiso besarle de nuevo la mano, pero la Condesa la estrechó en sus brazos, y la besó en la frente con gran afecto.



XI

Maternidad social.

UNA vez llegada á su casa, Ida leyó de un tirón los estatutos de la Sociedad. No hay que decir la complacencia que experimentó al ver con cuán maravillosa eficacia estaban previstos todos los fines piadosos de la benéfica institución, con el auxilio de todas las adscritas, cuyas funciones se hallaban contenidas en el reglamento.

Releyó otra vez aquel precioso librito, que era como el código ó el reglamento de la nueva vida que debía guiarla en el ejercicio de la caridad evangélica, deteniéndose á considerar los puntos más importantes; y con su sagaz entendimiento penetró todo su espíritu, que se conformaba con el suyo en todo y por todo.

La *Alianza femenina* debía su origen, y su organización, al corazón magnánimo de la condesa Aurelia Storni.

Unida á los diez y nueve años con el conde Alfredo, que la adoraba, correspondió á su cariño, consagrando á su esposo vida y alma. Y como el amor femenino, cuanto más vivo es y más tierno, tanto más teme por la persona amada, supo con temor, que el Conde antes de casarse, había sido uno de los alpinistas más famosos, distinguiéndose entre todos ellos por sus

excursiones en los más peligrosos y más inaccesibles glaciares. Asaltada de un vago presentimiento la Condesa hizo jurar á su marido que sin el consentimiento de ella no emprendería ninguna gira por los Alpes.

Pero habiendo ido el Conde á Turin para ciertos asuntos y encontrándose con un caballero suizo, antiguo compañero de colegio, éste lo invitó á una partida de caza de gamuzas en sus posesiones de Vallese. El Conde ante los reiterados ruegos de su amigo no tuvo más remedio que aceptar, y partió con él para el castillo de Visp (Viège) donde abundaba la caza de las gamuzas.

Concluída la excursión, con gran honor para el Conde que había cobrado muchas piezas, y mientras se preparaba para volver á Turin, el amigo le dijo poniéndole la mano sobre los hombros y mirándole fijamente:

—Tengo que pedirte un nuevo favor.

—¿Cuál?

—Que vengas conmigo á la cima del Monte Cervino.

—Imposible... Mi mujer me aguarda.

—¿No hay otro impedimento?

—¿Te parece poco?

—¡Bah! No estás ya en la luna de miel. Además el caso ha sido previsto y resuelto por anticipado... Mira este telegrama que he redactado en tu nombre. «Circunstancias imperiosas me obligan á diferir la vuelta. Estoy perfectamente... Adios.» Hoy va un criado á Turin y lo lleva á telégrafos... ¿Te parece bien?

—No.

—No admito réplica... Ahora mismo voy á enviar el telegrama.

El Conde no se atrevió á confesar á su amigo la promesa que había hecho á su mujer.

La excursión era conocida del conde Alfredo, que ya la ha-

bia realizado diferentes veces. La subida era bastante segura y sin peligros, después que el desastre de la Compañía inglesa, capitaneada por Vhymper, que fué la primera en conquistar en 1865 el famoso Matterhorn y en la cual, de siete personas no se salvaron más que tres; esto es, Chymper con dos guías; se habían multiplicado los medios de seguridad del moderno alpinismo para prevenir nuevas desgracias. Solamente el descenso resultaba peligroso, pues era difícil apoyar bien los pies sobre la nieve helada, y el menor resbalón podía ocasionar la muerte.

Aquella misma noche, la comitiva, compuesta por el Conde, su amigo, y un conocido suyo, dueño de un castillo de aquellas inmediaciones, y de dos guías, apoyándose en las cuerdas, colocadas en los sitios más peligrosos, y reposando muchas veces en las cabañas alpinas, llegó al grandioso pico de Matterhorn, cuando el Sol lo iluminaba con sus primeros rayos.

Indescriptible era el júbilo del suizo, que hacía por primera vez aquel viaje. Absorto ante el espectáculo maravilloso que se desarrolla ante su vista, permaneció algunos minutos mudo de asombro, y después su entusiasmo se desbordó en exclamaciones de alegría, de admiración y de triunfo, riendo y saltando como un niño, al propio tiempo que bebía copas de coñac para reponerse del frío que reinaba en aquellas inmensas alturas. El Conde, como jefe de la expedición, le encargó que moderase sus libaciones, recordándole que la bajada era mucho más peligrosa y difícil que la subida.

Después de comer opíparamente y de gozar muchas horas en la contemplación del paisaje que se desarrollaba ante su vista. Por debajo de ellos, las nubes, iluminadas por el Sol, ofrecían siempre nuevas sorpresas, alargándose, estrechándose, agrupándose y separándose como si danzasen en el vacío, haciendo aparecer y desaparecer llanuras, viñedos, ríos, villas y aldeas, de la manera más caprichosa é imprevista.

Finalmente, el Conde dió la orden de marcha. Éste estaba

serio, taciturno, pensativo. Veía que su amigo había bebido más de lo conveniente. Mandó, pues, que se atasen juntos los dos guías á la extremidad de la cuerda, detrás de ellos el amigo, luego el Conde para vigilarlo de cerca, y el castellano delante del segundo guía, ordenando además que todos bajasen en silencio y cuidaran de poner el pie en sitio seguro, para evitar un resbalón en la nieve.

Por algunos momentos el descenso se hizo con orden, aunque su amigo no se mostraba muy seguro al andar; pero poco á poco el suizo empezó á permitirse alguna broma y á mirar hacia atrás, con gran disgusto de Alfredo.

Llegaban entonces á un sendero largo que descendía rápidamente entre dos murallas de hielo. El Conde encargó á su amigo que marchase despacio, y hasta le marcaba el paso, diciendo *uno, dos, tres*. El suizo hizo un esfuerzo para ir á compás, pero de pronto resbaló sobre la nieve helada, y sintiéndose caer se apoyó sobre el guía que marchaba delante de él. El guía se replegó hacia atrás para no perder el equilibrio, pero por desgracia resbaló también y cayó hacia el abismo. El Conde hizo un esfuerzo supremo y agarrando la cuerda desesperadamente trató de impedir la catástrofe. El último guía hizo otro tanto, y sólo cuando vió que en vez de salvar á sus compañeros, iba á ser arrastrado con ellos, cortó la cuerda y permaneció así por milagro sobre el borde mismo del precipicio. Entonces corrió como un desesperado á Zermatt, para anunciar la tremenda catástrofe y pedir auxilio, aunque estaba convencido de que sólo se hallarían los cadáveres de sus infortunados compañeros de excursión.

Al romper el día acudieron los campesinos con cuerdas, ganchos y escalas, y después de esfuerzos inauditos y de correr grandes riesgos, encontraron á los cuatro infelices horriblemente mutilados.

Al anuncio de la catástrofe la condesa Sterni permaneció

muda como una muerta y no derramó una sola lágrima. Tuvo un parto prematuro y apenas si pudo bautizar al niño. Durante más de tres años estuvo encerrada en su casa, sin ir á misa, aun cuando fuese una fervorosa cristiana. Ahora le parecía que ni al mismo Dios podía perdonar que le hubiese robado á su marido de tan trágica manera y al primer fruto de sus entrañas.

Las rosas de la juventud huyeron de su rostro que tomó el color de la cera; pero el temple de acero de su carácter impidió que el aniquilamiento del cuerpo siguiese al del alma.

Para engañar al tiempo, que se le hacía horriblemente largo, se entregó á la lectura, y no de cosas fútiles y ligeras, sino de obras serias é instructivas, sin calmarse, no obstante más que superficialmente, sumergida como estaba en su luto inconsolable.

Una noche, soñando, le pareció ver á su Luisito con alas de ángel, que, revoloteando sobre la cima de un monte blanquísimo de nieve, recogía los *edelweiss* diciendo: «¡Para mi madre!» Mientras su marido, en traje de alpinista, subía al monte, costeando una vorágine para llegar á la cima. De pronto, le vió caer y deslizarse en el abismo. Entonces se despertó trémula y agitada y rompió á llorar desconsoladamente.

¡Aquellas eran las primeras lágrimas después de tres años de dolor!

Pero la crisis tan prolongada se había resuelto satisfactoriamente.

En el sueño vió un aviso del Cielo; en aquellas flores que su angelito recogía, las oraciones que por ella hacía al Señor. En su Alfredo que subía hacia la cima, donde se encontraba el fruto de sus amores, el alma del esposo adorado que quizá gemía en las penas del purgatorio, porque la esposa no se había cuidado de hacer buenas obras para abreviar el término de su salvación. Y tuvo remordimientos por su vida inerte é inútil, y experimentó la necesidad de cambiarla por completo.

Aquella mañana sus colonos vieron, con gran maravilla, que la señora iba á la iglesia, y que permaneció en ella largas horas...

Pensando en el modo de emplear su tiempo en bien de sus semejantes, y además honrar la memoria de su Alfredo, recordó un libro cuya lectura le había producido más impresión que los otros, y que llevaba por título *Maternidad social*.

Esta obra estaba dividida en cinco partes.

En la primera de ellas se demostraba, con la autoridad de los más insignes sociólogos y publicistas, especialmente de Le Play, de Julio Simón y de Roosevelt, la necesidad de reconstituir y sanear la familia, contagiada por el egoísmo y la licencia moderna, para salvar á la sociedad de los peligros que la amenazan. Con gran copia de hechos sociales, de estadística comparada y de razones teóricas y prácticas, se demostraba con claridad que, para obtener tal reconstitución, nada era tan importante como la salud física y moral de la mujer, ligándola al hogar doméstico, que es la primera unidad social, fundamento y piedra angular de la sociedad, concluyendo con Roosevelt que «un pueblo en que las mujeres no están convencidas de que nada hay para ellas más hermoso que ser buenas mujeres, buenas madres, no puede tener un porvenir próspero».

La segunda parte era un cuadro terrible y conmovedor de luto, de lágrimas, de opresión, de degradación y de embrutecimiento. En él se retrataban las inmensas é innumerables miserias de la mujer moderna, de la hija, de la esposa, de la madre, especialmente en las clases populares; la multitud siempre creciente de las jóvenes seducidas, devoradas por el monstruo insaciable de la prostitución; el mercado mundial de carne humana, ejercido con la trata de blancas; tantas mujeres abandonadas, atormentadas, condenadas á la miseria, á la vida de esclavas por el egoísmo brutal y lascivo de los maridos; tantas madres forzadas por la necesidad del pan cotidiano á desertar del hogar doméstico, á renegar del deber de cuidar á sus hijos, para arrojar-

se en el tumulto de la gran industria, encadenadas á las máquinas. Un vasto resumen de los hechos sociales, ilustrado por el estudio comparado de la estadística, confirmaba de modo irrefutable la creciente degeneración física y moral de la mujer, obligada por el egoísmo del hombre, que la trata como instrumento de placer y bestia de carga, como á *miembro intermedio entre el hombre y el gorila*, y por eso mismo el continuo retroceder de la sociedad hácia la corrupción pagana y la barbarie.

En la tercera parte el autor describía minuciosamente y flagelaba con dureza la vida inútil, ociosa, estéril é insulsa que arrastran tantas señoras de la alta sociedad, libres de los afanes de la hacienda y del cuidado de la familia y de los hijos, y ocupadas exclusivamente en rendir culto á la moda, en lecturas frívolas, y en visitas enojosas. Severamente reprobaba su falsa devoción, que se limitaba á cumplir varios preceptos religiosos, sin cuidarse de regular la propia vida según el ideal del Evangelio y de la verdadera caridad cristiana, para adoptar el deber social hacia las clases inferiores, deber que es tanto más grave, cuanto mayores son las miserias físicas y morales del moderno proletariado femenino.

La cuarta parte consistía en una invitación, un llamamiento vivo, tierno, elocuente al ejercicio de la *maternidad social*. El instinto, el genio materno, depositado por la Providencia en el corazón de la mujer, como un tesoro inextinguible, que cuando no puede desplegarse hacia el fruto de sus entrañas, tiende naturalmente á detestar la compasión y la piedad de la mujer. El gran influjo, la autoridad moral y el dominio que ejerce incontestablemente la mujer de condición noble, en la familia y en la sociedad, sobre todo cuando se pone al servicio de los infelices y de los necesitados. Las alegrías indiscutibles de la maternidad espiritual, las lágrimas enjugadas, las penas aliviadas, las víctimas redimidas, la familia reconstituída, el mal impedido y el bien operado, que ampliamente recompensan toda priva-

ción y todo sacrificio; la facilidad con que prosperan, se dilatan y se agigantan las obras de asistencia femenina, porque van dedicadas á beneficiar á la parte más débil, tierna y delicada del organismo social. Estas y otras muchas razones exponía el autor con gran elocuencia, para ganar la voluntad de las mujeres libres, exhortándolas á abrazar la obra altamente humanitaria y cristiana de la maternidad social.

Por último, en la quinta parte se mencionaban y se explicaban con gran lujo de detalles, las varias instituciones de asistencia femenina; los modos prácticos de formarlas, promoverlas y administrarlas; los reglamentos que habrían de emplearse para asegurar su perfecto funcionamiento, y se citaban muchísimos ejemplos de tales obras, especialmente en Alemania, en Bélgica y en Francia. La protección legal de los trabajadores respecto á los salarios, al reposo festivo, á la higiene, á la habitación, á la jornada normal, al trabajo nocturno. La mutualidad con las obras de asistencia, de préstamos gratuitos y de seguros, en caso de enfermedad ó de falta de trabajo; los sindicatos y las cooperativas de producción y de consumo; la instrucción en los círculos sociales, en los cursos profesionales, en las escuelas prácticas de las familias; la protección de la pequeña industria rural para ligar al campo á las aldeanas; la residencia social en medio de las barriadas de obreros; en una palabra, todo lo que ha ideado la justicia y la caridad católica social en los tiempos modernos, para mejorar las condiciones materiales y morales del proletariado femenino, estaba expuesto en la obra de la manera más lúcida, más práctica y más atractiva.

En la conclusión recordaba el autor á las mujeres de las clases superiores que, no pudiendo las mujeres del pueblo ayudarse por sí para la propia rehabilitación, porque estaban privadas de conocimientos, de experiencia y de capital; de la iniciativa, dirección y liberalidad de las señoras modernas de-

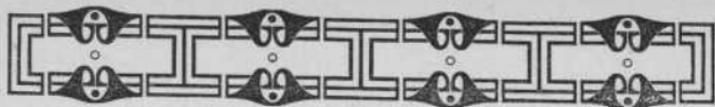
pendía semejante empresa, y por eso mismo, siendo la mujer el corazón de la familia, era también la salvación de ésta y de la sociedad.

La condesa Storni releyó atentamente el libro, meditó mucho sobre él, y sintiendo una impresión profunda, le pareció que el dedo de Dios le señalaba una nueva vía para dar á su existencia un empleo digno de ella.

En la soledad del palacio maduró ampliamente el proyecto de una Asociación enteramente nueva de asistencia y protección á la mujer, que fuese, por decirlo así, la matriz fecunda de muchísimas otras, y que, abrazando todas las clases sociales, se extendiese á aliviar todas las miserias y todas las necesidades de las mujeres del pueblo. Se procuró los mejores libros y los periódicos más autorizados; estudió con atención el movimiento femenil cristiano del exterior, para conocer todos los pormenores necesarios. Cuando creyó encontrarse bien preparada para iniciar la empresa, se trasladó á la ciudad y puso manos á la obra.

Dueña de muchos millones, parte por su dote y parte por la herencia del Conde, que le había dejado en testamento todo su patrimonio, le sobraban los medios para llevar á cabo su proyecto y realizar las empresas más vastas y más atrevidas. La perspicacia de su ingenio, la energía de su voluntad, la facilidad de su palabra, le hacían singularmente idónea para la obra. Por lo tanto, acudieron á su primera invitación muchas señoras de la aristocracia y la clase media rica, que se consideraban altamente honradas con ofrecer su cooperación á un trabajo tan noble y tan fructuoso.

En pocos días fué discutido y aprobado el reglamento que había redactado la Condesa. En seguida se constituyó el núcleo de la nueva Sociedad con sólo treinta personas, y en la primera reunión eligieron presidenta á la Condesa por aclamación.



XII

Alianza femenina.

A PENAS se hubo extendido por la ciudad la noticia de la nueva institución, y se conoció su singular estructura, no faltaron las críticas mordaces contra la Condesa, especialmente en los salones elegantes, donde, por regla general, sólo se pensaba en diversiones ilícitas, y en las cuales la perfumada elegancia y la etiqueta irreprochable, se muestran tanto más mordaces, cuanto mayor resulta la actividad ejena.

La empresa era tan nueva y tan insólita, que parecía á muchas gentes extraña y extravagante, ofreciéndose con ello materia á la maledicencia, ejercicio fácil y agradable de desempeñar en todas partes.

Pero semejante oposición no impidió que la Condesa realizase su proyecto; al contrario, antes le sirvió de estímulo para redoblar sus esfuerzos y acreditar y divulgar la obra. La nobleza de su corazón, la rectitud, la energía, la actividad de la fundadora, vencieron todos los obstáculos y de día en día se vió aumentar el número de las adhesiones.

La *Alianza femenina* reunía, como ya se ha dicho, á la mayor simplicidad de su organismo la mayor diligencia en el empleo de los medios para alcanzar, mediante la pronta eficacia de sus miembros, los propósitos de la piadosa Asociación.

Los miembros eran de tres categorías: *vigilantes*, *veloces* y *asiduas*.

Entre las primeras había dos por cada barrio de la ciudad que obraban por turno ó conjuntamente, sustituyéndose y concertándose entre sí para que cada una de ellas pudiese desempeñar su misión. Consistía ésta únicamente en velar é informarse de todo lo que ocurría en el barrio y se relacionaba con el programa de la Sociedad, para referírsele á la presidenta. Con tal objeto cada una de las *vigilantes* tenía en su casa teléfono para entenderse con la sociedad.

Las *veloces* también tenían teléfono en casa y acudían en el acto para realizar sin dilación los encargos que se les confiaban. Cada una de ellas tenía horas fijas en las cuales debía encontrarse en su domicilio á disposición de la presidencia. Las horas de servicio las marcaba ésta.

Las *asiduas* constituían el Consejo de la presidencia, con voto consultivo en ciertos asuntos y deliberativo en otros de mayor importancia. Las reuniones eran diarias y en cada una de ellas, la presidencia informaba minuciosamente al Consejo sobre la situación de la Sociedad; y después se acordaban los medios prácticos para la rehabilitación material y moral de la mujer.

Las *vigilantes* debían además vigilar á las personas protegidas por la Sociedad, y dar cuenta de su comportamiento á la presidencia. Las *veloces*, al propio tiempo que las visitas extraordinarias, tenían también las visitas ordinarias y periódicas á las personas beneficiadas y debían investigar la obra de las *vigilantes*. Las *asiduas* ejercían la vigilancia de las *veloces*.

El número de las *vigilantes* estaba determinado por el de los barrios; las *veloces* eran muchas y sin limitación de número; las *asiduas* no pasaban de doce.

La Junta estaba constituida: por la presidenta, la vicepresidenta, dos secretarías, una contadora y una tesorera, que vivían siempre juntas. Las *vigilantes* y las *veloces* eran aceptadas ó

rechazadas por el Consejo por mayoría de votos. Por el contrario las *asiduas*, eran nombradas en Junta general. La presidenta, tenía el derecho de nombrar á la vicepresidente, las secretarías, la contadora y la tesorera. Las reuniones generales se celebraban una vez al mes con gran solemnidad, y tendían principalmente á fomentar el espíritu de familia entre los miembros de las tres clases de que estaba compuesta la Asociación y á estimular y reanimar el celo de todas para el cumplimiento de su misión. Por eso en la primera parte, que era informativa, la presidencia daba un informe minucioso de las obras realizadas por la Sociedad. En la segunda parte, después de un discurso animando á la prosecución de la obra seguía un entretenimiento de música vocal é instrumental. La Sociedad era rica en rentas, por la dotación asignada por la Condesa y por otras señoras de la aristocracia. Por tanto, según los estatutos, las *vigilantes* y *veloces* no contribuían á la caja social; pero en cambio, las *asiduas* pagaban una cuota fija. En las dos primeras clases se contaban gran número de personas del pueblo y de la clase media. Las *asiduas* eran matronas nobles y ricas de la alta sociedad. De este modo los tres estados sociales estaban admirablemente asociados y armonizados en el principio de la fraternidad cristiana. Cada clase llevaba su distintivo especial siempre visible, esto es, una escarapela al pecho, verde la *vigilante*, azul la *veloz* y violeta la *asidua*.

Con este orden tan sencillo, disciplinado y expedito, la *Alianza femenina* desplegaba una actividad maravillosa, y en poco tiempo había envuelto en sus mallas á toda la ciudad. Ninguna obra de asistencia femenina, moral ó material, momentánea ó estable, estaba excluida de los estatutos, siendo preferida especialmente la asistencia con trabajo á domicilio. El ahorro, el socorro mutuo, el crédito de seguros para las mujeres, la cooperación en las labores femeninas, la enseñanza profesional, la protección á las jóvenes, la asistencia de los recién nacidos y

de las madres abandonadas, todo entraba en el programa de la nueva Sociedad. Tenía también un asilo para las niñas huérfanas y abandonadas; un hospicio para los jóvenes, una sala de recreo y de lectura, una secretaría general y una oficina de colocaciones, una escuela práctica de familia y varios oratorios para la instrucción religiosa y para las prácticas de la vida cristiana.

En brevísimo tiempo había alcanzado un desarrollo prodigioso. ¡Cuántas jóvenes, que sin ella habrían caído en brazos de la prostitución, se habían salvado! ¡Cuántas madres preservadas de la desesperación! ¡Cuántas pobres mujeres, solas, desvalidas, víctimas del egoísmo brutal del hombre, habían encontrado amparo y defensa! La nueva Asociación se iba extendiendo cada vez más y era temida de los enemigos, que en vano habían adoptado contra ella la calumnia, la traición, el terror y todas las artes más viles para impedir su desarrollo. En esta Sociedad, la mujer débil é indefensa encontraba la fuerza, la ayuda, el valor para defenderse y luchar felizmente contra todos los asaltos y las insidias tendidos á su dignidad y para reivindicar la propia libertad.

La cuestión del feminismo se desenvolvía prácticamente, huyendo de todas las exageraciones y esquivando todos los peligros...

Nuestra protagonista, la simpática Ida, fué admitida por unanimidad entre las *veloces*, y durante dos horas al día se puso al servicio de la presidencia. Qué contenta estaba de no encontrarse sola en el mundo, ya que su pobre madre no podía ofrecerle otro consuelo que el de prodigarle sus afectuosos cuidados en el declive de una vida que se agotaba lentamente y que había consistido en un largo martirio.

Cuando entró por primera vez en la oficina con su distintivo en el pecho, fué acogida con un aplauso irónico seguido de felicitaciones burlescas. Á este nuevo insulto, que excedía de

los límites de la decencia; la joven se calló, después el rubor le salió al rostro, y sin poder contenerse, exclamó con acento digno y enérgico:

—Sepan ustedes, de una vez para siempre, que este distintivo permanecerá siempre en mi pecho, y que de hoy en adelante lo llevaré con mayor orgullo que nunca, por haber merecido su desprecio. Y sepan, además, que me honro también mucho con la injusta guerra que me han declarado. Continúen ustedes, pues, en su actitud caballeresca con una pobre mujer indefensa. Sólo quiero rogarles dos cosas: que cuando hablen de libertad de conciencia, recuerden la manera cómo han tratado á su compañera de profesión. Y cuando quieran juzgarse á sí mismos, piensen en lo que harían si yo fuese hombre y me condujese con sus hermanas como ustedes lo hacen conmigo.

Á estas palabras, pronunciadas con una dignidad de reina ultrajada, que añadía un esplendor más al rostro de la *colega con faldas*, nuestros héroes se hicieron los tontos. Ida se puso á trabajar.

Al salir de la oficina, donde aquella noche había quedado de guardia Ida, uno de los cuatro telegrafistas dijo á los tres restantes:

—Hoy el colega con faldas nos ha dado una soberbia lección.

Y añadió otro:

—Y lo peor del caso es que tuvo razón.

El tercero añadió, alzando los hombros:

—Después de tirarnos de las orejas moralmente, ya no le falta más que pegarnos materialmente.

El último se calló y siguió pensativo. Aquella escena le había conmovido. Pronto sabremos por qué.



XIII

Cuerpo á cuerpo.

UNA mañana mientras Ida, que á la sazón estaba libre de servicio, se ocupaba en arreglar algunas ropitas para los niños de una pobre mujer abandonada por su marido, fué llamada al teléfono de parte de la Condesa, rogándole que acudiese á verla en el acto.

Apenas llegó á casa de la señora ésta la abrazó diciéndola:

—Hija mía, quiero confiar á usted una empresa bastante escabrosa para la que se necesita un ánimo viril. Por eso he pensado en usted. Se trata de libertar á una pobre joven de la esclavitud más infame y de volverla á la vida.

— Con tal de que ella se quiera salvar.

—De eso no hay duda. En la calle de Granchí, núm. 5, hay una casa maldita, casa de escándalo y de abominación, dirigida por aquella furia del infierno que en el Congreso feminista ha blasfemado de la Santa Virgèn, haciendo una proposición de que se avergonzarían, si fueran capaces de ello, hasta los tigres. Hace pocos días entró en esa casa un joven oficial educado cristianamente en un colegio, pero extraviado por la vida militar, viéndose delante de una joven que arrojándose á sus pies, y derramando copiosas lágrimas le rogó por el amor de Dios que la libertase de aquel infierno, pagando por ella 300 francos, canti-

dad que la tenía encadenada á su tirana. Salió el joven horrorizado de aquel ergástulo infame, abominando de la brutal hipocresía, de la falsa civilización, que delira por la libertad y mantiene la más torpe esclavitud con la trata de blancas y contó el hecho á una tía suya. Ésta apenas lo supo mandó la suma de 300 francos á nuestra *Alianza femenina* para que con ella se rescatase la libertad de esa infeliz.

—Pero advierto, añadió la Condesa, después de haberla expuesto su propósito, que para desempeñar su misión tendrá que armarse de paciencia y de energía. Si se oponen á sus deseos, amenácelas usted con dar parte del hecho á la policía... Vaya, pues, como Tobías, acompañado de su ángel bueno, á libertar á la nueva Sara de los demonios que la oprimen y después condúzcala aquí, para ponerla fuera de peligro.

Aun cuando trataba de mostrarse tranquila Ida, sentía que el corazón se le saltaba del pecho, nada más que ante la repugnancia de entrar en aquella casa infame. Pero el ansia de arrancar á una pobre víctima del martirio la hizo vencer todo escrúpulo y sin detenerse un momento marchó velozmente hacia aquella cloaca fétida y obscena, infundiéndole un valor superior á su indole y á su sexo.

Cuando estuvo á la puerta apretó el botón eléctrico y aquella se abrió delante de una escalera, á cuyo término se mostraba una vieja de rostro escuálido y llena de granos y prominencias, que podía servir como modelo para el estudio de la orografía.

Miró la bruja con ojos de hiena á la hermosa Ida, y con voz cascada le preguntó:

— ¿Qué desea?

— Quisiera hablar con la comadrona.

— ¡Entendido! ¡Pobre palomital Será servida.

Ida estuvo á punto de protestar, pero se contuvo y entró en una antecámara en medio de la cual había un gran diván circu-

lar como los que se encuentran en los museos, donde se veían esparcidos algunos albums. Abrió uno de ellos, pero pronto tuvo que cerrarlo horrorizada: alzó los ojos á las paredes y tuvo que bajarlos pronto ante las figuras que había por todas partes.

Por fin se entreabrió una puerta lateral y apareció la dueña. La comadrona la saludó inclinando la cabeza, sonriendo irónicamente. Después la examinó de pies á cabeza, pero apenas vió sobre su pecho la escarapela azul, arrugó la frente, apretó los labios y le dijo con acento seco:

—Estoy á sus órdenes. Hable, pues.

—¿Vive aquí una joven que se llama Giannina Maglioni?

—Pudiera ser.

—Lo sé de cierto.

—¿Acaso las *veloces* meten las narices hasta en el despacho de la policía?

A estas palabras Ida enrojeció; pero advirtiéndole que se la provocaba para hacerla perder la serenidad y ponerla en la puerta, se contuvo y se satisfizo con mirar á su interlocutora y decirle con mucha flemma:

—No quiero hacer caso de ciertas palabras. Conque, dejemos lo accesorio y volvamos á lo importante. ¿Usted tiene en su casa á una joven llamada Giannina Maglioni que le debe 300 francos, no es cierto?

—También pudiera ser verdad eso; pero no tengo necesidad de dar razón ni de mis créditos ni de los débitos ajenos. ¿Pretende usted hacerme un examen de conciencia ó la revisión de las cuentas?

—Perdone usted; yo no pido cuenta de nada; basta con que sepa que sólo he venido aquí para pagar el débito y poner en libertad á la deudora.

A esta intimación, la comadrona, en vez de estallar, dijo con afectada malignidad:

—Tenga usted cuidado con el paso que se propone dar; por-

que pudiera arrepentirse. ¿Acaso la agradaría á usted verse vigilada por ciertas personas que no gozan de sus simpatías?

—Á mí no me importa ningún género de vigilancia.

—Pues á mí sí.

—Eso es cuestión de temperamento.

—¿Luego usted sabe que me deben 300 francos?

—Claro.

—Entonces también sabrá quién se lo ha dicho.

—Naturalmente.

—Pues deseo conocer el nombre de esa persona.

—No puedo decirlo.

—Pues bien, ya que sabe usted lo que pasa en mi casa, pague los 300 francos, aunque no se me debe nada. En cuanto á poner en libertad á la deudora, añadió en tono de burla, era preciso que estuviese presa para poderlo hacer.

—Ya que está libre, mándele usted venir á mi presencia y haga además el favor de entregarme el recibo firmado por ella.

—¿Y si la joven, por el hecho mismo de que es libre en absoluto, no quisiera irse?

—Pues que ella me lo diga con sus propios labios y me retiraré, pidiendo á usted perdón por haberla molestado.

La astuta mujer, advirtió que iba á perder la partida; por eso cambió de registro y alzándose como una víbora gritó, con un relámpago siniestro en los ojos, y poniéndose más lívida de lo que lo estaba habitualmente:

—¡Basta! ¿A qué juego jugamos? No quiero ni espías ni polizontes en mi casa. ¿Ha comprendido usted?... Si no tiene más que decirme, ya hemos concluido y aquella es la puerta.

Ida permaneció silenciosa durante algunos momentos. Y después replicó friamente:

—¿Prefiere usted que vuelva dentro de poco con la policía?

En vez de enfurecerse, como Ida esperaba, aquella víbora venenosa se mantuvo callada, mirándola con ojos terribles; como

si no la creyera capaz de tanta audacia, le dijo con acento de compasión, mezclado de desprecio.

—¿Con la policía? ¿Con la policía? ¡Desgraciada!

Luego con voz profunda y cavernosa, cerrando los puños como si quisiera estrangular á la joven añadió mirándola ferozmente, y apretando los dientes como una verdadera furia del infierno:

—¿Pero no sabe usted que está sola en mi casa, que nos llamamos sin testigos y que se encuentra en mi poder y á merced de mi voluntad?

Tan terrible fué el tono con que pronunció esta amenaza, que Ida se levantó dispuesta á defenderse. Por más que no dejaba de comprender que aquellas amenazas no tenían más objeto que intimidarla.

Era tímida y sensible como la mayor parte de las mujeres; pero á la vez de carácter generoso é impávido. Hizo frente, pues, á aquel lenguaje abominable, por venir de una mujer de tal calaña, en la cual sólo veía á una vulgar comedianta, pronta á adoptar los tonos trágicos para realizar su perfidia.

Se mantuvo, por lo tanto, tranquila é impasible, diciéndole reposadamente con una sonrisa glacial:

—¿De modo que no quiere dejar libre á la Maglioni, aun cuando se pague su deuda?

La comadrona arrugó siniestramente el entrecejo sin responder. Ida añadió con resolución:

—Entonces no me resta más que hacerla salir de aquí con el auxilio de las leyes.

Y se encaminó hacia la puerta sin mirar á la comadrona.

Pero ésta de un salto se puso enfrente de ella, y agarrándola con fuerza por los hombros, la empujó hacia atrás y la hizo sentar de nuevo, gritándole enfurecida:

—Aquí estarás hasta que yo te de permiso para salir, maldici da.

Esta vez Ida se estremeció de espanto; pero también volvió á reponerse y hasta tuvo el valor de mostrar la mayor indiferencia, mirando á su enemiga con el desprecio más absoluto. Parecía que aguardaba con indiferencia el término de aquella vulgar comedia.

Ante tal firmeza, la arpia empezó á perder terreno y á vacilar... Pero por eso mismo experimentó mayor ira que nunca, y colocándose delante de Ida, semejante al guerrero que depone las armas para rendir al enemigo con mayor seguridad, replicó con un tono de voz lleno de amenazas:

—Fijate bien en lo que voy á decirte. La Giannina Maglioni es tuya; puedes llevártela cuando quieras. Pero hoy comienza mi venganza. Continúa, pues tu misión de *veloz*, aunque yo te aseguro que no correrás tanto que te escapes de mis garras. Cuando caigas herida por alguna mano invisible, ten presente que el golpe ha sido dirigido por mí y acuérdate de este día y de este lugar.

Ida se mantuvo imperturbable en su indiferencia y en su silencio, porque no era capaz de ceder ante aquella amenaza, por más que ahora comprendía que la rencorosa mujer hablaba de veras, y que se vengaría cuando pudiera hacerlo sin daño propio ni de su industria.

Después de decir las anteriores palabras, aquel tigre recobró su flema y dijo con la mayor calma:

—Ahora que nos hemos entendido, podemos concluir el asunto. ¿Desea usted que deje en libertad á la Maglioni y está dispuesta á pagar en el acto los 300 francos que me adeuda?

—Sí.

—Esta bien. Aguarde un momento.

Tiró del cordón de la campanilla y un momento después apareció la vieja.

—Dile á la del número 3, que venga en seguida vestida como entró aquí.

La vieja desapareció, y la comadrona salió también por la

puerta por donde había entrado, volviendo á los pocos momentos con una carta en la mano.

—Aquí está el recibo, dijo.

Ida leyó atentamente aquella carta que parecía escrita por una vieja, de tal modo la escritura era vacilante é incierta y estuvo contemplando la carta muchas veces para dar tiempo á que saliese la joven para entregar el dinero. La comadrona, impaciente, se apresuró á ir en busca suya.

Al cabo de diez minutos volvió á aparecer acompañada de una joven, vestida de aldeana. Tenía los ojos llenos de lágrimas, el rostro pálido, el paso incierto, esforzándose en vencer el temor que se transparentaba en toda su persona. Era muy alta de estatura, el rostro lleno y ovalado, los cabellos rubios como el oro, los ojos grandes y rasgados. Todo, en suma, contrastaba singularmente con su vestido de aldeana y que la hacía asemejarse á una princesa disfrazada.

La pobre joven miró en torno suyo dolorida y angustiada, fijando los ojos en Ida como si quisiese penetrar en lo más hondo de sus pensamientos.

Pero ésta la sacó de su contemplación mostrándole la carta que tenía en la mano.

—¿Esta firma es de usted? le preguntó.

—Sí, señora.

—Está bien.

Entonces sacó tres billetes de 100 liras que entregó á la comadrona, diciendo á la joven:

—Venga usted conmigo y lo sabrá todo.

Apenas recibió el dinero la comadrona volvió las espaldas y se fué sin decir palabra.

Ida cogió por la mano á la presa rescatada, que temblaba de terror y la sacó de aquel antro maldito.

Cuando llegaron á la escalera, la vieja murmuró en voz bastante alta, al abrirles la puerta.

— Que el diablo os lleve en su compañía.

— El Señor tenga piedad de tu alma, vieja desgraciada, respondió Ida.

Cuando estuvieron en la calle, encontraron un coche que las aguardaba por orden de la Condesa. Apenas llegadas al palacio, la Condesa, que estaba esperando á Ida, se apresuró á abrazarla.

La pobre Maglioni no cesaba de besar la mano á la una y á la otra, bañándose las de lágrimas y sollozando como una niña que hubiese encontrado á su madre después de larga ausencia.

Cuando se hubo calmado un tanto su emoción, narró á sus dos salvadoras la historia lúgubre y dolorosa de su vida.



XIV

La presa recobrada.

VENIDA desde el campo á la ciudad con el propósito de entrar á servir en alguna casa de buena familia, Giannina se dirigió á una agencia de colocaciones, donde su mala suerte la hizo tropezar con la famosa comadrona, la cual empezó por pintarle con los más negros colores la dificultad de encontrar servicio honrado y seguro en una ciudad como aquella, donde tantas jóvenes incautas naufragaban miserablemente, por estar expuestas, sin apoyo y sin defensa, á los mil peligros de la vida ciudadana. Después de asustarla y de observar que la pobre joven era inocente como una paloma, toda fe, piedad y pudor cristiano, añadió con un falsó tono de unción ascética:

—Da gracias á la Virgen porque te has encontrado con personas honradas y religiosas; de otro modo no tardarías en volver á casa con una reputación dudosa, ó quedarte en la ciudad como una mujer perdida. Yo tengo mucho en que pensar y no debería dejarme vencer por los sentimientos del corazón. Pero en fin, veamos: ¿Cuentas en la ciudad con alguna persona que te dé asilo hasta que encuentres colocación?

—No, con nadie. Me han dicho que siendo joven y robusta

no tardaría en encontrar colocación como criada ó niñera... Traigo buenos informes.

—Veámoslos.

Sí, el párroco, el médico y el alcalde dan los mejores informes... Mire usted, dijo mostrándoselos al agente. Hay que ayudar á esta pobre joven.

El agente alzó los hombros; pero la comadrona volvió á insistir.

—¿No hay colocación para ella?

—Por ahora, no... Quizás dentro de poco.

—Pobrecilla, replicó la astuta mujer mirándola con ojos de compasión. ¿Quieres volver á tu país?

La joven hizo una señal negativa con la cabeza.

—Pues bien, añadió la comadrona después de unos momentos de reflexión y de lanzar un largo suspiro, hagamos este nuevo sacrificio por amor de Dios. Si quieres, ven á mi casa hasta que encuentres acomodo. También yo soy madre y siento compasión por tu estado.

La muchacha cayó en la red y no tardó en verse expuesta á las insidias y á los asaltos de los libertinos de profesión, donde los verdugos de la lujuria acaban siempre por vencer la resistencia de las propias víctimas.

Al principio fué tentada con todos los halagos de la seducción, adulada y admirada por su extraordinaria belleza; le dijeron que si se vestía mejor podía llegar á entrar en casa de alguna princesa, y que no vacilase en hacerlo ya que de la primera impresión dependía todo.

Viendo que ante esta proporción la muchacha bajaba los ojos y se ruborizaba, confesando tristemente su inocencia, la comadrona la propuso que lo hiciera con recibo para los primeros gastos, que después le pagaría cómodamente con un tanto cada mes sobre sus salarios.

Pero la princesa á quien debía servir no acababa de presen-

tarse; sin embargo, según la decían, no tardaría en ofrecerse otra buena colocación. Mientras tanto se vió obligada á firmar un segundo recibo por los alimentos y el alojamiento en aquella casa donde la trataban como á una señora para quitarla el aspecto lugareño y darle un aire de ciudadana, menos vulgar que el suyo propio.

Un día la pobre joven se sintió tan mal que tuvo necesidad de guardar cama, con vértigos y fiebre. Le parecía tener un círculo de fuego en torno de la cabeza. La comadrona fué á la cabecera de su lecho; llamó al mejor médico de la ciudad, un famoso profesor que la curó en pocos días.

Entonces para simplificar las cosas y hacer con todos los gastos una cuenta sola, la comadrona declaró que todo el débito ascendía á trescientos francos, y rompiendo los dos primeros recibos le hizo firmar uno nuevo.

La infeliz aldeana se quedó aterrada ante aquella enorme cifra, y con lágrimas en los ojos, se preguntaba tímidamente:

—¿Cómo podré yo pagar esa suma?

Y la respuesta fué una ojeada tan terrible, que heló su sangre en las venas. Tomó, pues, la pluma y con mano trémula puso su nombre sobre el recibo total.

Desde aquel día todo cambió en torno suyo.

Hasta entonces había permanecido apartada de toda comunicación con las demás compañeras en una habitación reservada, donde nada pudo ver que diese que sospechar á una persona honesta y religiosa. Pasaba el tiempo en coser, en remendar y planchar ropa blanca; podía salir é ir á la iglesia, aunque siempre acompañada de la comadrona.

En cambio ahora ésta había desaparecido y durante varios días no pudo verla. Vino á visitarla otra persona, á quien antes no había visto nunca, que dijo ser la directora del asilo, encargada de admitirla para hacer vida común con las otras compañeras.

Al principio la inocente Giannina no comprendió el significado de semejante proposición, si bien el aspecto de aquella mujer, y la sonrisa siniestra que tenía en los labios, le había producido un sentimiento de terror y de indecible repugnancia.

Pero la explicación llegó pronto, completa, cínica, brutal.

Le fué comunicado el nuevo orden de vida y se le repitió muchas veces, que toda resistencia no sólo resultaría inútil, sino que empeoraría su situación.

Entonces la pobrecilla vió todo el horrible abismo en que había caído. Lágrimas, súplicas y convulsiones no tuvieron otro efecto que el de verse tratada con mayor severidad y crueldad. Para *domesticarla* fué puesta bajo la dirección de la más perdida de sus compañeras y atormentada con obstinación y ferocidad diabólica. Tuvo ímpetus de delirio, accesos de desesperación y de furor, en los cuales hubiera apelado á la muerte sino hubiera tenido miedo del infierno.

Calmada algún tanto aquella terrible agitación, producida por la revelación de la esclavitud infame á que estaba condenada, la infeliz joven empezó á reflexionar seriamente sobre su estado y resolvió con firmeza dos cosas: defender su honestidad contra todas las asechanzas y emplear todo género de esfuerzos para salir de aquel infierno.

Adoptó, por lo tanto, en su trato un tono serio y desconfiado; se encerró en un mutismo estudiado y casi absoluto, dejando pasar en silencio todas las burlas, todos los insultos de su tirana. Concentró todos sus pensamientos en buscar la manera de despedazar aquella infame cadena, de recobrar la libertad, de salir para siempre de esta casa maldita.

Pensar que habían de ayudarle en ello las personas de fuera, era una locura, no sólo porque á nadie conocía, sino por la rigurosa vigilancia á que se veía sometida continuamente.

Luego debía de intentar la empresa por sí sola, y era preciso hacerlo con la mayor destreza para evitar un fracaso.

Después de dar vueltas á esta idea en su pobre cerebro al fin le pareció que un día la Providencia le señalaba un camino seguro de salvación.

El camaranchón donde ella dormía con algunas otras compañeras, estaba al mismo nivel de una casita, cuyas ventanas daban sobre un patio interior, defendido por un muro alto que corría á lo largo de una callejuela, situada en la parte opuesta hacia el campo, y por eso poco frecuentada tanto por el día como por la noche.

Ocurrió aquel día que los albañiles, que estaban ocupados en restaurar el muro por la parte interior, dejaron al cesar en el trabajo, una escala adosada al muro.

No tardó en advertirlo. Examinó y comprendió que saliendo por la noche y apoderándose de la escala podía descender hasta la calle con facilidad. No le faltaban fuerzas para ello porque estaba familiarizada con los trabajos fatigosos del campo, ni se preocupaba tampoco en las consecuencias de su fuga con tal de verse en libertad.

Aquella noche, una vez resuelta á huir, estuvo inmóvil en su lecho fingiendo dormir profundamente.

Cuando oyó dar las tres en un reloj vecino se puso en pie con gran precaución, procurando por contener los latidos de su corazón que parecía querer salir del pecho. Se vistió de prisa, abrió la ventana, y deslizándose por ella se dejó caer al suelo, encontrándose en el patio.

Con el débil fulgor de las estrellas, trató inútilmente de descubrir la escala que se encontraba adosada al muro y con espanto indecible vió que estaba tendida á lo largo del patio.

Ante aquel obstáculo inesperado, Giannina se sintió desfallecer; pero no por ello perdió su serenidad. Tomó la escala por un extremo, la alzó sobre su cabeza, esforzándose en ponerla recta.

En este momento oye abrirse una puerta y vé avanzar una

sombra en el patio. A su vista Giannina siente aumentar sus fuerzas y con impulso sobrehumano pone en pie la escalera, la adosa al muro y empieza á subir por ella.

Pero una mano de hierro la coge por detrás y una voz terrible le dice friamente:

—¡Desvergonzada! ¿No sabes que no se sale de aquí sino después de concluir el servicio como los soldados?

El que así hablaba era el más fiel vigilante de la comadrona, el que estaba siempre alerta para ayudar y defender la comunidad en caso de peligro. Él era quien había quitado la escala del muro.

La pobre Giannina no opuso la más leve resistencia; no dijo tampoco una palabra y se dejó conducir á la infame casa como un cordero que va al mercado ó al matadero, mientras el cancerbero decía con aire maligno:

—¡Ahora verás lo que te sucede! Yo te aseguro que esos arrebatos de loca te van á salir para siempre de la cabeza.

Se la encerró en una habitación interior que no recibía el aire más que por el ventanillo de la puerta y no se le dió más alimento que pan, agua y aguardiente...

Al llegar á este punto de la narración la infeliz fué acometida de un espasmo de angustia, y llorando de desesperación, preguntó á sus dos salvadores.

—¿Me perdonarán las señoras como á la Magdalena?

—Has hecho bien en recordarla, dijo gravemente la Condesa, poniéndole la mano sobre la cabeza, porque el Señor te ha perdonado como á ella. Hoy mismo entrarás en lugar donde podrás imitarla en la penitencia.

Antes de la noche la nueva Magdalena era recibida entre las asiladas del Buen Pastor.

Ida fué á la oficina más consolada que antes mientras la comadrona urdía ya el hilo de su venganza.



XV

La bodega del diablo.

EN una modesta aldea del suburbio habitaban solas, hacía ya mucho tiempo, una vieja señora y su criada, que aunque también entrada en años, no contaba tantos como su ama.

Esta última, siempre vestida de negro, y con un espeso velo sobre el rostro, que apenas ocultaba su espesa cabellera blanca, sólo salía de casa para ir á la primera misa. La doméstica, además de ir á misa, salía para los quehaceres cotidianos.

Nadie las había visto confesar, ni á una ni á otra; pero las comadres de la vecindad decían que una vez la *secretaria de la bruja*, es decir, la criada había estado largas horas en el confesonario de la iglesia de las Capuchinas, aunque sin llegar á recibir la comunión.

Las celosías de la casita donde ámbas vivían estaban siempre cerradas á piedra y lodo como suele decirse; y las dos huían del trato de las gentes del pueblo, que como es de rigor hacían sobre ellas los más extraños comentarios.

No obstante, las visitas no faltaban en la misteriosa casita, especialmente en ciertas épocas del año; en Carnaval, en Mayo, en Pascuas, en el primero de Año, era tal el concurso de visitantes que formaban una larga procesión. Las visitas se componían de señoras y señoritas que llegaban en tranvía ó en co-

ches propios ó de alquiler, vestidas con lujo, entrando y saliendo de aquel lugar misterioso con un aire furtivo y presuroso como si temieran ser descubiertas y reconocidas.

Ninguna persona de la vecindad sabía quiénes fuesen aquellas dos mujeres, ni mucho menos el verdadero motivo de las visitas que recibían, y por eso mismo el populacho que abundaba en aquel suburbio, había tejido en torno de ellas una verdadera leyenda. Á la dueña la llamaban simplemente *la bruja*; *secretaria*, como ya hemos dicho, á su criada, y á la casa misteriosa la *bodega del diablo*.

Delante de la *bruja* las mujeres experimentaban cierto miedo supersticioso, y escondían á los niños por temor de que les hiciera mal de ojo. En la iglesia se apresuraban á apartarse de ella colocándose á distancia respetable: los chicuelos, debajo de las ventanas, gritaban á coro: *bruja, la bodega del diablo*; pero eran disueltos por los agentes de orden público.

Una mañana de invierno, mucho antes de que despuntase el día, llegó á pie y se detuvo delante de la puerta de aquella casa, una mujer arrebujada en un amplio chal, y con un espesísimo velo sobre el rostro. Llamó á la campanilla, y á las preguntas de la *secretaria*, que después de algunos minutos vino á abrir la puerta, contestó alzándose el velo para hacerse reconocer:

—Tengo necesidad de hablar en el acto á doña Mónica. Si está todavía en la cama dígame que se levante en seguida, porque quiero marcharme antes de que amanezca.

Fué introducida en un saloncito del piso bajo y á los pocos momentos se presentó la *bruja*, que apenas vió á su inoportuna visitanta, dijo con mal humor:

—Todavía te atreves á venir aquí? No te he dicho muchas veces que una persona de tu calaña no debe poner el pie en casa de personas honradas?

Pero la brava visitanta, sin dar muestras de ofenderse ni de

turbarse ante aquel insulto, sonrió tranquilamente y besando la mano á la vieja, la hizo sentar al lado suyo, diciéndole con acento casi filial:

—Sé buena, tía *Nica*, y no temas que sea indigna de tu protección. Si supieses todo lo que yo sé, verías que mi vida es más inofensiva que la de muchas personas que se consideran honradas. ¡Ay, si se descubriesen ciertos altares! Yo procedo siempre con lealtad y respeto la libertad de todos. En este punto, gracias al Cielo, no tengo el menor remordimiento. También lo sabe la autoridad, con la cual vivo siempre en paz. Además he venido antes del alba, como tú me has ordenado, querida tía. Ya ves que sé respetar todos los escrúpulos, todas las conveniencias y hasta las manías.

—¿No sabes que todas las precauciones son pocas con esta canalla de la vecindad? Ya me han hecho ir varias veces á la delegación de policía.

—No tengas miedo á eso, porque soy uña y carne de la policía; pero de todos modos, procuraremos no darles vela en este entierro.

La vieja sonrió simuladamente y dijo:

—Tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe.

—Ya sé que no se debe jugar con la autoridad, porque siempre se pierde. Pero vengamos á lo que importa, querida tía. Sé que te deleitan las monedas antiguas. Mira ésta que te traigo para tu magnífica colección. Así no podrás decir que soy una ingrata.

—No me vengas con pamplinas, dijo en tono desdeñoso la vieja, observando la moneda por el anverso y por el reverso. Si no tuvieras necesidad de mí, no te acordarías ni del santo de mi nombre. Un luis del año de Luis XIV. ¡Gracias! Conque, dí de qué se trata. Ya sabes que no me presto más que á cosas honradas, y en tus enjuagues no quiero entrar ni poco ni mucho.

—Está bien. Tampoco yo quiero embrollos. En punto á honradez nada tenemos que echarnos en cara.

—Pronto, explicate; no hay tiempo que perder.

—En seguida. He aquí de qué se trata. La zorra me ha arrebatado una pollita que era una alegría. ¿Cómo castigarla y defenderme para el porvenir? Hay que pillarla á lazo.

—¡Comprendido! ¿No sabes cómo vengarte? ¿Y tienes el valor de decírmelo á mí que sé quién eres?

Después de estas palabras dichas en tono de desprecio, la comadrona gritó resentida y casi amenazadora:

—¡Nadie tiene el derecho de entrometerse en mis cosas! Te lo he dicho muchas veces.

—Ya sé que eres inocente como el agua turbia, observó friamente la *bruja*.

Pero la otra replicó resueltamente:

—Dejémonos de recriminaciones y vengamos al asunto que me ha conducido á esta casa.

—Está bien. ¿Quieres saber cuál de ambas profesiones te conducirá á galeras?

A esta pregunta, pronunciada por la vieja con una sonrisa maligna, respondió prontamente la comadrona en el mismo tono:

—Sí, aunque espero no ir sola.

—Ven.

Se levantaron ambas, atravesaron varias habitaciones y entraron en un saloncito. La vieja abrió la puerta de un armario que estaba en la pared, completamente lleno de vestidos de mujer y en el cual se escondía otra puertecita interior, que cedió en cuanto la *bruja* tocó un botón, y al través de ella penetraron ambas en un pequeño gabinete que estaba sumido en la mayor obscuridad.

En él permanecieron ambas en silencio algunos instantes, hasta que al fin la habitación se iluminó con débil claridad por

una luz que caía del techo y que permitía descubrir el extraño aspecto de aquel gabinete mágico.

Era éste un cuadrado perfecto, cuyas paredes, enteramente tapizadas de damasco rojo, se replegaban en forma de pabellón terminando en punta, de donde pendía una lamparita velada que cuando se encendía, esparcía una luz pálida, aumentando con sus plateados reflejos, la extraña singularidad de aquel lugar. Sobre el fondo rojo de fuego de la tela adamascada, que cubría las paredes estaban dibujados, sin ningún orden ni simetría, arabescos, flores y geroglíficos cabalísticos de varios colores. Del centro del pavimento, sembrado también de figuras y signos cabalísticos, salía un pabelloncito circular, semejante á los que recubren los baptisterios de las iglesias, formado por un cortinaje cónico de color azul.

Pálida y excitada por aquel extraño aposento, que sin embargo no era nuevo para ella, la comadrona estaba en pie inmóvil y muda, mientras la vieja sacaba del armario secreto una amplia bata de seda, toda sembrada de geroglíficos, y se la puso sobre sus vestidos, atándosela á la cintura con una faja de seda rosa, de la que pendía un espadín con empuñadura en forma de cruz. Se puso en la cabeza un gorro egipcio y al cuello un cordón verde esmeralda, de metal cincelado.

Era este el famoso hábito del Gran Kofta ó sumo sacerdote de la masonería egipcia, que nuestra sibila pretendía haber heredado por una serie de maravillosos acontecimientos del conde Cagliostro, profeta y taumaturgo sin par, así como se jactaba de haber heredado los secretos mágicos de la sibila Arfwedson y de los videntes Plomenfel y Ulfenwoco, célebres por haber vaticinado la muerte de Gustavo III de Suecia y de sus hermanos; é igualmente los de la sibila de París, madama Lenormaud, que predijo á Josefa Beauharnais la corona imperial, y de otros maestros en el arte adivinatorio.

Después de largos estudios y repetidas combinaciones de los

principios, prácticas y ritual del ocultismo antiguo y moderno, perfeccionado en los progresos de la psico-física, nuestra vidente se había creado un sistema teórico del ocultismo, perfeccionado con los más recientes progresos de la psico-física. Según tal sistema se podía determinar entre el espíritu del mago ó vidente, y los otros espíritus humanos, próximos ó lejanos, una comunicación recíproca, mediante las oscilaciones de sus cerebros; una especie de telegrafía cerebral sin hilos, como la *ce-re-bración inconsciente (unconscions cerebration)* descubierta por el doctor Carpenter de Londres. Donde se demuestra que la emanación de los otros cerebros concentrándose en el del agente mágico, aumentaban de intensidad y por eso mismo la inteligencia, infundiéndole conocimientos completamente nuevos y confiriéndole la capacidad de ponerse en comunicación con las inteligencias angélicas y con el propio Dios, hasta alcanzar el conocimiento de las cosas más lejanas é imperceptibles.

Existían, pues, diversos medios prácticos para determinar tal comunicación cerebral, especialmente con hacer entrar los flúidos vitales de las fuerzas psíquicas, en ciertos objetos materiales, según las reglas de la ciencia oculta, que le revelaban los secretos más recónditos. Entre estos métodos ó prácticas descollaba lo *oomancia* ú *ooscopia*, esto es la adivinación por medio de la yema ó de la clara de huevo; cuyo ceremonial veremos pronto, ceremonial que Cagliostro y la Lenormaud habían ya adoptado con tanto éxito para pronosticar el porvenir.

Vestida, como hemos visto, de Gran Kofta, la sibila cogiendo una cortina que pendía del techo hizo visible la parte interior del misterioso pabellón. En el centro de él se veía un trípode, sobre el cual estaba una jarra de cristal llena de agua, una marmita dorada con mango de marfil y un huevo fresco.

En el mismo momento se encendieron una infinidad de lamparillas que rodeaban el pabellón.

Al ver esto la comadrona fué acometida de un temblor nervioso que se comunicó al pavimento haciéndole oscilar.

Sonrió siniestramente la sibila, mirándola con ojos de compasión mezclada de desprecio, y tomándola por la mano la acercó al trípode de manera que estuviese frente de él. Luego le puso la mano sobre la cabeza, sobre los ojos y sobre el pecho, murmurando palabras incomprensibles y haciendo con ambas manos signos extraños. Luego tomó el huevo, lo rompió y arrojó su contenido en la marmita, agitándola fuertemente con la mano izquierda, mientras que con la derecha hacía sobre ella señales cabalísticas.

Después de esta primera ceremonia, la sibila puso sobre el trípode la marmita é invitó á su cliente á que se fijase en su contenido, fijando también ella sus ojos flameantes sobre la comadrona.

Así permanecieron ambas en silencio durante dos ó tres minutos.

Por una de esas extrañas contradicciones, tan frecuentes en los más canallas, la comadrona no hacía más que encomendarse á todos los santos de la corte celestial, y con los brazos se oprimía el pecho á fin de impedir la entrada á él de ningún maleficio.

—Mira, dijo por fin la sibila. ¿Ves la yema que permanece compacta y redonda en el agua? Pues es el mundo en pequeño. ¿Ves la clara reducida toda á filamentos, entrelazados entre sí de mil maneras? Pues así afluyen nuestros flúidos vitales y nuestras fuerzas psíquicas y se confunden con los flúidos y con las fuerzas de las personas cuyos secretos queremos descubrir, determinando una comunicación recíproca de oscilaciones cerebrales, que eleva la inteligencia de la persona perita en las ciencias ocultas hasta el punto de leer en lo futuro y pre-sagiar seguramente los acontecimientos.

Dicho esto, sacó de la vaina el espadín y metiéndole en la

marmita agitó el contenido de ella. Luego cerró los ojos, apretó los labios con una contracción nerviosa y poniéndose densamente pálida y reabriendo de nuevo los párpados, dijo con tono inspirado y solemne, sin dejar de mirar á la marmita:

—Nuevos ejércitos y nuevas batallas. No son hombres sino mujeres las que combaten, quien por la libertad, quien por la esclavitud. A la cabeza de las primeras va una pértiga alemana vestida más bien de hombre que de mujer... Mucho vocearía... No, no se vence con palabras... La otra capitana, una condesa lombarda, organiza tranquilamente un gran ejército... Al lado suyo lucha una telegrafista, que llegará á ser su brazo derecho y decidirá de la suerte de la guerra.

—¡Es ella!—gritó la comadrona.

—Ya te há dado un golpe maestro al cual seguirán otros hasta el último, que será mortal.

—¿Cómo defenderse y desarmarla? ¿Con la fuerza? Con la raposa hay que raposear. ¿Cogerla á lazo?

—Sería lo mismo que tratar de coger el cielo con la mano.

—¿Por qué?

—Porque tiene los ojos de águila y el corazón de león.

—¿Arrojarla del oficio y obligarla á mendigar el pan?

—Buen medio si pudieras conseguirlo.

—Lo intentaré.

—Hay que emplear ciertos estratagemas.

—¿Cuáles?

Aquí la sibila se acercó á su oído y murmuró algunas palabras cabalísticas incomprensibles para los profanos. Luego la preguntó:

—¿Has entendido?

—Sí, sí, acabaré con ella. ¡Gracias!

—Pues ahora vete. Del mal que hagas á esa joven, tu serás la responsable, porque yo he hablado como instrumento incons-

ciente y pasivo de tu espíritu transmitido al mío y bajo el dominio de los acontecimientos futuros, revelados por la comunicación con otros espíritus que concurren á determinarlos.

Quiso replicar la comadrona, pero la vieja no la dió tiempo porque hizo apagar las luces, llamó á la *secretaria* y ésta condujo á la visitante hasta la puerta de la casa, en el momento en que comenzaba á alborear.

No había dado diez pasos en la calle cuando paró cerca de ella un coche de alquiler. Tenía el número 13.

—¡Maldito número, exclamó. Esta mañana al salir de casa, la primera persona que encontré fue una vieja. Ahora tropiezo con el número de Judas... No soy supersticiosa pero ciertos encuentros me hielan la sangre. ¿Al fin venceré? Allá veremos.



XVI

Mina y contramina.

ADEMÁS de la escarapela que llevaba al pecho cada una de las individuos de la *Alianza femenina*, tenían también un pase con su fotografía, que les servía para identificar su persona y demostrar la propia personalidad, evitando de este modo cualquier fraude.

Cierto día, nuestra telegrafista, habiendo llegado á su casa desde la oficina, antes de ponerse á comer con su madre, abrió el bolsillo, donde acostumbraba á guardar el pase, el libro de misa, y los guantes, observando con asombro que le faltaba el primero. Estaba segura de haberle llevado dentro del bolsillo á la oficina, y era por lo tanto indudable que alguien se lo había sustraído de él.

Por más que el hecho pareciera extraño, no tenía más remedio que admitirlo como cosa cierta. Volviendo aquella tarde á la oficina, preguntó á los colegas, á los ordenanzas; pero ninguno de ellos sabía nada. Luego no era posible la menor duda, alguno había abierto su bolsillo, mientras Ida estaba ocupada en el trabajo. ¿Quién? No un ladrón vulgar, porque le había dejado los demás objetos; y aunque éstos eran de poco valor, el pase no tenía ninguno. Por otra parte, en la sala, aquella mañana sólo habían estado sus cuatro colegas telegrafistas.

Entonces una grave sospecha surgió en la mente de Ida. Hacía algún tiempo que había observado que uno de sus cuatro compañeros, el más joven de ellos se mostraba turbado en su presencia. Al principio no dió ninguna importancia al hecho, juzgándole de escaso interés; pero ahora la sustracción del documento en cuestión, no podía por menos de despertar en la joven un sentimiento de desconfianza hacia el compañero que de tal modo se impresionaba ante su vista.

Pasaron diez días, en los cuales Ida había estado tan atareada que no tuvo tiempo siquiera para visitar á la Condesa. Además sentía cierta repugnancia en confesarle la pérdida de su pase, porque ésta no creyese obra de su abandono ó negligencia, lo que era en realidad efecto de algún hábil escamoteo.

Un día, concluido su trabajo, al salir de la oficina, uno de los porteros dijo á la joven que el señor Director la esperaba en su despacho. Sin quererlo y sin saber por qué, Ida experimentaba una gran emoción; pero se serenó y subió con rapidez al segundo piso, y entró en el despacho de su jefe, después de obtener permiso, diciendo:

—Á sus órdenes, señor Director.

Éste la miró con ojos escrutadores y severos; después abrió un cajón de la mesa, sacó de él una fotografía, y poniéndosela delante de la joven, dijo:

—¡Vea usted!

Ida arrojó sobre ella una mirada y enrojeció hasta el blanco de los ojos, lanzando un gemido de angustia y ocultando el rostro entre sus manos, cayó sobre una silla inclinándose profundamente.

Aquella fotografía le representaba á ella misma; ¡pero en qué traje y con qué actitud! Por todo el oro del mundo nunca habría permitido que le retratasen de tal modo. Ahora comprendía el objeto del robo de su pase. Sin duda la comadrona había utilizado su fotografía para que algún miserable fotógrafo

colocase su cabeza sobre otro cuerpo obsceno, para vengarse como le había jurado.

El rubor, el decaimiento, el espasmo, y, especialmente el silencio de Ida al ver aquel retrato fueron interpretados por el Director como una implícita confesión de la culpa. Por lo tanto el funcionario añadió con mayor severidad que antes:

—La persona que me ha facilitado este dato de infamia, está dispuesta á presentar otras pruebas palpables... Conque, vengamos á lo importante. Tiene usted tres días para justificar su inocencia. Si pasado ese tiempo no la prueba usted, pediré su separación del servicio del Estado.

Ida temblaba de pies á cabeza, retorciéndose las manos con desesperación é hizo infinitos esfuerzos para ahogar los sollozos que subían á su garganta. El horror, la vergüenza, la desesperación que se había apoderado de ella, la quitaban hasta el aliento para articular una palabra... Por fin llegó á vencerse, y levantó fieramente la cabeza, con una mirada en que resplandecía todo el candor y toda la inocencia de su alma, acertó á decir:

—Perdone usted, señor Director, pero en el estado en que me encuentro, ante la horrenda calumnia y la trama infernal que tras de ella se descubre, no acierto á concertar las palabras. Agradezco los tres días que me da para probar mi inocencia. Ahora permítame usted que me retire.

Á una señal de asentimiento del Director, Ida se fué vacilando. Al llegar á la calle tomó un coche de punto y se hizo conducir á la casa de la Condesa, refiriéndole entre lágrimas y sollozos lo ocurrido.

La escuchó atentamente la Condesa; cediendo á una súplica repetida de su protegida, empezó á tratarla de tú, para inspirarla mayor confianza.

—Cálmate, hija mía. Yo te aseguro que antes de esta noche habremos encontrado á la cabeza oculta de esta infame intriga.

Verdad que el diablo es sutil é hila delgado, pero no tanto que no deje algún cabo suelto.

Dió orden en el acto de que enganchasen los caballos, tomó otro pase de la *Alianza*, le añadió otra fotografía, que Ida llevaba siempre encima, después de haber perdido la primera, y cuando el coche estuvo listo, salió con la joven diciendo al cochero:

—¡Al Buen Pastor!

Una vez llegado el asilo, pidió informes ante todo á la superiora, sobre la conducta de Giannina, y habiéndolos obtenido inmejorables, la mandó llamar, la acogió con bondad y ternura, acariciándola con ternura maternal, y la preguntó sonriendo: Cuando estabas en aquella casa maldita, te obligaron alguna vez á fotografiarte?

La pobre joven enrojeció, inclinó la cabeza cubriéndosela con las manos y empezó á llorar. La Condesa replicó con dulzura:

—No tienes que avergonzarte de ello. Te lo pregunto para un fin honrado. ¿Sabrías decirme el nombre del fotógrafo y dónde tiene su fotografía?

—No sé nada; porque nada me han dicho; pero recuerdo que era pequeño de estatura y muy grueso, moreno, con bigotes negros, como un carbonero, y que tenía una cicatriz en el labio.

—Está bien. Adios.

Subida de nuevo al coche con su compañera, la Condesa, se hizo conducir á casa de su fotógrafo, el cual apenas supo de lo que se trataba y conoció las señas que había dado Giannina, dijo sin vacilar:

—Es Romanucci. Vive en la calle del Orto, núm. 77. No puede ser nadie sino él, añadió sonriendo. Tiene una cicatriz que recibió en un duelo por un asunto semejante. Es un bicho de cuidado... Ya verá usted cómo trata de negar al principio.

Llegadas á la calle del Orto permanecieron en el coche mientras el cochero llevaba una tarjeta de la Condesa al fotógrafo, el cual las hizo subir inmediatamente.

Cambiados los saludos naturales, la Condesa, señalando á Ida, dijo al fotógrafo:

—Ruego á usted que tenga la bondad de ver si entre sus negativas se encuentra alguna que corresponda á este original.

—Es posible; pero no recuerdo haber sido honrado nunca por esta señora.

—¡Señorita!

—Sí, es cierto; basta con mirarla... Perdona usted; pues bien, no recuerdo.

—No es fácil, porque nunca estuvo aquí. De manera que alguna otra persona vino á hacer copiar y aumentar una fotografía suya, como ésta, añadió mostrando el pase al fotógrafo mirándole fijamente.

El pobre diablo se inmutó horriblemente, aunque continuaba mirando la fotografía y arrugando las cejas como si tratara de recordar un hecho ya olvidado.

Pero la Condesa, sin darle tiempo á serenarse, le colocó entre la espada y la pared diciéndole con energía:

—Escuche usted, señor mío: Las consecuencias del hecho que acabo de referir, han sido gravísimas para esta señorita. Es forzoso, pues, que usted ponga remedio al mal. Ahora todo puede arreglarse de un modo sencillo, pues usted como caballero, no podrá negarse á una declaración que devuelva el honor á esta joven.

—Veamos. Tenga usted la bondad de explicarme su pensamiento.

—Hélo aquí: Esta señorita desea una declaración en la cual se haga constar que el transporte y aumento fotográfico de la señorita Ida Piunetti, para usted desconocida, fué hecho por encargo de una tercera persona, quien le aseguró falsamente que ambas partes estaban conformes en ello. La cosa resulta más fácil si este trabajo se lo pidió algún artista para que le sirviese de modelo.

—Sí, realizo algunas obras de estas para los pintores... Ahora me parece recordar.

—Muy bien. Pues con declarar que hizo usted el trabajo para fines artísticos y con callar el nombre de la persona, queda á salvo su buen nombre. En caso contrario, yo, como presidenta de la *Alianza* y esta señorita, nos veríamos obligadas á emplear otros procedimientos.

—¡Comprendido! Voy á ver en seguida si encuentro la negativa y en el acto escribiré la declaración.

—No necesitamos la negativa.

—Es que quiero destruirla en su presencia.

—Como usted guste. Hágalo, pues.

Media hora más tarde la Condesa é Ida presentaban al Director de las oficinas centrales de telégrafos, la declaración del fotógrafo.

La satisfacción fué aceptada á gusto de ambas partes. El Director rompió en su presencia la fotografía y ofreció los pedazos á la condesa, diciendo:

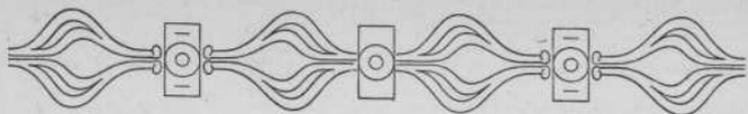
—Quien posee la negativa tiene también derecho á la positiva. El asunto ha concluído.

La primera mina de la comadrona había reventado.

Mientras el coche las conducía á casa, la Condesa dijo á Ida con su sagaz sonrisa:

—Por esta vez debemos contentarnos con lo contramina. Pero de fijo la comadrona está preparando nuevas minas más profundas y tortuosas. Hay que tener cuidado con ellas.

—Bien sabe Dios que no deseo mal á nadie y que lo perdono todo; pero no puedo menos de alegrarme de que quien siembra vientos recoja tempestades.



XVII

Tiranía jacobina.

DURANTE el tiempo en que se desarrollaron las escenas que venimos relatando fielmente á nuestros lectores, las condiciones políticas eran en Italia un poco diversas de las que se sucedían en el primer decenio del siglo XX.

Los grupos de la burguesía, más ó menos moderada y conservadora, especialmente por falta de un programa positivo de reformas económicas y sociales, habían sufrido graves pérdidas en fuerza y número enfrente de los progresos de la democracia conquistadora.

Los católicos, profundamente divididos por discordias y luchas intestinas, habiéndose olvidado de instruir al pueblo con la difusión de una sana cultura apologética y social, y de organizarlo sobre el terreno de sus intereses económicos, se encontraban desanimados, tímidos y dispersos, mostrándose incapaces de detener la invasión siempre creciente de los partidos subversivos.

Luego había ocurrido aquello que los sabios previeran hace tiempo. En las últimas elecciones generales, el radicalismo, coligado con el socialismo, alcanzaron la mayoría del Parla-

mento, y por lo mismo, ocupaban el Gobierno y veían en sus manos la suerte del país.

Recobrado, por semejante victoria, el antiguo *atrevimiento*, el jacobinismo anticlerical se había consagrado á agitar furiosamente las comarcas italianas. Prensa, reuniones, comités, conmemoraciones de todo género, se organizaban á diario en las logias masónicas y en los círculos anticlericales, para excitar y despertar artificiosamente la pública opinión y azuzar al pueblo contra el peligro *negro* de la prepotencia clerical y de la tiranía teocrática. En breve tiempo la agitación había invadido todo el país, apoyada y promovida por las fuerzas reunidas de los partidos dominantes, que obtenían de ellas preciosas ventajas.

Preparábase, ante todo, con ello el terreno á una serie de procedimientos legislativos para la defensa del Estado laico contra el absolutismo jerárquico y se procuraba, al propio tiempo, al nuevo Gobierno el prestigio y la fama de haber puesto por primera vez en práctica una obra vasta y radical de grandes reformas políticas, para regular definitivamente, según las exigencias de los tiempos modernos, las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Además se estrechaban la relaciones de ambos partidos en la comunidad del programa anticlerical, presentando una fuerza compacta y disciplinada para luchar contra las demás fracciones.

Con el espantajo clerical se cubría la esterilidad del programa general de las fracciones avanzadas; y por último, la llamada *masa* soberana, esto es, la plebe más corrompida de la ciudad y de los centros industriales, tenía con ello alimento siempre nuevo de odios, de impiedad y de fanatismo, y estaba siempre pronta á promover grandes demostraciones anticlericales según las ocasiones y las necesidades del Gobierno.

De este modo la mayoría fortificaba sus posiciones y ocupaba otras nuevas.

La campaña de la Cámara comenzó con una serie de interpe-laciones al Gobierno para obligarle á observar mejor las leyes y las ordenanzas vigentes en materias eclesiásticas.

Á esto siguió una infinidad de circulares ministeriales á los órganos ejecutivos, en los cuales se inculcaba severamente tal observancia, aclarando en el sentido más rígido y estrecho las varias disposiciones legislativas y administrativas que se refe-rían á la Iglesia y á los ministros del culto.

Luego se pasó á una revisión general de la legislación, con-cerniente á la abolición de las órdenes religiosas, y después de gran debate fué aprobada una nueva ley por lo que se confisca-ban todos los bienes inmuebles poseídos por la familia religiosa, devolviéndose en propiedad al Estado y á los Municipios. En la propia ley se acordó también que las comunidades dispersas no podrían ser reconstituídas: las autoridades provinciales y locales fueron amonestadas severamente para cumplir la ley.

Por fin vinieron otras reformas relacionadas con la instruc-ción. Por ellas era desterrado por completo el Catecismo de las escuelas; prohibida toda enseñanza, hasta en las escuelas privadas, á los miembros de las congregaciones religiosas; con-fiados al Estado educador los textos de moral laica, indepen-diente de cualquiera religión en las escuelas públicas y privadas de ambos sexos y en las mixtas.

Promesa de una investigación general sobre los réditos de los bienes destinados al culto, confiscando el remanente para la constitución de un fondo nacional, destinado á las pensiones de obreros.

Estas y otras reformas legislativas, y la energía y severidad con que eran aplicadas por los órganos ejecutivos, habían pro-vocado un malestar general en el país, y especialmente entre los pueblos rurales; protestas y peticiones llovían en gran nú-mero al Ministerio y á la Cámara, reuniones y manifestaciones contra la política eclesiástica del Gobierno se celebraban conti-

nuamente en todas partes de Italia. La clausura de las escuelas y de los colegios dirigidos por las comunidades religiosas habían producido, especialmente en Lombardía, en las provincias meridionales, y en Sicilia, tumultos, violencias y conflictos con la fuerza pública en los cuales había corrido sangre en abundancia.

Pero ante la firmeza del Gobierno y la unión de la mayoría parlamentaria, la oposición, ilegal, desordenada y tumultuosa se había dispersado; y las leyes continuaban aplicándose con todo rigor, siendo encarcelados los principales autores de los motines.

Vió, por lo tanto, el *bloque* de la mayoría parlamentaria que el momento era oportuno para una nueva reforma que se había intentado muchas veces, aunque casi siempre sin éxito, por la oposición de los pueblos italianos sumidos en el analfabetismo y en el atavismo de la tradición jerárquica. Fué, pues, presentado á la Cámara un proyecto de ley sobre la reorganización de la familia, cuya parte más importante se refería á la anulación del matrimonio y al divorcio. Entre las causas que autorizaban lo primero, se citaban los hechos de engaño mutuo; entre las causas para lo segundo, algunas veces la incompatibilidad de carácter, y en algunas otras el consentimiento de ambos cónyuges.

Tan pronto como se divulgó el proyecto de la nueva ley, una agitación se produjo en todo el país.

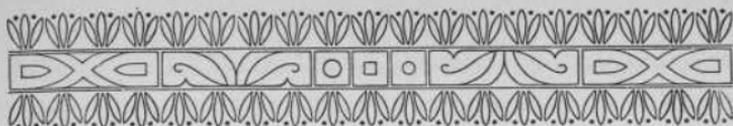
El partido gobernante, habiendo previsto la oposición encarnizada que habría de encontrar la ley, se había preparado con tiempo para afrontarla con todas las armas de la propaganda moderna, provocando una especie de plebiscito nacional en favor de una nueva ley. Diputados, abogados, periodistas y agitadores de toda especie se dedicaron á soliviantar al país, vertiendo en todas partes ríos de elocuencia laica para la emancipación del pueblo italiano del yugo intolerable del matrimo-

nio indisoluble. La *Liga* nacional de defensa y de emancipación de la mujer, constituida ya legalmente y presidida por la señora Schwitzer, hizo milagros de actividad para ganar á las mujeres italianas en favor del nuevo proyecto de ley, celebrando en las principales ciudades de Italia una serie de reuniones, más ruidosas aún que la que hemos descrito al principio de esta historia, para recoger votos, adhesiones y peticiones en favor del divorcio, como medio soberano de la rehabilitación femenina.

Pero todo esto no hacía más que echar leña al fuego, porque no sólo la gran mayoría del país era contraria al divorcio, sino que en brevísimo tiempo la oposición se había difundido en todas partes, haciéndose de día en día más compacta y formidable. Á los manifiestos se opusieron los manifiestos; á las circulares, las circulares; á las reuniones, las reuniones; á las manifestaciones, las manifestaciones, en las cuales los campesinos se amotinaban amenazando tempestad. La suscripción nacional de las madres y de las solteras para pedir al Parlamento la anulación del proyecto contaba ya con más de dos millones de firmas. Y cuanto más se esforzaban los fautores del divorcio para vencer á la oposición, tanto más amenazadora se volvía ésta. El Gobierno estaba maravillado.

¿De dónde salía aquella agitación tan superior á todas las previsiones?

Parece fábula, y sin embargo es realidad: ¡De una mujer!



XVIII

Recobro nacional.

Cuando la condesa Storní era todavía una niña, tuvo como preceptor particular á un profesor, que después llegó á ser un literato de los más famosos de Italia, no menos docto que profundo, el cual entre otras varias obras, había publicado una historia literaria y filosófica de los tiempos modernos, bastante más apreciada en el exterior que en la propia Italia, á causa de los prejuicios de los sèctarios. Habiendo conversado con él la Condesa para conocer su opinión sobre su proyecto de formar la *Alianza*, le predijo, mucho antes de que se realizasen, los últimos acontecimientos políticos; la victoria de los partidos revolucionarios, una gran campaña anticlerical; las nuevas leyes hostiles á la religion y á la Iglesia y, finalmente, el proyecto del divorcio.

—Vea usted, Condesa, le había dicho después el citado profesor, vivimos en el más hermoso país y somos el pueblo más genial, más industrioso, más activo y más sobrio del mundo.

Tales dotes no nos las niegan los extranjeros que han vivido largo tiempo entre nosotros. Pero en cambio somos aún un pueblo desgraciado, porque todavía no se ha llegado á consti-

tuir una organización teórica y práctica de nuestra vida pública, que sea verdaderamente nacional, esto es, conforme al genio, á la índole, al desarrollo histórico de las tradiciones de nuestro pueblo é independiente de las imposiciones del extranjero. Nuestra gran desgracia es el dominio convencional, el brillo mágico que ejercen en nuestros círculos directores las ideas abstractas, las fórmulas filosóficas y las frases brillantes y sonoras del jacobinismo francés. Pero tanto los alemanes como los anglo-sajones supieron desenmascararle y reducirlo á su justo valor. Nosotros, en cambio, hemos recibido como otros tantos dogmas indiscutibles las exageraciones políticas de la Revolución francesa, y cuando Italia llegó á la unidad, estimó como primer deber el de copiar fielmente todas las leyes de Francia. En la larga crisis de los partidos, que precedió al advenimiento al poder de la presente mayoría radical-socialista, no pudiendo ninguno de ellos imponer su propio programa, Italia, entregada á sí misma, desplegó una actividad maravillosa, reconstituyéndose como nación privilegiada en el orden moral, político y económico.

—¿Pero en qué consiste que nuestro pueblo, tan refractario en gran parte á los principios jacobinos, haya dado al país, en las últimas elecciones, una mayoría que no es más que una copia empeorada de los jacobinos franceses?

—Se lo diré á usted en dos palabras. Nosotros los italianos somos un pueblo desgraciado no sólo por el servilismo que las clases directoras demuestran hacia Francia, sino por otras razones que agravan la primera. Tres cuartas partes de Italia viven aún en el período medioeval. Mè explicaré: Pasando casi de improviso de los hábitos patriarcales de los gobiernos absolutos en los pequeños Estados italianos á la omnipotencia del Gobierno parlamentario en un Estado único, fundado sobre la soberanía de la democracia representativa, el pueblo italiano, acostumbrado á no intervenir en los negocios públicos, tenaz y celoso de la vida de familia, conservada por tradición dejó que

le guiasen los politicastos de profesión. Así vino á formarse en política, una opinión pública convencional, contraria á los intereses y á los verdaderos sentimientos del pueblo italiano; de modo que tenemos las dos Italias: la Italia legal y la Italia real; clerical ésta, anticlerical aquélla. Sobre esto se podría escribir un libro muy curioso, pudiendo añadir, por vía de ejemplo, las extrañas é interminables contradicciones entre la vida privada y la vida pública de los italianos.

—Está bien. Pero eso no basta para explicar el cambio de las últimas elecciones. ¿Por qué los electores no han mantenido en el poder á la vieja mayoría de los partidos más moderados, y en vez de esto han dado el triunfo al radicalismo y al socialismo?

—Por falta de disciplina.

—Perdone usted, no comprendo.

—Y esta es otra desgracia del pueblo italiano; la impaciencia y la repugnancia en sujetarse á un reglamento constante de organización colectiva. El italiano es como el niño; ve pronto lo que quiere y grita para que se lo den, pero después que lo tiene lo abandona. En vez de subir pacientemente la montaña, quisiera que la montaña viniera hacia él.

—Pues, no obstante, los grupos extremos han sabido coaligarse bien para alcanzar la mayoría.

—La han conquistado con poco trabajo. Sin perderme en largos razonamientos, debo decir que quien tiene al pueblo lo tiene todo; pero no puede tenerlo más que haciéndose factor, órgano y patrocinador de sus intereses económicos y de sus intereses sociales. Hasta ahora, por las razones indicadas, no se ha conseguido constituir en Italia una gran organización popular, política y social, que pudiese detener la invasión de la democracia radical y socialista; por eso en las últimas elecciones, el pueblo, bajo el dominio de la idea democrática y social, no encontró otra cosa verdaderamente popular que la liga radical-socialista, y votó por ella.

—¿Y no se acordó de su programa anticlerical?

—Se le ocultó, prometiendo que tratarían en Roma todas las reformas religiosas, y además, porque la idea democrática y social en estos últimos tiempos, ha penetrado tan profundamente en el pueblo, que pierde por ello otros intereses. Tenemos así un hecho político extraño: una gran mayoría de electores *clericales* que han dado una pequeña mayoría de diputados *anticlericales*.

—¿Todavía tendremos algo peor?

—Quizá.

—Luego ¿no hay remedio?

El profesor alzó los hombros y después dijo:

—Tal como están hoy las cosas, no tengo fe en que la *Italia real* se organice en un gran ejército político y social.

—¿Y entonces?

El profesor la miró con cierto aire de misterio. Luego añadió:

—Escuche usted, Condesa. Yo no tengo esperanza más que en las mujeres.

—¿Qué dice usted? ¿Luego querrá el voto para las mujeres? ¡Esta sí que sería sonada! Un Consejo de ministras y una Cámara de diputados con faldas. Buen modo de huir del peligro.

—¡Espacio, espacio! De la mujer electora y elegible me encuentro á cien leguas. Lo que yo quería decir es que las mujeres italianas pueden luchar felizmente contra el Gobierno, no con el sufragio, sino con una gran agitación que se extienda por todo el país.

—Sí, para ponerse en ridículo, como las feministas de la señora Schwitzer. Si los hombres con ser hombres, no aciertan á sacudir el yugo que oprime al país, ¿cómo podrían dar fin á esta empresa las mujeres, especialmente en Italia, donde los hombres les dan libertad para hacer lo que gusten en familia

con tal de que les dejen á ellos hacer sus negocios fuera de casa?

—¡Bravo, Condesa! Esta vez ha dado usted en el blanco. La mujer en Italia es reina del hogar y por eso la familia italiana es la más moral del mundo. Entre nosotros el santuario doméstico no ha sido profanado. Pues bien, quien tiene la familia tiene la sociedad, que está compuesta de muchas familias, y puede minar las posiciones del enemigo doméstico y social, caso de que no pueda tomarlas por asalto. Dadas estas premisas no es difícil que usted saque la conclusión.

—Verdaderamente, ésta me parece tan lejana de aquéllas, cuanto el hogar está lejano del Parlamento y la familia del Gobierno.

—Perfectamente, pero tan sólo hasta que el Parlamento no quiera destruir el hogar doméstico ni el Gobierno invadir la familia. Vengamos á lo que importa. El Gobierno ha decidido ya presentar á la Cámara un proyecto de ley sobre el divorcio. He aquí, pues, una ocasión para levantar todo el país. Con su *Alianza femenina*, usted, Condesa, ha demostrado cuánto puede hacer la mujer contra el hombre á favor de ésta. Conque, póngase á la cabeza de un gran movimiento nacional contra el divorcio; capitanee una cruzada, un plebiscito femenino para la defensa del santuario doméstico, y tendrá de su parte á las nueve décimas partes de las mujeres italianas, y los hombres en gran parte le darán la razón y le aplaudirán. Inunde usted á toda Italia con un diluvio de manifiestos contra el divorcio y recoja en todas partes adhesiones de protesta. Pero, ¿qué le voy á enseñar á usted en tales materias? Veo que brillan sus ojos de satisfacción y de alegría... Eso quiere decir que he dado en el blanco; ¿no es cierto?

Un ligero rubor empañó las mejillas de la Condesa, quien, con una sonrisa de visible complacencia, añadió:

—Pues bien, profesor, ya que me ha señalado usted el verdadero camino, le haré una confesión general. Esta vez esta-

mos de acuerdo—no es la primera y espero que no será la última—porque de algún tiempo á esta parte mi fantasía, como dice el poeta:

Che mulinando mai non si rêposa

iba precisamente pensando en cosas semejantes. Viendo el desarrollo verdaderamente inesperado que ha tenido en breve tiempo la *Alianza*, me hice muchas veces éstas preguntas: ¿Si ha triunfado tan felizmente una obra femenina local, por qué no intentar otra más vasta que se extienda á todo el país? ¿Hoy que el feminismo morboso está tan en boga, por qué no oponerle el feminismo serio? Ya que los hombres no han conseguido hasta ahora constituir en Italia una gran organización contra el radicalismo y el socialismo, ¿no podrían las mujeres darles una buena lección organizándose en una gran liga nacional, especialmente dedicada á la moralidad doméstica y social?

—Y las respuestas que obtuvo á estas preguntas, fueron naturalmente afirmativas.

—Imagínese usted. Es como preguntar al hostelero si tiene buen vino.

—Pues la ocasión ha llegado y no puede presentarse otra más propicia.

—Cierto. Es el caso de matar dos pájaros de una pedrada. Combatir el divorcio, derrotar al Gobierno y principiar una constitución de carácter nacional, aprovechándose de la victoria. Sin embargo, todavía vacilo. ¿Y sabe usted por qué?

—Comprendo, comprendo también yo... la empresa es vasta, es ardua, está llena de luchas, de tristezas y de penas; pero con los medios materiales y morales de que usted dispone, me parece que su temor resulta infundado.

—No es esto lo que más me duele. También sé yo que para la guerra se necesita valor, gente y dinero. Pero lo que me hace titubear son precisamente las tres desgracias del pueblo

italiano, recordadas hace pocos momentos por usted: el servilismo de la opinión pública ante el anticlericalismo francés, la inercia procedente del atavismo patriarcal, la repugnancia por toda disciplina. Todas estas razones no son válidas solamente para los hombres sino también para las mujeres.

—Sí, pero en sentido contrario precisamente.

—¿Cómo?

—Las tres desgracias serian válidas para las mujeres si se tratase de un reconocimiento político; pero aquí, por el contrario, se trata de una agitación para defender la inviolabilidad de¹ santuario doméstico. Y en tal caso, ¿no ve usted que la cuestión se presenta bajo un aspecto completamente diverso? El anticlericalismo convencional avanza en Italia mientras permanece en la calle y no toca á la familia; apenas ocurra eso, la mujer italiana se apercebirá á la defensa. Los hábitos patriarcales podrán influir en la apatía de los hombres para los negocios públicos, pero no hacen indiferente á la mujer en lo que respecta á los vínculos más sagrados de la familia.

—¿Y la disciplina?

—Apelo á su *Alianza femenina*.

—Me apresuro á darle la razón. ¿Pero cómo se explica usted tal contradicción entre la índole y el hecho?

—Podría responder que las mujeres son más disciplinadas; pero no quiero dirigirme á mí misma esta censura. La verdad es que los italianos son un poco indolentes por naturaleza, pero muestran mucha pasión cuando toman partido por una causa que consideran justa. El divorcio es precisamente contrario á sus sentimientos, y ya verá usted, Condesa, que si se pone en campaña todo el país se colocará á su lado.

—Y sin embargo, en Francia...

—Comprendo lo que quiere usted decirme; pero crea usted, Condesa, que en esta parte entre Italia y Francia no hay paridad. Nuestra moralidad doméstica es sin disputa mayor

que en Francia, porque la impiedad licenciosa de la revolución no ha penetrado en las grandes masas populares. Para persuadirse de ello, basta con echar una mirada á la estadística comparada de los nacimientos en ambas clases. El francés, además, tiene mayor fantasía, el italiano más corazón; ardientes uno y otro, aquél se deja vencer más fácilmente por el fanatismo y éste se calma y se rinde al buen sentido. ¡La mujer italiana es de oro! Así como está dispuesta siempre á todo género de sacrificios y de actos heroicos por la familia, de igual modo, para defenderla del divorcio, será capaz de imponerse una disciplina férrea.

—De manera, profesor, que no haremos un agujero en el agua.

—Hará usted una mina en la roca enemiga.

—¿Qué la hará volar?

—Con el divorcio y el Gobierno.

—Así sea, concluyó la Condesa, y despidiéndose del profesor, partió pensativa.



XIX

Una nueva conjura.

CONOCIENDO por su fiel fotógrafo Romanucci el mal resultado de la primera maquinación urdida contra la telegrafista, la comadrona se guardó bien de descubrir el anónimo, bajo el cual había encubierto la denuncia, como hubiese hecho con un par de testigos falsos en el caso de que hubiera obtenido éxito. En cambio pensó en seguida en urdir otra más decisiva.

—Debemos saldar las cuentas con esa maldita—decía un día á su íntima confidenta la directora del asilo— de otro modo me siento morir de rabia, de hiel y de veneno.

—Y nuestros asuntos no marchan bien.

—Antes amenazan ruina. ¿No ves el ruido que hace la *Alianza* en el divorcio? Apenas se extendió el rumor de que la ley se ha presentado al Parlamento, la agitación se ha propagado á todas partes, en forma de reuniones y de demostraciones de protesta. ¡Malditas histéricas! Mañana cuando hayan acabado de desahogarse contra el divorcio, pondrán en pie de guerra á la ciudad para pedir la protección de las jóvenes... ¿Y entonces?

—La conjura ya está urdida entre nosotras. Esa Condesa tiene el diablo en el cuerpo.

—Pues cuando nació su diablo el mío iba ya á la escuela. Voy á herirla en su brazo derecho, voy á poner fuera de combate á esa telegrafista que se ha puesto en mi camino. Me ha jugado una mala pasada; pues le pagaré en la moneda que se merece. Pronto se verá quién tiene las manos más largas y sabe herir con peor intención.

Y dicho esto se vistió lujosamente, como acostumbraba á hacerlo en las grandes ocasiones, tomó un carruaje y se hizo conducir á la *Dirección general de la Liga feminista italiana*, donde la señora Schwitzer había colocado sus oficinas, y donde desplegaba su incansable actividad por la causa de la emancipación y de la rehabilitación de la mujer, á la cual dedicara el ingenio, la fuerza, la vida, en suma.

Todas las personas que constituían la *Liga*, desde la presidenta á la portera eran mujeres, aunque vestían un traje bastante masculino, con lo cual se demostraba prácticamente, en opinión de la Schwitzer, la paridad de derecho entre ambos sexos. Y la experiencia de los hechos le había dado la razón, porque el nuevo traje, acogido al principio con general hilaridad, como todas las reformas é invocaciones del genio, había ya entrado en las filas femeninas.

Cuando la portera, con librea galoneada, anunció á la presidenta la visita de la comadrona, no pudo ocultar ésta un gesto de impaciencia murmurando en alemán entre dientes:

¡Verfluchte Ibex! (maldita vieja).

Y alzando la voz añadió:

—Dile que vuelva otra vez, porque hoy tengo muchas ocupaciones.

Pero cuando la portera se disponía á salir, la otra, cambiando de parecer, le gritó:

—No, que entre... Le despacharé pronto.

Verdaderamente, en aquellos días la señora Schwitzer no tenía tiempo que perder.

La *Liga feminista nacional* ideada y fundada por ella, estaba en el período de su desarrollo. Era necesario, por lo tanto, desplegar la mayor energía y la actividad más infatigable para sostenerla, propagarla, y evitar que cayese en el marasmo donde suelen concluir las empresas más atrevidas y grandiosas. De modo que las dificultades de todo género que hubiese que vencer en su arduo empeño, tenían á la fundadora de la Asociación en un estado de excitación nerviosa que producía en ella continuos accesos de furor y de irritación.

En aquellos días, además, la agitación por el divorcio había llegado al colmo, porque en la próxima apertura del Parlamento, se debía comenzar la discusión. La corriente contraria á la nueva ley era cada vez más impetuosa y amenazaba barrer todos los obstáculos, formando un extraño contraste con la obstinación del Gobierno y de la mayoría en sostener el proyecto.

Debía, por lo mismo, la *Liga feminista*, que desde el principio se declarara solemnemente en favor del divorcio, combatir con tanta mayor violencia, cuanto mayor era la actividad desplegada por la *Alianza*, pues si ésta salía victoriosa en aquella lucha, la *Liga* sería su primera víctima.

Pero lo que mayor preocupación producía á nuestra alemana era la cuestión de recursos.

Única heredera de un magnífico patrimonio, había vendido todas sus propiedades, colocando el dinero en varios Bancos. Siguiendo los impulsos de su carácter liberal había gastado ya grandes sumas en el sostenimiento de la *Liga*, sumas que iban en aumento con la agitación sobre el divorcio.

Guiada, sin embargo, por su instinto de los asuntos económicos, instinto que heredara de su padre, quiso conocer el verdadero estado de su administración; pidió cuentas á sus agen-

tes, examinó los balances de la *Liga*, confrontó las salidas con las entradas y quedó aterrada.

El capital estaba ya en peligro, los rendimientos disminuían y se marchaba á la ruina. Evidentemente el entusiasmo por su ideal la había llevado hartó lejos.

Y entretanto la campaña en pro del divorcio exigía ahora mayores esfuerzos, y por consiguiente, mayores dispendios de su capital.

Entre tales angustias debatíase precisamente la señora Schwitzer, cuando vino á visitarla la comadrona.

Diestra y pronta esta última para desempeñar cualquier papel de comedia, se presentó á la presidenta con aire desenvuelto; la hizo un saludo acompasado y la miró fijamente como si quisiera leer hasta el fondo de su pensamiento. Adornó sus labios con una sonrisa amable, como si quisiera decirle: «Sé todos los apuros por que está pasando.»

La señora Schwitzer, un poco molestada por este examen, dijo secamente á la comadrona:

—Dígame lo que desee, porque tengo los minutos contados.

Sin desconcertarse por esta acogida, la astuta comadrona replicó sonriéndose con malicia:

—¿Se acuerda usted, señora, de aquella condenada que en el primer congreso feminista, hizo una proposición en favor del amor libre y de la maternidad libre? Pues bien, aquella condenada soy yo. Luego, exorcíseme usted en nombre de la Santa Madre Iglesia, y mándeme al infierno.

A este recuerdo se sonrió también la presidenta diciendo:

—Recuerdo, lo recuerdo perfectamente. Pero no he cometido el error de querer alcanzar al presente lo que pertenece á un estadio de evolución que todavía no ha llegado, aun cuando vendrá seguramente cuando ni usted ni yo estemos en el mundo.

—Sin embargo, la evolución se puede apresurar, y precisamente para darle un impulso he venido hoy á molestarla.

—Ciertamente, cuando me propuse dedicar mi actividad y vida á la emancipación de la mujer, no esperaba encontrar una oposición tan obstinada...

—Permítame usted, señora, que le haga una observación. Su manera de hacer la guerra me parece demasiado caballeresca. Usted combate los principios en vez de herir á las personas que propagan el error y mantienen á la mujer italiana en la superstición. Tal método podrá ser bueno en Alemania; pero no lo es en Italia, ni en Francia tampoco. Aquí el Gobierno liberal ha herido, desde el principio, á todos los enemigos de la libertad, que comían pan de la nación, y la victoria liberal se aseguró para siempre.

—Me parece extraño su modo de hablar... Y además los que comen del Estado son los hombres; nosotras, en cambio, somos mujeres contra mujeres.

—¿Y la *Alianza femenina* no está toda compuesta de mujeres?

—Indudablemente.

—¿Y no es ella el enemigo más encarnizado de la *Liga*?

—Pero, ¿depende acaso del Gobierno?

—La *Alianza* no, pero las personas sí.

—¿Qué personas? Cítame usted una.

—Ida Piumetti.

—¿Pertenece á la *Alianza* de la condesa Storni?

—Sí, como *veloz*.

—No lo sabía... Pero una golondrina no hace verano.

—Pero después de una golondrina vienen las otras. Herida la Piumetti, resulta herida la *Alianza* en el corazón, pues es el brazo derecho de la Condesa... Si supiese usted, señora, el daño que ha hecho á la causa del feminismo... Es su enemigo más encarnizado... Mientras la Piumetti esté en esa Sociedad... Sé lo que me digo... Nosotras las comadronas conocemos todo lo que pasa en la ciudad.

—Verdaderamente también á mi me agradaría hacer entrar en razón á esa marisabidilla.... Pero la cosa no es tan fácil.

—Más fácil de lo que usted cree.

—¿De veras? Lo dudo.

—He leído en las esquinas el anuncio de una gran reunión *pro divortio*, organizada por la *Liga* para el próximo domingo.

—Sí, todo está ya dispuesto. No faltan más que las últimas oradoras. No digo oradores, porque todas serán mujeres.

—Mejor que mejor... Pues viniendo al objeto, si usted quiere asegurar á la reunión un éxito verdaderamente grandioso y al propio tiempo herir á la *Piumetti* y á la *Alianza*, encargue á alguna de las oradoras que propongan un acto de protesta al Gobierno contra los empleados públicos que se mezclan en la agitación, para crear obstáculos á la acción del Gobierno mismo y del Parlamento. La protesta será aprobada con entusiasmo; yo me encargo de ello. Luego usted se encargará de entregarla al señor Brandini para que la presente al Gobierno y surta sus efectos en el acto, con una interpelación en la Cámara... Ahora nos entendemos, ¿verdad?

—Entiendo... Su proyecto es excelente, y esté segura de que se pondrá en práctica... Conque, un millón de gracias y hasta la vista.

Se levantaron ambas y se estrecharon cordialmente la mano, como si hubiesen sido antiguas amigas.

Al acompañar á la comadrona hasta la puerta, la presidenta le dijo:

—Le reitero las gracias y le ruego que vuelva á verme cuando tenga usted algo útil que decirme.

—Vendré, vendré con sumo gusto. Todas tenemos el deber de trabajar un poco por el bien de la humanidad, y especialmente por la emancipación de la mujer.

—¡Este es mi único ideal!—dijo gravemente la Schwitzer

—¡Y el mío también!—añadió la comadrona con aire de conpunción.

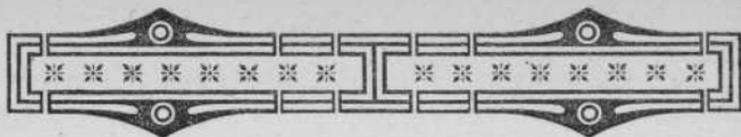
Al bajar la escalera, la comadrona murmuraba entre dientes:

—¡Pobre mentecata! Tú verás á dónde te lleva el feminismo alemán. Entretanto harás lo que á mí me acomode, y luego que el diablo te lleve.

Mientras aguardaba el tranvía advirtió que había puesta el pie sobre la raya de las aceras... Horrorizada se retiró, diciendo en voz baja:

—¡Mala señal!

Y no quiso subir al primer carruaje que pasaba en este momento. Esperó otro.



XX

Una jornada triunfal.

COMO había previsto y prometido la comadrona, la reunión *pro divortio* tuvo un éxito grande, solemne y fué un nuevo triunfo del feminismo italiano.

Con mucha habilidad se había escogido el tiempo y el lugar más oportuno; es decir, las doce del domingo y la gran plaza de una barriada á poca distancia de la ciudad, cuyos moradores eran, en su mayor parte, socialistas revolucionarios y donde los campesinos solían concurrir los días festivos para beber alguna copa de vino. El lema del divorcio que entonces atraía la atención de todos; el atractivo de una gran manifestación feminista, la novedad de una reunión en que no hablarían más que las mujeres; la entonación belicosa de los anuncios colocados profusamente en la ciudad; la hermosa y espléndida mañana otoñal; todo concurría á favorecer la presencia del público que ascendía á cerca de 10.000 personas.

No teman los lectores que vayamos á dar una amplia reseña de la reunión, como hemos hecho al principio de nuestra historia.

Sólo diremos que la protesta entre los empleados del Estado, enemigos de la política del Gobierno, fué formulada por una persona no desconocida de los lectores, por Olga Fioroni, secretaria general de la *Liga feminista*. En su discurso, de tono arrebatado y vibrante, la oradora dijo, en substancia, que habiendo la Iglesia tratado durante veinte siglos de destrozar la libertad con las cárceles, con los anatemas, con la tortura, ahora el Estado laico, representante del pueblo emancipado y soberano, no debía permitir que sus subordinados, oponiéndose á las reformas legislativas liberales, trabajasen en restablecer la teocracia y la tiranía jerárquica. Cualquiera, por lo tanto, que tomase parte en la agitación contra el divorcio, no podía servir al Estado.

La oradora añadió una censura personalísima contra la telegrafista Ida Piumetti, que en la *Alianza femenina* conspiraba en daño de la libertad, y propuso una resolución en la cual se pedía que fuese borrada de la lista de los empleados públicos, terminando entre aplausos y aclamaciones con estas palabras: «libertad para todos, menos para los enemigos de la libertad.»

La Schwitzer estaba radiante de júbilo por el espléndido éxito de la reunión.

Mucho tiempo había vacilado antes de decidirse á celebrarla, temiendo que los adversarios de la *Liga* y del divorcio promovieran graves desórdenes. Pero el señor Brandini había calmado sus recelos, aconsejándole que sólo interviniesen mujeres en la reunión y prometiéndole el auxilio de un par de centenares de socialistas para evitar perturbaciones. Además, la visita de la comadrona le había tranquilizado, resucitando el antiguo rencor contra Ida.

Cierto es que las afiliadas más ardientes y belicosas de la *Alianza* habían querido intervenir en la discusión para defender la buena causa; pero la Condesa les disuadió de hacerlo, dando á todas la misma respuesta:

—Si se tratase de una discusión seria y tranquila, yo sería la primera en autorizar este debate; pero en una reunión al aire libre, y en país afecto al socialismo, en modo alguno. No, nadie que se estime puede asistir á ella.

Así la reunión, por la ausencia de las oposiciones, se desarrolló triunfalmente desde el principio hasta el fin, entre los aplausos interminables de aquella inmensa multitud, compuesta en gran parte de amigos del diputado socialista y de la astuta comadrona.

Y, no obstante, ciertas lenguas malignas no dejaron de afirmar que el éxito había sido sólo de hilaridad, por las palabras picanterres que brotaban de aquella turba durante la discusión, palabras que eran provocadas por la extravagancia del vestido y por la actitud trágico-cómica de la señora Schwitzer y de las otras oradoras.

Pero, á pesar del gran triunfo de aquella jornada memorable, más debía de atribuirse á la garrulería del pueblo italiano, que por defecto atávico no estaba acostumbrado á tratar las cosas serias. Sin embargo, la Schwitzer estaba radiante de júbilo, y, como se dice vulgarmente, no le cabía la piel en el pellejo.

Illuminada ésta por un relámpago repentino de genio, quiso coronar la victoria con otro pequeño triunfo, improvisado allí mismo, para entrar en la ciudad.

Confió su proyecto á su fiel secretaria Olga Fioroni, la cual acogió la idea con entusiasmo, y antes de que la reunión se disolviese, desde el palco de la presidencia invitó públicamente á las compañeras que habían venido de la ciudad en bicicleta, á regresar juntas y á no quitarse el distintivo de la *Liga* (una cinta roja y amarilla).

La proposición fué acogida con gran estrépito de aplausos por aquella inmensa multitud, á quien nada podía resultar más divertido que este complemento de la fiesta. Los chiquillos y las aldeanas se agrupaban para presenciar aquel desfile, y la poli-

cia tuvo que realizar esfuerzos sobrehumanos para detener el río desbordado de la muchedumbre y abrir paso sobre el camino que conducía á la ciudad.

Cuando apareció la señora Schwitzer sola en primera fila, alta y majestuosa, á la cabeza del pelotón, con la siniestra mano apoyada en el manubrio de la bicicleta y agitando en la diestra su gorra *sportiva* para saludar á la multitud, seguida por unas treinta ciclistas formadas de dos en dos, todas vestidas con trajes más ó menos masculinos, se alzó por todas partes tal rumor de gritos, de aplausos, de aclamaciones y de carcajadas, que semejaba un verdadero huracán.

Al ver pasar á aquella nueva especie de mascarada, todo el mundo se detenía en la calle, desternillándose de risa. Las gentes salían á los balcones, y por fin se oyeron estrepitosos silbidos, y algunos tronchos de berza volaron por los aires, sin grave detrimento de la capitana, por fortuna.

Mientras aquella extraña comitiva de amazonas pasaba cerca del palacio de la condesa Storni, hizo la casualidad que ésta, acompañada de Ida, montase entonces en el coche para ir á visitar á una enferma. Notó su presencia la señora Schwitzer, y, sin vacilar, hizo maniobrar su bicicleta por delante del coche, imitando su ejemplo todo el pelotón, el cual prorrumpió en una carcajada irónica, mientras la Fioroni, cuando estuvo al frente del coche, dijo mirando á Ida:

Avere il collo torto è gli occhi bassi.

(Tener el cuello torcido y los ojos bajos).

El cochero levantó el látigo, pero la Condesa le detuvo el brazo ordenándole que siguiera. Ida se limitó á sonreír tranquilamente, siguiendo con ojos de compasión la ridícula mascarada hasta que la perdió de vista. La Condesa añadió alegremente:

—Ni de propósito podrían resultar más ridículas. Verdade-

ramente si no cuentan con otros medios para combatirnos van á quedar lucidas.

Pero el jolgorio de aquella jornada triunfal no habia aún concluído; la comadrona quiso ponerle fin de manera más grandiosa.

Apasionada como era por la causa del feminismo, habia, naturalmente, asistido á la reunión, y cuando vió que la Schwitzer formaba un pelotón de ciclistas para entrar solemnemente en la ciudad, pensó en formar otro cortejo de peatones mucho más numeroso ciertamente. Llevando en su compañía á sus más fieles amigas, logró constituir con el concurso de la multitud una numerosa manifestación en pro del divorcio.

Cuando la mascarada de las ciclistas habia ya concluído su carrera y la ciudad recobraba su aspecto ordinario, se vió avanzar á paso de marcha, por la Puerta Mayor un espeso y ancho cordón de hombres y mujeres cantando el himno de los trabajadores y gritando á voz en cuello: «¡Viva el divorcio! ¡Abajo las mogigatas! ¡Queremos la ley sobre el divorcio!»

Delante del palacio de la condesa Storni el cortejo se detuvo silbando estrepitosamente; lo propio hizo delante de la dirección de Telégrafos, donde entre otros gritos se lanzó este repetidas veces: «¡Muera la Piemettli! ¡Abajo la mogigata!» con acompañamiento de carcajadas y aplausos irónicos.

La policía, conforme á las instrucciones recibidas, dejó manifestarse libremente el entusiasmo popular.

Por fortuna, durante el tumulto, ni la Condesa estaba en su palacio, ni Ida en la oficina. Sin embargo, el eco de la última silba de aquel día llegó hasta ellas, por lo cual la Condesa condujo á la joven hasta su casa en su coche.

Pero á la mañana siguiente por los periódicos se supo todo.

Por añadidura Ida fué llamada por el Director, el cual, aunque reprobando la algazara de la noche precedente, la hizo entender que podría tener graves consecuencias para ella, por aliarse á empresas y asociaciones contrarias á los proyectos del Go-

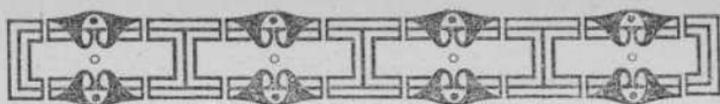
bierno; pero que de todos modos él no se mezclaba en tales asuntos, limitándose á referir al Ministro lo sucedido, como era su deber.

Ida se retiró respetuosamente, y volvió á su despacho, y á poco se retiró á su casa con el corazón transido de dolor, porque presumía que aquello sólo era el preludio de males mayores.

¡Esta vez tampoco su presentimiento debía engañarla!

Su madre, que había sabido todo lo sucedido, la miraba en silencio, suspiraba y gemía, haciendo todo género de esfuerzos para ocultarle su dolor, su angustia y sus lágrimas. Y lágrimas y angustias le iban quitando la vida.

¡Desgraciada madre! Ella debía ser la primera víctima de la conjura urdida contra la hija.



XXI

El lazo al cuello.

EN la Cámara de los diputados continuaba la discusión sobre el divorcio.

La nueva ley había sido aprobada en primera lectura y ahora se discutía por artículos, resultando las sesiones cada vez más agitadas y tempestuosas.

Reanimada por la gran mayoría del país, que se mostraba evidentemente contraria al divorcio, la minoría del Parlamento luchaba tenazmente contra el Gobierno, con toda clase de medios, incluso la obstinación para aplazar la votación definitiva, provocándose con esto verdaderos tumultos en que surgían luchas parciales á puñetazos.

Pero la oposición se mantenía firme, no cediendo el terreno más que palmo á palmo; proponía siempre nuevas enmiendas á todos los artículos y trataba, con todo género de procedimientos, de atraerse algún diputado vacilante, con el objeto de dividir á la mayoría y derrotar al Ministerio.

En medio de tanta lucha, vino la interpelación de Brandini, que echó combustibles al fuego.

Este diputado expresa solemnemente, en nombre de 10.000 personas, la necesidad en que estaba el Gobierno de impedir que sus empleados se conjurasen con los jesuitas, para impedir la libre legislación del Estado laico, agitando á los mogigatos y á los analfabetos contra el divorcio. Aquí recordó el caso de la telegrafista Piumetti, la más fanática y activa propagandista de la *Alianza feminista*, de este verdadero antro de conspiradores contra las conquistas de la libertad de conciencia. Por último; invitó al Gobierno á licenciar del servicio del Estado á cualquier funcionario que deshonorase á la clase que pertenecía, afiliándose á dichas asociaciones clericales.

Replicó el ministro del Interior que se informaría de lo sucedido y que su colega el de Correos y Telégrafos procedería después con verdadero rigor, en el supuesto de que fuesen exactos los hechos denunciados por Brandini: no queriendo el Gobierno mostrarse en connivencia con los empleados públicos que conspirasen en daño del Estado y de la libertad civil.

Estas palabras fueron acogidas con grandes aplausos de la mayoría y con enérgicas protestas de la minoría.

Luego siguió un tumulto formidable.

Calmados un tanto los ánimos, se levantó á hablar el señor Terziglio, liberal moderado de la oposición, protestando enérgicamente contra la actitud tiránica del *bloque* gubernativo que, en nombre de la libertad, hollaba brutalmente la libertad de conciencia de los empleados, tratándolos como á esclavos, imponiéndoles un yugo injusto, bárbaro é infame. Injusto, porque fuera de la oficina, nada debían al Estado; bárbaro, porque se quería que procediesen, en materia libre, de modo opuesto á sus persuasiones; infame, porque les obligaba al disimulo y á la hipocresía bajo pena de perder su pan. Se encaró después con Brandini, acusándole de abusar del mandato legislativo, en daño de una pobre joven que no tenía otro delito que pensar de distinto modo que él. Concluyó gritando que el país estaba

cansado de la política sectaria y anticlerical del Gobierno, con lo cual se empujaba al pueblo á la guerra civil; que Italia no quería ser sierva ni imitadora de la Francia jacobina, y que en las próximas elecciones haría justicia sobre sus tiranos.

Durante el discurso de Terziglio la agitación de la Cámara llegó de nuevo hasta el tumulto. Brandini, atacado directamente por su antiguo adversario, lo había apostrofado con palabras triviales, á las cuales contestó éste llamándole bellaco, delator, espía, inquisidor. El otro respondió en el mismo tono, y avanzándose sobre su enemigo, levantó el puño; pero Terziglio, que lo aguardaba á pie firme, le dió un empujón tan violento que le hizo caer, y, por último, la emprendieron ambos á puñetazo limpio hasta que fueron separados por sus compañeros. El presidente abandonó su sitio y la sesión fué suspendida.

El duelo parecía inminente, pero los amigos de ambos les persuadieron de que dieran explicaciones á la Cámara. Así se hizo, declarándose además, los dos contendientes, completamente satisfechos con las declaraciones mutuas.

No habían pasado cuatro días desde aquel escándalo parlamentario, cuando Ida fué llamada de nuevo por el Director. Esta vez no se mostró friamente cortés como antes, sino que le dijo secamente:

—Su doble posición comienza á darme disgustos. Ya sabe usted, señorita, que yo sólo exijo de mis empleados el cumplimiento en el servicio, lo demás, no me interesa. Quiero decir, que nada me importa que usted esté afiliada á la *Alianza* ó á la *Liga feminista*; pero después del asunto de la fotografía, y de la silba bajo los balcones de la Dirección, llega la interpelación de Brandini y el tumulto de la Cámara. Esto es demasiado y hay precisión de concluir.

—Perdone usted, señor Director, pero su modo de hablar me maravilla. Si yo no debo al Estado más que fidelidad y diligencia en el servicio y en lo demás soy libre de obrar según mis con-

vicciones, ¿por qué se pretende atribuirme los errores de aquellos que con medios poco honrados tratan de privarme de la libertad? ¿Soy ó no soy libre de pertenecer á una Asociación legalmente constituída para un fin honrado?

Bastó esta pregunta para hacer comprender al Director la ingenuidad de la joven. La miró, por lo tanto, con cierta benevolencia y después la preguntó:

—¿Cuánto tiempo le falta para ser confirmada en el servicio y ascendida á la clase superior, según el nuevo reglamento orgánico?

—Pocos meses.

—¿Y tal disposición de quién depende?

—Del Ministerio.

—¿Y el Ministro vé con buenos ojos la agitación contra el divorcio?

—Perdone usted de nuevo, señor Director, ¿pero qué relación tiene el divorcio con el servicio telegráfico?

El Director, que en fondo era un hombre recto y honrado, pero que no podía discutir con sus subordinados, dijo tranquilamente á Ida:

—Ya se yo que entre el divorcio y el servicio telegráfico no existe relación alguna; pero el hecho es que hay un partido en el país, que quiere el divorcio; y que este partido está representado por la mayoría de la Cámara; que de la mayoría de la Cámara sale el Ministro y de ella depende todo el Gobierno. Luego quien se opone á tal proyecto se coloca en abierta actitud de lucha contra el partido dominante y contra el Gobierno que le represente. ¿Puede un funcionario público, pagado por el Gobierno, ponerse en pugna con él, sin correr grave riesgo?

Al llegar aquí el Director se calló un instante, mientras Ida hacía esfuerzos para no interrumpirle, y después continuó:

—Pero, prescindiendo de todo esto, las molestias que á usted y á mí nos han producido las discusiones de la Cámara y los co-

mentarios de los periódicos, le demuestran la debilidad de la doble posición en que se encuentra al presente, de la cual sólo se verá libre renunciando á una de las dos.

Ida levantó la cabeza y mirando á su jefe con ojos inmóviles, dijo:

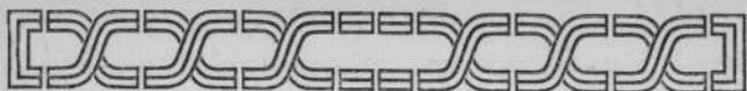
—Luego quiere usted decir que si no me retiro de la *Alianza femenina*, estoy expuesta al peligro de ser perjudicada en mi carrera y quizá hasta separada del servicio del Estado... ¿Esta intimación se me hace en nombre del Gobierno?

—Yo no la hago á usted intimación alguna ni en nombre del Gobierno, ni en nombre de nadie. He cumplido con mi deber al recordar á usted ciertas conveniencias; en lo demás obre usted según le parezca.

Entretanto sepa usted que el Ministerio quiere saber con urgencia si toma usted parte en la agitación contra el divorcio y si pertenece á la *Alianza femenina*, á cuya última pregunta, después de nuestro coloquio, tengo que responder afirmativamente... No tengo nada más que decir á usted.

Dicho esto el Director se levantó y sin esperar respuesta despidió á Ida. Esta al verse despedir con tanta frialdad, se sintió desfallecer, y sin articular palabra, sino una inclinación con la cabeza, se fué con el ánimo consternado y lleno de angustia.

El nudo le llegaba al cuello.



XXII

A pie firme.

IDA había comprendido en el acto el verdadero objeto de la admonición fatal del Director. Era un aviso del Gobierno, con el cual se la intimaba á salir de la *Alianza*, bajo pena de ser castigada severamente. A su propia angustia se unía en esta ocasión la que recibiría su propia madre en el caso de que la amenaza se cumpliera. Pero aun en esta ocasión hizo un esfuerzo supremo para serenarse, y corrió á casa de la Condesa para buscar consejo y alivio á sus penas.

Al encontrarse enfrente de su cariñosa protectora, empleando una familiaridad que nunca había empleado, le arrojó los brazos al cuello, y con la cara escondida en su pecho, prorrumpió en sollozos amargos tanto más vehementes cuanto mayores esfuerzos hiciera para reprimirlos.

¡Pobre Ida! En aquel abrazo expresaba toda la historia íntima de su corazón; las penas de su adolescencia, las amarguras producidas por sus compañeros de profesión... Siempre había suspirado por encontrar un refugio, un escudo, un nido donde reposar de las tempestades de la vida. Y ahora que lo

había encontrado debía abandonarle, para caer de nuevo en el luto, en la soledad, en el abandono. Debía renunciar á la *Alianza* ó verse perseguida por el Gobierno, acaso separada del servicio. El primer partido era vil á sus ojos y despreciable á los ojos de los demás; el segundo podía quitarle el pan y matar á su madre.

Cuando hubo concluido de desahogar su dolor y referido á la Condesa el coloquio que había celebrado con el Director, ésta, que llorara con ella de compasión, para consolarla y calmarla, le dijo tranquilamente.

—Ahora que tienes el lazo al cuello, quiero hacerte una confesión. Cuando te acogimos en nuestra Sociedad y especialmente después de tu lucha con la comadrona y la campaña contra el divorcio, muchas veces pensé en el peligro que corrías como telegrafista. En varias ocasiones me propuse hablarte de ello, para que reflexionaras sobre los riesgos que corrías permaneciendo en una Asociación donde te aguardaban infinidad de peligros.

—No la abandonaré nunca, interrumpió Ida.

—Precisamente, replicó la Condesa, eso mismo digo yo; pero déjame concluir. Pues no te dije nada porque pensaba que aun cuando llegaras á dejar el servicio del Estado, tú no habrías perdido nada y nosotras haríamos un buen negocio.

Ida la miró maravillada.

La Condesa continuó:

—La cosa es tan clara que salta á la vista. ¿No ves que los trabajos de la *Alianza* van siempre en aumento? Al punto á que han llegado las cosas tengo necesidad de una Secretaria general que dedique toda su actividad á estos nuevos trabajos; y ésta tiene que ser retribuída con un sueldo superior al de una telegrafista. Pues bien, te digo sinceramente, que mirando á los intereses generales de la Sociedad ninguna mejor que tú puede desempeñar ese cargo.

A estas palabras Ida enrojeció de placer, y después inclinó la cabeza sin decir una palabra.

Pero la Condesa la volvió á tomar de nuevo añadiendo con dulzura:

—Ea, responde; no quiero ni excesos de delicadeza ni excesos de soberbia... Verás, por los hechos, si hablo claro. Por ahora no pienso que entres á desempeñar ese cargo; provisionalmente se enviará á otra persona y á reserva, por supuesto, de colocarte en él, por grado ó por fuerza, en cuanto varíen las circunstancias.

Ida se serenó un poco, sonrió y fijó los ojos en la Condesa con una mirada mezclada de sorpresa y de curiosidad.

Ésta añadió, adoptando un tono serio, casi solemne:

—Vengamos ahora al verdadero nudo de la cuestión. La interpelación en la Cámara de Brandini, las promesas hechas por el Ministro de proceder severamente contra los empleados del Estado contrarios al divorcio, y la admonición de esta tarde del Director, te dicen claramente que si no abandonas nuestra *Alianza* y no das plena satisfacción al Gobierno, ofreciéndole las más seguras garantías de *enmienda*, debes esperar de un día á otro ó el traslado á un lugar imposible, por ejemplo en Sicilia ó Cerdeña, ó la separación absoluta y definitiva del servicio de telégrafos.

Ida volvió á turbarse de nuevo, inclinó la cabeza y se quedó pensativa... ¡Pensaba en su pobre madre!

La Condesa añadió:

—Te lo repito; si pensara solamente en tu paz y en nuestros intereses, te aconsejaría que dejases el servicio, ó que te dejases licenciar de él por un motivo tan noble y honroso. Y habria ciertamente llegado el caso de decir: no hay mal que por bien no venga. Pero entre nosotras y nuestros enemigos media una cuestión altísima de principios, por la cual debemos luchar fieramente sin cederles un paso sobre el terreno del derecho, de la justicia y de la libertad, que debe ser igual para todos. Por

eso mi opinión es esta: tú debes defender ante el Gobierno y contra todos tu derecho de pertenecer á una asociación legalmente constituída para fines honrados, y permanecer en el destino que por oposición te ha sido conferido, y en el cual cumples con todas las obligaciones que te imponen las leyes.

—¿Y cuando me trasladen á un lugar donde mis condiciones de familia me impidan ir ó quizá cuando me destituyan?

—Entonces la *Alianza femenina* se considerará muy afortunada en utilizar tu capacidad en la dirección de la propia organización nacional, mediante una retribución, no inferior al sueldo que te da el Gobierno, si bien inferior á lo que tú mereces, Luego la *Alianza* se considerará muy honrada en hacer tu causa suya, luchando contra el Gobierno hasta obtener tu reintegración. Hasta que esto suceda, nosotras te facilitaremos todos los medios que te ofrecía el servicio público y hasta algunos más. Cuando obtengas la victoria final, entonces podrás renunciar al servio público, para permanecer empleada definitivamente en la *Alianza*. ¿Qué te parece mi plan de guerra?

—Que es digno de su talento y de su corazón y que yo no sé cómo explicarle todo mi agradecimiento.

—Despacio, amiga mía. Sólo para librarte de toda preocupación para el porvenir, he querido abrirte por completo mi alma acerca de la condición crítica á que te ha reducido la perversidad de nuestros enemigos comunes y á la manera de reparar el golpe que te amenaza. Pero ahora debo añadir, no sólo que eres completamente libre para escoger lo que mejor te parezca sino que eres también dueña de someterte á las exigencias del Gobierno y de abandonar pronto la *Alianza femenina*, sin que por ello nuestra amistad sufra daño alguno. En suma, la última decisión debe ser tuya.

—Pues yo no deseo más que dos cosas: permanecer en la *Alianza* hasta la muerte y tener lo necesario para sostener á mi pobre madre.

—Y si atendemos á las necesidades de ésta ¿quieres permanecer en la *Alianza* á costa de tu empleo en el Gobierno?

—Con alma y vida.

—Está bien. Ahora nos hemos entendido. Después de la última intimación del Director, tú no tienes nada que hacer sino esperar tranquilamente los acontecimientos. Continúa, por tanto, en tu cargo de telegrafista como si no hubiese ocurrido nada. Cuando te ajusten las cuentas en la oficina, en aquel mismo día podrás pasar con armas y bagajes al servicio de la *Alianza*, donde serás recibida con todos los honores. En aquel propio día comenzará nuestra acción contra el Gobierno para tu reintegración. Así se debe combatir hoy la tiranía jacobina: con armas legales, sobre el terreno de la libertad común, en nombre del derecho igual para todos. Así se desacreditan nuestros enemigos y se vigoriza nuestra causa. Estaremos, pues, en acecho, esperando á pie firme el asalto de nuestros adversarios.

—Y á mi madre será mejor no decirle nada, para evitarle angustias y preocupaciones inútiles.

—Al contrario, yo creo que es mejor prepararla con prudencia de lo que ocurre, á fin de que esté advertida, pues, á sus años, cualquier emoción podría serle funesta.

—Sí; en estos últimos tiempos se muestra cada vez más preocupada y más débil.

—Por eso resulta conveniente no ocultarle lo que sucede y hacer comprender que tú no tendrás daño alguno. Después de todo, como ella conoce las penas que sufres en la oficina, se alegrará al verte libre.

Reanimada con los consuelos de aquella mujer magnánima, Ida salió del palacio resuelta á seguir ciegamente los consejos de la Condesa y decidida á afrontar animosamente la nueva batalla, esperando á pie firme el asalto del enemigo.



XXIII

La primera víctima.

MUJER de ánimo esforzado, madre de siete hijos, seis de los cuales le fueron arrebatados por una muerte prematura, no le quedó más que una hija en quien concentraba todo su cariño. Viuda de un hombre honrado que había renunciado á una carrera brillante en la magistratura, para servir al país en un cargo subalterno, por no faltar á sus convicciones con actos de apoyo hacia la política dominante; cristiana de fe tan sencilla como heroica, la señora de Piumetti, la madre de Ida, aunque apenas pasaba de los sesenta años, aparecía ya en un estado de absoluta decrepitud.

Los asiduos cuidados y las pruebas duras que había sufrido en el transcurso de su existencia, quebrantaron de tal modo las fibras enérgicas de su carácter, que al acrecer con los años la impresionabilidad y sensibilidad de su sistema nervioso, le produjo una irritación ó parálisis espinal, con fenómenos alternantes de anestesia é hiperestesia, seguidos, algunas veces, de síncope profundos y continuados.

Por eso los médicos habían indicado á Ida, que evitase á su

madre, por todos los medios posibles, cualquier conmoción, porque de otro modo, en alguno de estos síncope podría sucumbir.

No hay que decir con cuánta escrupulosidad siguió Ida los consejos de los médicos, ni cuántos esfuerzos hizo para encerrar en sí misma los dolores, los afanes y las penas que destrozaban su alma. Este era el más acerbo dolor de su cariño filial.

Cada vez que sufría alguna contrariedad, lo primero en que pensaba era en la manera de ocultársela á su madre, ó, por lo menos, de presentarle las cosas de tal manera que ella no sufriese. Sin embargo, en la ocasión presente, el asunto tenía muchas dificultades, toda vez que colocada en la alternativa de abandonar el servicio del Estado ó salir de la *Alianza*, ni una ni otra determinación podía ocultársela á su madre, y mucho menos manifestársela, sin procurarle una impresión molesta, y por lo mismo más ó menos peligrosa.

Cierto es que la Condesa, al sugerirle sabiamente la idea de avisar con tiempo á la pobre señora, evitaba los peligros de una impresión desagradable que pudiera sufrir al saber por una extraña la noticia de la cesantía de su hija.

Pero al volver Ida á su casa, después del coloquio con su protectora encontró á su madre muy agravada. Aquella mañana, después de irse Ida, había sido acometida por un vértigo, con pérdida de la vista y zumbido de oídos, por lo cual tuvo que acostarse, ordenando á la criada que abriese las ventanas para respirar el aire puro y que le frotase con un poco de agua de Colonia. Así se había repuesto un poco: pero el pulso era todavía muy débil y la palidez del rostro intensísima.

Cuando vió entrar á su hija la acogió con una sonrisa de inequívoca ternura, y le dijo, esforzándose por aparecer serena:

—No te alarmes; no es nada... Es uno de mis achaques seniles que se van como se vienen... Ya me siento mejor. Dentro de poco podré levantarme.

Ida la besó, haciendo también un supremo esfuerzo para ocultar la terrible impresión que acababa de recibir y la angustia que ahogaba la voz en su garganta.

—Esta noche—añadió su madre mirándola atentamente—estuve un poco inquieta. No sé por qué, pero tuve el presentimiento de que te iban á despedir de la oficina... Si eso ocurriese...

Al llegar aquí se interrumpió y fué presa de un ligero temblor.

—Si eso ocurriese—replicó Ida—tendría un destino mejor.

Y casi estuvo tentada para contárselo todo, pero pronto advirtió que no era aquel el momento más apropiado, porque cualquier emoción, aunque fuese agradable, podría agravar su estado. Y además, si llegaba á saber que estaba en peligro de ser despedida, ¿quién sabe si llegaría á reconocer las ventajas del ofrecimiento que le había hecho la Condesa? Se propuso por lo tanto, volver sobre el asunto en otra ocasión, es decir, cuando su madre estuviese un poco más aliviada.

Por lo cual, desviando hábilmente el razonamiento, añadió sonriendo:

—Pero los presentimientos no son más que fantasías, mamá. Las fantasías por la noche se convierten en sueños y los sueños no son verdaderos. Conque piensa en ponerte buena y así lo estaré yo también.

.....
Entretanto, los enemigos no dormían.

El diputado Brandini, no sólo había prometido á la señora Schwitzer interpelar en la Cámara, sino también obrar privadamente cerca del Ministro á quien pidió que castigase á la Piu-metti.

El Ministro, que entonces trataba de trasegar á la fracción socialista, no podía resistir á los ruegos de Brandini, y mucho más encontrando una cláusula con que encubrir su injusticia.

Porque el hecho es que el caso de nuestra telegrafista era de los más fáciles, toda vez que se trataba de una mujer á quien todavía faltaba la estabilidad en su cargo, según el nuevo reglamento orgánico, y que había provocado, además, con su actitud política, algunas demostraciones hostiles. La suerte, por tanto, de la pobre Ida fué decidida en la primera visita de Brandini con el ministro del Interior el mismo día de la famosa interpelación.

Ocho días después fué firmada la orden trasladando á Ida Piumetti á Cagliari, en Cerdeña, y además amonestada para que se abstuviese de tomar parte en toda agitación política. En suma, era un traslado por castigo.

Brandini comunicó en seguida la noticia á la señora Schwitzer en un telegrama cifrado. Lo descifró ésta y se lo comunicó en el acto á la comadrona. Aquella misma noche los periódicos de la ciudad publicaban la noticia del traslado y de la admonición oficial infligida á la telegrafista Ida Piumetti por su *fanatismo clerical*. La comadrona mandó á una infinidad de vendedores de periódicos para que voceasen la noticia bajo los balcones de la casa de Ida.

El efecto fué terrible.

Precisamente en aquellos momentos estaba Ida á la cabecera de la cama de su pobre madre, que después del último síncope no había podido abandonar el lecho, cuando oyó gritos repetidos y rumor de gentes; pero las voces llegaban hasta ella bastante confusas.

Se acercó á la ventana para escuchar; de pronto reinó un gran silencio; luego tres voces, una después de otra para hacerse oír mejor, repetían claramente el mismo grito: *¡Últimas noticias! ¡La Alianza castigada! ¡La Piumetti á Cerdeña!*

La pobre enferma que acababa de oír aquellos gritos había perdido el conocimiento. Tenía el rostro cubierto de mortal palidez, los labios descoloridos y yacía inmóvil é insensible

como un cadáver. Ida se arrodilló al pie del lecho cogiendo y cubriendo de besos la mano de su madre; pero ésta no daba señales de vida.

—¡Oh, Dios mío!... ¿Estará muerta?

Aterrorizada Ida la llamó sin obtener respuesta; le pasó la mano por la frente y sintió un sudor frío, acercó el oído á su corazón y le pareció que ya no latía.

¿Qué hacer? Ante todo vencer su abatimiento. Esto fué lo que hizo la animosa joven con valor y diligencia sobrehumana.

Llama á la criada, y pálida, temblorosa la dijo precipitadamente:

—Toma cinco liras. Monta en el primer coche que encuentres, ve al Sagrado Corazón y dile á D. Julio que venga; que mi madre se muere. Vete después y vuelve con el doctor Pellegrini, ó con cualquier otro médico si no encuentras al doctor... Anda, ve, vuela...

Desapareció la criada y la joven volvió hacia el lecho de su madre frotándole las sienes con agua de colonia. Después se acerca, la toca de nuevo y no da ningún indicio de vida. ¿Luego está muerta verdaderamente? Su corazón agoniza, pero todavía espera.

La criada desapareció y la pobre Ida se acerca de nuevo al lecho de su madre.

Abre la ventana, rocía el rostro de su madre con agua fresca y la hace respirar un frasco de colonia.

Permanece un instante espionando si da señales de vida. ¡Ninguna! Parecía un cadáver que espera entrar en el féretro para ir á la sepultura.

Pero Ida aún no se rinde. Toma del armario un frasquito de aguardiente alcanforado, vierte un poco en su mano y le da muchas friegas en la región epigástrica y precordial.

Después de esta operación vuelve á mirar á su madre. Esta no da señales de vida. ¿Luego está muerta? Su corazón agoniza, pero espera todavía.

Entonces recurre á la última tentativa. Con sus manos le abre la boca y acercando la suya le insufla el aire, como había oído decir al médico que solía hacerse en tales casos. Se siente próxima á caer axfisiada por este esfuerzo supremo, pero continúa insuflando hasta que al fin advierte que á su suspiro responde el de su pobre madre. ¿Luego está viva?

Entonces cae de rodillas y dió gracias al Señor que le ha devuelto á su madre.

.....

Cuando un momento después se levantó, la enferma había vuelto en sí y la miraba con ojos lánguidos y doloridos. Luego le dijo con voz casi imperceptible y articulando apenas las palabras:

—Me siento morir, y no me importa porque ya nada me liga á la tierra.

—¡Y yo quiero que vivas, madre mía!

Como si no hubiese oído estas palabras, la madre continuó:
—Te mandan á Cerdeña porque eres una buena cristiana... Dentro de pocos días, cuando yo no exista, nadie te impedirá ir.

—Por caridad, madre mía, no te fatigues. Piensa en ponerte buena. No iremos á Cerdeña, porque tendremos con qué vivir mejor que ahora.

Pero la madre, como si nada oyese, siguió diciendo:

—Podrás ir sin impedimento... El Señor está en todas partes... Más vale el destierro con honradez y hasta el desierto, que el lujo en la deshonra... Eso decía tu pobre padre... Bienaventurados los que son perseguidos.

—Por amor del Cielo, madre de mi alma, no pienses en estas cosas que te hacen sufrir... Para mí no pido á Dios más que una gracia: que te cures pronto y que estés buena como lo deseas.

Dicho esto la besó en la frente y recibió en cambio una mirada de la enferma, de inexplicable ternura, acompañada de dos lágrimas que descendían por sus mejillas.

Vencida por una extremada languidez, la pobre señora permaneció silenciosa, con los ojos fijos en una imagen de la Virgen de los Dolores que estaba enfrente de ella, sobre una mesita. Por el movimiento ligero de sus labios se veía que rezaba.

¡Cuánta dulzura, cuánta resignación y sacrificio, cuánta serenidad de esperanza ultramundana, cuánta suavidad de paz y de dulzura se leía sobre aquel rostro macilento y cadavérico!

Don Julio, que por fortuna estaba en su casa, llegó antes que el médico. Por la larga práctica adquirida en el ejercicio de su profesión, pronto observó que el caso era grave y que no había tiempo que perder. Confortó, por lo tanto, con el lenguaje inspirado de la fe, á la madre y á la hija, recordándoles que los últimos sacramentos gozan no sólo del privilegio de confortar el alma para entrar en la vida eterna, sino que producen, con la paz del corazón, un saludable alivio para la enfermedad del cuerpo.

Antes de que le hablase, la misma enferma pidió que la confesara y le otorgase ciertas indulgencias por varias obras pías á que estaba adscrita.

Mientras tanto llegó el doctor Pellegrini, que encontró á la enferma sin fiebre, aunque incapaz de mover las piernas, paralizados los movimientos orbiculares y las pupilas dilatadas, preguntándola si había experimentado los últimos días sensaciones de creciente debilidad. Habiendo obtenido una respuesta afirmativa, la prescribió un remedio revulsivo, recomendando á la hija que la velase y la impidiese experimentar la menor conmoción.

Al despedirse se acercó á D. Julio y le dijo que se trataba de una parálisis ascendente aguda, que la axfisia se apoderaba de la enferma, quien probablemente no vería el amanecer del siguiente día.

Media hora después, el buen sacerdote le dió el último consuelo de los moribundos, el santo Viático.

Ida, que estaba arrodillada cerca del lecho de su madre, al ver entrar al sacerdote con el Huésped Divino, no pudo contener su dolor y rompió en dolientes sollozos.

—No llores, hija de mi alma, dijo con voz firme la enferma, sino alégrate y bendice al Señor porque se ha dignado hoy entrar en nuestra morada. Venid, oh Señor amado, venid por mi alma.

Cuando hubo recibido la sagrada forma, cerró los ojos y se dibujó en su rostro una expresión tan viva y profunda de fe y de piedad, que parecía reflejar todas las maravillas de aquel gran Misterio.

Así estuvo en silencio algunos instantes; luego se extendió por su frente una serenidad celestial, sonriéndose y transformándose los lineamientos de su rostro, como si una fuerza desconocida reanimase su vida, y moviendo levemente los labios, demostró que volvía á rezar.

Cuando reabrió los ojos, se volvió hacia su hija y le dijo:

—¡Ida!

Ésta se levantó, é inclinándose hacia la enferma, le dió á besar el crucifijo y se lo puso entre las manos.

La madre, con un hilo de voz apenas perceptible, mientras don Julio recomendaba á la hija que dominase su angustia, decía:

—Ida, hija mía, el Señor te bendiga como te bendice tu madre... siempre fuiste mi consuelo... has sufrido tanto por mí... todo el bien que me has hecho, lo recogerás en el Cielo... Allí te unirás con tu padre y conmigo... Perdona á todos... sí... á todos hasta... ¿sabes? Bienaventurados los que sufren... Jesús... Padre...

Vencida por una extremada debilidad, ya no pudo seguir hablando, D. Julio se apresuró á darla la Extremaunción y la bendición apostólica *in articulis mortis*, mientras la hija arrodillada de nuevo al pie del lecho, con voz angustiosa, entrecortada por amargos sollozos, respondió á las preces del ritual.

Ahora, el último instante estaba muy próximo. La moribunda ya no veía, ni conocía á nadie. Fué acometida de un estertor ligero cada vez más debil; sus labios todavía seguían moviéndose con un movimiento casi imperceptible. Á las palabras del sacerdote que le recomendaba el alma: *aperiantur ei caeli, colaententur ei angeli*, la moribunda había expirado.

Sobre su rostro se difundió tal aspecto de serenidad y de paz, que D. Julio permaneció contemplándole algunos instantes y al salir dijo conmovido á Ida:—Tu madre está en el cielo y ruega por ti...

En su inmenso dolor Ida encontró en su protectora el consuelo que necesitaba. La Condesa llegó á casa de la pobre huérfana en el terrible momento en que su madre expiraba, de modo que sus brazos fueron los primeros que se entrelazaron á su cuello... Aquella misma noche dos damas de la *Alianza* velaron el cadáver.

Modesto, sin flores, ni guirnaldas, por voluntad de Ida, el cadáver fué acompañado por todas las señoras de la *Alianza*. El pueblo que presenciaba el desfile del cortejo fúnebre, estaba visiblemente conmovido, y las mujeres bendecían á la difunta, á su hija, á la *Alianza femenina* y á su Presidenta.

Mientras el féretro salía de la Iglesia para ser llevado al camposanto, uno de los cuatro telegrafistas, compañeros de Ida, que llevaban las cintas, se puso pálido. Había descubierto á una mujer, que al través del espesísimo velo que ocultaba su semblante, lanzaba relámpagos de luz siniestra, y en aquellos relámpagos el deudor de la comadrona reconoció la feroz alegría del verdugo que asiste á los funerales de su propia víctima.



XXIV

Entre el yunque y el martillo.

HACIA la mitad de la carretera principal que conducía á la gran fábrica de hilados de Jordini, distante un par de kilómetros de la ciudad, la *Alianza femenina* había levantado un *Albergue* para las jóvenes obreras, confiando la dirección á las monjas. Por lo tanto las trabajadoras de la fábrica, así como también las jóvenes que llegaban á la ciudad en busca de trabajo, encontraban alojamiento y alimento gratis en cualquier momento.

Ciertamente recordará el lector á aquella pobre Giorgina, encontrada por Ida en la iglesia, y cómo este encuentro fué favorable á nuestra heroína abriéndole el camino para conocer á la condesa Storni y entrar en la *Alianza femenina*.

La noche de la entrevista en la iglesia, Giorgina no fué á ver á Ida como ésta le había recomendado; pero á la mañana siguiente una *veloz*, encargada por la Condesa con el objeto de recoger á la joven, la encontró luchando con los espasmos producidos por una dosis de sublimado corrosivo que había tomado, mientras la buena mujer de su país, no adivinando la causa de aquellas convulsiones, le preparaba remedios caseros.

Se hizo venir en el acto un coche, y la *veloz* salió con Gior-

gina conduciéndola al hospital más próximo, donde con un enérgico vomitivo se llegó á tiempo de salvarla.

La pobre joven confesó después que había robado el veneno á su amo antes de que éste la arrojara de su casa. Durante algunas semanas permaneció muda y congestionada, aunque se mostraba complaciente y cariñosa con todos. No hacía más que llorar, y trabajar sin descanso.

Por último, vino Ida á consolarla, y al verla la infeliz Georgina, rompió á llorar amargamente, se arrojó á sus pies implorando su perdón por el hecho horrible que había tratado de realizar, manifestándole que estaba dispuesta á hacer todo lo que le mandase, excepto volver á su país.

Pronto advirtió Ida que aquella joven, por el temple viril de su alma, podría prestar útiles servicios á la *Alianza femenina*, especialmente después de la amarguísima experiencia de la propia desventura y el peligro extremo de que había salvado por milagro. Alcanzó, por tanto, para ella labor en la fábrica de Sordini y asilo en el albergue de la *Alianza* para las operarias. Dócil y sumisa como una niña, fiel en observar el orden doméstico, siempre pronta en las prácticas religiosas, abierta y franca con todas sus compañeras, la joven Giorgina ejerció sobre ellas una influencia indiscutible, y merced á su esfuerzo la comunidad adquirió el orden, la armonía y la regularidad de una familia verdaderamente cristiana.

En los talleres, las condiciones del trabajo en cuanto á la higiene, salarios y reposo festivo, eran ventajosas para las operarias, si bien los privilegios de las mujeres fuesen superiores á las de los hombres. Honrado, justo, liberal y generoso se mostraba el señor Sordini con todos; su esposa, dama de gran piedad, mostraba también un corazón verdaderamente maternal, especialmente hacia los enfermos y los niños de los obreros que le llamaban la *mamá señora*, y cada vez que la veían la rodeaban con gritos de júbilo.

En tales condiciones, la concordia y la paz habían reinado durante mucho tiempo en la fábrica de Sordini, como en una gran familia, sabiamente dirigida y felizmente ordenada. El dueño de ella había procurado, para conservar tales beneficios, excluir de los haberes al elemento de la ciudad casi todo infestado por el socialismo, no admitiendo en ella más que á la gente del campo.

Pero el socialismo revolucionario, con una propaganda asidua, había conseguido hacer algunos prosélitos entre los obreros de la fábrica; varios jóvenes habían caído en la red, y se habían inscripto en la cámara del trabajo en la sección de la industria fértil. La semilla de la discordia y de la lucha de clases pronto debía de dar sus frutos. No tardaron en verse en manos de los obreros, periódicos, folletos y hojas volantes llenos de ideas subversivas. A esto siguieron discursos en igual tono, llenos de sarcasmos contra la religión, contra los patronos y contra el pudor, pronunciados en la Cámara del trabajo, con amenazas de rebelión.

Ya resultaba evidente que el espíritu de familia, la unidad moral, la concordia y la paz no reinaba entre los obreros, apareciendo los primeros síntomas de una crisis profunda que debía conducir á la lucha entre los aliados y los adversarios del socialismo. En el primer campo se alistaban los hombres y en parte las mujeres de sus familias; en el segundo eran poco numerosos los hombres y abundaban las mujeres, á cuya cabeza, por el prestigio que había alcanzado, se encontraba, Giorgina.

De la agitación, encubierta en semejante transformación social, el señor Sordini aparentó no haberse enterado delante de los obreros; pero, sin embargo, hablaba de ella con su mujer y con el director técnico, declarando que no siendo posible atajar el mal, era mejor dejarle que se propagase libremente, para extirparlo en ocasión oportuna.

A su mujer le decía muchas veces:

—Tú continúa haciendo beneficios como hasta el día á esos ingratos.

Y al Director técnico:

—Trátelos usted con la misma cortesía. Exíjales sólo el cumplimiento del reglamento... Yo siempre he de estar á su lado.

Esta era precisamente la actitud que observaba el Director, un ingeniero alemán, tranquilo y firme como lo son casi todos los de su raza.

El método era ciertamente justo; pero precisamente por eso debía irritar á los operarios socialistas y apresurar algún acontecimiento funesto.

Para la inteligencia de nuestra narración, adviertan los lectores que las condiciones de la fábrica de Sordini se encontraban en este estado, antes de que Ida perdiese á su pobre madre, y que fueron empeorando en los tres meses que siguieron á esta desventura doméstica.

Entretanto Ida había ido á vivir con la Condesa, habiendo obtenido del Gobierno, por recomendación de dicha señora cerca de un alto dignatario de la corte, una licencia para ir á tomar posesión de su nuevo destino en Cerdeña. También había interpuesto ante el Consejo de Estado un recurso contra su traslado, pidiendo en él la anulación de la orden...

La mañana de un domingo, Giorgina vino presurosa á la ciudad, para ver á Ida, á su *angel bueno* como *ella* decía, y encontrándola en sus habitaciones le dijo con aire serio y misterioso:

—Vengo á ver á usted, porque allá, en la fábrica, las cosas se presentan mal.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ayer noche hubo un tumulto. Al pagar los jornales á los obreros, el Cajero descontó algunas multas impuestas por el Director. Los castigados protestaron y fueron apoyados por los socialistas. Se oyeron gritos, amenazas, blasfemias; inter-

vino el Director que frío como el mármol explicó, con el reglamento en la mano, la razón de las multas. Pero esto fué como echar leña al fuego. El Director, más frío que antes, dijo que tres de los más furiosos trabajadores estaban despedidos de la fábrica de Sordini.

—Pues bien, déjalos que se vayan. Vosotras las operarias no entráis para nada en esos asuntos.

—¿Cómo que no entramos? Pues si se va á declarar la huelga obligatoria para todos!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todos los obreros... Apenas indicado el licenciamiento de los tres agitadores, éstos salieron gritando como energúmenos, entonces se les unieron otros y promovieron un gran tumulto; cantando el himno de los trabajadores y gritando: ¡Muera el Director! ¡Viva la huelga!

—Ya se calmarán. Demasiado saben ellos que con Sordini no se juega, ni con el Director tampoco.

—No; yo le aseguro á usted que esta vez la mecha está encendida y que la explosión no faltará.

—Pues esperemos á que estalle... El diablo no es tan feo como lo pintan.

—¡No conoce usted como yo á los diablos de la fábrica!

Ida sonrió y la miró como para leer en su rostro lo que pensaba.

—Sí, señora, replicó Giorgina; nuestros diablos son capaces de todo. Tengo la prueba de ello; además esa infame comadrona que odia á nuestro albergue, daría un ojo de la cara para destruirlo con la dinamita. Brandini y ella son uña y carne. Tenga usted, pues, por seguro que esos dos monstruos promoverán la huelga, de grado ó por fuerza.

—¡Cuidado, Giorgina, que quien piense mal...!

—Acierta. Es preciso estar preparadas, señorita. No sabe usted de qué clase de gente se trata.

—Pues bien, dijo Ida que comprendía la fuerza del razonamiento de Giorgina, ¿qué hareis vosotras en el albergue si mañana estalla la huelga?

—Aquí está el busilis... Para saberlo he venido á verla.

Permaneció Ida un momento pensativa y luego la preguntó nuevamente:

—¿Estais todas unidas?; es decir, váyase ó no al trabajo, no habrá divisiones?

—Escuche; á mí me parece que con nuestras bravas operarias podemos contar seguramente. Están de tal modo identificadas con la *Alianza*, por los beneficios que reciben de ella, que bastaría una sola palabra de la Presidenta para tenerlas sujetas.

—Entonces todo marchará á pedir de boca.

—Pero si hoy estalla la huelga, ¿qué es lo que debo decir á mis compañeras para aquietarlas?

—Que no tomen resolución alguna hasta esta noche y que entretanto no se muestren con nadie ni enemigas ni partidarias de la huelga.

—¿Y esta noche?

—Cada cual será libre de hacer lo que guste, después que haya conocido la proposición de la *Alianza* que será la más ventajosa para todas ellas.

—Y cuál será esa proposición?

Ida volvió á sonreír, diciendo:

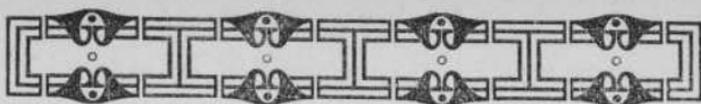
—¡Eres curiosa de veras! En este momento ni yo misma la conozco... ¿Si todavía no ha estallado el conflicto, cómo quieres conocer su solución?

—Es decir, que estamos entre el yunque y el martillo. O hay que ir á la huelga con los socialistas, ó hay que ir á trabajar á pesar suyo.

—Por eso no se deben precipitar las cosas. Hoy mismo irá alguna de nosotras á hablar con el Sr. Sordini y antes de la no-

che todas las operarias del albergue estarán enteradas de todo. Ahora voy yo á hablar con la señora Condesa respecto de este asunto. Y tú cuida de procurar que reine la mayor armonía entre tus compañeras... Adios.

Giorgina tomó la mano de su *angel bueno*, y se la estrechó con tal fuerza, que la joven no pudo menos de lanzar un débil quejido. Después la miró en silencio como para expresarle con los ojos toda su gratitud, y luego se fué enjugando una lágrima.



XXV

Pactos claros, amigos caros.

POR encargo de la Condesa, Ida salió en carruaje para ver al Sr. Sordini y exponerle las condiciones difíciles y penosas en que se encontraban las operarias del *Albergue* de la *Alianza*, y establecer con él la manera de resolver el conflicto sin daño de ellas ni del patrono, de quien estaban muy satisfechas y para quien sólo tenían palabras de gratitud y de reconocimiento.

La joven lo encontró tan tranquilo y tan resuelto que no pudo por menos de maravillarse.

— Sé bien, le dijo, que nuestras operarias se encuentran entre el yunque y el martillo, porque si toman parte en la huelga, la cual será hoy proclamada en la Cámara del trabajo, se hacen responsables de un acto de verdadera locura; y si se declaran contrarias, van á sufrir persecuciones, atrayéndose toda la odiosidad de la mal llamada *solidaridad*. Pero dígales usted que estén tranquilas. Yo pienso en preservarlas de ambos peligros.

Ida lo miró más maravillada que antes, no viendo la salida entre ambos escollos. Pero él continuó como para responder á su tácita pregunta:

—Lo sabrá, apenas se haya proclamado la huelga.

—¿Y entretanto?

—Entretanto, diga usted á esas excelentes muchachas, que no se declaren ni en pro ni en contra hasta que no conozcan mi decisión.

—¿Pero y si se ven, como suele decirse, estrechadas entre la espada y la pared?

—Que pidan un plazo para decidirse. Es tan fácil decir que se reunirán para acordar. ¿Ha comprendido usted?

—Comprendido. ¡Mil gracias! Pero para el porvenir, ¿podrán nuestras operarias entrar en el trabajo de su fábrica? Perdone si pregunto demasiado.

—Mientras exista la fábrica de Sordini, yo le doy mi palabra de que las obreras de la *Alianza* serán preferidas á todas las demás. Si caemos, caeremos juntos, y el mayor daño será para mí que habré de ver destruída una empresa en que he colocado todo mi capital, y por añadidura á mí mismo.

—No hay que pensar en lo peor.

—No sólo no pienso en ello, sino que tengo la certeza de que no sucederá. Además, señorita, estoy dispuesto á todo antes que ceder á las imposiciones de cierta gente. Estará bien ó estará mal, pero soy así... *Pactos claros, amigos caros.*

Entonces se oyó sonar el timbre del teléfono. Ida se despidió de Sordini, y éste, acercándose al aparato, escuchó este aviso, comunicado por una persona de su confianza:

—En este momento en la Cámara del trabajo, después de un discurso del diputado Brandini, se ha proclamado la huelga, que deberá durar hasta que sea destituido el Director técnico.

Precisamente era este el anuncio convenido con su fiel agente, anuncio que aguardaba Sordini para disponer todas las cosas.

Por eso Sordini exclamó sonriendo:

—¡Bravo! Pues si vais á esperar la salida del Director hay huelga para rato. Por de pronto, todo lo tengo dispuesto... Vamos.

Mandó sacar del depósito el automóvil, sobre el cual estaban ya colocados los equipajes, y montó en él con su familia y con el Director.

El Director iba á pasar unos días en Alemania; el patrono marchaba con su familia á una casa de campo.

La custodia de la fábrica quedaba en tanto confiada al Administrador, ayudado por unos cuantos servidores de confianza.

Mientras Sordini partía, se dió aviso al Municipio y á la policía de que las labores quedaban suspendidas y los trabajadores despedidos. Sobre la puerta de entrada de la fábrica se fijó el siguiente rótulo: *Cerrado hasta nuevo aviso...*

En la Cámara del trabajo, después de declarada la huelga, se nombró una Comisión encargada de dirigirla. Brandini, que era uno de los miembros principales de esta Comisión, al salir de la Cámara montó en tranvía con otros dos colegas para acercarse, en primer término, al *Albergue*, para asustar á la directora y tratar de que las asiladas se uniesen á la huelga. Luego se proponía hablar con Sordini para proponerle las condiciones de sus obreros.

Vuelta á casa, después del coloquio con Ida, Giorgina, previendo alguna borrasca, pidió permiso á la directora para encargarse de la portería, y para ser la primera en recibir las instrucciones de Ida. Tenía el presentimiento de que Brandini ó la comadrona, ó ambos á la vez, habrían de aprovecharse de la agitación para causar daño al *Albergue* y quería evitarlo á todo trance. Para ello había pedido además el concurso de dos compañeras, elegidas entre las más fieles y más valerosas.

En la portería la encontró Ida, quien le refirió la entrevista celebrada con Sordini, diciéndole que no se manifestase nadie ni en pro ni en contra de la huelga; después supo Giorgina que ésta se había proclamado y por eso se presentaron ante ella Brandini y sus colegas, que llegaban con el propósito de ver á la directora.

¡Qué encuentro más terrible! Era el primero que celebraban la víctima y el verdugo después que aquella había sido arrojada de casa del diputado.

Giorgina, agitada por un temblor convulsivo apenas podía dominarse, Brandini al verla palideció, bajó los ojos, y fingiendo no recordar nada, preguntó con mal disimulada indiferencia:

—¿Se puede ver un momento á la directora?

Estremecida por estas palabras, Giorgina cruzó fieramente los brazos, arrugó la frente, y convulsa, ahogada por la ira, le gritó con voz enronquecida:

—¿No te basta con verme á mí?.. No te basta, verdugo?

Y calló permaneciendo inmóvil y amenazadora.

Las dos colegas del malaventurado Brandini y las dos compañeras de Giorgina asistían silenciosas y atónitas á espectáculo tan extraño.

Pero Brandini, viendo el mal cariz que tomaban las cosas para él, se hizo más atrevido y volviéndose hacia sus compañeras, añadió:

—¿Qué vamos á hacer con una histérica?

Nunca lo hubiera dicho. Giorgina avanzó hacia él con miradas de fuego y sacando un pequeño crucifijo que llevaba al pecho, le dijo con acento solemne: ¿Ves este crucifijo? A él debo mi salvación y á él le debes que yo no te haya mandado al infierno... Conque, vete... En esta casa no pondrás nunca el pie. ¡Nunca! ¿Entiendes? ¡Nunca!

—Vámonos, amigos, dijo Brandini palideciendo... Esta no es casa, es un manicomio.

Y subió con ellos al coche diciendo al cochero:

—A la fábrica de Sordini.

Giorgina cerró la puerta y recobró pronto la calma, diciendo á sus compañeras que la asediaban á preguntas:

Son asuntos míos.

Y no habló una palabra más sobre el incidente con Brandini, limitándose á decir que aquellos tres individuos habían venido en nombre de la Cámara del trabajo para hacerlas entrar en la huelga.

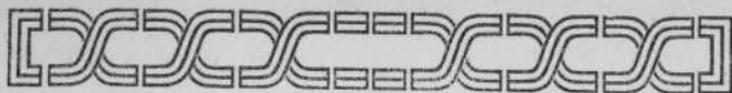
— Si no les hubiese echado con tanta tranquilidad, añadió, me habrían metido al diablo dentro de casa.

Como en el *Albergue* no se hablaba más que de la huelga, pronto dejó de comentarse el choque ocurrido entre Giorgina y el diputado socialista.

Los tres mandatarios de la Cámara del trabajo, después de haber salido del *Albergue* en la forma que acaban de ver nuestros lectores, al llegar á la fábrica de Sordini se encontraron con la novedad de saber que el patrono se había marchado, cerrando los talleres y poniendo en la calle á todos los trabajadores. Debieron, por consiguiente, volver á la Cámara de la manera más desairada del mundo, refiriendo á sus poderdantes el nuevo estado de cosas que hacía inútil su gestión.

Brandini, aunque se mostró con sus colegas muy indignado con aquel acto que él calificaba de brutal y tiránico, en el fondo no dejó de alegrarse un poco porque se veía libre de un embarazo, en el cual se había mezclado para conservar su popularidad, caldeando una huelga que en el fondo consideraba injusta; pero sobre todo porque, una vez cerrado el establecimiento y licenciados todos los trabajadores, su visita á las obreras del *Albergue* ya no tenía objeto alguno, y ni había, por tanto, necesidad de afrontar de nuevo la presencia de Giorgina, cosa que verdaderamente atemorizaba al valiente campeón del socialismo revolucionario.

Tan cierto es que, como dice el refrán: *no hay mal que por bien no venga.*



XXVI

Los pífanos de la montaña.

CERCA de su fábrica, Sordini había edificado una espaciosa barriada, donde los obreros casados eran alojados en condiciones bastante ventajosas, tanto por la salubridad de las habitaciones y por la economía de alquileres, como porque, hallándose situada fuera de la zona de consumos, el precio de los víveres resultaba más económico.

Tres días hacía que la fábrica estaba cerrada, y al zumbido monótono de ruedas y poleas había sucedido el silencio más absoluto; al vaivén de los carros, la soledad; al estrépito del trabajo de carga y descarga, la tranquilidad del desierto.

En el barrio vecino, dispuesto en forma cuadrangular, en torno de una amplia plaza, todo en cambio era vida, movimiento, animación; corros de chiquillos, saltando, jugando, riendo y llorando al propio tiempo, invadían la plaza; los obreros y obreras que venían de la ciudad, entraban y salían en las casas y hormigueaban, especialmente alrededor de la tienda cooperativa, instalada en un ángulo de la plaza; y, por último, frente á las puertas, algunas mujeres recogían la ropa blanca, plegándola con chasquidos sonoros.

Las diez sonaban en el gran reloj puesto enfrente del barrio de obreros, cuando una mujer vestida de negro, con velo sobre

el rostro, descendió de un tranvía y se dirigió hacia la fuente, que se levantaba en el centro de la plaza, donde varias obreras estaban ocupadas en aclarar algunos vestidos de niños. Pero en aquella ocasión no se oían los cantos ni las alegres carcajadas de otras veces. Todos los rostros estaban serios, pensativos, y nadie hablaba en voz alta, como si temiera estorbar el trabajo de los demás ó desviar el curso de sus pensamientos.

A una de estas mujeres se acercó la señora del velo, y después de saludarla, la dijo en voz baja: «Haz por acabar pronto; yo te aguardo en tu casa.»

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento aquella mujer y replicó:

—Estoy acabando. Vaya usted á casa; dentro de diez minutos seré con usted.

Cuando un cuarto de hora después entró en casa y saludó á la recién llegada con mucho respeto, ésta le dijo con tono imperioso:

—He venido yo misma, antes de que tú hayas ido á verme, porque si continuáis como hasta ahora mano sobre mano, las gazoñas del *Albergue* os van á dar un disgusto de los buenos.

—¿Ocurre alguna novedad en la fábrica?

—Mañana lo sabrás ó quizá antes.

—¿Se vuelve al trabajo?

—Sí y no.

—No comprendo.

—Mañana se hacen nuevos contratos.

—Pues aquí nada se sabe y los talleres siguen cerrados.

—Se espera al último momento para despediros.

—¿Cómo?

—¿Has comprendido ahora el sí y el no?

—¡Y tanto!

Sonrió siniestramente mientras se quitaba el velo y luego añadió:

—El patrono y el Director, ¿cómo trataban á las obreras del *Albergue*?

—Con los mayores miramientos.

—¿Y á vosotras y á vuestros maridos?

—Como á perros. Mi hijo fué uno de los tres despedidos el primer día.

—Pues fijate en esas preferencias.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso en los nuevos contratos se vá á prescindir de los socialistas?

—Serán preferidos los clericales... Las mogigatas del *Albergue* volverán al trabajo con mejores jornales que antes.

—¿Cómo ha sabido la señora todo esto?

—¿Cómo? Acaso me duermo yo en las pajas? Toda esta comedia del cierre de la fábrica ha sido fraguada por la gente de la *Alianza* para ponerlos en la calle.

—¿Pero es verdad eso?

—Mañana verás si mis noticias eran exactas.

Aquí se callaron ambas, y aquella mujer, que era una antigua amiga de la comadrona y tenía á su marido y á su hijo entre los obreros de la fábrica, se puso densamente lívida, murmurando entre dientes:

—Entonces hay que parar el golpe y pagar á esas gentes en la moneda que se merecen.

—Precisamente. Por lo tanto, tú empieza por hacer correr la voz entre las amigas y excítalas á que vayan al *Albergue* en son de guerra. Amedrentad á las gazmoñas, y obligadlas á replegar su bandera, es decir, á no volver al trabajo si no son admitidos todos los obreros. La consigna debe ser: *ó todos ó ninguno*.

—Está bien; pero á ese Director hay que darle un disgusto mayúsculo.

—No, no, no toquéis al Director, si no queréis que el patrono aproveche la ocasión para vengarse de vosotras. No se debe tirar demasiado de la cuerda, porque al fin se rompe.

Contentáos por ahora con darles un disgusto á las obreras de la *Alianza*. Ya sabes que Sordini es uña y carne de la condesa Storní, y la Piumetti sirve de mediadora entre ambos. En estos días no ha cesado de moverse de un lado para otro.

—Pero si el Director permanece en su puesto, mi hijo no entra al trabajo.

—No busquéis tres pies al gato. Si insistís en luchar contra él vais á dar armas á vuestros enemigos, porque ni entrarán los hombres al trabajo, ni vosotras, las mujeres, tampoco.

—Está bien. Quiere decir que, vencido el primer obstáculo, veremos después de continuar la partida.

—Perfectamente. Luego, estamos de acuerdo... Conque, reúne á las compañeras y en el acto intimad á las del *Albergue* que no vuelvan al trabajo, si no entran todas las trabajadoras... Si no quieren de grado... *Ó todas ó ninguna*.

—Dejadme hacer á mí... Yo le prometo que si resisten, van á tener que encomendarse á todos los santos.

Sonrió complacientemente la comadrona y se levantó diciendo:

—Pues te dejo á ti el cuidado de disponerlo todo. Ve mañana á la ciudad á referirme lo sucedido... ¿Irás?

—Sí, señora; sin falta.

—A propósito, ¿no hay ninguna paloma en el palomar?

—Hay una que, aunque todavía se resiste, acabará por entrar en él.

—Ten cuidado que no se te escape como aquella otra.

—Si logro atraparla, ésta vale por dos.

—Así podrás decir que has pillado dos palomas con un solo cebo. Conque, mañana te aguardo... Adiós.

Se bajó nuevamente el velo, y se fué hacia el tranvía que debía conducirla á la ciudad.

La astuta mujer pensaba que Sordini, hombre de carácter entero, no se dejaría imponer ningún género de condiciones, y

que al mezclar á las obreras del *Albergue* de grado ó por fuerza en la nueva conjura, se harían también odiosas al patrono; y que por lo tanto, el conflicto adquiriría mayor gravedad que antes, que era precisamente lo que ella buscaba...

Pero los adversarios no estaban desprevénidos.

Al propio tiempo que la noticia del cierre de los talleres, Ida había recibido secretamente un aviso de Sordini, diciéndole que se abrirían antes de tres días y admitidas en ellos indistintamente todas las trabajoras del *Albergue*. Ocultó la noticia á todo el mundo, excepto á la superiora y á Giorgina, recomendándolas que diesen ánimo á las jóvenes, prometiéndoles que todo se arreglaría pronto. Además recomendó á Giorgina que estuviese alerta, para estar al corriente de los sucesos.

Pero esta recomendación era completamente ociosa.

La enérgica joven en aquellos tres días de suspensión del trabajo redoblaba la vigilancia. En casa nada escapaba á su atención, y fuera de ella tenía personas fieles que la enteraban de todo lo que ocurría.

Apenas declarada la huelga había dicho á la Superiora del *Albergue*:

—En estos días de batalla déjeme obrar á gusto mío para que los bribones no nos sorprendan. Ustedes las hermanas son demasiado santas y no saben lo malo que es el mundo... Ya le contaré yo, cuando todo esté tranquilo, lo que ahora se maquina contra el *Albergue*. Entretanto, déjeme hacer.

Por eso ocurrió que una hora después de la visita de la comadrona á su antigua alumna, Giorgina tuvo conocimiento de ella, así como de lo que habían tramado ambas mujeres.

Sin perder tiempo la joven salió de casa y corrió á buscar á Ida, informándola minuciosamente de lo ocurrido; después montó en el tranvía y bajó de él en el barrio de obreros, donde se avistó con tres ó cuatro de sus más fieles amigas, encargándolas que promovieran una manifestación contraria á la que se

preparaba aquella misma noche. Por último, volvió con gran prisa á su puesto de guardia á la puerta del *Albergue*, esperando tranquilamente los acontecimientos.

Cuando en las primeras horas de la noche se difundió por todas partes la noticia de que á la mañana siguiente se hacían los nuevos contratos para el trabajo, ya se podía presagiar que la manifestación de protesta organizada por la comadrona, no sería bien recibida entre los obreros.

La huelga había sido provocada por unos cuantos holgazanes de la peor calaña, á quienes los demás trabajadores siguieron pasivamente, por evitarse disgustos.

Pero en aquellos tres días de ocio forzado, cada cual había podido reflexionar tranquilamente sobre la huelga, sobre sus causas y, sobre todo, sobre sus consecuencias; las mujeres, en gran parte contrarias al socialismo, se habían *despachado* á su gusto, como suele decirse, entre los iniciadores de la protesta, calificándolos con las palabras más duras y más despreciativas. Así es que la noticia que había lanzado á volar la antigua pupila de la comadrona, sobre el pacto establecido entre el patrono y la *Alianza*, lejos de promover la agitación que se esperaba, produjo el efecto contrario; es decir, el de que muchas mujeres se encarasen con la autora del complot, echándole en cara que tanto ella como su hijo habían contribuido á fomentar la huelga.

Al propio tiempo, las amigas de Giorgina se apresuraron á sembrar el desaliento en las pocas mujeres que permanecían vacilantes, haciéndoles comprender que lo más conveniente para sus intereses era mostrarse tranquilas.

La consecuencia de todo esto fué que el número de personas dispuestas á realizar la manifestación entre las obreras del *Albergue* resultó tan exiguo, que la propia iniciadora no se atrevió á intentarla.

Giorgina, que, como queda dicho, estaba de guardia á la puerta para mandar cerrar todas las ventanas al menor asomo

de peligro, á fin de que las compañeras no oyesen las voces, recibió un aviso de una de sus amigas de la barriada de obreros, diciéndole que la manifestación había fracasado por completo. La valiente joven corrió á transmitir la feliz noticia á la hermana Superiora.

A la mañana siguiente se hicieron con el orden más absoluto los nuevos contratos. Fueron admitidos en los talleres todos los obreros y obreras de antes, á excepción de los tres despedidos y otra media docena de trabajadores discolos, de los cuales el patrono quería desprenderse. Antes de su partida el Sr. Sordini había dejado la lista de sus nombres al Administrador.

Hubo nuevas tentativas por parte de los licenciados del trabajo para sembrar nuevamente la cizaña entre los trabajadores; pero los más resueltos de ellos hicieron comprender á los agitadores que perdían el tiempo y el trabajo sembrando en arena.

Todos se vieron obligados á desalojar sus viviendas: La antigua pupila de la comadrona fué la única mujer castigada con la pérdida de trabajo.

Al verlos partir, hubo quien recordó á los pifanos de la montaña, que fueron á tocar y volvieron corridos.

Y la fábrica recobró el aspecto risueño de antes, con gran algazara de los chiquillos, que á la vuelta de la *mamá señora* la recibieron con flores.



XXVII

¡Guerra á todo trance!

—Sí, querida amiga. El déficit de nuestro balance va siempre en aumento. En adelante, no sé cómo componérmelas para igualar las partidas.

—Tal es la suerte que corren todas las grandes empresas, señora; aventurar el capital en fundarlas y difundirlas, para hacerlo después volver á la caja, con ó sin lucro, cuando la empresa está bien constituida y se basta á sí misma.

—Está bien; pero entretanto yo sola corro los riesgos con mi dinero. Todavía no se ha encontrado una persona de posición que haya concurrido á los gastos de implantar y propagar la causa del feminismo.

—Pero no se puede negar que el público responde á nuestras iniciativas. La idea genial de una completa emancipación de la mujer, fué acogida con simpatía y entusiasmo en Italia. La *Liga* feminista ha llegado á ser un poder formidable, del cual usted, como fundadora, puede estar justamente orgullosa. Ya contamos con un ejército disciplinado y aguerrido...

—A la italiana... Esto es, siempre pronto á hacer ruido; pero no á pagar los gastos de la campaña y seguir las instrucciones que dicta la presidencia, á reconquistar con un trabajo constante nuestro derecho, promoviendo la causa del feminismo *inte-*

gral. En la agitación sobre el divorcio que aún dura, hemos tenido el ejemplo de ello; mucho ruido, pero en substancia nada.

—Y no obstante, si miramos hacia atrás, cuánto camino hemos hecho en poco tiempo. La idea emancipadora ha penetrado en las grandes multitudes del proletariado femenino y va poco á poco fecundando las conciencias, de manera que presto ó tarde dará sus frutos.

—Cierto; pero sin dinero no se hace la guerra, y en lo sucesivo yo no me encontraré en el caso de atender exclusivamente á los gastos.

—Hagamos un nuevo llamamiento á la sociedad proletaria.

—Ya hemos hecho muchos sin éxito. Si no se atiende pronto á la cuestión financiera, no sé dónde iremos á parar.

—Tiene usted razón sobrada, señora. En materia de dinero toda preocupación es poca, porque en donde se saca y no se mete, pronto se llega al fin.

—¿Me juzga usted demasiado pesimista?

—Un poco.

—¿Cómo?

—Yo tendría mayor confianza en la buena causa. Además esperamos la respuesta de Brandini, que no puede tardar.

—Ya hace tiempo que la aguardamos. De haber creído en sus palabras, parecía que el Gobierno ansiaba hacer los imposibles por la causa del feminismo. Y hasta ahora nada han hecho. Aguardábamos recursos de los fondos secretos, pero no han llegado. Y para una empresa como el feminismo, el Gobierno debiera proceder con rapidez. El dinero vendrá seguramente.

—Pero entretanto de ilusiones no se vive.

Como el lector habrá imaginado, este diálogo lo mantenían la señora Schwitzer y la secretaria de la *Liga feminista* Olga Fiorini.

La primera había consagrado su vida al desarrollo del feminismo, pretendiendo el imposible de hacer á Italia el centro del

movimiento internacional. Animada por el éxito de las primeras reuniones y deseando dar á la obra la mayor amplitud, sostuvo generosamente al principio todos los gastos de la propaganda esperando que sus colaboradores la ayudarían y que la empresa viviría con su auxilio.

Sus amigas se habían limitado á animarla para proseguir la obra. Brandini, en privado y en público, también había hablado con entusiasmo, exaltando la fundación de la *Liga feminista* como uno de los más grandes acontecimientos del siglo, que haría época en la historia de la evolución social; pero á esto nada más se había limitado su auxilio.

Por natural orgullo, la señora Schwitzer no quiso revelar á nadie los gastos que se veía obligada á imponer á su patrimonio para propagar el feminismo. Sólo con Brandini, su íntimo consejero y amigo, había hablado de las angustias económicas por que atravesaba.

El diputado le prometió, que gestionaría con el Gobierno la concesión de una suma á favor de la *Liga feminista*, y que en tanto que se concediera induciría al ministro del Interior para que la ayudase con los fondos secretos.

Tal promesa alimentó por algunos días las esperanzas de la presidenta y también las de la secretaria, por cuyas manos habían de pasar aquellos fondos.

Pero, como acabamos de ver por el diálogo que antecede, las esperanzas de la señora Schwitzer, andaban ya muy marchitas. Por eso la astuta secretaria trató de reanimarlas, añadiendo:

—Decía usted bien. De ilusiones no se vive. Aguardemos los hechos, ó mejor dicho, preparémonos para que vengan.

—¿Qué quiere dar á entender?

—¿Quiere usted que se lo diga? Pues bien, me parece á mí que para dar mayor impulso á nuestra empresa y obligar á las mujeres á que la sostengan con medios económicos, convendría

trabajar con un método más en armonía con nuestra índole italiana.

La presidenta arrugó las cejas y miró de soslayo á la secretaria; pero ésta continuó tranquilamente:

—Me explicaré en seguida y usted verá si tengo razón. La *Liga* es obra de usted, señora, y á usted le debe sus desarrollos y sus conquistas; le debe, sobre todo, su organización, que si estuviésemos en Alemania, produciría efectos maravillosos. Pero en Italia la disciplina es muy difícil de mantener; se necesita otra cosa: se necesita la lucha ardiente, obstinada contra todos los obstáculos y contra todos los adversarios que se opongan á nuestro programa, y que impiden la emancipación de la mujer italiana privándola de sus derechos.

—¿Y qué hemos hecho hasta ahora sino tratar de vencer todos esos obstáculos?

—Sí, pero demasiado en general, y permítame usted decirlo, de una manera un poco retórica y académica de que yo misma debo acusarme. Ahora la experiencia me ha hecho cambiar de opinión. Hablemos más claro. Tenemos un enemigo formidable: la *Alianza femenina*. No es oro todo lo que reluce; por lo tanto, yo no creo en cuanto se dice y se publica sobre la gran difusión, autoridad y fuerza que la *Alianza* goza aquí y en toda Italia. Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que nuestra salvación y nuestra prosperidad consisten en combatirla á todo trance, sin darle cuartel nunca, y que cuanto más pierda ella, tanto más ganamos nosotras.

—Estamos de acuerdo, y por eso he dirigido contra la *Alianza* tantos asaltos.

—Asaltos generales que el enemigo rechaza cubriendo siempre las partes más débiles. Ahora cambiemos de táctica y ataquemos á una de estas partes solamente hasta vencerla.

—La idea no me disgusta; pero, ¿qué entiende usted por la parte más débil de la *Alianza*?

—La de las reivindicaciones femeninas, que son más contrarias á su programa, más conformes con el nuestro y más capaces de inflamar de entusiasmo el corazón de las mujeres.

—¡Bravo! Ha dado usted en el blanco.

—Comencemos pronto por embestir con ímpetu al punto más débil.

—¿Cuál es?

—La cuestión de la mujer electora.

—*Vohlgetroffen* (precisamente). Iba á decirlo yo.

—Es un asunto que se agita hoy en todas partes y del cual todavía no nos hemos ocupado nosotras. Arrojémosle á la plaza como un desafío á la *Alianza*, y se verá la agitación que se produce. La *Alianza*, colocada entre la espada y la pared, deberá callar y exponerse al desprecio público ó hablar para declararse contraria al voto político... ¿Qué le parece á usted?

—Lancémosles, pues, un desafío público para una reunión de controversia.

—Ataquémoslas mejor con un manifiesto que todo Italia conozca. A ellas corresponderá entonces recoger el reto y provocar una reunión de controversia.

—En el manifiesto conviene hacer resaltar tres puntos: la necesidad para las mujeres de estar representadas por mujeres en los municipios, en las diputaciones provinciales, en el Parlamento y donde quiera que se trate de sus intereses—la hostilidad de la *Alianza* hacia el voto político, por efecto de los prejuicios religiosos que tienden á perpetuar la esclavitud de la mujer y á impedir su emancipación—la llamada á todas las mujeres italianas, para combatir á la *Alianza* y para agitarse incansablemente, hasta obtener del Parlamento una ley que reconozca sus postulados.

—Convendría también fijar un día para hacer una solemne demostración nacional en toda Italia á favor del voto político y

contra la *Alianza*, invitando á todas las adheridas á entrar en la *Liga feminista*.

—Perfectamente. Entonces ya no tratemos más que de la próxima reunión del Consejo directivo, y elijamos un comité para la redacción del manifiesto.

—Mejor será que yo entretanto escriba un esbozo de él y usted lo revise, así como también el Sr. Brandini y la señora Lisardi, á fin de que pueda presentarse al Consejo para su aprobación.

—Muy bien. ¿Cuándo lo hará usted?

—Entre hoy y mañana.

—Cuidado con dar ocasión á las censuras de su colega la Piumetti.

—Le mandaré un ejemplar para que me favorezca con sus impresiones y para discutir con ella en público los temas del manifiesto.

Se marchó después de esto tan satisfecha la Presidenta, que ya veía alzarse contra la *Alianza* toda la hueste femenina de Italia, olvidándose casi de las angustias pecuniarias por que atravesaba la *Liga*. Y ya se veía en el campo al frente de un gran ejército, luchando por una causa gloriosa, contra el enemigo, segura de la victoria, y gustando de antemano la embriaguez del triunfo.

Pero sabiendo por experiencia, que sin dinero no se hace la guerra, dió orden á su Administrador para que le enviase una gran suma en valores que tenía depositada en los Bancos de Italia.



XXVII

Desafío y comentarios.

DIRECCIÓN GENERAL DE LA «LIGA FEMINISTA ITALIANA»

¡Ciudadanas de Italia!

OS llamamos con este nombre, para recordaros el más sacrosanto y el más conculcado de vuestros derechos.

El sufragio universal, igual, directo y obligatorio, ya introducido en la ley hasta en Italia, reconoce indistintamente á todos los ciudadanos del Estado, mayores de edad, el derecho natural é impone juntamente el deber civil del sufragio electivo político, activo y pasivo.

¿Cuántas mujeres italianas están excluidas de este derecho?

¡Todas!

¿Cuántas lo poseen?

¡Ninguna!

¿Luego no hay en Italia ni siquiera una mujer que sea ciudadana italiana?

¡Ciudadanas de Italia!

¿Continuaréis tolerando tranquilamente el yugo oprobioso, el ostracismo nefando, la decapitación moral, como el jumento y el perro se inclinan temblando bajo el látigo que los flagela?

¿No sois ciudadanas del Estado? ¿No tienen hijos las madres, no tienen maridos las esposas y las hijas no tienen padres? Y los hijos, los maridos, los padres, ¿no deben nada á las madres, á las esposas, á los hijos, por la vida propia de la familia y del Estado?

¿Sin las mujeres, qué sería de los hombres?

Nada.

¿La familia?

Nada.

¿El Estado?

Nada.

¡Ciudadanas de Italia!

Pedid el voto político y lo tendréis del hombre, ó por amor ó por fuerza, por lo mismo que el hombre no puede existir sin vosotras.

¿Qué es la ley?

La expresión de la voluntad nacional.

Luego esa ley no es válida si la mayoría de los individuos de que está formada la Nación no la ha votado ó personalmente ó por medio de sus representantes. ¿Y no es un individuo humano la mujer? ¿No está constituida de hombres y mujeres la Nación? ¿Y éstas no son ciudadanas del Estado como los hombres? ¿Su voluntad no constituye la mitad de la voluntad general?

Nosotras gritamos, por tanto, con el gran precursor del feminismo moderno, con Condorcet: «O no existen los derechos innatos del individuo, ó cada cual los posee igualmente, sin diferencia de sexo, de religión y de raza.»

¿Qué es el Parlamento?

La representación del pueblo soberano.

¿Y éste cómo está dividido? En dos partes iguales: hombres

y mujeres. Pues de ambas partes iguales debe formarse el Parlamento. Pero el hombre ha confiscado la soberanía de la mujer; la mujer debe reivindicarle para liberarse de la esclavitud.

Sólo con el sufragio político dejaréis de ser esclavas, porque el Parlamento ejercita la soberanía nacional, y mientras esté constituido sólo por hombres, no será más que la máquina legislativa de su egoísmo despótico y de vuestra triste opresión.

Emancipar á la mujer sin el voto político, activo y pasivo, es como libertar al esclavo sin romper sus cadenas.

¡Ciudadanas de Italia!

¿Dónde está vuestro mayor enemigo? Allí donde las mujeres esclavas se reúnen para conjurarse con los hombres, para oponerse á la conquista del voto político, remachando y perpetuando vuestras cadenas.

La *Alianza femenina*. ¡He aquí el enemigo! La *Alianza femenina* niega el derecho de la mujer al voto político, y por eso mismo le niega el derecho de ciudadanía, el derecho de soberanía popular, el derecho de humanidad.

¡Ciudadanas de Italia!

¿No acudiréis á vengar tal delito de lesa ciudadanía, soberanía y humanidad?

Y vosotras, ¡oh pobres engañadas! víctimas de un misticismo hipócrita, ¿no queréis salir de la esclavitud clerical reconquistando la perdida libertad? Salid pronto, salid todas de la *Alianza femenina* y entrad en la *Liga feminista nacional*.

La *Alianza* impide á la mujer italiana la conquista del voto político; la *Liga* sólo vive para obtenerlo.

Nosotras, pues, denunciarnos á la *Alianza* ante el país como el mayor enemigo de los verdaderos intereses del feminismo; la acusamos públicamente como instrumento de esclavitud, de

obscurantismo y de degradación de la mujer italiana; la desafiaremos solemnemente á discutir con nosotras dónde, cuándo y cómo le plazca, respecto del derecho natural de la mujer al sufragio electivo, activo y pasivo, en la representación política del país.

¡Ciudadanas de Italia!

Si la *Alianza* no responde á esta denuncia, si no se justifica de esta acusación y no acepta nuestro reto, resulta condenada y ya no quedará otra cosa más que execrarla.

¡Viva la mujer italiana! ¡Viva el voto político, activo y pasivo! ¡Abajo la *Alianza*! ¡Viva la *Liga*!—La Presidenta, *Schwitzer*.—La Secretaria, *Fioroni*.»

Era la mañana de un domingo, cuando este manifiesto en letras de varios colores, apareció en las esquinas de la ciudad. Al mismo tiempo, muchas empleadas de la *Liga* iban distribuyendo por las calles más frecuentadas una edición en pequeño de estos manifiestos, mientras los chiquillos voceaban el texto con los comentarios publicados en los periódicos.

Fué un triple golpe de reclamo, porque en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de las dos sociedades femeninas antagonistas, considerándolas como las dos alas ó corrientes extremas del gran movimiento feminista que pronto haría desaparecer todas las tendencias intermedias, y debían permanecer solas á disputarse la organización femenina. Una de ellas para obtener, mediante la lucha de sexos y prescindiendo de cualquier motivo religioso, la igualdad perfecta de la mujer con el hombre en todos los derechos y en todos los oficios; la otra para rehabilitar á la mujer según el orden cristiano de la familia y de la sociedad, con una labor progresiva de reformas económicas y morales, requerida por las condiciones de la vida moderna.

También los periódicos se ocupaban habitualmente con prefe-

rencia de la *Liga* y de la *Alianza*, pasando en silencio á las otras asociaciones feministas, que, por consecuencia, permanecían eclipsadas; pero tal era la exigencia del tiempo y de la moda. El movimiento social y político estaba entonces dominado por dos partidos extremos: la democracia cristiana y el socialismo; por eso toda la agitación pública para la rehabilitación de la mujer se dividía en dos bandos: el de la *Liga* y el de la *Alianza*.

Entre los dos adversarios, se jugaba, pues, la batalla decisiva con aquel manifiesto. La participación directa de la mujer al poder legislativo mediante el sufragio electivo era el punto crítico, en el cual las dos corrientes opuestas no podían chocar sin que una fuese envuelta por la otra. Los comentarios entre las mujeres, ya en contra, ya en pro, de una de ambas tendencias habían llegado á su más alto grado de interés...

La plaza donde se levantaba majestuoso y blanco el palacio de la condesa Storni apareció aquella mañana toda tapizada con los manifiestos de la *Liga*, colocados en ella la noche precedente. La plaza estaba también llena de corrillos, en los que se discutía con calor el acontecimiento del día. Las observaciones más picantes cambiadas entre unos y otros, habían determinado una especie de disputa, aumentando el número de los espectadores, algunos de los cuales acogían los comentarios con repetidas carcajadas. Un comerciante al por menor, gordo y panzudo, decía con un gesto de superhombre á su auditorio:

—¡Esto sí que es curioso! ¡Conque tendremos en la Cámara no sólo los padres de la patria como hasta ahora, sino las madres!

—¡Y excelencias é ilustrísimas con faldas!

—¡Figúrese usted! Una mujer ministra de la guerra, otra de hacienda, otra del trabajo...

—Feminista, como en lo sucesivo se llamará.

—¡Ya no vuelvo al teatro! Las sesiones entre diputados y diputadas van á ser más divertidas que las comedias.

—¡Valientes arañazos se van á dar!

—¡Con peligro de los embarazos!

—¿Se suspenderá la sesión para que las diputadas den de mamar á los niños?

—Entretanto los maridos estarán en la cocina.

—Se hará una ley para que todas las diputadas sean solteras ó viudas.

—¡Ojo con las burlas! He aquí una futura representante del Parlamento á quien yo le prometo mi voto, dijo un joven, viendo pasar á su lado una linda muchacha que pertenecía al Consejo directivo de la *Liga*.

—¿Y por qué no? dijo ésta acercándose al corro seguida de tres mujeres atraídas por la curiosidad. La emancipación radical de la mujer es quimérica é imposible sin el voto político. Así lo han reconocido todos los congresos nacionales é internacionales. Y la liga mundial para el sufragio electivo de la mujer, fundada en Berlín en 1904, afirma en su programa, que el sufragio es el único medio para defender los derechos, proclamados como inalienables en la declaración de la independencia de los Estados Unidos y aceptados por todas las constituciones modernas... Ya no estamos en el tiempo en que las mujeres hilaban.

—Quiere decir, observó el comerciante, que haremos nosotros, mientras nuestras mujeres estarán en el Parlamento, discutiendo la guerra y la paz.

—Esos son disparates, señor mío. ¡Cómo si nosotras quiéramos excluir á los hombres de la vida pública! No, no; ni los hombres solos ni las mujeres solas. Igualdad de derechos en casa, en la plaza, en el Parlamento.

—¿Y los quehaceres domésticos se harán solos?

—¿Acaso hemos nacido nosotras para ser esclavas de los hombres? Los quehaceres se harán entre todos.

—Muy bien. ¿Y quién da de mamar al niño?

—Se consignará en el presupuesto una partida para lactancia de los niños, cuyas madres estén empleadas, añadió el joven de marras.

—Si queréis iguales derechos que los hombres, teneis que imponeros iguales deberes, añadió un obrero. Conque alistaos en las filas y empuñad el fusil, y entonces os daremos el voto y todas las carteras, la de Guerra inclusive.

—Si es preciso empuñaremos el fusil y verteremos nuestra sangre por defender la patria.

—Sí ¿eh? Ya veríamos si os parecía tan fácil tomar una batería como dormir al rorro.

—A propósito, dijo el joven que había hablado antes, volviéndose hacia la consejera de la Liga: ¿Es cierto que se va a celebrar en el *Politeama* una reunión de controversia y que discutirán en ella la Fioroni y la Piumetti?

—No sé nada de eso. Lo cierto es que nuestro manifiesto constituye un reto dirigido á la *Alianza*; si ésta no lo recoge equivaldrá á declararse vencida.

—La condesa Storní no se deja vencer fácilmente, replicó una vieja, gran admiradora de la presidenta de la *Alianza*.

—Cállese usted, bruja, dijo una obrera socialista enemiga jurada de todo elemento clerical.

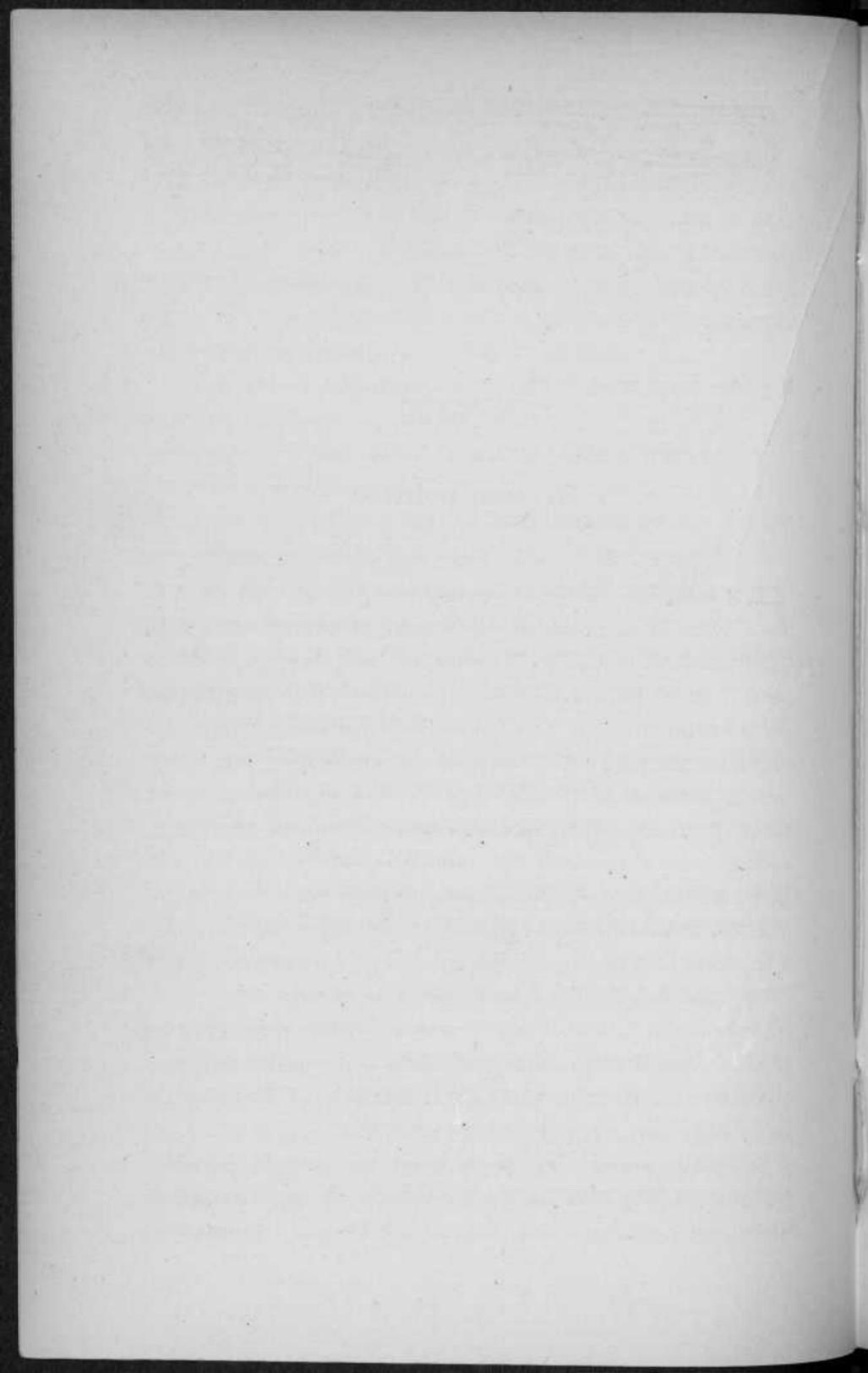
—A mí no se me impone silencio, chilló la vieja levantando la voz... Has de saber que á mí no se me asusta con amenazas como á los perros.

—Por eso ladra usted, como ellos, á la luna... Venga usted acá para que le arregle el pelo.

La otra replicó en el mismo tono y en torno á las dos contendientes se fué haciendo el grupo cada vez mayor. Afortunadamente una de ellas tenía en la mano un paquete de periódicos y la otra una cesta de frutas. También acudió á separarlas el gordo y panzudo comerciante, que gritó cómicamente:

--Ea, basta ya... Todavía no estáis en el Parlamento para salvar á la patria arrancándoos los pelos. Por mi parte tendréis el voto para diputadas. Al fin y al cabo habláis á la perfección.

Estalló una carcajada general, y la tempestad se cambió en bonanza.





XXIX

El voto político.

EN todas las clases de la ciudad se aguardaba con gran interés la respuesta de la *Alianza* al desafío de la *Liga*. Mientras tanto se hacían comentarios y conjeturas de todo género. Quién decía que no tardaría en llegar la respuesta y sería tan contundente que obligaría á la Schwitzer á abandonar su empresa; quién en cambio afirmaba que la Storni rechazaría el desafío, sabiendo demasiado que no podía medirse con su adversaria; quién, en cambio, sostenía que la Condesa continuaría callada hasta el momento oportuno, para dar á la Schwitzer el golpe de gracia; quién, por último, inventaba toda clase de respuestas para mantener la curiosidad del público y llevar el agua á su molino, según simpatizase con uno ú otro bando.

Pero los días pasaban y la respuesta no llegaba.

De tan extraño silencio se aprovechó, naturalmente, la *Liga* para volver á la carga en los periódicos, con nuevos ataques y con mayor ímpetu que antes, declarándose vencedora, porque su enemiga esquivaba el encuentro decisivo.

En este estado de cosas, la dirección de un gran periódico moderado envió un redactor á conferenciar con la condesa Storni, para publicar el resultado de la entrevista. El periodis-

ta fué admitido por la aristocrática señora sin dificultad y acogido con estas palabras:

—No tengo inconveniente alguno en satisfacer su deseo. Pregunte usted lo que guste.

—Gracias, señora, por su cortesía. Para no abusar de su amabilidad voy al asunto sin preámbulos: ¿Qué impresión ha producido á usted el manifiesto de la *Liga*?

—Con sinceridad, ninguna. Hace ya tiempo que lo esperaba, y lo único que me sorprende es que haya tardado tanto. Luego estoy en el caso de decir, hecho previsto, medio prevenido, si no tuviese yo la intención de no tomar ninguna providencia.

—¿Cómo? ¿No recoge el desafío, no responde usted á las provocaciones?

—Ni pensarlo siquiera.

—¿Y no le parece á usted que este silencio sea mal interpretado por el público?

—Sé que quien rechaza el combate suele ser desconceptuado, pero no por ello me dejo disuadir de mi propósito.

—Perdone usted, señora; pero no acierto á interpretar su pensamiento. ¿Quiere usted sufrir una derrota?

La Condesa se sonrió expresivamente y dijo:

—¿Quién sabe? Algunas veces una derrota momentánea puede preceder á la victoria real, definitiva.

—Está bien; pero el tiempo perdido no se recobra nunca.

—Y sin embargo, acierta mejor quien más espera. Vea usted. Toda la labor que hasta ahora ha realizado la *Alianza*, ha sido muy distinta de la que ha empleado la *Liga*. Nosotras no vivimos de rumores, sino de crédito; no de reuniones, sino de instituciones; no de discursos, sino de obras y de hechos. Al entusiasmo que pasa preferimos la organización que permanece. La *Liga*, en cambio, ha despertado la atención con efectos teatrales. Pero de estos efectos no se vive: el humo va al aire y el

agua al valle. La *Liga* ha querido recuperar lo perdido con un golpe de resonancia. Por eso lanzó el manifiesto con el reto á la *Alianza*... Se quiere sacar la castaña con la mano del gato, es decir, con la nuestra. A quien le duele una muela que se la arranque.

—Pero entretanto el público, que no entiende estas razones dirá: quien calla otorga.

—El público ligero y superficial, sí; el público serio é imparcial que pesa las cosas, no. Por lo demás, esté usted seguro que en su tiempo todo vendrá. Con callar hoy nos reservamos el derecho de hablar con mayor efecto en el momento oportuno. Poco á poco se va lejos.

—Indudablemente; ¿pero no le parece á usted Condesa, que resultaría conveniente una declaración de la *Alianza* respecto á la cuestión de la mujer electora, que hoy ha entrado en el dominio público y de la cual, por lo tanto, no puede prescindir una asociación femenina de carácter general como la suya? Porque una de dos cosas: ó la *Alianza* es favorable al sufragio de la mujer, y debe declararlo pronto para no permanecer bajo la imputación altamente impopular de la *Liga*, ó es contraria al sufragio, como parece más probable; y entonces debe explicar las razones que tiene para opinar así, justificándose ante sus partidarios.

—Ya he dicho á usted que esto y otras cosas más se harán á su tiempo, cuando resulte útil para nosotras y no para nuestras adversarias. Y aunque éstas canten victoria por adelantado, poco nos importa.

Á estas palabras de la Condesa, pronunciadas con acento de quien ha tomado una resolución irrevocable, el periodista pareció vacilar en dar por terminada la conferencia: pero al fin dijo:

—Si usted me permitiese, aún añadiría alguna cosa.

—Diga usted lo que guste.

—Pues desearía preguntarle su opinión sobre el asunto...

—¿De la mujer electora?

—Precisamente.

—Se la diré en el acto. Como publicista, usted sabe mejor que yo que hoy tenemos el Estado Omnipotente, en el cual el partido dominante ejerce el poder político é impone con la máquina legislativa su voluntad á la nación. La libertad civil, la vida de familia, las tradiciones, están á merced del despotismo más fuerte, es decir, del mayor número. Un solo voto de un elector puede decidir de la elección de un diputado, y éste, sumado á otros, puede crear una ley que oprima no sólo á la mitad menos uno de la Cámara, sino que sea contraria á la voluntad de la gran mayoría del país. Verdaderamente la política no es de mi incumbencia; ¿pero no le parece á usted que en esta parte tengo un poco de razón?

—Ha puesto usted el dedo en el defecto radical del moderno parlamentarismo.

—Pues bien, los efectos más funestos de la tiranía caen sobre la mujer, que en el hombre legislador vé no sólo detentada su dignidad y su libertad personal, sino impedida, encadenada por el Estado Omnipotente aquella libertad que por ley de naturaleza tiene derecho á ejercer dentro de los muros del hogar doméstico, como centro vital de la familia, para la formación moral del individuo y algo también para el desarrollo orgánico de la sociedad, de la cual, en un Estado bien ordenado, la legislación no debiera ser más que la determinación solemne y definitiva. Así acontece, por ejemplo, que las cien madres de un país cualquiera después de haber practicado durante toda su vida doméstica la moralidad derivada de la tradición, vean á sus cien hijos, en el momento crítico de la pubertad, declararse ateos y encender en la familia la guerra á la religión y á la moral, únicamente porque el Estado les ha obligado á frecuentar las nuevas escuelas donde se enseña el ateísmo.

El periodista sonrió é hizo ademán de hablar; pero la Condesa continuó:

—Permítame usted añadir todavía tantas otras iniquidades sancionadas actualmente por el legislador contra la mujer indefensa; el envilecimiento del matrimonio por un simple contrato civil, según el ideal de Rousseau y el tipo del Código napoleónico, que consagra la autoocracia doméstica del hombre y antepone la vida de familia al arbitrio del Estado, con daño de la parte más débil, esto es, de la mujer; los obstáculos legales puestos á la indagación de la paternidad y la obligación inhumana impuesta á la madre de proveer por completo á los hijos ilegítimos; la doble moral adoptada en cuanto á la infidelidad conyugal y al ordenamiento higiénico y policíaco de la prostitución, para favorecer la licencia del hombre y hacer recaer las consecuencias de ella sobre la mujer; el dualismo espantoso en que la mujer se debate hoy, sin protección y sin defensa, entre la vocación de la maternidad y la labor por el pan cotidiano; la inicua depresión de los salarios y la tristísima condición del trabajo á domicilio á que están condenadas las pobres mujeres; la concurrencia desplegada por el hombre en el campo económico, que hasta invade las profesiones y los oficios que por disposición natural pertenecen á las mujeres; la privación de medios para defenderse contra la revolución económica determinada por las máquinas en los métodos de producción, y la revolución moral, producida por el moderno individualismo y el celibato disoluto del hombre; privación de asociaciones y de acciones colectivas, de organización profesional, de socorros para las desgracias, para la invalidez y para la ancianidad, mientras las mujeres, por naturaleza, están necesitadas de protección y de defensa; la estadística demuestra que por efecto de aquellas dos revoluciones, va siempre creciendo más el número de las mujeres que se ven obligadas á buscar fuera de casa la subsistencia con el trabajo mental ó manual.

—Perdone usted, Condesa, si la interrumpo: pero su manera de hablar me maravilla. Yo esperaba oír de sus labios razones contrarias al voto político de las mujeres; en vez de esto acaba usted de exponerme, con un convencimiento de causa admirable, aquellas ideas que los feministas más radicales aducen en favor del sufragio de las mujeres.

—Y ahora sostengo que según sus principios y las concesiones del Estado moderno, tienen razón.

—¿De veras? Entonces entre usted y la Schwitzer, ó lo que viene á ser lo mismo, entre la *Liga* y la *Alianza*, en lo que respecta al voto político, no existe diferencia sustancial.

—Al contrario somos antípodas.

—Confieso que me encuentro de nuevo sumido en tinieblas.

—Pronto verá usted claro. Yo digo que los fautores y sostenedores del Estado Omnipotente, como se dice hoy, no tienen ningún derecho para negar el voto á la mujer, activo y pasivo, y que ésta, colocada en tal terreno, tiene el derecho de obtenerlo. El hombre, emancipándose del cristianismo, ha creado la moral autónoma que se personifica en la Omnipotencia del Estado. La ley del Estado es ahora la conciencia pública, que, separando el derecho de la moral, niega á ésta cualquier virtud obligatoria que no se encuentre determinada por aquél y le esté subordinada. De modo que la mujer se encuentra á discreción del hombre legislador en todo y por todo, privada de su natural y legítima cooperación en la legislación, como corazón y centro vital de la familia y de la sociedad; por eso se siente oprimida y tiranizada por el hombre. Pero por lo mismo que en la conformación presente del Estado, que no es un agregado homogéneo de órganos sino un conglomerado heterogéneo de átomos, todos los átomos son iguales, y los más fuertes prevalecen; por tal razón la mujer pide con el voto político la igualdad de hecho y tiende á la lucha contra el hombre, para librarse de su influencia y defender los derechos propios. Y el hombre moderno puesto en el terreno

del parlamentarismo atómico, no puede negar á la mujer el voto político, sin ponerse en contradicción consigo mismo. Privada la familia del carácter de célula del organismo social y, por lo tanto, reducido el concepto esencial del Estado á la suma de los individuos que lo componen, el derecho de ciudadanía se identifica con el derecho de personalidad; la dualidad del hombre y de la mujer en la unidad del consorcio doméstico pierde todo valor político, y por consecuencia el hombre y la mujer, iguales como personas, son iguales como ciudadanos, esto es, iguales en todos los derechos, incluyendo el del sufragio. He aquí por que la *Alianza*, evidentemente opuesta á este concepto pagano de la Omnipotencia del Estado, centralizado y centralizador, como contrario á la misión doméstica y social de la mujer no puede fundarse en él para obtener el voto político. Aquí está claramente explicada la razón por la cual nosotras somos contrarias al voto político y nos encontramos colocadas en los antípodas de la *Liga*.

—La razón es clarísima y verdaderamente profunda. Pero entretanto, con semejante oposición, la mujer, permanece á merced del legislador y renuncia al único medio con el cual puede alcanzar su emancipación, es decir, á la legislación, por cuyo medio ejercita el Estado su Omnipotencia.

—¡Fatal ilusión que seduce con su brillo á tantas pobres mujeres! Se cree que con eso todo irá como sobre ruedas... No hay nada más erróneo. Cuando las mujeres se sentasen en el Parlamento lo mismo que los hombres, salvo algunas excepciones que servirían, como siempre, para confirmar la regla, estarían expuestas ó por amor ó por fuerza, á apoyarse en ellos, dejándose dominar en el campo de los negocios públicos. Si quisieran luchar y prevalecer contra ellos, se verían privadas de aquel dominio incontrastable que ejercen sobre sus corazones, para animarles á la rectitud práctica de la vida. Hacer violencia á la naturaleza equivale á despertar su venganza. Esta es

la razón por la cual después de introducido el voto político femenino en Australia, en Nueva Zelanda, en algunos Estados de América, en Noruega y en Finlandia, las proporciones de los partidos permanecieron en la misma situación que antes; las mujeres ó se abstienen de votar ó votan como los hombres de la familia á que pertenecen.

—De hecho, las noticias recibidas por los periódicos sobre la actividad parlamentaria de las diputadas en Finlandia no son ciertamente lisonjeras para el feminismo político. De 200 colegios electorales las mujeres sólo han alcanzado mayoría en 19; de tal modo se muestran refractarias á las luchas políticas. Y las 19 feministas elegidas han presentado ya al Parlamento no sé cuantas docenas de mociones, por la emancipación de la mujer, por la abolición de la autoridad del marido, por la admisión de las mujeres á los más altos cargos del Estado y otras semejantes. En Noruega la proporción de las elegidas para los municipios es más inferior aún, pues no pasa del 1 por 100.

—En Holanda las propias feministas han declarado, en el Congreso internacional de Amsterdam, en 1908, que no debía otorgarse el derecho de sufragio á las casadas. Y en algunos Estados de América, que han concedido el voto á las mujeres, se multiplican las manifestaciones femeninas para pedir su abolición, diciendo: «Nosotras no somos ni republicanas, ni demócratas, y por eso solicitamos reformas en la educación y en la beneficencia. Prestamos nuestros servicios en las escuelas, en las Bibliotecas populares, en los hospitales, en las cárceles, etc. Estamos seguras que estos y otros oficios semejantes convienen bastante más á las mujeres que los negocios públicos»... En fin, en el Estado de Colorado, que es el país clásico de la emancipación femenina y de la igualdad del sexo, las mujeres han abandonado casi por completo la política á los hombres, para dedicarse con ventaja á las obras de educación, de beneficencia y de moralidad. En Massachusetts, donde las feministas esperaban

alcanzar los triunfos más ruidosos, sólo votaron el 3 por 100 de las mujeres electoras. En una ciudad de Maryland, cuyo nombre no recuerdo, una vez conquistado el derecho del sufragio por las mujeres, sólo acudieron á inscribirse y á votar, doce. Las demás permanecieron en sus casas; una porque llovía y no tenía chanclos; la otra porque se veía obligada á preparar la comida para su *tirano* doméstico; la tercera porque su niño comenzó á llorar cuando se disponía á salir de casa, y siguió llorando hasta que terminó la votación.

Al llegar aquí el periodista le interrumpió con una sonora carcajada, añadiendo después:

—También en Australia la experiencia ha demostrado cuán estéril resulta la actividad parlamentaria de las mujeres, hasta en las cosas que más de cerca les interesan. No obstante, en las cuestiones que interesan á la moralidad, su acción en el Parlamento fué provechosa y saludable. En esta parte el argumento en favor del sufragio de las mujeres resulta muy eficaz.

—En cambio yo soy de opinión que las mujeres puedan ejercer su maternidad social y proveer á la moralidad y á la educación pública de otra manera y con no menos eficacia que en el Parlamento. De mi opinión es también la célebre feminista americana Couzzens, que hace poco se ha visto obligada á renunciar á la conquista del voto femenino, porque una larga experiencia y una concienzuda observación de los hechos le probaron que la lucha del feminismo político era trabajo perdido, pues nunca la mujer podría encontrarse satisfecha en la vida pública. Y no obstante, en América las mujeres están más virilizadas que en Italia. Las mujeres consagradas á la política se muestran generalmente ó incompetentes, ó extravagantes, fanáticas y furiosas.

—A propósito de esto recuerdo haber leído un hecho extraño de fanatismo femenino. Como la Condesa no ignora, en la con-

vención internacional de Berna de 1905, se estableció que en todas las empresas industriales con más de diez operarios, se prohíba el trabajo nocturno de las mujeres. Pues bien, habiendo el Gobierno suizo propuesto al Parlamento la aprobación de semejante disposición fué rechazada por la Comisión, únicamente porque las *compañeras* del socialismo, en nombre de la paridad fisiológica entre la mujer y el hombre declaran por unanimidad que el trabajo nocturno debía ser igualmente permitido ó rechazado para todos. Y, sin embargo, la ciencia sociológica ha demostrado ya con evidencia que el trabajo nocturno de las mujeres conduce al asesinato de la generación futura.

—Á tales excesos llega la mujer que olvida su naturaleza, y esto se puede ver por las mujeres que piden el voto, en nombre de la moderna igualdad constitucional. Como si no se pudiesen ejercitar los derechos de ciudadanía y gozar las ventajas de la verdadera igualdad más que en la acción directa sobre la máquina parlamentaria. No es en hacer las leyes, sino en formar á los legisladores para lo que está destinada la mujer por la naturaleza. La familia es la raíz y el modelo de toda comunidad social. El Estado perfecto debe pues, proteger la vida y la acción doméstica. En la familia se forman y en ella se desarrollan las verdaderas leyes del pueblo libre, al cual la máquina legislativa sólo tiene necesidad de darle la estructura técnica y legislativa. Pues en familia, el hombre y la mujer no son dos unidades jurídicamente semejantes, sino un todo homogéneo, en quien la maternidad representa y defiende los derechos. Se ha observado justamente que hay una *lengua materna* y no una lengua paterna. Sea modelado el Estado de la manera que la *lengua materna* y veremos á la mujer, privada del voto público, ejercer una acción legislativa.

—En conclusión, usted, señora, como presidenta de la *Alianza*, ¿es contraria al voto político de las mujeres, y por consecuen-

cia enemiga de la agitación producida por la *Liga* para obtenerlo?

—¡Despacio! Hasta ahora he manifestado á usted mi sentimiento no como presidenta de la *Alianza*, sino como la Condesa Storní; y de cuanto acabo de decirle puede usted hacer uso en privado y en público, como mejor le parezca. Tengo por costumbre ocultar mis principios sobre las cuestiones del día. En cuanto á lo que se refiere á la *Alianza* le he dicho á usted ya que por ahora quiere callar y no pretende tomar partido ni en pro ni en contra del voto político y menos recoger el desafío de la *Liga*. Se verá á su tiempo si conviene romper el sistema y hablar... quizá con hechos, según el programa antifeminista

—Las palabras son hembras y los hechos machos...

—Así dicen ustedes, los hombres. Ahora le ruego que no se bromeé usted de nosotras, como hacen todos.

—Espero que hará usted una excepción en favor mío, cuando lea en el periódico nuestra conversación, puesto que ya me ha concedido el permiso para publicarla ¿no es cierto?

—Reservándome el derecho de volver á repararla para darle mis quejas ó las gracias.

—Yo le prometo, Condesa, que no tendrá usted motivo para quejarse de su fiel portavoz, y hasta espero que en lo sucesivo volverá á favorecerme en sus preciosos coloquios. Entretanto mil gracias por éste.

—Gracias á usted, y hasta la vista.

A la mañana siguiente la *entrevista* apareció en el periódico y alcanzó gran éxito. Se hicieron aparte algunas otras ediciones, tanta fué la curiosidad que despertó su lectura en la ciudad y en toda Italia.

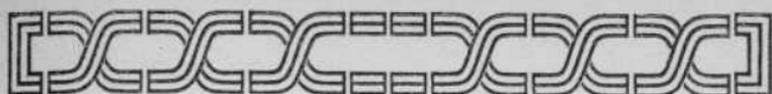
El diputado Terziglio, bien conocido de nuestros lectores, decía á propósito de esto en un corro de amigos:

—La señora Schwitzer con su desafío ha realizado un mal negocio. La bomba dirigida contra la Storní le ha estallado

encima. Y la Condesa todavía le prepara otros obsequios tan contundentes... El asunto del divorcio le dará el golpe de gracia.

Otros añadieron: Y la extremaunción.

El triste presagio fué también publicado en el mismo periódico sin que éste recibiera por ello la menor rectificación.



XXX

Quien tiene prisa va despacio.

AHORA que ya estamos más tranquilas conviene tomar una resolución, decía un día Ida á la Condesa.

—¿Qué quieres decir con eso?

La licencia de tres meses y otro mes más, que usted obtuvo para mí por medios prodigiosos, llega á su término; mi recurso ante el Consejo de Estado duerme el sueño de los justos en las oficinas, pues los Consejeros están en vacaciones; pero como mi reclamación no tiene efecto suspensivo contra el traslado no me queda otro recurso que hacer maletas para las otras islas, es decir, andar á recorrer el mar, que es sinónimo de ir á galeras.

—Nadie te obliga á emprender ese viaje.

—Pero eso equivaldría á abandonar el servicio del Estado.

—Acaso sería un bien para ti y para nosotras lo mismo.

—¿Habla en serio la señora Condesa?

Esta sonrió tranquilamente, diciendo:

—Tú eres la que debe decidir sobre esto... Todo el mundo puede hacer de su capa un sayo, como dice el refrán. En cuanto á mi manera de pensar, ya la conoces.

—Me parece que debo resignarme á partir—añadió Ida inclinando la cabeza y poniéndose seria.

—Entendámonos. No quiero repetirte una vez más lo que

ya te he dicho. En mi casa estás como en la tuya. Tú no tienes necesidad de la *Alianza*, pero la *Alianza* te necesita y se siente satisfecha de tus preciosos servicios. El cargo de secretaria general es tuyo, y la presidencia, como el Consejo, no podríamos encontrar persona que lo desempeñara mejor. Por lo tanto, si renuncias al empleo del Gobierno y permaneces con nosotras, la ganancia es nuestra y tú no pierdes nada; la *Alianza* te asegura una posición estable hasta la muerte. Ahora, si prefieres permanecer al servicio del Gobierno claro es que expirado el término de tu licencia, mientras esté pendiente el recurso del Consejo de Estado, debes apresurarte á ir á Cagliari y á estar en este punto hasta que, ó por decisión de éste ó por otras razones, no te sea posible salir de allí. Aunque ausente, en el segundo caso, continuarás siendo de las nuestras y el puesto de secretaria general no sería ocupado por otra más que interinamente... Piensa sobre ello, resuelve y... Dios te ilumine.

A estas palabras Ida bajó los ojos, apretó las pestañas como para esconder las lágrimas que pugnaban por salir, se cubrió de un ligero rubor, titubeó un poco y por fin dijo con acento incierto y perplejo:

—Y si decido renunciar al servicio telegráfico aprovechando su generosa maternidad hacia esta pobre huérfana, permaneciendo al servicio de la *Alianza*, ¿no me olvido de un principio que usted me ha enseñado tantas veces con el ejemplo y con las palabras, hasta en el caso particular que debo resolver ahora?

—¡Bravo!—exclamó riendo la Condesa. Me has colocado entre la espada y la pared. Sí, no hay duda; yo te he aconsejado muchas veces luchar hasta el último extremo contra el Gobierno y defender tus derechos por todos los medios legales. Por eso te he sugerido hasta el recurso al Consejo de Estado, exhortándote, contra mis propios intereses, á luchar contra nuestros enemigos. De tales consejos no me arrepien-

to ni me desdigo en este instante. Solamente que, debiendo ahora hacer en nuevo sacrificio, esto es, ir á Cerdeña, he querido dejarte en libertad de adoptar una resolución por ti misma.

—Pero si yo renunciase al empleo y permaneciere aquí, ¿no le parece á usted que la Schwitzer, la Fioroni y compañía, moverían mucho ruido y tratarían de sacar partido de mi resolución, considerándola como una victoria de la *Liga* contra la *Alianza*?

—No digo que no... pero, ¿qué me importan las murmuraciones de esas gentes?

—Y si yo parto, ¿no harán otro tanto con mayor razón? ¿No se alabarán de haber apuntado contra la *Alianza*, haciéndome ir al destierro?

—Yo creo que permanecerán calladas como muertas para no atraerse lo odiosidad del público. Pero todo esto importa poco. Las palabras son palabras y se las lleva el aire... Lo que importa pensar es, si negándote á ir á Cerdeña perderás el destino, ó si podrán mudar en favor tuyo las circunstancias, con la caída del Ministerio, por ejemplo. En tal caso, por no haber sabido esperar arma al brazo, se habría perdido la ocasión de una bella victoria moral.

Por lo tanto, para dar tiempo al tiempo, conviene que partas, pues nada se pierde con ello toda vez que nada se aventura para el porvenir, porque siempre tendrás ocasión de decir adiós al Gobierno y de recobrar tu libertad. Luego estamos en el caso de repetir: el que desee hacer pronto una cosa, hágala despacio. Además—añadió sonriendo—estamos en la buena estación y un viaje por mar, es un viaje de placer. Ya sabes todo lo que siento—replicó acariciándola graciosamente.

—No insista usted más, señora Condesa—dijo Ida cogiendo la mano y llevándosela á sus labios;—su delicadeza es extraordinaria y me siento humillada. Ya sabía lo reservada que usted es en dar consejos, pero quería conocer sus sentimientos más

recónditos. Ahora que ya los conozco—añadió sonriendo—estoy bien tranquila y hasta contenta y decidida en marchar á Cerdeña.

Se calló un momento y después continuó con aire malicioso:

—Pero antes de partir quiero medir la espada con una colega mía.

—¿De Telégrafos?

—No, de la *Liga*.

—¿Y la llamas colega?

—Sí, porque ambas somos secretarías. Ella de la *Liga* y yo de la *Alianza*.

—¿La Fioroni? Es una famosa adversaria. Ya ha hecho frente á otras famosas espadachinas, más valerosas y diestras que tú. Dios te la depare buena.

—¿Y por eso he de emprender la huida? Sé que no es bello huir delante del enemigo. Además, pienso que vale más caer de la ventana que desde el tejado.

—¿Quieres huir el cuerpo? ¿Y el honor?

—Con las gentes de la *La Liga* ya lo he perdido. La Fioroni me lo ha dicho muchas veces y aún me lo repite hoy en el cartel de desafío que acaba de dirigirme. He aquí el documento:

Era una carta, á la cual acompañaba la Fiorini el manifiesto de la *Liga* é invitaba á Ida á que expusiese sus opiniones. Previendo que éstas serían contrarias al voto político de la mujer y á la aplicación de la *Liga*, le ofrecía el mejor medio para combatirlo eficazmente y hacer propaganda de sus ideas, esto es, de medirse con ella en una reunión de controversia. Declaraba que este era un reto personal, y le dejaba la elección de tiempo y lugar del combate, poniéndose entretanto á su disposición para las condiciones de él, expresando además su deseo de que para mayor publicidad, la discusión se verificase en un teatro con entrada libre. Por último concluía recordándole, que si el reto no fuese aceptado ó si tratase de eludirlo con

subterfugios hipócritas, el asunto se haría público á fin de que «el cobarde sea execrado de todos.»

—¡Diantre! observó la Condesa después de volver á hojear la carta. Esta vez tu colega te ha puesto en un verdadero compromiso... ¡Cómo vas á salir de él!

—Con la fuga á Cerdeña. Y aun cuando permaneciese aquí no me dignaría contestar á semejantes bravatas. A palabras necias, oídos sordos.

—Se ve claro que se encuentran en peligro de ahogarse cuando gritan de tal modo. ¡Por lo visto no bastaba el desafío oficial de la *Liga* á la *Alianza*, cuando han juzgado necesario dirigirte otro á ti. Qué gente más extraña. No piensan más que en hacer ruido. Ahora añaden á la comedia la farsa.

—Si la cosa fuese un poco sería y si se pudiera discutir con libertad, yo sería la primera...

—¡Ni pensarlo! No hay que caer en la red. Por ahora dejémoslas que chillen y se desgañiten á su antojo... No basta armar estrépito para vencer.

—Yo voy á hacer mis preparativos de viaje.

—De ida y vuelta.

—¿Supone usted que estaré poco tiempo en Cerdeña?

—Me lo dice el corazón.

—¡Ah! El corazón no tiene ojos...

—Por eso no ve; pero siente... ¿No crees en los presentimientos maternos?

A estas palabras, pronunciadas con infinita dulzura, Ida estuvo á punto de lanzarse á su cuello; pero se contuvo y ruborizándose como una chiquilla, cogida en falta, respondió conmovida:

—¿Que si creo en ellos? Hasta creo que después de haber perdido á mi excelente madre, he encontrado otra á quien debo una segunda vida. Por eso iré á Cerdeña, estaré allí, volveré y haré todo lo que usted disponga, contenta de no vivir más

que para realizar su voluntad y para demostrarle mi filial reconocimiento.

Conmovida también la Condesa, no quiso dar rienda suelta á su sentimiento; por eso echó el asunto á broma diciéndola alegremente:

—Sí, desde ahora estamos unidas. Somos dos gotas de agua en el gran mar del moderno feminismo. No lo dudes; tú correrás la misma suerte que todas nosotras. Por eso mismo confío en que la estancia en Cerdeña no será larga.

—Bastaría una crisis del Gobierno, un buen achuchón en el Parlamento en el asunto del divorcio.

—Dios lo haga. Dentro de pocos días se abren las Cámaras. Entretanto atengámonos al proverbio italiano: «quien tiene prisa va despacio...» Luego prepárate para marchar y después... suceda lo que Dios quiera.

En este momento se oyó abrir la puerta y entró en la estancia, con el rostro encendido y conturbado, Giannina Maglioni, aquella joven cuya historia dolorosa hemos referido y á quien Ida había arrancado tan trágicamente de manos de las enemigas.

¿Cómo aparecía ahora en escena y por qué entraba con tal agitación?

Responder á estas dos preguntas es una deuda que tenemos con el lector y que queremos pagar á la vista.



XXXI

El filtro mágico.

AQUELLO que la Condesa é Ida habían deducido por la simple relación de las desventuras de Giannina Maglioni, después de ser liberada, se vió confirmado por la actitud de ésta en los pocos meses pasados en el Buen Pastor; la naturaleza había otorgado á la joven una índole de oro, que bien cultivada, debía producir preciosos frutos.

De inteligencia pronta y viva, generosa de corazón, entera de carácter, recta y noble en sus sentimientos, firme y fiel á la voz del deber, no había caído en el abismo más que por la propia inexperiencia y por la satánica perfidia de la comadrona. Por esto, se podía esperar volver al apostolado del bien á una persona tan rica en dotes naturales, añadiéndose á sus buenas cualidades la experiencia del mal, amarga y terrible para ella, pero ventajosa para preservar á las otras de semejantes peligros.

Al salir del Buen Pastor, la Condesa la llevó á su casa, con inmenso júbilo de la joven, que se había creído deshonrada para siempre, y en vez de esto se encontraba rehabilitada. También experimentó gran satisfacción Ida que veía en ella su primera y su mejor conquista.

Propuesta al Consejo como auxiliar de la presidencia, una de

las señoras de la Junta, observó que siendo persona de fama dudosa, le parecía poco conforme con el decoro de la *Alianza* aceptarla entre los socios y menos admitirla al servicio inmediato de la presidencia.

A lo cual contestó la Condesa que la observación en general era justísima, pero que había necesidad de hacer ciertas excepciones, añadiendo en defensa de su opinión estos argumentos:

—Nosotras, dijo, tenemos por norma de conducta el combatir los tristísimos efectos de la injusticia moderna, esto es, la *doble moral*, ideada por el egoísmo del hombre para seducir y engañar á la mujer lanzando sobre ella toda las consecuencias de la culpa. Por lo tanto, en este caso tratamos no sólo de prevenir los daños de tan indigna convención, sino de rehabilitar á las víctimas en todo lo posible. Aquí tenemos el caso de una joven que era una perla. Engañada de una manera infame, ha resistido y luchado con constancia hasta el último extremo... no pretendo determinar ni excusar la culpa. Pero el mundo que la ha traicionado, le ha impreso las huellas indelebles del deshonor y le cierra todo camino para rehabilitarse, pretendiendo excluirla de toda ocupación decente. ¿No equivale esto á ponerla en el amargo trance de caer nuevamente en el abismo de que pretende salir? ¿Deberá nuestra sociedad secundar tal injusticia? Yo digo que no y por eso mantengo mi proposición de admitirla á mi servicio.

Entre aquellas excelentes señoras se escuchó un murmullo de aprobación, acompañado de señales de asentimiento.

La Condesa continuó:

—Otra de las razones que me induce á proponerla al servicio de la presidencia, es la seguridad que tengo de que desempeñará las funciones de su cargo con gran inteligencia y con gran lealtad. La Maglioni es una joven de talento, de corazón, de carácter entero, á quien la desventura ha conferido dos nuevos beneficios para ella y para nosotras: la experiencia del mal y el

afecto á la *Alianza* que la ha salvado. Podemos fiarnos de ella á ojos cerrados.

Aquí la Condesa fué interrumpida por un coro de aprobación. Se oyó decir:

—Tiene razón la presidenta: ¡Su parecer es el nuestro!

Por votación unánime, Giannina Maglioni fué admitida en la *Alianza*.

Cuando le digeron á la joven que las doce consejeras habían votado en favor suyo, tuvo una alegría extraordinaria, y exclamó sollozando:

—Ahora sólo deseo dar la vida por mis bienhechoras. ¡Qué satisfacción tendría en morir por ellas!

—¡Quién sabe si no tendrás ocasión de hacerlo dijo sonriendo! Ida, que era la que le había dado la feliz nueva de su aceptación.

Pronto fué puesta al servicio de la presidenta. Esta no le dijo más que lo siguiente:

—Ojos abiertos y boca corrada en casa y fuera de ella. ¿Has entendido?

—Ya verá la señora, replicó.

La Condesa se mostró muy satisfecha con Ida de la nueva servidora, diciendo:

—Hace ya mucho tiempo que buscaba una persona de confianza absoluta. Ahora ya la tengo. Cuando se navega en alta mar y por añadidura con tormenta, como nosotras, es conveniente estar rodeadas de personas leales. ¡Pobre joven! Tú la salvaste de la desesperación y de la infamia; acaso ella nos salve de cualquier peligro. De todos modos podemos estar satisfechas. Tenemos á nuestra disposición una persona que sabrá cumplir su oficio. Una sirvienta como ella vale un Perú para nosotras.

Desde el día en que Giannina entró á prestar sus servicios correspondió con exceso á las esperanzas de sus bienhechoras. En casa y fuera de ella, con toda clase de personas se mostraba

tan atenta, tan desenvuelta, tan perspicaz, que parecía haber nacido para desempeñar el humilde cargo que ocupaba. Con una mirada leía en el pensamiento de la Condesa y de Ida, apresurándose á secundar sus intenciones. En una palabra, era la persona de confianza de la presidenta...

Por eso al verla entrar tan conturbada, la Condesa se apresuró á preguntarla la causa de su inquietud. La Maglioni narró el caso extraño que le había ocurrido aquella misma mañana.

En el momento en que la joven se preparaba á salir de casa para realizar ciertos encargos, se le acercó de improviso un hombre, vestido con un largo balandrán gris, con barbas larguísimas y ojos negros como el carbón, y colocándose delante de ella le dijo:

—¿Es usted Giannina Manglioni?

Giannini se calló.

El desconocido continuó:

—He venido para decir á usted que la carta, dirigida á la Piumetti el día en que usted abandonó la casa de su bienhechora, no es más que una imitación del original. Éste, con la firma auténtica de usted, se encuentra en poder de aquellas que la recogieron de la calle y á quien usted corresponde permaneciendo en esta casa, donde se hace todo lo posible para arruinarlas. Pero carta canta. Basta con presentar á la autoridad el recibo de usted de 300 liras para que se vea obligada á volver al lugar de donde ha huído. ¿Quiere usted volver á la vida de antes?

Giannina seguía callada mientras miraba con atención al extraño personaje.

Éste añadió:

—Si eso no le conviene, no le queda á usted más que un medio de salvarse. Tome usted estos polvos y viértalos usted en cualquier bebida que tome la Piumetti; pero tenga usted cuidado de que ni ella ni ninguna otra persona sepa nunca nada. Es un

filtro mágico, completamente inofensivo, que no hace daño á quien lo toma, sino que le hace amar á las personas odiadas. Con eso su antigua ama de usted quiere captarse la simpatía de la señorita Piumetti y librarse de sus maleficios. Tome usted.

Ginnaina tomó maquinalmente en la mano la caja que le alargaba el desconocido, continuando sin decir una palabra. Éste siguió diciendo:

—Ten cuenta con lo que te digo. Si haces lo que acabo de decirte estás en salvo; de otro modo ¡ay de tí! verterás lágrimas de sangre.

Pronunciadas estas palabras en tono amenazador, desapareció rápidamente, dejando á Giannina atónita con la entrevista y sin saber el partido que había de tomar.

Al ruido del *tat tat* de un automóvil que se alejaba, la joven se estremeció, miró la cajita que tenía en la mano, se la puso en el bolsillo y salió de casa.

Mientras recorría las calles se torturaba el cerebro, para descubrir la explicación de aquel misterio y la manera de salir del compromiso sin daño para nadie. Pero cuanto más pensaba en ello, tanto más aumentaba su ansiedad. Además, el pensamiento de que sus perseguidores tuviesen en poder suyo el recibo de las 300 liras, y pudiesen servirse de él para perderla, le trastornaba el juicio.

Trató de tranquilizarse y de disimular su abatimiento; pero apenas vuelta á casa, no pudo contenerse más y corrió, como acabamos de ver, á dar parte de todo á la Condesa y á Ida, que en aquel momento estaban juntas.

Cuando hubo concluído su relato, fijó los ojos en ambas, para leer en ellos el efecto que les producía tan extraña aventura, pero sólo vió dos rostros serios, tranquilos y pensativos.

La Condesa fué la primera en decir:

—Aquí se trama alguna traición. Pero conviene andar des-

pacio para ganar la partida. ¿Tienes ahí la cajita que te ha entregado ese hombre misterioso?

Giannina sacó la caja del bolsillo y se la dió á la Condesa.

Ésta después de mirarla, añadió:

La haremos examinar. De fijo es un veneno lo que contiene.

—Pero dime, ¿no dijiste nada á ese canalla? ¿Por qué te callaste como una muerta?

Porque si hablaba, quizá no me hubiese dado la cajita y yo presumía que podría ser conveniente que estuviera en mi poder.

—¡Muy bien! ¿Y no observaste nada de particular en el desconocido?

—Sí, tenía una berruga en la muñeca derecha, precisamente bajo el botón del guante.

—¿Era delgado y de estatura media?—preguntó Ida con vivacidad.

—Sí, señora, así era.

—Es curioso, replicó Ida, y permaneció pensativa sin añadir una palabra más.

La Condesa, mirandó la caja que tenía en la mano continuó:

—Por ahora nada hay que hacer. Primero analizaremos estos polvos. Entretanto, hija mía, puedes estar tranquila; nada tienes que temer.

—¿Pero si fuese verdad que tienen en su poder mi recibo...?

—¡Pueden servirse de él para hacer pajaritas! Ante todo, según la ley, por ningún débito nadie tiene derecho de disponer de la libertad del deudor. Además, ya están pagadas con exceso esas trescientas liras.

—Me disgusta, dijo Ida, no haber conservado esa obligación; pero la juzgaba inútil.

—Y lo es sin ningún género de duda. Demasiado saben nuestras enemigas que no pueden mezclar á la justicia en este asunto. Por eso mandaron á ese desconocido, confiando en

que asustada Giannina, te diese el brevaje, para acusarla después como envenenadora y mandarla á las galeras, matando de este modo dos pájaros de un tiro... Conque, tranquilicémonos y vivamos prevenidas por si acaso. No pongamos la carreta delante de los bueyes.

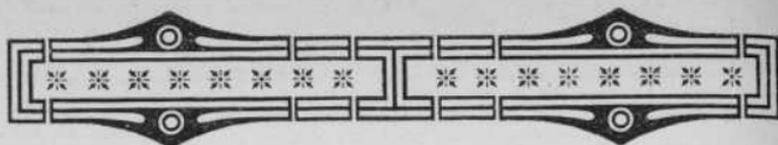
En aquel mismo día, el hecho fué denunciado á la policía. El análisis químico de los misteriosos polvos, reveló que contenían una enorme dosis de *curare*, capaz de matar en el acto al hombre más robusto. Se hicieron largas y minuciosas pesquisas para descubrir al desconocido, portador del veneno; pero todas ellas resultaron inútiles.

Interrogada la *comadrona*, manifestó que nada sabía, rechazando con horror é indignación la infame calumnia.

Faltando, por lo tanto, el fundamento para un procedimiento criminal, el asunto permaneció en suspenso y no fué llevado á la autoridad judicial.

Desde aquel día Giannina redobló sus esfuerzos para descubrir el complot infernal de donde había salido aquella tentativa de envenenamiento, pues el corazón le decía que se preparaban nuevas traiciones. Pero ella se juraba descubrir la conjura y burlar otras insidias, diciéndose en lo más íntimo de su pensamiento:

—Yo sacaré á la fiera de su guarida y haré pagar caro á la comadrona su delito.



XXXII

La razón prevalece al fin.

AL abrirse la Cámara, la agitación por el divorcio, que durante el tiempo de las vacaciones parlamentarias había perdido bastante intensidad, recobró nuevos bríos y fué creciendo más, cuanto más avanzaba el momento en el cual se debía llegar á la votación definitiva de la ley.

En las últimas jornadas de las sesiones precedentes, Gobierno y mayoría habían realizado grandes esfuerzos para sacar adelante el proyecto. Pero la minoría, estuvo en la brecha, obstinada en prolongar con toda clase de recursos parlamentarios la discusión, confiando en que regresando los diputados á sus distritos durante las vacaciones, y encontrándose más en contacto con sus electores, algunos se separarían del núcleo artificial é híbrido de la mayoría parlamentaria, haciendo naufragar la famosa ley y acaso también el Gobierno.

Advertido de tal táctica el Ministerio y temiendo sus consecuencias, se había apresurado á adelantar la discusión, habiendo propuesto que el resto de los artículos se discutiesen en común antes de la clausura del Parlamento para llegar en seguida á la votación final. Pero no pudo conseguirlo: la propuesta fué

rechazada por la Cámara por pocos votos de mayoría, y, por lo tanto, la cuestión del divorcio quedó aplazada para las nuevas sesiones.

Ahora, pues, se esperaban las últimas batallas, las que debían decidir la suerte de la campaña.

En una de las primeras sesiones se leyó una declaración colectiva de varios grupos de la minoría, en la cual se invitaba al Gobierno á retirar la ley del divorcio, por ser contraria al sentimiento y á la voluntad de la gran mayoría del país. La declaración concluía con estas amenazadoras palabras: «Si el Gobierno, persistiendo en su propósito, insiste en aprobar y votar una ley tan impopular, nosotros continuaremos agitando al país y combatiendo sin descanso contra la iniquidad legislativa, realizada en daño de las esposas y de las madres italianas, y no depondremos las armas hasta que con la abolición de la nefasta ley, la mujer haya reconquistado en el santuario doméstico todos sus derechos, pudiendo desenvolver en él su misión doméstica y social.»

El Presidente manifestó que no podía someter á discusión tales declaraciones porque eran inconstitucionales en el fondo y antirreglamentarias en la forma; añadiendo que se habían dirigido á la Cámara únicamente para intimidar á los diputados que oscilaban entre la mayoría y la minoría, y para agitar al país contra el divorcio con la publicidad de las crónicas parlamentarias. Por lo tanto, declaró agotado el tema, invitando á la Cámara á reanudar el debate de la ley sobre el divorcio.

Como cuestión previa propuso á la Asamblea deliberar sobre las peticiones de las mujeres italianas, contrarias al contenido de la ley.

Aquí se promovió el primer tumulto.

Los adversarios del divorcio pidieron que las peticiones fuesen examinadas inmediatamente; en cambio los contrarios propusieron que fuesen archivadas, aduciendo, como razón, el hecho

de que no teniendo en Italia las mujeres derecho al sufragio, les faltaba la legitimación necesaria para alterar las labores legislativas.

En la lucha entre ambos campos intervino el Gobierno, proponiendo que las peticiones fuesen entregadas á una Comisión encargada de examinarlas y de dar cuenta de ellas á la Cámara.

La proposición fué aprobada por la mayoría, aunque por pocos votos.

Reanudada después la discusión sobre el divorcio, el combate por ambas partes se acentuó adquiriendo un carácter cada vez más áspero y encarnizado.

Se discutía sobre los motivos legales para el rompimiento del vínculo conyugal y hasta se había obtenido mayoría para algunos de ellos, cuando se llegó al mutuo acuerdo por la incompatibilidad de carácter después de un año de convivencia. Este era el paso más difícil en que se encontraba el Gobierno; por lo mismo la feliz aprobación de la ley podía considerarse como segura.

Aquí se habían concentrado todos los tiros de la oposición, dando siempre nuevos incentivos para agitar el país y fomentar las iras, las protestas y las demostraciones de las mujeres para desacreditar toda la ley ante la opinión pública. Porque como observaban justamente los adversarios del Gobierno, con tal reforma la mujer, con su prole, estaba á merced del marido tirano y brutal, quien podía arrancarle el consentimiento para desatar el vínculo conyugal por medio del terror.

Bajo la impresión de la reprobación universal y de la formidable oposición, con que la mayoría del país no dejaba de protestar, algunos diputados favorables al divorcio habían ya inducido al Gobierno á descartar de la ley semejante motivo, como una verdadera piedra de escándalo, especialmente para las mujeres. Y el Gobierno se hubiese negado á semejante con-

cesión para salvar el resto de su empresa legislativa; pero el nervio de la *radicalería* dominante había puesto pies en pared, amenazando con derribar al Ministerio, si cedía á las exigencias de la oposición. La propuesta, fué, pues, mantenida y el Gobierno declaró que la hacía suya.

Por lo tanto, se había llegado al punto crítico ó á la batalla decisiva.

Si la mayoría resistía á esta prueba, la votación definitiva de la ley estaba asegurada y el Gobierno radical-socialista salía del debate con mayor fuerza que nunca; pero en cambio si vacilaba bajo los golpes de la minoría con la pérdida de algunos votos, se desplomaba toda la ley y con ella el Ministerio, determinando una crisis que daría el Poder á los adversarios.

La Cámara presentaba el aspecto de las grandes solemnidades parlamentarias. Todos los diputados estaban en sus escaños. Las tribunas llenas; los ministros en su banco. La especulación que se leía en todos los semblantes daba mayor relieve al aspecto verdaderamente majestuoso de la Asamblea.

Á los largos discursos de oposición siguió en aquella jornada decisiva una verdadera granizada de invectivas é insultos contra la conjura, urdida en los antros de la masonería, de quien eran simples secuaces los débiles miembros de la mayoría.

El divorcio, por mutuo acuerdo, fué designado por un orador como *el acto más cobarde de servilismo hacia el jacobinismo francés*; por otro, de *asesinato legal de la mujer italiana*; por un tercero, de *la consagración legislativa del más torpe é inhumano egoísmo masculino*; por un cuarto, como *la sanción de una nueva barbarie que condenaba á Italia á la decadencia*; por un quinto, de *envilecimiento físico y moral autorizado del pueblo italiano*; por un sexto, como *el más monstruoso delito de lesa nación*; que, con un plebiscito solemne, universal, de tantas peticiones, protestas y demostraciones contrarias, había manifestado claramente su voluntad soberana y condenado por

completo la ley en totalidad y especialmente el divorcio por mutuo consenso como la parte más detestable de ella.

En medio de la agitación producida por estas frases y las réplicas apasionadas de la mayoría, mientras la agitación llegaba á su grado máximo y amenazaba degenerar en tumulto, se levantó á hablar el último orador de la minoría. Este era Terziglio.

Grave, sobria al principio su palabra, se fué caldeando cada vez más, haciéndose apasionada y vigorosa, hasta que, volviéndose á los diputados de la mayoría, les recordó la obligación en que estaban, como representantes de los deseos del pueblo á rechazar el artículo. Les exhortó á que reflexionasen que el pueblo, de quien habían recibido sus poderes, era en sus nueve décimas partes opuesto al divorcio. Evocó á cada uno de ellos la imagen de la propia madre que había llevado el heroísmo sublime del amor materno hasta los últimos límites. Condensó en una potente peroración una infinidad de argumentos, acusaciones, ruegos, amenazas hasta que concluyó por gritar á la mayoría: «Votad, pues, por la traición de la patria: pero sabed que Italia traicionada hará pronto ó tarde justicia sobre los traidores.»

Su discurso fué un verdadero triunfo parlamentario, coreado por aplausos interminables.

Se llegó á la votación.

Concluída ésta, durante el escrutinio, se vió la tribuna presidencial rodeada de diputados que hablaban en voz alta, aguardando con ansiedad el resultado final.

Cuando el Presidente se levantó, y con voz conmovida comenzó á leer el resultado de la votación, se hizo en la Cámara un silencio tan profundo que se podía oír el ruido de una mosca.

Al conocerse la votación, un estrépito de aplausos formidables salió del centro y de la derecha, á los que siguieron entre los vencedores de la jornada un cambio de felicitaciones, de

apretones de manos, mezclados con exclamaciones de alegría y de júbilo, mientras la otra parte de la Cámara apenas podía disimular la propia consternación.

En rededor de los varios jefes de los grupos parlamentarios, los diputados discutían con calor las consecuencias de la votación. Terzaglio era el que mayores felicitaciones recibía.

Los ministros se habían reunido en torno del presidente del Consejo, hablando entre sí y comentando la derrota con palabras amargas.

De pronto el presidente del Consejo abandonó á sus colegas y salió seguido del presidente de la Cámara, con el cual celebró un brevisimo coloquio, después del cual éste agitó largamente la campanilla para restablecer el silencio y la atención de la Asamblea, diciendo después de haberlo conseguido:

—Tiene la palabra el señor presidente del Consejo para hacer una comunicación del Gobierno á la Cámara.

La comunicación fué la que todos esperaban.

—El reciente voto del Parlamento sobre la proposición de ley para la reorganización de la familia ha demostrado que el Gobierno no goza ya de la confianza de la representación nacional, porque le falta una mayoría parlamentaria, sobre la cual pueda apoyarse en el ejercicio del poder ejecutivo. Me apresuro, pues, á anunciar á la Cámara, en nombre mío y en el de mis colegas, que inmediatamente daré cuenta de todo esto al jefe del Estado. Entretanto ruego al señor presidente que suspenda las sesiones.

Y se levantó la sesión con el anuncio de que se avisaría á domicilio.

Sobre la aceptación de la dimisión del Gabinete no podía haber duda alguna; la derrota había sido completa.

Se debía, por lo tanto, formar un Gobierno de concentración constituido por la derecha, por el centro derecho y sobre una parte de la izquierda.

En la distribución de las carteras, por acuerdo de todos los grupos victoriosos, se asignó la de Gracia y Justicia á Terzaglio, que después de su discurso era el llamado á iniciar las reformas legislativas y las disposiciones ejecutivas más urgentes, para la recta administración de la justicia, detentada por el anterior Gobierno.

Apenas instalado en su poltrona, el nuevo Ministro dijo á su colega de Correos y Telégrafos.

—Nosotros no somos un Gobierno de partido. Por eso en mi departamento trataré á todos según sus méritos sin fijarme en sus opiniones. Creo que todos nuestros colegas harán lo propio. Así, pues, si alguno ha sido injustamente castigado por el anterior Gobierno me parece que nuestro deber consiste en enmendar la falta.

—¿De que se trata?

—Se trata de que debemos anular el decreto por el cual la telegrafista Ida Piumetti fué trasladada á Cagliari como castigo.

—¿Qué delito ha cometido?, — preguntó sonriendo el ministro de Correos y Telégrafos.

—Pues el de haber preparado los acontecimientos, cuyos frutos gozamos ahora. Si no hubiera sido por la *Alianza*, que ha sublevado al país contra el divorcio, nosotros estaríamos aun en la oposición. La Piumetti es secretaria de la *Alianza* y fué desterrada á Cerdeña por instigación de mi amigo Brandini, precisamente porque no quiso salir de la *Alianza* para ingresar en la *Liga feminista*. *

—Basta, basta. ¿No desea usted más que la anulación de ese decreto?

—Por ahora nada más. Pero conviene que lo haga usted en seguida. Además hay que resarcirla del injusto proceder que se ha observado con ella.

En aquel mismo día fué anulada por telégrafo la orden del traslado de Ida. Diez días después se le comunicaba la confir-

mación del servicio en las oficinas centrales y el ascenso inmediato.

Los lectores se imaginarán la alegría que por ambas cosas experimentaría Ida, la Condesa y las demás amigas de la *Alianza*. Todas rivalizaban en demostraciones de júbilo.

Ida respondía á ellas con sonrisas y con lágrimas. Eran sonrisas y lágrimas de alegría al verse circundada por tanto afecto, después de la victoria obtenida tras tantas penas.

Y se limitaba á decir suspirando:

—¡Si mi madre viviese!



XXXIII

La fortuna ayuda á los audaces.

COMO un caudillo, que habiendo entrado con su ejército en un país enemigo é infligiéndole la primera derrota, procede en su empresa no menos animoso en seguir la fortuna y hacer buen uso de la victoria que cauto y circunspecto en evitar las emboscadas, así la Condesa, altamente satisfecha por el buen éxito de la campaña contra el divorcio, no tuvo estímulo para combatir con energía en la lucha contra el falso feminismo de la *Liga*, cuidándose más del cambio desarrollado de la *Alianza* y perfeccionando su organización, experimentando al propio tiempo la necesidad de precaver su obra contra los esfuerzos y las insidias del enemigo, que irritado por el fracaso haría lo posible para tomar el desquite.

Su primer pensamiento, por lo tanto, fué el de reunirse con el antiguo preceptor, que tan sabiamente le había aconsejado, entrar en liza contra el divorcio, iluminándola y dirigiéndola con tanta maestría.

Al anuncio de su visita, el profesor vino al encuentro suyo, siendo el primero en decirle:

—Usted viene para felicitarse pero yo sólo tengo que darle pésames.

—No vengo por felicitaciones, ni acepto pésames, sino que usted me ayude á continuar la victoria, ó como dice un proverbio: á tener al lobo por las orejas.

—No hay más remedio que destrozarlo ó soltarlo. Esto es: ó combatir con mayor nervio para conservar el fruto de la victoria, ó abandonar la empresa y plegar la bandera, contentándose con haber salvado el honor de las armas. Arduo es el primer partido, indecoroso el segundo... Estamos, en suma, entre Scila y Caribdis; por eso quería darle el pésame.

—Y por eso mismo no lo acepto. ¿O es que me cree usted tan cobarde que vaya á abandonar el campo por temor á una derrota? Luego se continuará la lucha. Ardua es ciertamente la campaña y llena de peligros, porque después de la victoria nuestros enemigos están furiosos. Conque, ayúdenos, usted señor profesor, con sus consejos. Nosotras somos unas pobres mujeres que no sabríamos llegar al fin. Si tuviéramos que combatir sólo con mujeres haríamos frente al enemigo; pero no tardarán en luchar los hombres, y entonces, Dios nos la depare buena.

—Ya veo que usted no merece la censura que se le dirigió á Anibal después de la batalla de Canas, es decir, la de saber vencer y de no saber hacer buen uso de la victoria. Yo tuve la suerte de aconsejarle la lucha y me felicito de ello. La actitud de la *Alianza* fué como un plebiscito nacional de las familias italianas, plebiscito que bastó para derribar al Gobierno sectario y crear uno nuevo de paso, esto es, de carácter provisional, porque le falta una mayoría parlamentaria homogénea en que apoyarse; de manera que esta situación no puede prolongarse mucho.

—También yo tengo el presentimiento de ello.

—Las razones son dos: Una consiste en la inconsistencia é impopularidad de los grupos de la derecha, que están todos desorganizados; y además porque los católicos se encuentran divididos por discordias intestinas. La otra es la fuerza brutal de

las *masas* soberanas, que sostienen á los grupos de la izquierda y á la publicidad con que cuentan.

—Entonces el asunto es desesperado, porque nosotras las mujeres nada entendemos de políticos. No obstante, si la *Alianza* consiguiese agrupar en un solo ejército á todas las mujeres italianas!

—Italia estaría salvada.

—¿Es posible? ¿Y de qué modo? ¿Con una mayoría y con un Gobierno que podría componerse de radicales, socialistas, anarquistas, ateos?..

—Pero que las mujeres cambiarían, lenta y seguramente en un Gobierno de cristianos y ciudadanos.

—¿Poniéndose en lugar de los hombres?—preguntó irónicamente la Condesa.

—Ejercitando la propia misión doméstica y social para la formación de los legisladores y de los ministros.

—Claro. Tan persuadida estoy de eso que lo repito á todo el mundo. Pero esta acción indirecta sobre la cosa pública es tan larga!

—¡Paciencia! Las curas radicales y las grandes reformas siempre son largas. Con el tiempo la hoja de morera se vuelve seda, dice el refrán chino. Por otra parte, tal acción indirecta es labor propia de la *Alianza*, y todas las ventajas de las mujeres, que sabrán recoger el fruto de la victoria obtenida en la cuestión del divorcio.

—¿Qué piensa usted que debemos hacer?

—Conquistar las *masas* soberanas.

—¡Imposible! ¿Aliarse con la hez del populacho? Misericordia.

—¡Pobre pueblo! No es tan malo como parece, así como no es oro todo lo que reluce. Además, cuando digo *masas*, no pretendo incluir en ellas la chusma y la canalla, siempre dispuesta á pescar en agua turbia; sino á la opinión pública, forma-

da por todos aquellos que, reconociendo en una empresa de índole general los verdaderos caracteres de la popularidad moderna y encontrándola capaz de luchar felizmente con la falsa popularidad de los partidos subversivos, están dispuestos á favorecerle, á sostenerle, á tomar su defensa en la vida pública con todos los medios de la publicidad moderna.

—¡Muy bien, profesor! Ahora sí que ha dado usted en el blanco. Si nuestra *Alianza*, como instituto nacional, no consiguiera reforzar su estructura orgánica, nuestros enemigos la obligarán á no ocuparse más que en obras benéficas, impidiéndola todo género de ingerencias en la vida pública; de manera que perderíamos la ventajosa posición que hemos conquistado con el éxito de la agitación contra el divorcio, y la *Liga* invadiría por sí sola todo el campo de la organización femenina, debiendo la *Alianza* retirarse á la vida privada.

—¡Cierto! ¡Muy cierto! Veo, Condesa, que entiende usted el juego mejor que yo.

—Usted me ha enseñado á combatir la malicia con la malicia.

—¡Diantre! En cuanto á malicia la alumna sabe más que el maestro, y le sobra habilidad para regir la barca. Ya no le queda á usted más que lanzarse en alta mar.

—¿Con cuál bandera?

—Ya lo he dicho; con la más popular.

—Pero, ¿cuáles son sus colores? Me parece, profesor, que al batallar con los enemigos sobre el campo de la organización femenina, la *Alianza* no debe mostrar patente en las instituciones de índole económica y social su carácter religioso.

—¡Es una idea oportuna! Hoy la vida pública es pagana y las grandes multitudes ciudadanas no se mueven por un estímulo puramente religioso. Para llevarlas á la Iglesia se ha de arengarlas en la plaza, hablando el lenguaje corriente... Luego internamente aliento, espíritu y vida religiosa; exteriormente eti-

queta ó bandera laica. Así tendremos el viento siempre de popa.

—¡Dios lo haga! Ahora otra cosa. En las distintas Asociaciones que las mujeres hemos fundado hasta el presente, la dirección y la administración permanecen, por lo general, en manos de las señoras que las han constituido. Al principio fué ésta una verdadera necesidad, porque era muy difícil encontrar entre las mujeres del pueblo personas idóneas para desempeñar tales cargos; pero tales preferencias empiezan á producir recelos.

—¡Signos de los tiempos! Estamos en plena democracia con el sufragio universal. Lo saben y lo sienten hasta las mujeres. Por lo tanto, el ordenamiento de las Asociaciones quiere ser autónomo; los cargos de dirección y administración electivos entre las asociadas. Para atraerse la simpatía de las gentes, conviene demostrarlas que son soberanas.

—Exacto, profesor. Veo que usted lo adivina todo... ¿Y qué otra cosa me aconseja, para hacer verdaderamente popular nuestra obra y capaz de resistir á la guerra despiadada que habrán de prepararle sus enemigos?

—Hablar con los hechos.

—¿Hablar con los hechos? ¿Quiere usted significar con ello incitar á las mujeres á entrar en la *Alianza* con la evidencia de obtener ventajas materiales y morales?

—Ni más ni menos: es preciso hacer la mayor propaganda posible en la Prensa de tales ventajas. La Prensa es en la actualidad el regulador infalible del éxito. Quien tiene más lectores, tiene más razón, más fuerza, más autoridad, más recursos, más fama, más todo.

—De modo que no resta más que reforzar las filas, esto es someter la *Alianza*, como institución nacional á una disciplina, tan rígida y tan elástica al propio tiempo, que, salvo siempre la autonomía particular de las varias Asociaciones, puedan entrar en ella personas de todas las procedencias.

—¡Eso! Eso precisamente... Por vida mía, Condesa, deja usted en mantillas á su maestro.

—Yo no soy en todo caso más que una discípula aprovechada. Ahora que me ha dado la lección, ¿quiere usted ayudarme á llevarla á efecto?

—Hay que machacar el hierro cuando esté caliente. El entusiasmo por la gran victoria alcanzada contra la ley sobre el divorcio está aun vivo, y es preciso aprovecharse de él.

—¿Nos favorecerá la victoria?

—La fortuna ayuda á los audaces.

—Y rechaza á los tímidos.

—¿Luego estamos de acuerdo?

—Más que de acuerdo. Identificados.

Alentada por tan sabios consejos, la Condesa se marchó contenta, pensando para sí en todo lo que había de hacerse para llevar á la práctica sus nuevos designios.



XXXIV

Un golpe de maestro.

AL saber la caída del Ministro, la comadrona se sintió herida en el corazón, permaneciendo durante varios días muda y consternada. Cuando después supo el triunfo de Ida su ira llegó á los últimos límites del paroxismo.

Bajo una actitud de tranquilidad mentida trataba de ocultar la rabia que le roía las entrañas, pero quien la conocía y sabía leer en su frente sus pensamientos, no ignoraba que era una verdadera furia del infierno.

En casa no ocultaba la maldad de su temperamento y daba miedo verla horriblemente descompuesta, y oírla amenazar á todo el mundo como si estuviese loca furiosa.

Con las personas de fuera, el hábito del disimulo, en el cual era maestra, le imponía casi siempre una afabilidad fingida. Pero la palidez del semblante, la contracción de sus labios y el brillo siniestro de sus ojos, transparentaban sus malas intenciones.

Después de conocer lo sucedido, algunas veces permanecía absorta, como si alguna extraña idea le torturase el cerebro y le oprimiera el corazón. Otras veces suspiraba, gemía, arrugaba la frente, y apretaba los dientes; parecía, en suma, una persona atormentada por el demonio.

Día y noche veía siempre delante de sí á una persona, un enemigo, un verdugo: Ida Piumetti.

Y la veía siempre triunfante con su victoria; siempre en actitud de burlarse de ella y de amenazarla con nuevos daños. Detrás de Ida veía á la Condesa y á la *Alianza*, que también conspiraban contra su tranquilidad.

Recordaba la escena celebrada con Ida, cuando había venido á quitarle de las manos su presa más preciosa, Giannina Maglioni, y juraba á sí misma la necesidad de vengarse á toda costa.

Perdiéndose en estos pensamientos, pasaba las noches despierta, fraguando los más siniestros planes de venganza, aunque tuviera que ir á galeras.

—Sí, iré á galeras, decía entonces, y hasta al infierno; pero antes quiero destrozarla con mis propias manos. Mientras ella viva no podré tener paz. Y al decir esto apretaba furiosamente los puños como si tuviera entre ellos á su enemiga, hasta que vencida por el cansancio se aquietaba continuando en rumiar nuevos designios de venganza.

Finalmente un día se mostró muy tranquila, y preparándose para salir, dijo con cierta alegría á la directora de la casa, en quien únicamente confiaba sus asuntos más secretos.

—Esta vez me parece que la tengo en mi poder. He pensado y repensado en ello en esta noche. Nuestros asuntos van cada vez peor y ella en cambio va de triunfo en triunfo. Estamos, pues, entre la vida y la muerte y hay que concluir. Y concluiremos aunque debiera costarme la vida. Juro por el cielo que esta vez no se me escapa.

—¿Qué pretendes hacer?—preguntó en tono perplejo la directora, que por el mal éxito de los planes anteriores, era demasiado pesimista.

—Lo sabrás á su tiempo... Estoy segura del resultado. Por ahora déjame hacer. Ya sabes que no tengo secretos para ti y

que te los confío todos. Estamos unidas en la misma empresa y debemos caer ó vencer juntas... Pero no, no caeremos, yo te lo prometo... Ya verás ahora, voy á hacer ver la luna en el pozo á esa alemana estúpida, que caerá en la red como un tordo.

—¡Pobre mujer! Quiere hacer de águila y no vale más que un mochuelo.

—Luego haremos entrar en el complot á nuestro pobre diablo del telégrafo... Cuando quiero utilizar sus servicios, le recuerdo sus antecedentes y así lo sugestiono. En el asunto del *curare* (maldito asunto) tuve que amenazarle con descubrir sus anteriores fechorías. Conque, ayúdame á atemorizarlo de nuevo dándole á entender que estoy resuelta á hacerle pagar sus deudas hasta el último céntimo. Tú verás cómo se torna dócil como un falderillo.

—Déjame hacer á mí que le cantaré la canción sin olvidar nada.

—Bien. Pues en tal caso hará lo que nosotras queramos. Entretanto voy á ver á la alemana para hacerle creer que vuelan los asnos. Conque, por ahora adiós.

Y se fué...

¡Pobre Schwitzer! Cuando la *comadrona*, anunciada por la portera, puso el pie en su gabinete, la encontró en un estado tal que daba lástima.

Momentos antes había provocado un verdadero escándalo con la portera porque le faltaba un documento muy importante que había dejado en su cuarto la noche anterior.

Mientras aguardaba en la antecámara la comadrona le había oído gritar y jurar en italiano, en alemán, en francés, en inglés y golpear con el puño sobre la mesa. Cuando salió la portera, roja de indignación, la oyó murmurar:

—Está loca de remate. Si no sabe dónde pone las cosas, ¿qué culpa tengo yo?

La comadrona fué á su encuentro sonriendo y le alargó su tarjeta, añadiendo que le anunciase pronto á la Presidenta. A una mirada expresiva de la portera, acompañada del gesto no menos expresivo de llevarse el índice á la boca, la comadrona hizo otro de asentimiento inclinando la cabeza y haciéndose con el pulgar una cruz sobre los labios. Fué recibida en seguida, no ya fríamente como la primera vez, sino con insólita premura de la Presidenta, que trató, lo mejor que pudo, de dominar su cólera, viniendo á su encuentro, estrechándole la mano, y haciéndola sentarse al lado suyo.

Por las voces siniestras que corrían acerca de los asuntos de la *Liga*, y por la escena entre la Presidenta y la portera, la comadrona había deducido, con certeza, que tales asuntos iban de mal en peor y que la pobre Schwitzer no encontraba el medio de evitar la ruina que le amenazaba.

Después de mirar á la señora Schwitzer con ojos escrutadores, vió claramente en su rostro la desesperación que trataba de ocultar. Desde la última vez que la había visto parecía que había envejecido en una docena de años.

Otra hubiese sentido compasión; pero la comadrona experimentó una verdadera alegría. «Ahora te tengo en mi poder», se dijo para sí y adoptando el tono que correspondía, es decir, un tono serio y respetuoso, empezó á hablar:

—Perdone usted, señora, si vengo nuevamente á robarle el tiempo... Pero, ¿qué remedio? La caída del Ministerio por la ley sobre el divorcio, el advenimiento de un Gobierno retrógado, el triunfo de la *Alianza*, con la rehabilitación de la Piumetti, han mudado en absoluto el aspecto de las cosas. El feminismo está en desgracia, la *Liga* en crisis, la obra maravillosa de organización, emprendida por usted en toda Italia, corre peligro de deshacerse.

Al llegar aquí, la Presidenta se agitó nerviosamente é inclinó la cabeza sin decir nada. La comadrona prosiguió:

—Y ambas andamos en boca de todos como dos personas fracasadas. Usted, señora, como antagonista de la condesa Storni; yo como adversaria de la Piumetti.

Un nuevo guiño nervioso de la señora Schwitzer mostró á la comadrona que no había errado la puntería. Por lo tanto continuó:

—Es imposible que nosotras dos no nos unamos para defendernos contra los enemigos comunes y para salvar la gran obra del feminismo de la prepotencia clerical, á la que por influencia atávica sigue ligada la mujer italiana... hasta el fanatismo.

La Schwitzer, que otra vez había aceptado con buen ánimo los consejos de la comadrona, porque le parecían diestros y sagaces, al ver ahora que la proponía una liga defensiva con una persona de fama ambigua, pensó en darle á entender, que aunque privadamente aceptaba sus opiniones, públicamente no quería mostrarse aliada suya... Por eso dijo:

—Á decir verdad, nuestra *Liga* es completamente autónoma, y por el carácter general de su organización, que tiende á reunir en un sólo ejército á las mujeres italianas, no admite ninguna solidaridad ó alianza con empresas ó iniciativas afines. Por lo tanto un acuerdo ó pacto formal entre mi persona, como presidenta de la *Liga*, y usted, ó cualquier otra... me parece que..

—Lo sé; lo sé, interrumpió la comadrona que comprendía el juego; este carácter de autonomía ó de independencia de la *Liga* es el que más me agrada. Así se mantiene intacto el programa, entera la propia libertad de acción; no se confía más que en las propias fuerzas y se evitan alianzas equívocas y mezcolanzas híbridas, las cuales no hacen más que perjudicar al éxito final del verdadero feminismo.

—Así es. Lo he dicho siempre á ciertas señoras, feministas tibias, que deseaban aliarse con nosotras para que templásemos nuestro programa: *O todo ó nada*.

—Y yo, señora, lo confieso cándidamente, que sin esta fuerza é intransigencia de principios con que la *Liga* ha mantenido enarbolada su bandera, nunca la habría ayudado.

—Sí, me acuerdo bien de su primera visita en que me señaló el buen camino.

—Que después fué interceptado por manejos tenebrosos de los clericales.

—¿Y qué hacer ahora?

—Lo que se ha hecho hasta aquí, pero por otra vía más recta, más segura y casi inteligible.

—¿No hay peligro en ello?

—Ninguno. Si es la cosa más fácil del mundo. Ante todo debo advertir á la señora, que he venido aquí hoy como otras veces, únicamente para exponer á usted amigablemente un pensamiento mío, parecer ó consejo, como le quiera llamar; pero no pretendo nada, ni trato de formular condiciones; por eso puede hacer de mi modesto parecer el uso que crea conveniente, ó no hacer uso de él. Dicho esto, yo le pregunto á usted si hay medio mejor de combatir á la *Alianza* que deshonrarla, infamarla en la opinión pública.

—¡Ese sería el mejor medio!

—¿Y si la infamia fuese originada por alguna mala acción ó delito de las personas que tienen en su mano la dirección de dicha Sociedad?

—Entonces la mancha de la cabeza se extiende á los miembros, y toda la obra resulta deshonrada.

—De la cabeza viene la tiña, decimos vulgarmente los italianos... Pues bien—al llegar aquí hizo una pausa y luego replicó con solemnidad—yo puedo probar con hechos que Ida Piumetti, secretaria general de la *Alianza* es una delincuente.

—¿Probar? ¿Qué delito ha cometido?

—Expender moneda y billetes falsos.

—¿Es posible?

—He venido aquí para ofrecer á usted la ocasión más segura de cogerla infraganti.

—¿No me engaña usted?

—Vengamos á cuentas. Sabrá también usted, señora, que después del terrible choque ferroviario que costó la vida á algunos oficiales de correos, la Piumetti está habilitada para el servicio de valores y en la actualidad se encuentra en la oficina de pagos. Ahora pongamos el caso de que la señora se haga expedir, por valores telegráficos mil liras. Va á las oficinas centrales, acompañada de dos testigos, para recoger la suma. Encuentra en el ventanillo de los pagos á la Piumetti que le entrega las 1.000 liras en uno ó más billetes falsos. Apenas los tiene en su poder dice: «¡estos billetes son falsos!» y los muestra al empleado que está en el ventanillo inmediato, el de la derecha. Este acepta la denuncia; los dos testigos la confirman; la Piumetti va á la Cárcel; la *Alianza* queda infamada; la *Liga* triunfa. ¿Dígame usted ahora si hay empresa más fácil que esta? ¿No es un golpe de maestro?

—¡Ah, sí!... ¿Pero, y si los billetes fuesen buenos

—En tal caso dirá usted que se ha equivocado, y nada más. Pero yo sé que eso no sucederá, porque conozco á la persona... Si á usted le parece bien lo que le propongo, hágalo; si no, nada hay perdido.

—Yo no tengo dificultad alguna en hacer la prueba. Basta para ello con que telegrafie á un agente mío para que me expida por telégrafo la suma indicada. Si verdaderamente se descubre el fraude, no sólo se haría una buena acción, sino que el efecto para la *Liga* resultaría maravilloso. No obstante, me parece muy extraño que la Piumetti pueda dar billetes falsos, sin que los demás lo adviertan.

—Perdone usted, señora; pero eso no viene al caso. Sería largo de explicar todo lo que sé sobre los manejos secretos de la *Alianza* con los monederos falsos. De tal modo estoy in-

formada de todo que la primera fuerza de esta maldita Asociación proviene de la inteligencia con los falsificadores.

—Pues si yo supiera semejante cosa, ya habría denunciado á la autoridad toda la banda. ¿Por qué no lo ha hecho usted?

—¡Esta sí que es buena! ¿Cree usted, señora, que ciertas cosas pueden probarse en los Tribunales? Además, con denunciarlas, evitaríamos que fuesen descubiertas pronto ó tarde, que es lo que yo deseo.

—Pues bien,—dijo la Schwitzer después de meditar unos momentos— acepto su consejo y estoy dispuesta á seguirlo en el acto.

—En el acto, no; pues lo echaríamos á perder. Es necesario esperar con el arma al brazo. Hay que aguardar el momento decisivo. Entretanto escriba usted á su agente para comunicarle una seña y encargándole que, una vez recibida ésta, le expida la cantidad de 1.000 liras.

—¡Muy bien! ¡*Veri well!* Esperaré su aviso. Y ahora reciba usted las gracias más cordiales por el servicio que presta á la *Liga* y al feminismo.

—Yo creo que la vida no vale nada si no se emplea en ayudar á los buenos y perseguir á los malos. Para la *Alianza* este será el golpe mortal; en cambio para la *Liga* el principio del triunfo.

Convencida en absoluto por la persuasiva comadrona, la Schwitzer quedó aguardando sus últimas instrucciones y aquélla se retiró para envolver en sus redes al otro auxiliar.

En el acto de subir al tranvía, advirtió que había puesto en el estribo el pie izquierdo. De pronto, lo retiró horrorizada y levantó el derecho, murmurando para sus adentros mientras subía:

—También esta vez! ¡Parece imposible! ¡Esa maldita bruja tiene al diablo de su parte!

Y puso la mano en sus escapularios, recomendándose á sus santos predilectos.



XXXV

O beber ó ahogarse.

COMO la nueva conjura, urdida por la comadrona contra Ida pudiera parecer extraña é inverosímil á alguno de nuestros lectores, queremos declarar algunas circunstancias que los conocedores de la vida moderna habrán adivinado ya.

A medida que el mundo envejece, tanto más se va afinando la malicia humana; y ciertos excesos de depravación y de felonía, que antiguamente parecían no sólo inverosímiles, sino hasta imposibles, resultan en la actualidad los hechos más ó menos ordinarios de la crónica cotidiana.

Con el propósito de que su infame industria fuese más atractiva y más lucrativa, la comadrona tenía en casa una habitación bien provista de bebidas espirituosas y un garito clandestino; ejercía la usura con las artes más astutas; traficaba con los objetos robados y tenía también relaciones con ciertos monederos falsos.

Poseía una finura de entendimiento verdaderamente diabólica para apoderarse de su víctima: envolverla en sus redes.

Con las enormes ganancias que le producía su tráfico criminal, podía gastar grandes sumas para realizar sus proyectos.

Su presa favorita la constituían los jóvenes que, por su propia inexperiencia, se dejaban explotar cándidamente y con mayor provecho.

Uno de éstos era, como ya dijimos repetidas veces, el más joven de los compañeros de Ida, llamado Renato Fiocchetti.

Hacia ya tiempo que este joven estaba ligado á la comadrona por débitos de bebida suministrada á crédito, y de algunas cantidades dadas á préstamo; cuando la liberación de la Maglioni, la astuta mujer pensó en seguida en Renato para hacer de él un instrumento de sus planes, porque además de la inexperiencia de éste, se encontraba en la misma oficina que Ida, es decir, tenía á la víctima entre sus manos.

Aumentó, pues, la astuta mujer sus préstamos á Renato, sin otra garantía que la de escribir de vez en cuando una declaración de débitos por el dinero recibido. Cuando le tuvo á su disposición empezó á cambiar de actitud y se mostró exigente é imperiosa, amenazándole con hacerle perder el empleo y deshonrarle.

El joven al principio trató de romper las cadenas que le amarraban á la infame mujer, pero le fué imposible alcanzarlo. Esta le tenía sujeto como un esclavo, y al menor síntoma de independencia que notaba en él, le amenazaba con obedecer ó pagarle.

De este modo le había obligado á escamotear el pase con la fotografía de Ida; á disfrazarse, como ya hemos visto, para proponer á la joven el filtro que el portador consideraba inofensivo pero que era un veneno terrible...

Ahora volvía á pensar en él para una nueva infamia. Después de haber madurado el plan y celebrado las últimas conferencias con la señora Schwitzer y con Olga Fioroni y la directora de la casa que debían servir de testigos, la vispera del día destinado para la realización del diabólico designio, llamó al pobre Fiocchetti, se encerró con él en su estancia, sacó del cajón de la mesa un revólver pequeñito, miró al joven con ojos terribles y le dijo tranquilamente:

— ¡Nadie nos oye!

Aterrado con tantas precauciones, el joven balbuceó palideciendo:

—¿De qué se trata?

—Pues de salvarme ó matarme... Si usted prefiere esto último aquí está el arma.

—¡Me cree usted capaz!...

—Entonces debe salvarme.

—¡Si está en mis manos!...

—Sin duda.

—Pues dígame de qué se trata.

—Después de la victoria de nuestros enemigos y del triunfo de la Piumetti, mis asuntos van de mal en peor. El círculo de hierro en que me estrechan mis perseguidores se va cerrando y la ruina es segura y con ella la deshonra. A una cosa ú otra prefiero la muerte. Pero antes quiero liquidar mis cuentas con todo el mundo, incluso con usted. Estamos ligados á la misma suerte. ¡O vencer ó caer juntos!

—Pero, ¿de qué se trata? ¡Vamos! No se deje vencer por tan siniestros pensamientos... Yo haré lo que pueda en su favor.

—Lo que hoy le pido es una bagatela! Y si no lo hace, me va en ello, como ya le he dicho, mi vida, el honor y el porvenir suyo.

Alzó los ojos el joven y miró á su interlocutora como pidiéndole la explicación de aquel enigma.

La comadrona añadió:

—No se trata más que de sustraer una hoja de papel. Es cosa fácil. ¿No están usted y la Piumetti encargados de la sección del servicio de valores telegráficos en la Central?

—Sí; pero interinamente, esto es, mientras el Gobierno no haya sustituido á los oficiales muertos ó gravemente heridos en el último siniestro de ferrocarriles.

—No importa. ¿Quién recibe ahora los valores?

—Yo.

—¿Y quién los paga?

—Mi colega.

—Y si mañana viene alguno á cobrar una letra de mil francos, ¿con qué billetes se paga?

—Con un solo billete de 1.000 francos, porque los demás se emplean para sumas menores.

Está bien, murmuró la comadrona, y abrió una caja delante de Fiocchetti, diciéndole con tono imperioso:

—Aquí tiene usted un billete de 1.000 francos. Mañana á la tarde irá á su oficina la señora Schwitzer, acompañada de su secretaria y de nuestra directora, para retirar un valor telegráfico de mil liras. Cuando la Piumetti haya entregado á la señora Schwitzer el billete de banco, ésta dirá:—¡Me parece falso!—Y vendrá hacia usted diciéndole:—Mírelo usted bien, es falso... Probablemente no habrá entonces en la oficina otras personas. En un abrir y cerrar de ojos reemplazará usted aquel billete con éste y lo devolverá á la directora diciendo:—«También á mí me parece falso.» Y asunto terminado. Mientras las tres personas de la comitiva estarán discutiendo con la Piumetti sobre el fraude, usted tendrá tiempo para ocultar el billete bueno. Y sepa usted que yo no quiero que me toque un céntimo; 500 liras serán para la directora, y otras tantas para usted, en premio de su trabajo... Por lo demás, no tenga usted escrúpulos, pues ha de saber que mi directora es una prestidigitadora notable y ha de desempeñar por sí misma la parte más arriesgada. Para las últimas instrucciones entiéndase usted con ella... Conque, pronto; manos á la obra. Al enemigo hay que tratarle como enemigo.

Con tal ardor había hablado la comadrona al revelar á su alumno el diabólico designio; el aspecto, la voz, el gesto, la mirada de la bruja mientras hablaba, eran tan persuasivos; la necesidad con su imperio inexorable había influido de tal modo en el ánimo de aquel infeliz, que no osando ni siquiera interrumpir á su interlocutora mientras desenvolvía todos los repliegues de su

trama infernal, aún después de haber concluido de hacerlo, permanecía delante ella, mudo, inmóvil, atónito, sin poder encontrar una respuesta cualquiera para aceptar ó protestar contra las proposiciones que acababa de oír.

La astuta mujer estaba erguida en su presencia, mirándole siniestramente, como si quisiera fulminarle con los ojos, con ceño imperioso para vencer cualquier tentativa de resistencia.

Así transcurrieron algunos momentos de silencio, sin que el joven hiciese ademán alguno de querer hablar ni ella dejaba de mirarle fijamente con sus ojos escrutadores.

Por último el primero, para poner término á aquella situación embarazosa, dijo bajando los ojos al suelo y tartamudeando las palabras:

—Es verdad... que nunca hubiese creído que se atreviese á tanto... De todos modos... Mañana... Mañana, no.

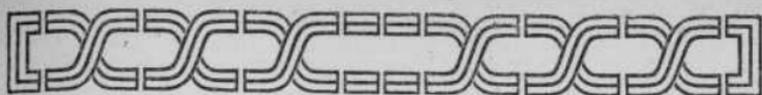
—Mañana sí—gritó con rabia la comadrona, poniéndose aún más erguida y amenazadora que al principio. —El asunto no puede aplazarse... Ya he dicho que antes de dejar que mis enemigos me venzan, estoy dispuesta á todo.— Y al hablar así cogió el revólver que había puesto sobre la mesa. —Conque: ó beber juntos ó ahogarnos juntos.

Y al decir esto miró á su víctima de alto á abajo, y, cambiando de acento, le dijo con tono de broma:

—Ande usted sin perder un minuto á ver á la directora, que le aguarda. Ella acabará de convencerle.

Y sin más preámbulos le puso en el bolsillo interior de la levita el famoso billete. Le abrochó los botones, lo condujo hasta la puerta y abriéndola llamó á la directora, que acudió en el acto á buscar al joven.

La directora, que conocía perfectamente la debilidad del pobre Fiocchetti, supo trastornarle de tal modo, que el desgraciado le juró muchas veces su decisión de secundar en todo sus planes, sin ningún género de vacilaciones.



XXXVI

Venganza frustrada.

LA alegría experimentada por Ida, á causa de la victoria obtenida contra sus enemigos al ser reintegrada por el nuevo Ministro en todos sus derechos, bien pronto fué turbada por un sentimiento de amarga tristeza.

¡Le precisaba volver á la oficina y exponerse de nuevo á los enojos y á las penas de antes!

El lobo muda de pelo, pero no de vicio; sus colegas volvieron á las andadas, y en su propia rehabilitación encontraban nuevos estímulos para atormentarla.

La joven iba á hallarse otra vez en compañía de aquel Fiocchetti, acerca de cuya conducta luchaba entre sí misma, para no admitir como prejuicios definitivos las gravísimas sospechas que contra él tenía y hacia quien experimentaba además una repugnancia invencible.

Y al odio implacable de sus enemigos, agravado por la derrota, venía á añadirse el rencor de la comadrona, que había jurado vengarse terriblemente.

¡Qué feliz se habría considerado Ida si hubiese podido dar el último adiós á su profesión de telegrafista, dedicándose únicamente á la *Alianza*, y, con su segunda madre, la condesa Stor-

ni, consagrarse á ella en absoluto para desarrollarla por todas partes y hacer una planta gigantesca, entre cuyas ramas todas las mujeres italianas, engañadas por la brutalidad y perfidia masculinas, pudiesen encontrar así la defensa y el reposo!

Pero precisamente por esto tenía que volver á Telégrafos.

No podía, en verdad, acreditarse la *Alianza* en la opinión pública del país, y hacerse respetar de sus enemigos, más que mostrándose franca, resuelta, activa, batalladora, para defender y reivindicar, sobre el terreno de la igualdad, los derechos de las mujeres en general y en particular los de sus asociadas, y especialmente en combatir por el buen nombre y por el honor de estas últimas, contra la superchería de los adversarios.

Por eso Ida se había defendido por todos los medios que le concedían las leyes contra la injusticia del Gobierno, cuando fué trasladada á Cerdeña; y ahora que había obtenido justicia veía claro el deber de *retornar*, como ella decía, *á su purgatorio*, hasta que pudiera retirarse del servicio con honor.

Sin embargo, la certeza de haber adoptado un noble deber, no le quitaba la angustia invencible, la tristeza que sentía al volver al trabajo, y al presentir las tramas y las insidias que habían de prepararle sus enemigos.

El mejor ánimo se lo infundía la Condesa, cuyo juicio le bastaba para afrontar todas las luchas, por peligrosas que fuesen, y para mantenerse tranquila entre las tempestades de la vida.

—Estamos en el baile, amiga mía—le decía bromeando en cierta ocasión la Condesa—y hay que bailar. Hemos vencido la conjura de nuestros enemigos y ahora no debemos mostrarnos pusilánimes en defender el fruto de la victoria. Va en ello tu buen nombre y el de la *Alianza*. Si después que hemos luchado para rehabilitarte, cedieses ahora, serías como el guerrero, que, habiendo derribado á su enemigo en el primer encuentro se arroja á sus pies y le pidiera perdón. Conque, ten ánimo, que la gente de la *Liga* no tardará en emprender la retirada.

—Si no tuviese que luchar más que con esas gentes dormiría tranquila, pero las otras...

—Ten un poco de paciencia, que el sacrificio ya no debe durar mucho. No está lejano el día en que te consagrarás exclusivamente al servicio de la *Alianza*, como secretaria general, no sólo de nombre, como hasta ahora, sino de hecho.

.....

Al volver á las oficinas de Telégrafos, después de tres meses de ausencia, Ida no pudo menos de experimentar una gran emoción. Pero hizo un esfuerzo supremo para ocultar lo que sentía.

Fué acogida por sus jefes con cortesía casi afectuosa; por los colegas con tranquilidad estudiada. En cambio Fiocchetti palideció al verla y sonrió tan siniestramente que la joven se estremeció.

Ida esperaba que después de las ceremonias de presentación recomenzarían las persecuciones, armándose de todo su valor para rechazarlas; pero con gran sorpresa observó que habían mudado de registro.

Todos sus colegas la trataban con reserva, que á los extraños podría parecer respeto; pero ella veía bajo esta actitud, una frialdad estudiada y hostil, no menos penosa y más malévola que la enemistad de antes. Fiocchetti la hablaba siempre con monosílabos.

El comportamiento de sus colegas oprimía el corazón á la pobre Ida, afligiéndola con tristes presentimientos. En aquel mismo lugar donde tanto había ya sufrido, ahora le parecía que respiraba el aire sofocante que precede á la tempestad.

Así pasó la primera semana cuando le dieron de improviso la orden de asumir con Fiocchetti el servicio postal en la sección de valores declarados, para sustituir á dos oficiales, muerto el uno y el otro gravemente herido en el choque ya citado.

El lector puede imaginarse la consternación de la pobre joven ante aquella orden.

Sintiéndose vacilar corrió á pedir consejo á la Condesa, que la dejó desahogarse y luego le dijo:

—¿Qué remedio? Las desgracias nunca vienen solas. Una tira de la otra como las cerezas. Ya es un mal que tengas en custodia dinero del Estado y aún es peor que te hayan dado como compañero á un hombre de tan malos antecedentes. Pero no desmayes ni pierdas las esperanzas, pues tras el mal tiempo viene el bueno. Entretanto procura estar alerta... Abre los ojos y no te dejes engañar.

Ya hemos dicho que Ida era de ánimo viril, á quien las vicisitudes y las luchas habían adiestrado en el dominio de sí misma, sabiendo mantenerse tranquila entre las pruebas más imprevistas y más duras. Afinado su carácter con la experiencia, procedía siempre cautamente en todos los asuntos y tenía la suficiente perspicacia para burlar á sus enemigos.

Y mucho más ahora que le parecía ver á sus enemigos urdiendo alguna trama contra ella, redoblaba las medidas de precaución para defenderse en todo momento y en toda ocasión.

Entró, por tanto, en el desempeño de sus nuevas tareas tranquila y resuelta á observarlo todo y atreverse á todo para no ser burlada.

Franca, pronta y cortés con todos, con su compañero de oficina se mostraba más fría y más reservada que antes. No le hablaba más que de cosas de la profesión. Quería darle á entender con ello que no tenía confianza en él aunque tampoco le revelase resentimiento alguno. Siempre ocupada en sus asuntos, parecía que no prestaba atención á lo que él hacía, pero en realidad no perdía ni el menor de sus movimientos.

Y cuanto más lo estudiaba más sentía crecer hacia él la desconfianza y la repulsión.

Un día le pareció su continente tan extraño que le dió miedo. Semejaba tan absorto en algún pensamiento atroz y siniestro,

que ni siquiera se atrevía á cruzar la mirada con él; pero siempre que lo hacia veíale ponerse de mil colores.

Ida había comprendido que su compañero tramaba alguna perfidia y que era preciso no perderle de vista para no caer en el lazo. Desde este instante redobló sus precauciones.

Todo fué bien hasta la tarde.

Faltaban ya pocos minutos para cerrar la caja y no habiendo público en la ventanilla, Ida se preparaba á sumar sus cuentas, cuando vió aparecer á la señora Schwitzer con un talón en la mano, acompañada de otras dos personas, que ella no podía conocer porque estabau de espaldas.

Pronta y desenvuelta, sin dar señal alguna de conocer á la Schwitzer, la joven tomó el talón, lo examinó un momento, fué á la caja, sacó un billete nuevo de mil liras y se lo entregó á la reclamante.

Rápida como el relámpago, se desarrolló la famosa escena según estaba concertada.

La Schwitzer, mirando el billete, murmuró: ¡me parece falso! Otras dos voces confirmaron su aserto; y una de ellas dice:

—Véalo usted, caballero, dirigiéndose á Fiocchetti.

Rápida como un relámpago Ida reconoce á la Fioroni; mientras la otra con el billete en la mano se acercaba al ventanillo de Fiocchetti. Entonces adivinó toda la trama y de un salto se aproxima al ventanillo de su compañero y mientras éste alargaba la mano para coger el billete, ella se lanza entre los dos, lo coge casi al vuelo, arrancándolo con tal fuerza que quedó un pedazo en manos de sus enemigas.

Todos permanecieron mudos y aterrados mirándose uno á otro.

En cambio Ida, tranquila é impávida, como una roca en medio de la tempestad, vuelve á la caja, saca de ella otro billete, se asoma por el ventanillo y dice con voz firme é imperiosa...

—¡Hagan ustedes el favor de darme ese pedazo!

Lo recibe de la Schwitzer, y le dice mostrándole el otro billete:

—Vea usted si este es bueno.

La aturdida alemana, confusa y atónita por aquella escena, toma el billete, lo mira perpleja, mientras sus compañeras, extraordinariamente turbadas, permanecen mudas como estatuas.

La joven, segura ya de su situación, les cerró el ventanillo en su cara, y después dijo á Fiocchetti tranquilamente:

—Ya es hora de irnos; mañana hablaremos más á solas; y en silencio sin mirarlo ni decirle nada más echó las dos llaves á la caja y salió sin gran prisa, ordenando al portero que apagase las luces y cerrase la puerta.

Al verse á solas en la calle, lanzó un suspiro de satisfacción, dió gracias á su ángel bueno y se apresuró á marchar á casa de la Condesa para darle cuenta de lo sucedido.

Cuando se vió en su presencia no pudo contener más las emociones violentas que la agitaban y entre lágrimas y sollozos prolongados, refirió á su protectora la trágica aventura con todos sus pormenores.

Cuando hubo concluído su relato, la Condesa la besó en la frente diciéndole:

—¡Esta sí que es solemne! Vales más que un Perú... Querían vengarse de ti y han sido ellos los chasqueados.



XXXVII

El gran ejército.

COMO había hecho antes de fundar la *Alianza feminista* como sustitución local de protección y de asistencia; así hizo la Condesa Storní apresurarse á dar carácter definitivo á esta Sociedad, como institución nacional de organización de las mujeres italianas.

Ante las primeras dificultades que se presentaron acerca de los caracteres generales de la gran empresa, la fundadora, como hemos visto, recurrió al consejo de su antiguo preceptor, cuya perspicacia en las cuestiones de la vida pública le inspiraba una fe absoluta.

Discutidas y aprobadas las mejores resoluciones, se sintió la Condesa animada y llena de esperanzas de llevar su obra á término feliz. Parecíale que había encontrado el verdadero camino para llegar á ello, sin tropezar con los escollos que tantas veces habían impedido en el pasado la labor de los católicos en la vida pública, haciendo inútiles todos los esfuerzos para recoger y ordenar en un organismo nacional aquella gran mayoría del pueblo italiano, perteneciente á las distintas clases sociales, que profesa y practica el catolicismo en la vida privada.

Sentíase la Condesa tan disgustada de la contradicción de

que las nueve décimas partes de los italianos observan la religión en familia y la disimulan en público ó se avergüenzan de practicarla, que habría de buena voluntad sacrificado cualquier cosa para reunir una cruzada de todas las mujeres italianas, para reprochar á los hombres con el propio ejemplo su falta de valor. Pero aún le asaltaba mayor tristeza al reflexionar que todas las tentativas de los católicos italianos, para promover una acción común en defensa de la religión, para provocar un gran levantamiento del pueblo contra la prepotencia brutal, la calumnia, los ultrajes y las violencias de los partidos anticlericales, para reunir en un ejército nacional á cuantos quieren ver respetada la fe de los propios padres, habían resultado siempre fallidos.

Hubiese, pues, preferido cien veces abandonar el movimiento feminista de organización nacional, tan felizmente determinado por la agitación contra el divorcio, antes de dejarlo que se redujese á una verdadera institución general, corriendo el peligro de llegar á nuevas desilusiones. Le parecía que había dado con el primer motivo de decaimiento de ánimo de sus compatriotas, y se propuso estudiar los medios más oportunos para triunfar en su empresa.

Retiróse al campo, y en él permaneció algunos meses, en absoluta soledad, estudiando y confrontando entre sí las varias formas de la organización feminista de todos los países civilizados; hojeó opúsculos, periódicos, relaciones de ingresos; recogió datos estadísticos, notas hechas, hasta que se sintió provista de todos los conocimientos prácticos y teóricos necesarios para determinar clara y seguramente en todas sus partes la nueva organización nacional, dotándola de tal fuerza expansiva, que en breve tiempo pudiese difundirse por todo el país y vencer todos los obstáculos que seguramente habría de encontrar en su camino.

Ante todo puso como canon fundamental de la nueva institu-

ción no darle un reglamento particularizado, sino un ligero bosquejo de él, que formase como la armazón del edificio, dejando después á la institución misma el cuidado de perfeccionar la obra; es decir, de especificarse, constituirse y desenvolverse felizmente por sí, bajo la prueba del tiempo y de la experiencia, con una ordenación definitiva, sabiamente combinada por las personas que ejercen la dirección.

Pensaba que cuanto más vasta y más complicada es una obra, tanto más simple y elástico debe ser su nacimiento y su primer desarrollo; que para constituir una multitud en cuerpo colectivo homogéneo, no basta con darle un reglamento escrito sino que conviene antes constituirla y asociarla además con un vínculo aceptable de solidaridad común, y luego aguardar que la organización se desarrolle y se perfeccione por sí, conforme á las condiciones reales de su vida y de su actividad. Y discurría de este modo:

—Los hechos son antes que los artículos. Cien hechos realizados, rectificados después por otros tantos artículos constituyen una obra perfecta, regulada y unos Estatutos inmutables, mientras cien artículos escritos, sin el contraste de la experiencia, pueden resultar letra muerta.

Por lo cual fijado el criterio general de la gran empresa, y establecidos en la mente de la Condesa los puntos cardinales de la nueva organización, retuvo para sí todos los pormenores de la estructura, que había de tener con el tiempo su obra, reservándose hacerlos aceptar después por sus asociadas, prometiéndose que tan pronto como fuese anunciada al público la nueva organización feminista habría de ser acogida en toda Italia con verdadero entusiasmo, reuniendo en la obra común á la mayor parte de las mujeres.

Á este propósito solía decir que las grandes obras sociales no se incuban como el huevo para hacer salir el pollo, sino que nacen ya maduras y gigantes, y que una organización cristiana

de carácter nacional, si al nacer no se presenta al público como una gran fuerza colectiva, se condena á la esterilidad para siempre.

Redujo, por tanto, el fruto de sus estudios y de sus largas meditaciones á dos criterios ó máximas fundamentales: determinar las líneas inmutables del nuevo organismo y atraer desde el principio gran masa de gente. Aquello se refería á la naturaleza de la obra, esto á su criterio feliz.

En cuanto á lo primero, debíase ante todo procurar distinguir la diferencia y la relación que había tenido su primera fundación; esto es, la *Alianza femenina*, como constitución local, con la nueva *Alianza femenina* de carácter esencialmente general ó nacional. Persuadida de que á las Asociaciones de índole local conviene dejarles la mayor autonomía y libertad de acción, estableció que todas las *Alianzas femeninas* ya fundadas ó próximas á fundarse en las varias ciudades ó países de Italia, según el primer tipo ideado por ella, fuesen de hecho independientes de la *Alianza nacional*, y que ésta no tuviese con respecto á aquéllas otra ingerencia que la de promover su fundación donde no existiesen, y la de confederarlas juntas, para aprovechar las ventajas de la mutua correspondencia y solidaridad.

El propio criterio fué aplicado á las relaciones de la *Alianza nacional*, con todas las otras asociaciones católicas femeninas de carácter particular; promoverlas, ayudarlas, confederarlas, respetando siempre su plan, independencia y libertad de acción, según los varios fines que se propusieron.

En cambio, el objeto general de la nueva institución, debía ser el de dominar y dirigir todo el moderno movimiento social, respecto á la actividad de la mujer, y con ello fundir en un gran organismo social á todas las mujeres italianas, para hacerlas participar de las inmensas ventajas de colectividad sabiamente organizada. De este modo la *Alianza* entraba valientemente en

el campo de la vida pública como instituto nacional, representante legítimo de los intereses femeninos generales, y autorizada por lo mismo para ejercitar su acción en las cuestiones más vitales del pueblo italiano.

Conforme á tal propósito general, la *Alianza* abrazaba tres grupos principales, cada uno de ellos con un fin propio de rehabilitación de la mujer; la *cultura* ó propaganda, la *asistencia* ó beneficencia, la *defensa* ó reivindicación organizada de los derechos femeninos.

El primero debía ser un centro de estudio, de discusión, de instrucción teórica y práctica, en todas las cuestiones que afectan á las condiciones modernas, los derechos, los deberes de la mujer para defender por todos los medios posibles la rehabilitación moral y material, privada y pública, doméstica y social de la clase.

El segundo tendía á favorecer, sostener, disciplinar y acrecer de todos modos las obras de caridad, que las mujeres están llamadas á ejercer con todo género de personas: pobres, enfermos, niños huérfanos ó abandonados, promoviendo la fundación de nuevas obras y la transformación de las ya existentes, conforme á las necesidades de los lugares y de los tiempos, y con una racional división del trabajo.

Por último, el tercero consistiría en crear leyes y corporaciones para las varias categorías de mujeres, núbiles ó casadas, que dedican su vida con el propio trabajo en las artes liberales ó manuales, y también para desarrollar la moralidad en cuanto al descanso festivo, á la instrucción religiosa, contra las insidias de la moderna impiedad: consagradas á los intereses materiales y profesionales, en cuanto al justo salario y á la formación é instrucción técnica, con los oportunos medios didácticos en los varios ramos de la industria femenina, privada y pública.

Cada uno de estos tres grupos debía estar dirigido por una junta permanente, dependiendo de la Dirección general, que de-

bía estar formada precisamente por las tres Juntas reunidas y reforzadas por la autoridad suprema de la presidenta general, de la vicepresidenta y de una secretaria general.

Fijados de este modo los rasgos salientes de la nueva organización, decidió la Condesa conservarle el antiguo título de *Alianza femenina*, añadiéndole el epíteto *nacional ó italiana*, para distinguirla de *Alianza local*, excluyendo, no ya el carácter interno, sino la denominación externa de católica.

Decidió también que todos los cargos fuesen electivos y que cada grupo obrase con independencia, limitando la autoridad de la Presidencia general á las facultades necesarias para mantener la unidad de todo el organismo, y mandar sus instrucciones según las circunstancias.

Con tal objeto, reservó á la Presidencia la inspección en toda la obra, con frecuentes visitas de delegadas y la continua correspondencia entre los varios Centros locales con la cabeza ó Centro supremo.

Cuando todo lo hubo madurado no pensó más que en llevar su grandioso proyecto á la práctica, conforme á su máxima fundamental, esto es, de reunir mucha gente desde el primer momento. Hizo, pues, visitas por toda la ciudad, y convocado el Consejo directivo en la *Alianza local*, expuso sus puntos de vista á aquellas excelentes señoras.

Por voto unánime fué aprobada toda la obra en sus rasgos principales, así como también el modo propuesto por la Condesa para llevarla á efecto.

Respecto al primer argumento, conviene recordar que cuando la agitación promovida por la *Alianza* contra el divorcio, llegó, sin pretenderlo, á constituirse en Centro directivo del movimiento nacional en toda Italia, la Condesa había ya estimado de dar forma al nuevo estado de cosas con un diseño de organización general.

El segundo punto parecía tan atrevido, grandioso y eficaz,

que fué acogido con verdadero entusiasmo. Millones de hojas sueltas debían inundar al mismo tiempo toda Italia, y además un folleto en forma de opúsculo, de la naturaleza, medios y ventajas propias de la nueva organización; por último, debía también repartir un *Catecismo social de la mujer italiana*, conteniendo los principios y criterio de la *Alianza* sobre todas las cuestiones del moderno feminismo, incluyendo la del voto administrativo y político, ó de la participación de la mujer en la vida pública.

Tal difusión gratuita, verdaderamente maravillosa, se realiza por un medio tan simple como eficaz, esto es, por una empresa nacional de publicidad, espléndidamente retribuida.

Y como si todo esto no bastase, la Presidencia enviaría al propio tiempo un buen número de viajantes, encargados de propagar la idea y de buscar agentes para la correspondencia y consolidación de la obra.

—No os espante la empresa—dijo la Condesa cuando acabó de exponer al Consejo su pensamiento.—La Providencia me ha dado los medios para poderla sostener por mí misma, aun cuando debiera gastarme en ella toda mi fortuna.

—Es una obra maestra—murmuró en voz baja la más anciana de las *asiduas*, no sin ser oída por la Presidencia, que se sonrió y se cubrió de ligero rubor.

Otra añadió:

—Y responde con hechos á las provocaciones y á los desafíos de la *Liga*.

—¡Quién lo hubiese creído!—replicó otra.—El grano de mostaza se vuelve un árbol. Ahora somos ya un gran ejército.

—Dios lo haga—concluyó diciendo la Condesa.



XXXVIII

Á velas desplegadas.

PUESTA de acuerdo con el Consejo, la Condesa no perdió un momento para preparar las bombas que debían estallar al mismo tiempo en toda Italia, es decir, de mandar componer el *Opúsculo* y el *Catecismo social sobre el feminismo*.

Eligió con este objeto á las personas más peritas, comunicó á cada una de ellas su diseño sobre la forma y fondo de los documentos, acompañándole de varias instrucciones para que éstas respondieran á sus principios teóricos y prácticos sobre la gran institución concebida.

Cuando los trabajos estuvieron terminados los examinó y retocó con la colaboración de los autores y la de su antiguo preceptor, y en seguida dió la orden para que fuesen impresos.

Por fin, y ultimados todos los detalles, las *bombas* estallaron produciendo una impresión sin ejemplo en ningún otro país.

En la historia de las más atrevidas empresas de publicación nunca había ocurrido un hecho semejante. Invasión Italia por todas partes en el cuádruple asalto de una idea conquistadora, encerrada en las formas más atractivas para la mujer, el efecto fué inmenso, percatándose todo el mundo de la importancia de la nueva Asociación. Bien se puede decir que durante muchas semanas la *Alianza femenina nacional* constituyó el único objeto de todas las conversaciones.

Además, el nombre de la condesa Storní, que había concebido una idea tan audaz y grandiosa estaba en todos los labios, se leía en toda clase de periódicos y alcanzaba una inmensa popularidad. Para las mujeres la Condesa resultaba una verdadera heroína, un oráculo, una especie de hada benéfica y soberana.

Las adhesiones llovían en la oficina central y los viajantes eran acogidos en todas partes con entusiasmo, realizando una gran recolección. En dos meses se hicieron más de dos millones de asociadas.

Y como la cuota anual, que debía pagarse en el acto de la inscripción era de un franco por cabeza, la *Alianza* se encontró como por encanto, en posesión de dos millones de francos, la cual suma, que debía renovarse por años, representaba el rédito correspondiente á un capital de 70 millones de francos.

Bien pronto fué expedida una circular á todas las encargadas y agentes, á fin de que diesen parte á todas las asociadas del grandioso éxito obtenido en el primer mes de propaganda, y tomarasen las disposiciones oportunas para convocar dentro de un mes las delegadas locales para discutir los nuevos estatutos.

Sin embargo la Condesa, que concedía gran importancia al número y entusiasmo de los nuevos prosélitos, procuraba poner orden en el método democrático á que estaba sujeto el gran organismo, pues no se le ocultaba que donde hay masas existe confusión, y que cuanto más aumente el número mayor es ésta, si una mano directora no está siempre dispuesta á poner á la multitud sobre el camino que debe conducirla al triunfo.

Por lo tanto, y segura ya de tener una gran institución nacional, que respondía fielmente á las aspiraciones y necesidades de la mujer italiana, empezó valientemente á poner en práctica cuanto había ideado.

Dos eran los asuntos más urgentes: Instalar el Centro general de la nueva organización y elegir las personas encargadas de administrar sus asuntos.

En cuanto al primero, una obra tan vasta por su extensión, tan múltiple y multiforme por sus ramificaciones, tenía necesidad evidentemente de un gran edificio ordenado para el objeto. Eran precisas, pues, además de las habitaciones destinadas á las oficinas, amplias salas para la biblioteca, para los archivos, para las reuniones, para estudio, etc.

Teniendo intención la Condesa de continuar y ayudar con sus consejos á la *Alianza nacional*, pero no aceptar en ella ningún cargo, para poder dedicarse por completo á la obra de la *Alianza local*, trató de retener la residencia de ésta en su palacio como hasta ahora, y mandar edificar otro de nueva planta.

Con tal propósito confió á un arquitecto la misión de hacer los planos para someterlos á la aprobación en la primera reunión general.

Mientras tanto, en una parte de su palacio había ya colocado las oficinas más indispensables.

Con respecto á la elección de las personas que debían formar el primer núcleo de la nueva administración, la Condesa experimentaba algunas vacilaciones. Era este para ella el asunto más vital, de cuya solución, como solía decir, dependía el feliz coronamiento de la empresa, toda vez que las mejores ideas resultan estériles y mueren, si no se las conduce bien, como la semilla que no encuentra buen cultivo.

Por fortuna en la *Alianza local* la Condesa había formado una escuela excelente para las futuras necesidades de la *Alianza nacional*. En los cargos de secretaria, de contadora y de tesorera, habían venido practicando bajo la dirección de las titulares, varias jóvenes *veloces*, algunas de las cuales ya prestaban servicio en la *Alianza nacional*, de manera que no resultaba muy difícil constituir el nuevo cuerpo administrativo con personas expertas, puesto que la Condesa estaba dispuesta á cederlas en beneficio de la nueva organización.

Y como el más importante de todos estos cargos era el de

secretaria general, la Condesa adoptó la resolución de poner en práctica todos los medios para que le fuese conferido á su predilecta Ida Piemetti, que ya había demostrado una gran competencia y una habilidad extraordinaria en toda clase de asuntos. Además había también otra razón y era el deseo que tenía la Condesa de que Ida abandonase con honor su empleo de telegrafista, especialmente después de la extraña aventura que le había ocurrido á la joven con su colega Fiocchetti...

Aquella trágica escena había terminado, como hemos dicho con la promesa ó amenaza de volver á hablar de ella al día siguiente. Entretanto, durante la noche, ambos tuvieron tiempo de reflexionar, él para dar una explicación, y ella para no arrojarle al rostro la imputación de un delito que no podía demostrar con pruebas.

A la mañana siguiente, al llegar á la oficina Ida, hizo sobre sí misma un supremo esfuerzo para vencerse, y mostrándose tranquila, dijo á Fiocchetti:

—Si le pareció á usted extraña mi actitud de ayer con aquella señora que vino á recoger un talón de mil liras, sepa que tengo muchas razones para proceder así. De manera que el asunto está concluído.

—Tanto mejor—dijo el otro respirando con tranquilidad, porque aun cuando había preparado una explicación, no le parecía muy satisfactoria.

Después de esto no volvieron á tomar la palabra.

Pero la vida en la oficina se había hecho insoportable para Ida.

Cierto es que experimentó un gran alivio cuando la destinaron de nuevo con Fiocchetti á las oficinas de Telégrafos; pero sólo la presencia de aquel miserable la producía una continua opresión de tristeza.

No podía desechar la íntima persuasión de que á él debía también el infame complot de aquella obscena fotografía.

Cada vez que se encontraba enfrente de él y tenía necesidad

de hablarle, experimentaba un sentimiento de aversión profunda, á lo cual se añadía la tensión de nervios, producida por la necesidad de estar siempre alerta para evitar nuevas perfidias.

Ahora su agotamiento había llegado al último límite.

Un día en que se encontraba más angustiada que nunca, le dijo la Condesa de improviso:

—Ya estamos al final.

—¿Qué dice usted, señora Condesa?

—Puedes pedir la licencia cuando mejor te parezca.

—¿De veras?

—Sí, puedes dar un adiós definitivo al servicio de Telégrafos.

—¡Ah!—exclamó Ida, lanzando un profundo suspiro de satisfacción, mientras dos gruesas lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas, al propio tiempo que sentía como una nueva corriente de vida que hubiese penetrado en su pecho.

Y luego exclamó en el paroxismo de la alegría:

—¡Salir de aquel infierno! No volver ya á mirar aquellos rostros. Me parece un milagro.

Pero de pronto se detuvo y cambió de color, como si un pensamiento funesto hubiese venido á contristarla. Entonces dijo á la Condesa, que estaba mirándola con maternal benevolencia:

—¿Acaso se teme que no pueda cumplir las condiciones del servicio con honor? ¿Es quizá esta una concesión que se otorga á mi debilidad?

—¿Quién piensa en semejante cosa? Has mostrado harta fortaleza para cumplir con tu deber. De lo que ocurra puedes estar completamente tranquila; salvaremos también el honor es decir, que tu salida del servicio del Estado será á despecho de los que no quieren para ti ni para nosotras el triunfo.

—Ya sabe usted que yo no debo hacer más que obedecerla. Y si hablé del deber no lo hice por el temor propio, sino...

—Pues bien, te repito que las ventajas serán para nosotras

y para ti también. Cuando el público te vea pasar libremente de la condición de servidora del Gobierno al Estado mayor de dos millones de voluntarias, te aplaudirá. Antes tu resolución podría considerarse como una fuga, pero después del gran plebiscito de las mujeres italianas por la *Alianza nacional*, nadie podrá pensar semejante cosa. De modo que tu decoro alcanza á la Asociación entera... Sin embargo, tengo una duda...

—No vale la pena de que usted me la diga. Lo que resuelva está hecho.

—No... Y la duda es ésta. Puedes presentar en el acto la renuncia del destino ó esperar dos meses, esto es, cuando seas solemnemente confirmada en el cargo de secretaria general de la nueva Presidencia. En ese tiempo puedes reflexionar y decidir. Entretanto, no quiero que me des una respuesta.

—¡Cuánta delicadeza! Usted sabe mejor que yo que el paso será con el tiempo tan honorífico, como al presente; pero teme, como dice el Petrarca, *no soverchio affanno distingga il cor...* de su ahijada.

—¡Bribonzuela! Siempre me coges la palabra.

—Y yo que me consideraba próxima á naufragar, ahora navego con velas desplegadas en dirección del puerto.

—Siempre eres nuestro ojo derecho.

—Le seré á usted fiel hasta la muerte.

—Silencio... He aquí el resto del regalo, dijo la Condesa sonriéndose, y como acostumbraba, la besó en la frente.



XXXIX

Nuevos hombres, nuevas cosas.

EL inmenso éxito alcanzado por la *Alianza*, con los dos millones de asociadas, que había asombrado á todo el país, produjo también en las demás asociaciones feministas, especialmente las de carácter general, consternación y desaliento.

Dejando á un lado á la *Liga*, de la cual hablaremos pronto, conviene recordar aquí que además de las dos sociedades diametralmente opuestas y siempre en guerra, la *Alianza* y la *Liga*, existían entonces en Italia otras varias asociaciones feministas, muchas de las cuales se mostraban adversas ó indiferentes ó tolerantes hacia la religión.

Entre las últimas, había una muy numerosa y acreditada en el campo conservador. Contraria en absoluto al espíritu impío y subversivo del socialismo, era además extraña al clericalismo. Presta á promover todas las obras de previsión, de asistencia y de protección á la mujer, pero opuesta por programa á cualquiera forma de organización femenina, es decir, independiente del patrocinio de las clases superiores, había constituido en las principales ciudades de Italia fuertes grupos de señoras y señoritas, que formaban otras tantas sociedades de patronato para las mujeres de las clases inferiores, confederándose juntas con el nombre de *Asistencia nacional de la mujer*.

Dirigida ésta por personas de importancia, de mucha habilidad y experiencia, provista en abundancia de medios materiales, reforzada por varias asociaciones afines que se le habían agregado, la *Asistencia* había desarrollado por todas partes muchas instituciones benéficas, preservado y salvado á gran número de mujeres de la miseria, del deshonor, de la ruina y de la perdición.

No obstante, y aún cuando se hubiese afanado por penetrar en las filas de las obreras para arrancarlas del socialismo, sólo había alcanzado en este punto escasos resultados. La mayor parte de las trabajadoras se mostraban indiferentes é insensibles á las grandes ventajas que se las prometían, desconfiando de perder su libertad al ingresar en la *Asistencia*.

Venia, por lo tanto, la *Alianza* á dar el golpe de gracia á aquella Sociedad que veía mermar sus filas mientras esta última dilataba las suyas. Finalmente, el plebiscito nacional le daba el golpe de gracia, demostrando que tanto en lo presente como en lo futuro era imposible luchar con ella.

En este estado de cosas la presidenta general de la *Asistencia*, princesa Astolfi, dama de alto linaje y de gran talento y experiencia, no queriendo continuar en la humillación de dirigir una obra que languidecía á ojos vistos, pretendió reformarla radicalmente, para infundirle nuevas fuerzas y energías, y en el caso de no conseguirlo, renunciar al cargo de presidenta.

Sin embargo, antes de adoptar una resolución definitiva, no pudo resistir al deseo de avistarse con la condesa Storni, tanto por la curiosidad de conocer de cerca á una dama de tal notoriedad, como por el presentimiento de que aquella conferencia podría facilitarle alguna solución para resolver el asunto. Comunicado este designio á dos consejeras de la *Asistencia* y habiendo merecido su aprobación, pidió á la Condesa hora para celebrar con ella una entrevista, que le fué concedida para la noche siguiente.

Cuando se encontraron juntas, la Princesa y sus dos consejeras con la Condesa, dijo la primera:

—Ante todo, permita usted, Condesa, que le exprese sinceramente mi admiración por el éxito grandioso de la *Alianza nacional*. Ha sido un triunfo inaudito. ¡Dos millones de asociadas! Lo digo sin lisonja: hoy es usted la reina elegida por las mujeres italianas.

Sin mostrarse halagada por aquel golpe de incensario, sonrió bondadosamente la Condesa y se preparaba á replicar cuando la otra le atajó la palabra.

—Perdone usted si abuso de su cortesía y le quito la palabra. Conozco lo que usted me diría y yo quiero que me diga lo que no sé. Este es el principal objeto de nuestra visita. En primer lugar, no puedo explicarme cómo ha podido usted agitar y ganar tanta gente para su empresa. Nuestra *Asistencia* lleva muchos años de vida y es comparada con la *Alianza* como un pigmeo enfrente de un gigante, y no obstante, hemos trabajado mucho para darle vida. ¿Cómo ha podido llevar usted á efecto una obra tan colosal?

—Pues se lo diré en dos palabras. Nuestra labor ha sido un viaje, con punto de partida y camino libre entre las etapas que había que recorrer y el término del camino.

—No comprendo bien.

—Hablaré más claro. Punto de partida ó norma suprema de nuestra acción: dirigirnos á las mujeres italianas, que coinciden en las creencias y en las prácticas de la misma religión y excitarlas á unirse mediante una asociación fundada sobre la comunidad de los intereses morales y materiales. Camino libre: adoptar todos los medios, órganos, vehículos modernos del pensamiento y de la acción, especialmente la prensa. Entre etapas: la *Alianza* local, que ha conquistado una posición inextinguible en el centro de nuestra actividad; la agitación contra el divorcio que nos ha otorgado el favor y el entusiasmo po-

pular en todo el país; la *Alianza nacional*, con la que hemos organizado en un solo ejército á todas nuestras asociadas para conservar y defender los hechos conquistados, para demostrar á las mujeres italianas todas las ventajas de una organización general, con el objeto de llegar seguramente al término del camino.

—Es decir...

—Una para todas y todas para una. La mujer individuo que ofreciendo á las demás el precioso auxilio de un miembro vivo y activo para los intereses comunes, recibe en cambio la inmensa ventaja de todo el organismo, siempre dispuesto á protegerla, defenderla y salvarla en todas las condiciones y contra todos los impedimentos del enemigo. Así la mujer ejercita su misión doméstica y social con cumplir todos sus deberes y acaso que reivindicar todos sus derechos, toda vez que la naturaleza y la historia nos dicen que nada es tan pernicioso á la familia y á la sociedad, como la opresión del hombre en daño de la mujer.

—Hermoso es el designio y clara la explicación que acaba usted de darme. Pero el verdadero medio, el secreto, la varilla mágica del éxito, todavía no la conozco, sigue en el misterio.

—Pues se explica fácilmente con reflexionar sobre el punto de partida y el camino recorrido.

—Yo no acierto á explicármelo.

—Escuche usted, señora. No hay palanca más poderosa para mover las almas, como la idea religiosa, si ésta se encuentra ya en el corazón de los que acometen la empresa. Además, la mujer, que es muy tenaz en las tradiciones religiosas, gusta también de las novedades, y adopta el viejo traje disfrazado á la moderna, es decir, gusta de aparecer mujer nueva sin dejar de ser antigua. En conclusión: la idea religiosa común, como ya le he dicho, es el punto de partida; el modo ideóneo para ha-

cerla valer, tal es el uso de los medios modernos; por lo tanto, la religión con los medios más convenientes para mejorar el estado social de la mujer, he aquí la razón única de nuestras conquistas.

—¡No lo creo!

—¿De veras?

—A mí me parece que ambos medios concuerdan como el agua y el fuego. No es que yo sea contraria á la religión; Dios me guarde de ello. No soy de aquellas que besan á los santos; pero conozco mi deber como cristiana católica. Pero fuera de la vida privada, la religión, ¿qué puede hacer? Si por mezclarse entre las pobres mujeres que tienen necesidad de nuestra ayuda, debiéramos adoptar una divisa religiosa, los sacerdotes no tardarían en imponernos la dependencia de las autoridades eclesiásticas, aplicándonos la enseña del *clericalismo*, es decir, mezclando la religión con la política.

—No creo que la soberbia de excluir el carácter religioso de su empresa, para evitar la mancha del *clericalismo*, se haya entendido como una tendencia de desconfianza y hasta de aversión al clero, en el cual suele el pueblo personificar la religión, y que de este modo en la opinión popular la *Asistencia* haya gozado fama de anticlericalista. Pero sí podría suceder que esto sea la causa del escaso desarrollo de esta Sociedad, porque la mayor parte de las gentes que han dado en llamarse *anticlericales*, se arrojan pronto en brazos de la impiedad y del desfreno socialista.

Á estas palabras la Princesa bajo los ojos, mientras la Condesa continuaba diciendo:

—En cuanto á nosotras, el principio religioso que informa todas nuestras acciones, no sólo no nos ha creado ninguna dificultad, sino que ha sido el móvil potentísimo que atrajo las almas. Y esto no quiere decir que la cosa se haya desarrollado de la manera más fácil del mundo.

—¿Cómo?

—Nuevos hombres, nuevas cosas. Adaptándonos á los tiempos que corren y debiendo presentarnos al pueblo con los vestidos de moda, así como no hemos excluído de nuestro programa la religión, tampoco hicimos de ella nuestra enseña. Por eso nuestro principal interés fué el de ofrecer una organización eminentemente moderna, en oposición á las otras asociaciones más ó menos anticlericales, y al propio tiempo abrimos el paso al espíritu cristiano. Así entendió el pueblo que estando con nosotros encontraba ventajas materiales, pudiendo gozar de todo lo moderno sin renunciar á lo antiguo, conseguir todas las utilidades de la organización, sin renegar de sus creencias. La religión, por lo tanto, no se excluye ni se impone, sino que se presupone y afirma en todas las ocasiones. Tal ha sido la principal causa de nuestro éxito.

Para la Princesa era este un lenguaje nuevo. En sus conjeturas sobre la naturaleza de la *Alianza* y sobre las causas de sus triunfos jamás se le había ocurrido una explicación semejante. Estuvo perpleja algunos instantes hasta que al fin preguntó:

—¿De manera que su empresa no es *clerical*?

—Perdone usted, señora, pero esta es una pregunta tan elástica y equívoca, que no puedo responder sin entrar en una larga y enojosa serie de distinciones. Unos nos acusan de clericalismo, otros de liberalismo, otros de socialismo, pero nosotras hacemos oídos de mercader, dejando á los hechos el cuidado de disculparnos.

—Así va el mundo. No se puede agradar á todos. Lo sé por experiencia. Pero, si no la disgusta, y ya que ha recordado al socialismo, me parece que la organización demasiado democrática resulta hartó atrevida y que pronto habrá de abrir la puerta al socialismo y al feminismo exagerado.

—Tampoco en este punto estamos de acuerdo. En nuestra

Alianza local las tres clases sociales, alta, media y baja, permaneciendo distintas entre sí, están ligadas juntas tan estrechamente, que cada una de ellas trabaja en ventaja de los más necesitados. En la *Alianza nacional* todas tres se confunden, ó mejor se unen armónicamente juntas para formar una asociación popular de carácter general; en las varias uniones por profesiones ó intereses femeninos determinados, no tienen voz en Junta más que las personas interesadas. Así cada clase y órgano social ejercita sus derechos y sus deberes por el bien propio y por el bien común, y las clases acomodadas ayudan moral y materialmente á las clases inferiores. Sin esta independencia recíproca, la armonía y la paz social son imposibles. Tal es la índole de los tiempos que corren: todo lo que se niega á la democracia sana se trueca en ventaja de la falsa, esto es, de la tiranía colectiva, representada por el feminismo radical y por el socialismo. También aquí encaja la frase: á nuevos hombres, nuevas cosas. Por eso precisamente la *Liga* de la señora Schwitzer y los socialistas que la sostienen, combaten sin cesar á la *Alianza*. Y este mismo encarnizamiento demuestra que nuestra organización democrática, lejos de abrir la puerta al socialismo y al feminismo radical, constituye el mejor medio para combatirlos.

Esta nueva explicación del carácter de la *Alianza*, pareció convencer á la Princesa, que ya no se atrevió á oponer nuevos reparos. También las dos consejeras de la *Asistencia* tomaron parte en la conversación que desde este instante adquirió un tono de cordial familiaridad.

Al despedirse la Princesa estrechó con efusión la mano de su interlocutora, diciéndole con una expresiva sonrisa:

—Nunca he comprendido como hoy la verdad del proverbio que dice: *más ven cuatro ojos que dos*, ni nunca he tenido tampoco una conversación más instructiva. Gracias y hasta la vista.

Á lo cual contestó con ingenio la Condesa:

—Yo declaro, señora, que su visita me ha indemnizado de muchas amarguras.

Cuando las visitantes estuvieron en el coche, la Princesa dijo á sus dos compañeras:

—Es una mujer extraordinaria. La *Alianza* vivirá.



XL

Al borde del abismo.

DEL encuentro con la Piumetti en las oficinas de Telégrafos, con motivo del famoso talón de 1.000 liras, había sacado la Schwitzer una afrenta intolerable, en la cual no podía pensar sin que la devorase la rabia. El triunfo de la *Alianza* vino á aumentar su rencor, colocándola en un estado de consternación y de angustia desesperado.

Hasta entonces había tenido que luchar contra grandes dificultades para sostener la *Liga* y para desarrollar su esfera de acción, viendo desvanecerse no pocas ilusiones por falta del apoyo material y moral que aguardaba. En tales pruebas se confirmó la alemana en sus opiniones de que la mujer italiana, clerical por atavismo, individualista por tradición y burlona por naturaleza, era por ello mismo triplemente opuesta al programa del feminismo puro é *integral* que la *Liga* profesaba. En suma, había sembrado rosas y no recogía más que espinas.

Cien y cien veces estuvo tentada de abandonar empresa tan ardua, dispendiosa é ingrata, pero el brillo engañoso de su ideal, el transporte, el entusiasmo que sentía siempre vivo por la gran causa del feminismo, y la esperanza de triunfar pronto ó tarde, dejando su nombre en la historia de los primeros reformadores

de la sociedad, la habían sostenido á perseverar en su lucha contra todos los obstáculos y á proseguir la obra comenzada.

Luego, al reflexionar que con retirarse de la presidencia de la *Liga*, ésta no tardaría en sucumbir por falta de una persona capaz de regirla y de hacer frente á la *Alianza*, tal pensamiento estimulaba sus decaídas ansias de luchadora desengañada.

Pero de pronto todo cambiaba. La *Liga* estaba á dos dedos del abismo, la *Alianza* en el colmo de la prosperidad.

¡Dos millones de asociadas! Cifra terrible que se había fijado en la cabeza de la pobre Schwitzer como un clavo ardiendo.

¡Dos millones! Luego la gran mayoría de las mujeres italianas se había ya alistado en el bando enemigo. ¿Qué hacer para evitar la derrota?

Si con todos los esfuerzos realizados hasta el presente, con tantos dispendios no había conseguido detener la marcha triunfadora de su aborrecida rival, ¿cómo reponerse de la última y tremenda derrota?

La victoria resultaba tan decisiva, que tratar de remediar sus consecuencias era imposible.

Pero precisamente por eso el caso urgente exigía un pronto remedio, una resolución decisiva; y ésta no podía ser otra que la de renunciar á la empresa y abandonar á las mujeres italianas á su triste suerte y dejarlas entregadas á la superstición, á la esclavitud, á la barbarie.

Ante tal decisión, tan clara como inevitable, la infeliz Schwitzer sentía el más horrible de los tormentos, buscando un rayo de esperanza, un punto de apoyo, una áncora de salvación, ó, por lo menos, un expediente para retardar el momento de confesarse vencida. ¿Quién sabe si en poco tiempo mudarían las circunstancias en favor suyo?

Pero entretanto, ¿dónde encontrar los recursos necesarios para sufragar los gastos, cuando su patrimonio se había redu-

cido de tal modo que apenas le producía lo estrictamente necesario para vivir?

Y además, ¿cómo contener el progresivo decaimiento de toda su obra?

¿Acaso debía llegar al extremo de privarse de todo para conducir la *Liga* hasta la agonía y la muerte, haciendo más solemne el triunfo de la *Alianza*?

No, no había remedio posible.

Y se sentía sola en las tinieblas, en el desierto, en el fondo del abismo.

Le parecía estar condenada á destrozarse de rabia como el escorpión estrechado en un círculo de fuego.

En esta desesperada situación de ánimo, se abandonó sin fuerzas sobre el sillón, dejó caer los brazos inertes sobre la mesa de escritorio y murmuró, apretando los dientes con furor:

—*Ein Schus*. ¿Un agujero en la frente ó un sorbo amarillo? Y todo está concluído... Para todo hay remedio... Veamos.

Se levantó, abrió un cajón, sacó de él un elegante revólver de bolsillo, y después de observarle con una sonrisa siniestra lo depositó sobre la mesa, sacó también una cajita de concha, la abrió y la puso al lado del revólver.

—Ahora puedes escoger—dijo hablando para sí,—entre los dos medios para entrar en la nada eterna. Será este el último sacrificio á tu ideal, el verdadero feminismo que deberá descender contigo al polvo... ó renacer de tus cenizas.

Dicho esto, permaneció inmóvil un largo rato. Pero de pronto se estremeció diciendo:

—¡Ah!... ¡Olvidaba lo más importante—y después de otros momentos de reflexión se puso á escribir:

Al Sr. Mario Brandini,

Diputado del Parlamento italiano:

Cuando lea usted estas líneas, habré entrado ya en la nada Muero con la conciencia de haberto sacrificado todo para li-

bertar á la mujer italiana de la servidumbre, de la superstición religiosa y de la opresión social, para volverla á la conciencia de sus derechos, á la reivindicación de su libertad.

Muero maldiciendo á los vampiros de la teocracia, á las arpias del feminismo, á las sierpes venenosas del feminismo espúreo, que, con la trata de las mujeres, han convertido á Italia en un mercado de esclavas, vendidas á la tiranía parda del clericalismo.

Muero, pues, abandonada de aquellas que más me debieron ayudar. Si á las palabras de entusiasmo con que fué acogida la «Liga», hubiesen seguido los hechos, hoy día, Italia sería nuestra, y el gran ejército del feminismo internacional marcharía á la conquista del mundo. Mientras que, por culpa de...

Aquí se interrumpió de improviso, dejó la pluma y murmuró con voz ahogada por la rabia:

—Morir como un perro y dejar la *Liga* á quien me ha traicionado, dándome siempre buenas palabras y malos hechos. ¡Qué loca soy!... Moriré, sí, moriré cuando no haga el juego á las demás... Antes quiero ajustar las cuentas á mis indignas compañeras.

Y al decir esto, rompió en pedazos la carta descargando su cólera contra aquel pedazo de papel, instrumento inocente de sus pensamientos. Después escribió unas pocas palabras sobre otro pedazo de papel, oprimió con violencia el timbre eléctrico y dijo á la portera que acudió á su llamamiento:

—Dáselo en seguida á la secretaria y dile que mande una invitación para la reunión del domingo al Sr. Brandini.

Ella misma le escribió luego un billete diciéndole, que debiendo discutirse un asunto de vida ó muerte para la *Liga* era absolutamente necesaria su presencia.

Vencida aquella suprema crisis, tomó el sombrero, encendió un cigarrillo y salió diciendo á la portera:

—No vuelvo hasta mañana por la noche. Si ocurre algo avisa á la secretaria.

Y no fué á su casa, sino á la estación, donde tomó el primer tren que salía, para proporcionarse, viajando noche y día, unas treinta horas de reposo y de distracción.

Al día siguiente, la señora Schwitzer, reanimada por su viaje, se sentaba en el sillón presidencial, teniendo al lado suyo á su fiel consultor el diputado Brandini y á su alrededor á todas las señoras y señoritas del Consejo directivo.

En todas las caras se leía la solemnidad del momento y la gravedad de las circunstancias. Parecía un consejo de guerra, después de haber perdido la batalla decisiva.

Únicamente la Fioroni estaba seria é impasible, repasando un manajo de cartas.

La presidenta dedicó ante todo unas palabras de gratitud al diputado Brandini, porque también en aquel momento, verdaderamente amargo para la *Liga*, había acudido en su auxilio con el precioso apoyo de sus consejos, y entrando pronto en materia se apresuró á exponer el objeto de la reunión convocada.

No daremos al lector la molestia de referirle todo lo discutido en aquella reunión. Sólo contaremos lo preciso para seguir el hilo de nuestra narración.

Dijo, pues, la presidenta, y demostró con hechos y con las cifras del Balance, que la *Liga* se había sostenido hasta entonces casi exclusivamente con sus propios recursos. Recordó, tratando de dominar el temblor de la voz, el reciente triunfo de la *Alianza*, que era para sus adversarias una verdadera catástrofe.

Declaró, por último, que se arrepentía amargamente de los sacrificios hechos por la rehabilitación de la mujer italiana, toda vez que no había recogido más que dolores, ingratitud, odio y desengaño, añadiendo que tampoco en las personas llamadas á ayudarla había encontrado la cooperación que tenía derecho á esperar.

La profesora Lisardi, que había roto con la Schwitzer, al oír las últimas palabras, interrumpe á la presidenta, mientras ésta, pálida por la rabia, parecía que quisiese continuar desahogándose contra el Consejo, y con una calma afectada, tras de la cual se transparentaba el rencor, rechazó con burla las censuras dirigidas al Consejo, atribuyendo el triunfo de la *Alianza*, á la ineptitud de la Presidencia de la *Liga*, donde siempre había procedido como un verdadero autócrata.

Y concluyó diciendo:

—Como hasta ahora he empleado más prudencia de la debida para no dar motivos de júbilo á nuestros enemigos, he querido hablar claro, á fin de que caiga la responsabilidad en la catástrofe sobre quien realmente la merezca.

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Ya es tiempo de concluir! ¡Qué indignidad! ¡Dimitamos todas!

Con estas y otras exclamaciones, no menos expresivas, las demás consejeras se pusieron al lado de la profesora Lisardi contra la Presidencia. Sólo la secretaria Fioroni, con aire indiferente, presenciaba muda aquella escena, y al ver el gesto de la presidenta, se mordía los labios para no reír.

La señora Schwitzer permanecía sentada en un sillón con los brazos cruzados, mirando con desprecio á las consejeras. Y permanecía inmóvil, sin decir palabra, hasta que Brandini se puso á hablar.

Este dijo que el triunfo de la *Alianza* se debía al clericalismo y que el estado de la *Liga*, no era tan desesperado como parecía á primera vista. En la historia de las grandes evoluciones sociales solían presentarse tales anomalías, pues las antiguas formas destinadas á desaparecer parecen triunfar momentáneamente.

—Es preciso—concluyó—que lo que ha acontecido en esta reunión debe ser olvidado por una y otra parte. El momento es crítico, y por eso precisamente no debemos precipitar las

cosas. Por ahora todo sigue en suspenso; Presidencia y consejeras quedan en sus puestos. Entretanto la crisis está viva y exige una Presidencia no menos pronta que radical. Seguro de la común lealtad, yo me encargo de dirigir una investigación sobre las condiciones de la *Liga* y de poner remedio al mal.

Luego se inclinó graciosamente hacia la Presidencia, diciendo:

—¿Me permite la Presidencia que asuma por un minuto su autoridad?

Obtenido el consentimiento, el orador añadió:

—Se suspende la sesión.

Y para que ninguna de las consejeras pudiese atacar de nuevo á la Presidencia, las acompañó hasta la puerta, estrechándoles las manos.

Al quedarse solo con la presidenta y la secretaria desenvolvió ante ellas su tratado maestro en el arte de la farsa, dejando á la Schwitzer un poco admirada y persuadida, y á la Fioroni casi indiferente.



XLI

Una buena presa.

UN día después, en tanto que nuestra heroína Ida desde la oficina de Telégrafos se encaminaba hacia la *Alianza*, se encontró con una joven señorita, vestida á la manera estudiantil, que le dijo:

—Perdone usted que me atreva á presentarme en la calle donde no suelen dar audiencia las personas; pero sé que es usted demócrata y voy al caso sin preámbulos. Somos tres, dos muchachas estudiantes en la Universidad y yo. Quisiéramos celebrar con usted una entrevista y deseamos que usted se sirva indicarnos dónde... ¿Me comprende usted? ¿No es cierto?

—Sonrió de buen grado Ida ante aquel modo tan ingénuo y respondió:

—Espero á ustedes mañana á las seis en las oficinas de la *Alianza*.

—Tome usted, replicó la otra dándole tres tarjetas. Ahi van nuestros nombres. Hasta la vista.

Y pronto se perdió entre la multitud.

Á la hora fijada del día siguiente, las tres estudiantes, Irma, Celia y Graciela, comparecieron en el lugar de la cita.

La primera, esto es, la joven á quien Ida había visto en la calle abrió la conversación diciendo:

—Somos socias de la *Liga* y nos proponemos desertar de ella,

no por el triunfo de la *Alianza*, sino porque su credo responde á nuestros deseos, por la seriedad de su labor y por la modernidad de su organización. ¡Quién nos lo hubiera dicho hace años! Entonces la *Alianza* se presentaba á nuestros ojos como una especie de cofradía ó congregación religiosa, destinada á arrancar de la conciencia de la mujer la idea de su dignidad y la de sus propios derechos. En cambio la *Liga* parecía una institución bien adaptada á la índole de los tiempos modernos, á las nuevas necesidades y á las nuevas aspiraciones del alma femenina.

—No son helenos todos los que se lo llaman, murmuró Ida en voz baja.

La otra continuó:

—Ahora que estamos sobre nuestro camino de Damasco ó cerca de él, quisiéramos que usted fuese nuestro profeta Ananías y nos librase de la ceguera con respecto á ciertas cuestiones del feminismo. Somos tres muchachas de buena pasta, lanzadas al mar antes de saber nadar... ¿Y en qué mar? ¡En la Universidad! Al buen entendedor con pocas palabras bastan... ¡Qué vida! ¡Qué cruz! ¿Pero dónde estaba yo? Volvamos á nuestro asunto.

—Ya estoy en él, dijo Ida riéndose. Ustedes se encuentran en una situación difícil. Están á disgusto en la *Liga* y la *Alianza* no se compagina bien con el ambiente que respiran en la Universidad.

—Precisamente—añadió Irma. Desde el primer momento he puesto en claro nuestra situación. ¡Tanto mejor! Vamos á ver, tú, Celia, que sabes más que nosotras, explica las razones que nos separan de la *Alianza*. Si esta vez sales bien del compromiso, en lugar de llamarte *Salomoncita*, te quito el diminutivo y te llamo Salomón.

—Pues calla un momento y déjame hablar, replicó Celia.

—Está bien—manifestó Graciela...—Vamos al hecho.

Y Celia prosiguió:

—Allá voy. Sepa usted, señorita, que yo he seguido con atención el desenvolvimiento y la labor de la *Alianza*; he hojeado algunas de sus publicaciones, principalmente las más recientes. Creo, por lo tanto, conocerla lo suficiente para poder juzgar su organización. Sé que resulta antigua en los principios, porque quiere conservar el orden cristiano en la educación y en la vida individual, doméstica y social, si bien por razones de táctica ó de oportunidad no se muestra en público con bandera religiosa, sino como una asociación laica cualquiera. Por eso precisamente se aprecia la índole moderna de sus métodos: coordinamiento armónico de clases con disciplina democrática, publicidad de acción y de organización, especialmente mediante la prensa, rehabilitación económica y social del proletariado, protección y defensa de los derechos femeninos con la fuerza jurídica de la acción colectiva, cooperación y representación autónoma de las varias profesiones.

—Se ve claro que usted conoce la quinta esencia de nuestras cosas, replicó Ida.

Y la otra continuó:

—Y por eso no tengo ninguna duda respecto de los caracteres generales y de la norma directiva de la *Alianza*. En cuanto á los caracteres especiales, que se refieren á ciertos argumentos más particulares del moderno feminismo, he leído su *Catecismo social de la mujer* y lo encuentro satisfactorio... Pero, donde todavía no veo claro...

—¿Es sobre el voto político?—interrumpió Ida con una sonrisa creyendo haber dado en el blanco.

—No... sobre este punto han dicho cosas justas contra los politicastros modernos... Luego en cuanto al voto político, me parece que he entendido las cosas por el lado bueno. Pero hay algo más. Por lo mismo que, como dice el *Catecismo*, la perfección del Estado consiste en aplicar á la vida pública el

ideal de la familia, y así como el hombre ejercita en ella su paternidad, á la mujer le sea reconocida su misión de maternidad social. Me parece á mí que por este principio se confía al hombre el derecho de la acción directa en la vida política del país con el ejercicio del sufragio activo y pasivo, y para la mujer el solo derecho de la acción indirecta con su dominio moral sobre el corazón del hombre. Por consiguiente en aquellos cargos de la vida pública, en los cuales se ejercita más la maternidad que la paternidad, débese reconocer á la mujer una acción directa, preponderante sobre la del hombre.

—Muy bien, dijo Ida. Verdaderamente con este principio se desatan felizmente todos los nudos del feminismo, y se abre á la mujer un campo de acción pública, mucho más vasto del que hasta el presente le ha sido reconocido.

—¿Luego la observación es justa?

—Justísima. En la sociedad, que es una gran familia, la autoridad y la acción materna, al igual de la paterna, debe no sólo tolerarse, sino reconocerse jurídicamente.

—De modo que...

—Nosotras proponemos la acción directa de la mujer en todas las instituciones públicas del Estado, de la provincia y del municipio, donde pueda desplegar felizmente su misión materna, como instituciones de educación, de beneficencia y de caridad, hospitales, asilos y otras semejantes. Y puesto que á la índole de nuestros tiempos importa un continuo desarrollo y perfeccionamiento de la legislación y de la organización social en todos los ramos de la pública asistencia, á la mujer se le va abriendo siempre un campo más vasto de acción en los varios cargos de administración, de dirección y de inspección que se refieren al cuidado de los pobres, de los huérfanos, de los abandonados, de los presos, la higiene, la escuela y la industria femenina.

—Está bien; pero hay aquí un equívoco.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que la distribución de todos estos cargos pertenece sólo á los hombres, precisamente porque siendo ellos únicos como electores ó como elegidos, son dueños del municipio, de la provincia, del Estado; de modo que si les place pueden excluir á las mujeres.

—Espacio. Cada cosa á su tiempo. Además de la acción indirecta en los negocios públicos que la mujer ejercita continuamente, como madre, esposa é hija del hombre, para obligarle á respetar los derechos, tiene un derecho que nadie puede negarle, porque es inseparable de la humana naturaleza, y éste se encuentra igualmente en la mujer como en el hombre, y es el derecho de asociación. Como ejemplo de ello, ¿no le parece á usted que una agitación como la promovida por la *Allianza* tendría un gran efecto? ¿No recuerda la campaña hecha por nosotras contra el divorcio y del efecto que ha obtenido? Y sin embargo, ahora estamos en mantillas, como suele decirse

—Precisamente sobre esto quisiera yo decir algo,—interrumpió Graciela.

—Venga—añadió Irma,—que después hablaré yo.

—Pues ahora calla y oye. Quería decir que si las mujeres tienen el derecho de asociarse para promover y defender colectivamente sus intereses, yo no veo por qué tales asociaciones femeninas deben ser excluidas de la acción directa, política y administrativa, que compete á las asociaciones masculinas, ó sea porque á sus representantes, jurídicamente reconocidos se debe negar el voto.

—Bravo, señorita, acaba usted de mostrar que ve muy lejos. También espero yo que vendrá un tiempo en el cual á la representación atómica de la sociedad, mediante el sufragio de los individuos solos, sucederá la representación orgánica de las varias sociedades homogéneas, mediante el sufragio corporativo. Y entonces no se podrá negar á las corporaciones

femeninas el sufragio en la política. Pero en tanto que el Estado, en vez de ser un cuerpo orgánico, no sea más que un compuesto de átomos...

—Hasta tanto dejemos tranquila la política— replicó Celia— porque la pobre Irma se muere de sueño.

Esta se incorporó diciendo:

—Estoy atenta, y la prueba es que todavía no te he oído tocar el punto principal.

—Habla tú.

—Pues bien; yo quisiera distinguir entre el voto político y el voto administrativo de la mujer, y luego hacer sobre ambos mis restricciones.

— Buenas noches—dijo Graciela.—Ahora sí que estamos frescas.

—¡Aguarda, aguarda!—replicó Irma—y tendrás que rascar... En cuanto al primer voto yo se que en Bélgica el partido católico se ha mostrado propenso á admitirlo...

—No el partido como tal, sino algunos diputados en sus luchas contra los socialistas; y sabiendo además que la mayoría de las mujeres votarían contra ellos. Pero para Italia no me agrada esta táctica de oportunidad...

—Perfectamente. Aquí estriba la dificultad. Dado el caso, por ejemplo, que mañana se hiciese una ley contra la voluntad de los católicos, por la cual todas las mujeres tuviesen derecho al voto político, ¿deberían dejar ir solas á las urnas á las anticlericales? Usted, señorita, ha insistido mucho sobre el concepto de la familia, para deducir de ello que el voto político pertenece al hombre y no á la mujer. En cambio yo quisiera servirme del mismo concepto para reivindicar, en ciertos casos, tal derecho en favor de la mujer.

—¿En cuáles casos?

—Siempre que la mujer haga de cabeza de familia.

—No digo lo contrario.

—Menos mal. Ahora vengamos al voto administrativo.

—No es lo mismo.

—¿No ha sido usted la primera en declarar que en todas las profesiones, en las cuales se ejercita más la maternidad que la paternidad, se debe reconocer á la mujer la acción directa?

—Sí, ¿y qué?

—El municipio tiene más de la familia que el Estado y por eso...

—Por eso en las instituciones y cargos comunales de carácter materno se deberá dar ancho campo á la mujer. Pero el voto administrativo es, al igual del voto político, un derecho que se ejercita fuera de la familia en nombre de ella, y, por lo tanto, es un voto de paternidad real ó posible.

—Me parece á mí—dijo Celia—que entre el uno y el otro no existe diferencia substancial: luego... ó César ó nada.

—Y no obstante—observó Graciela—ciertos Estados como Canadá, Suecia é Islandia, donde todavía no ha conquistado el feminismo el voto político, han concedido ya á la mujer el voto administrativo para las elecciones comunales.

Inclinó Ida la cabeza y dijo sonriendo:

—Y además va siempre creciendo más la agitación para arrancar á los hombres, como ha acontecido en Finlandia, el voto político. De dónde se podría concluir que con reconocer á la mujer el voto administrativo se le abre el camino para la conquista del voto político, y que, por consecuencia, contra ambos valen las mismas razones; según mi opinión, tal voto administrativo añadiría nuevas dificultades al moderno feminismo.

—¡Basta! gritó Irma que ya estaba cansada de escuchar. No discutamos más con esta señorita, porque nada habremos de adelantar. Entrad, pues, en la *Alianza* y acordaos de que después de tomar un partido cesan los cuidados.

Pero Celia y Graciela todavía tenían algunas dudas que por último se desvanecieron después de una animada conversación

con Ida, sostenida en tono familiar y como si hubiesen sido amigas de siempre.

Irma tomó la mano de Ida y se la estrechó diciendo:

—Hoy puede usted estar contenta, porque ha hecho usted una buena presa.

Ida besó á las tres cariñosamente mientras les decía:

—Este es el mejor motivo de nuestro coloquio.



XLII

Entre galeote y marinero.

BIEN sabía la directora que su ama la comadrona, aunque impía cuanto puede serlo una mujer, y por lo mismo capaz de realizar á sangre fría cualquier delito, era, sin embargo, tan supersticiosa, que la sola sospecha de alguna virtud oculta ó sobrehumana bastaba para espantarla y volverla mansa como un cordero, para conciliarse el favor de los maleficios. Como para defender y propagar su torpe industria no vacilaba en afrontar el mayor delito, así para deshacer un hechizo habría hecho lo imposible y sacrificado cualquier cosa.

Al regresar á casa después del famoso fracaso de la intriga tremenda en la oficina central de Telégrafos, la directora pensó en sacar buen partido de este carácter supersticioso de la comadrona, para precaverse contra la furia de su compañera, que de otro modo iba á estallar ruidosamente.

No se equivocó en sus presunciones.

La comadrona, que estaba como sobre ascuas por la ansiedad de conocer el éxito de aquella empresa, cuando vió aparecer delante de sí á la directora seria y preocupada, se percató pronto de que la cosa había andado mal, de manera que, devorándo-

la con los ojos, empezó á gritar como una loca, exigiéndola el relato de la aventura.

Pero la directora, que conocía el pie de que cojeaba su interlocutora, adoptó un aspecto más tétrico que antes, y poniendo el índice en cruz sobre la boca, dijo con tono de misterio:

—¡Tiene al diablo de su parte esa bribona! Dios nos tenga de su parte.

—Pronto, ¿qué ha sucedido?

—Todo iba bien, cuando el enemigo se mezcló en el asunto.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que su diablo familiar se lo había revelado todo antes de que llegásemos á la oficina.

—¡Triste de mí! Pero ¿quién se lo ha dicho?

—Aquí está el enigma. Luego...

—¿Luego?

—Es un misterio que sólo puede explicar alguna fuerza mágica, la cual tiene ojos y oídos invisibles... Si usted hubiera visto á esa desvergonzada, ¡qué tranquila estaba en nuestra presencia! Esa maldita ha encontrado una magia más fuerte que la nuestra. Por lo tanto, conviene romper ante todo el maleficio, si no queremos que se vuelva contra nosotras... Escuche usted todo lo que ha pasado:

La comadrona, pálida como la muerte, balbuceó muchas frases cabalísticas, mientras la directora le refería lo sucedido en Telégrafos, puntualizando las cosas de manera que su compañera no tuviese duda alguna de que en aquella aventura había intervenido una potencia misteriosa y sobrehumana.

El resultado respondió á sus previsiones.

La comadrona la escuchaba azorada, recordando los casos extraños en que se habían malogrado todos sus proyectos de venganza contra su odiosa enemiga. Por lo tanto, le pareció indudable que ésta estaba protegida por alguna virtud oculta más potente que la suya, y comenzaba ya á desconfiar de la

bruja que le había enseñado el camino de la venganza, y si no la juzgaba una impostora, se sentía inclinada á pedirla cuenta del éxito infeliz que habían tenido todos sus planes. Pensaba, al propio tiempo, en que aquella potencia misteriosa hubiese revelado también á Ida el nombre de la ejecutora, de la primera autora, de quien había salido el proyecto y el impulso de la traición.

Bajo el dominio de estos pensamientos, no hay que decir cuán atareada se sentía, y cómo el temor de ser descubierta la llenaba de angustia...

En esta disposición de ánimo se encontraba la comadrona cuando se difundió la noticia del enorme éxito alcanzado por la *Alianza nacional*. Si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies, no habría experimentado mayor espanto. Entonces cayó en tal estado de consternación, que abandonó todos los asuntos domésticos á la directora y decidió verse secretamente con la bruja para desahogarse con ella, echándole al rostro sus oráculos fallidos.

Llegada también en esta ocasión muy temprano á la aldea, y habiendo sido introducida en la casa de la bruja por la *secretaria*, se quitó el chal, aguardando pacientemente á que se presentara doña Mónica.

Después de un cuarto de hora de antesala, entró ésta, y apenas hubo visto á la visitante la dijo, mirándola de pies á cabeza:

—Todavía vuelves á aburrirme con tu presencia, desvergonzada.

—Guárdese usted este título y añádase el de profetisa falsa, que bien merece uno y otro.

—Pobre imbécil—replicó la bruja en tono de superioridad indiscutible...—¿Qué culpa tengo yo de tus locuras? Quien ofende á los espíritus que ha evocado en su provecho, desencadena en daño suyo sus iras.

Bastó esta amenaza misteriosa para aterrorizar á la comadrona, que permaneció muda mirando á la sibila con aspecto sumiso como si quisiese implorar su perdón.

Lo advirtió la vieja, y replicó tranquilamente:

—Pero dejémonos de reproches... Deseaba verte para decirte que no han podido ser peor seguidas las respuestas de los espíritus como en el caso de Fiocchetti.

—¿Pero acaso no he aplicado las fórmulas de la manera que usted me indicó?

—Si las hubieras aplicado como yo te dije otro hubiera sido el resultado; pero ese mentecato todo lo ha echado á perder.

—Vuelvo á repetir á usted, gritó encolerizada de nuevo la comadrona, que yo no he hecho más que seguir al pie de la letra sus instrucciones. Luego no trate de engañarme ahora. No soy tan estúpida como usted se imagina.

A estas palabras la vieja se puso en pie encolerizada, con los ojos llameantes y luego dijo con burla feroz:

—¿Conque me crees una impostora? Pues vete y no vuelvas á poner los pies en mi casa. Pronto tendrás que arrepentirte. Quien busca encuentra.

—Pero dígame por el amor del cielo, dígame en qué me he equivocado y qué debo hacer para enmendar mi yerro. No me atormente más.

—Ya te lo hubiera dicho si no te hubieses insolentado conmigo. Conque cállate y escucha. Si en vez de escamotear el pase de la Piumetti para apoderarte de la fotografía, hubiese hecho una instantánea de esa mujer, ¿te parece á ti que habrían adivinado el hurto y descubierto el taller donde se sacó la copia?

—No había pensado en ello.

—Y si en vez de quererle suministrar el *curare* por medio de una persona tan sospechosa como la Maglioni, tratando de atemorizarla por ese imbécil de Fiocchetti le hubieses dado un buen narcótico y hecho una inyección, ¿me entiendes? como yo

te he enseñado, ¿no te parece que el efecto hubiera sido infalible?

—Sí, pero corría el peligro de ser detenida.

—¡Bah! Basta con entender el juego... En la oficina de Telégrafos habéis hecho mil estupideces.

—¿Cómo?

—¿No comprendías que esa alemana, sólo con presentarse en Telégrafos despertaría sospechas en la Piumetti? Y además ¿cómo no prever que ese mentecato de Fiocchetti, en su perplegidad infundiera sospechas?

—Sí, sí; todo eso está muy bien... Pero no es lo mismo aconsejar que poner en obra un proyecto. ¿Qué iba á hacer yo sin la alemana y sin Fiocchetti? ¿Exponerme á ir á galeras?

—No sabes lo que te dices. Escucha y respóndeme. Si en vez de la Schwitzer y de la Fioroni, se hubiesen presentado en el ventanillo dos personas desconocidas de la Piumetti y si Fiocchetti antes del hecho no fuese advertido del embrollo, ¿sabes lo que habría ocurrido?

—Un escándalo.

—Nada de eso. La Piumetti nada habría sospechado y Fiocchetti hubiese permanecido tranquilo; las dos encargadas de recibir el billete habrían pedido el testimonio de esto y los tres, inducidos por ti, habrían confirmado la declaración delante del juez, y tu enemiga resultaba deshonrada... Ahora vuelve á decir que es muy fácil dar consejos.

—La comadrona no respondió, sintiéndose inferior á la vieja en perversidad y en audacia.

Adivinó la bruja el pensamiento de su alumna y añadió:

—¿Por qué me miras como un papanatas? ¿No te he dicho mil veces que no quiero entrar en tus intrigas y que cuando por voluntad ajena consulto los espíritus con la alta magia, yo no soy más que un instrumento pasivo, como el puñal de que otro se sirve para herir á su enemigo? ¿Qué culpa tiene el pu-

ñal si la mano lo emplea para herir? Demostrar después que el puñal ha sido mal manejado, no es ciertamente aprobar el atentado ni excitar á que se realice otro nuevo. Conque allá tú con tu conciencia, que yo me lavo las manos.

—No tenga usted escrúpulos como yo no los tengo... si no tenemos otros pecados estamos puras como dos perlas. ¿Acaso no tengo yo el derecho de defenderme contra mis perseguidores? Pues una ú otros deben sucumbir en la lucha... Pero me parece que mi enemiga cuenta con una potencia mágica más influyente que la mía.

—¿Qué potencia ni qué magia?

—Pues entonces, ¿cómo pudo parar el golpe?

—¡Pamplinas! Te repito que nada sabía y que sin la perplejidad de Fiocchetti y la presentación de la alemana, nada hubiese adivinado tampoco.

Pero la comadrona no se dejó convencer y continuó sosteniendo obstinadamente que una fuerza sobrehumana protegía á la Piumetti. Aquí estalló una verdadera disputa entre las dos bribonas, hasta que la vieja puso término á ella, adoptando el partido más seguro, es decir, el de atemorizar á la comadrona, murmurando palabras cabalísticas y diciendo como si hablara para si:

—Todo lo sabré antes de que raye el alba... Ellos me lo dirán. El efecto fué instantáneo.

—En nombre de Dios,—gritó atemorizada la crédula y perversa mujer, cogiendo la mano de la bruja y besándosela—dígame lo que debo hacer; de otro modo estoy perdida.

La vieja no respondió.

—¿Luego no hay remedio?—preguntó la comadrona.

—Hay uno—dijo la otra.

—¿Cuál?

—Ceder el campo.

—Eso no... Antes daría mi alma al diablo.

Callaron ambas y por fin la comadrona dijo tímidamente.

—¿Y si consultásemos de nuevo á los espíritus?

—Sería completamente inútil y hasta peligroso, ya que como te he dicho muchas veces, con una sola revelación basta.

—¿Entonces no me queda más recurso que dar el último golpe que usted acaba de sugerirme?

—Nada más.

—¿Tendrá éxito?

—Infalible, si se realiza bien.

—¿Y si no?...

—Si no, el responsable será el ejecutor.

—Pero usted debe hacer todo lo posible para que tenga éxito.

—Por eso te he comunicado ciertos secretos de la cábala que nunca revelé á nadie. Te he enseñado el uso de un filtro y de un narcótico que no son conocidos más que en las cimas de la magia. El primero vuelve estúpido al ejecutor; el segundo coloca en sus manos á la víctima... Yo no soy más que el instrumento pasivo de los espíritus, como la bocina recibe el aliento de la boca.

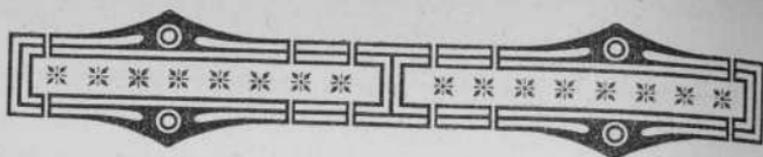
—Pues bien,—dijo resueltamente la comadrona.—Jugaré la última carta. Y si caigo no caeré sola.

—¡Ay de ti si te apartas del camino que los espíritus te han señalado! ¿Has comprendido?

Pero la comadrona no respondió y envolviéndose en el chal se dirigió hacia la puerta sin aguardar á la *secretaria*, que salió detrás de ella dirigiéndole toda clase injurias.

Al volver á su casa se encontró un carro fúnebre que iba al cementerio desde el depósito de cadáveres del Hospital. Al verlo fué acometida de tal terror que tuvo que detenerse para no caer. Por fin se repuso y dijo:

—¡El diablo se vuelve mi enemigo...! No importa. Iré, sí, iré al cementerio como un perro; pero antes irá ella, ó dejo de ser quien soy, Luisa Trecoffe, hija de nadie.



XLIII

La trata de blancas.

EL último golpe que, según la respuesta de los espíritus, debía dar la comadrona á su enemiga, exige para su preparación, destreza y diligencia suma. La primera condición para realizar felizmente el proyecto era la de esperar una buena ocasión, y madurar bien la cosa mientras tanto para no sufrir un nuevo fracaso.

Pero ahora tenía la comadrona (cuyo nombre acabamos de revelar) otro asunto no menos grave y más urgente á que atender, si no quería prescindir de su industria, que estaba en circunstancias muy críticas.

En los últimos tiempos, á medida que la *Alianza* extendía sus conquistas, era cada vez más difícil la práctica del oficio infame que ejercía la comadrona, la cual, además de necesitar abastecerse para su industria privada, debía satisfacer á ciertos asuntos que traía entre manos con una empresa internacional para la trata de blancas, que tenía una agencia en Génova para las escalas de Levante, agencia que le había encargado recientemente algunas comisiones urgentes.

Decidió, por tanto, la malvada mujer ponerse en viaje para

buscar nuevas víctimas, no sólo para atender á las necesidades imperiosas del comercio, sino para preparar la intriga contra su enemiga, distrayendo, además la atención de cuantos le hacían la guerra y dar tiempo al tiempo para que se atenuase la desconfianza y el resentimiento de la Piumetti.

Provista de los diferentes vestidos, con que solía disfrazarse, según la clase de las personas con quienes debía tratar, y de una buena provisión de objetos devotos, que en las aldeas especialmente le prestaban muy buenos servicios, dejó las últimas instrucciones á la directora y los nombres de los lugares de su itinerario, y para no ser vista en la estación del ferrocarril, partió en coche cerrado para tomar el tren en la estación inmediata.

Pero no pasaron muchos días sin que la noticia de su viaje fuese conocida de las personas á quienes deseaba ocultarla...

Conviene hacer notar aquí que la Condesa, solícita en afirmar la situación de la *Alianza nacional*, especialmente con la elección de las personas más idóneas, así como había designado á Ida para el cargo de secretaria general, quiso también darle una auxiliar que dependiese exclusivamente de ella, y para este puesto señaló á la persona más fiel á Ida, esto es, á su primera conquista, á Giorgina, que se mostró loca de contenta con entrar al servicio personal de su *buen ángel*.

Era preciso ver á la joven el día que entró en el nuevo servicio, con cuánta alegría le besaba las manos y lloraba de placer, diciendo al propio tiempo:

—Si no hubiera sido por usted, ¿dónde estaría yo ahora? Dios mío, gracias. Haz que muera por ella antes de abandonarla.

No hay qué decir que entre Giannina y Giorgina se estableció un acuerdo perfecto, una especie de pacto ó de liga defensiva y ofensiva contra las huestes del feminismo radical y particularmente contra las maquinaciones de la comadrona, en quien veían al enemigo más terrible y más audaz y de quien espera-

ban todo género de insidias y de traiciones contra la Condesa y su protegida.

—La conozco,—decía Giannina— sé de lo que es capaz... No vive más que para hacer mal á nuestro *buen ángel*. Conque alerta!

—Y yo la espero arma al brazo, respondió fieramente Giorgina, para ajustarle las cuentas de una vez.

—Despacio, despacio, amiga mía... Con esa bruja hay que proceder astutamente. Vigilémosla de cerca.

Con sus compañeras y conocidas, constituyeron una especie de ronda volante para espiar á la astuta mujer sin que ella lo advirtiese.

De este modo llegaron á saber que había partido secretamente con mucho equipaje; y algunos días después averiguaron que acababa de regresar con algunas forasteras y que había vuelto á marcharse el mismo día en coche cerrado. Luego volvió con nuevas presas, entre ellas dos jovencitas de poco más de doce años. Cuatro de aquellas muchachas habían salido para Génova. La comadrona también volvió á partir otra vez.

Estos hechos hablaban claro. La tigre salía á caza de carne humana y hacía muchas presas. Era necesario arrebatarse el botín.

Giorgina habló de denunciarla á la policía; pero Giannina que era más reflexiva, le hizo ver los peligros que envolvía este proyecto, y que debían proceder con gran cautela para no echar á perder el asunto.

—Estamos en deuda con ella—decía Giorgina—y tenemos el deber de velar por nuestra ama.

—Por lo que á mí respecta,—replicó Giannina,—bien sabe Dios que la he perdonado de buena voluntad. Pero ambas estamos llamadas por la Providencia para defender á estos dos ángeles del cielo...

Á este punto llegaban en su diálogo, cuando Giannina fué llamada á la portería, donde encontró á una de sus antiguas vecinas de aldea y amiga de la familia, que después se había casado con un aldeano de los Alpes yendo á vivir á este país bastante lejano del suyo.

—¿Cómo? ¿Tú aquí, querida Lisetta?—la dijo abrazándola—¿Qué asuntos te traen desde la montaña?

—Te contaré pronto mi dolorosa historia; pero antes promete que me ayudarás á encontrar á mi pobre hija.—Y al decir esto rompió á llorar amargamente.

—¿Qué dices? ¿Dónde le has perdido?

—Está aquí, en la ciudad... Lo he sabido de una manera cierta... Ven, ven conmigo porque yo temo que me engañen... Hazlo por el amor de Dios.

—Sí, sí, iré; ¿pero dónde debemos ir?

—Á la calle de Granchi, 15...

—¡Ah, Dios mío! exclamó aterrorizada Giorgina.—Ahora lo comprendo todo... Espérame un minuto y vamos en seguida.

Dicho esto desapareció para avisar á Giannina que tenía que salir para un asunto urgente; tomó el poco dinero con que contaba y marchó á pie con su antigua amiga hacia la casa de la comadrona, decidida á arrancarle su presa.

Mientras iban andando, Lisetta le contó todo lo ocurrido.

Tres días antes había aparecido en el país una mujer vestida con traje casi monacal, una cruz al pecho y rosario á la cintura. Esta mujer había distribuído á las muchachas que encontraba, imágenes sagradas; había visitado después muchas familias, diciendo que viajaba para elegir algunas jóvenes que recibirían educación en un gran colegio fundado por el Papa, con el dinero que había dejado un archimillonario americano.

Estuvo también en casa de Lisetta, donde convenció á su hija mayor Rosina, para que fuese á Roma, diciéndola que era una hija predilecta de la Virgen. Con tal aire de compun-

ción dijo estas palabras, que los padres de Rosina la dejaron marchar.

Veinticuatro horas después de la partida, les fué entregado un telegrama de un primo suyo, mozo de estación, el mismo cuya mujer había recogido á Giorgina, cuando Brandini la despidió de su casa. El telegrama decía: «*Venid pronto á buscar á Rosina, si no queréis que se pierda para siempre.*»

Inmediatamente la madre se había puesto en camino con la angustia en el alma.

Por su primo supo que encontrándose de servicio en la estación, había visto descender del tren á Rosina con la comadrona á quien conocía perfectamente; se acercó á la pareja de policía rogándole que detuviera á las dos mujeres; pero los agentes replicaron que nada podían hacer sin un mandato explícito de la autoridad competente, previa denuncia de los padres de la joven.

En tanto las dos mujeres habían desaparecido.

Entonces fué cuando puso el telegrama.

Y aquella mañana no pudiendo abandonar el servicio había aconsejado á Lisetta que se dirigiese á Giorgina, diciendo:

—Conozco á esa gente y es capaz de atemorizarla. Conque, ve á buscarla.

Llegadas al número 15 de la calle de Granchi, Giorgina oprimió el botón eléctrico, y una vez abierta la puerta, preguntó á la famosa vieja, ya conocida de los lectores:

—¿Está en casa Rosina Calcina, una muchacha aldeana, que ha llegado hace dos días?

—Preguntad en la puerta de la derecha.

Subieron y llamaron en la otra puerta.

Aquí vino á abrir una joven vestida de negro como las mandaderas de las monjas, y les dijo que Rosina había ido á misa con una persona de casa.

—¿A qué iglesia?—preguntó Giorgina esforzándose en disimular su alegría.

—A San Lorenzo.

—Gracias—dijo Giorgina;—y volviéndose á Lisetta añadió:

—Vamos.

Apenas habían dado algunos pasos cuando la pobre madre dió un grito.

—¡Allí está! ¡Ah, Dios mío!—exclamó al ver á su hija que venía enfrente de ellas acompañada por otra mujer.

—Ánimo—le dijo Giorgina resueltamente,—apretemos el paso y déjame hacer.

Tan pronto como la muchacha hubo visto á su madre echó á correr arrojándose en sus brazos, mientras la compañera, atónita por aquel encuentro, la seguía á buen paso.

—Ven con nosotras, Rosina—le dijo imperiosamente Giorgina.—Y cogiéndola por la mano apretaron á correr las tres.

La otra, que apenas podía seguirlas, llamaba á Rosina para que se detuviese; pero Giorgina encargó á la madre que siguiese corriendo con su hija, mientras ella se detenía y daba cara á la acompañanta de la muchacha, diciéndola:

—Vete á tu casa, pues te advierto que si no dejas á la muchacha aviso al primer policía que encuentre para que te detenga como autora de un rapto.

Y sin esperar respuesta se unió á sus compañeras mientras la otra permanecía aterrada mirando como huía la presa.

Aquel mismo día la madre regresaba con su hija muy satisfecha por haberla sacado pura é inocente de aquel antro donde se traficaba en carne humana.

Giannina y Giorgina dieron cuenta á la Condesa de todo lo sucedido, manifestando que esperaban hacer caer á la comandrona en las garras de la justicia.

—¡Dios lo haga!—dijo la Condesa.—Pero la policía no se da por satisfecha con demandas.

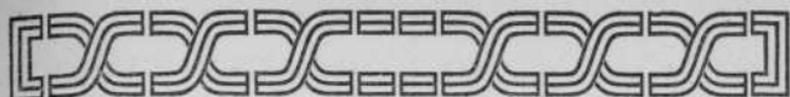
Aquel mismo día mandó una circular á las representantes de la *Alianza* en las regiones recorridas por aquella mujer infame,

en la cual explicaba la verdadera naturaleza del odioso mercado. Escribió también á algunas personas de su mayor confianza para que procurasen sacar de la miserable bruja una instantánea que podría servir como prueba para arrancar la máscara con que ocultaba sus fechorías.

Tan rápida y tan saludable fué la circular que al verse acogida con recelo y desconfianza en todas partes, la miserable mujer emprendió la vuelta, no sin dejar en una máquina fotográfica la huella de su persona en hábito monacal con la cruz al pecho y el rosario á la cintura.

Cuando la Condesa tuvo en sus manos aquel precioso retrato se lo mostró á Ida diciendo:

—Este es un documento que más adelante podrá ser de mucha utilidad. Entretanto tenemos tiempo por delante, y quien tiene tiempo tiene vida.



XLIV

Dos bribones en Consejo.

A la rabia que devoraba á la comadrona, por haber tenido que interrumpir su *productivo* viaje, sucedió el furor cuando llegó á saber la desaparición de la hermosa Rosina, en quien había fundado las más risueñas esperanzas, y de quien esperaba obtener un gran provecho.

En el acto pensó que también en esta ocasión las gentes de la *Alianza* habían intervenido, y no hay qué decir que pronto se confirmaron sus sospechas por los indicios recogidos sobre el particular.

El dolor que experimentó la comadrona ante esta nueva derrota no es para descrito, así como la ira que se apoderó de ella.

Recordaba con el pensamiento la larga historia de sus luchas con la *Alianza*, de sus empresas por vengarse de la Piumetti, del día en que ésta le asestó el primer polpe, y sólo veía derrotas para ella y victorias para su enemiga.

Ya nada podía la *Liga* contra la *Alianza*, nada la Schwitzer y Brandini, contra la Storni y la Piumetti; sólo ella permanecía en el puesto de combate contra su perseguidora que fraguaba su

ruina. ¿Acaso no pensaba la Piumetti en cerrar su tugurio, en quitarle todos los medios de vivir?

Estos y otros pensamientos desesperados se fijaban en el cerebro de la terrible comadrona, que sólo se preocupaba en buscar los medios de evitar la tempestad que se le echaba encima, acariciando los más siniestros planes de venganza.

Y como los grandes dolores son mudos, á nadie confió sus pensamientos, ni siquiera á la fiel directora, ni dió tampoco queja alguna á la compañera de Rosina que la había dejado escaparse.

Pero al esconder á todos su inmenso afán no hacía más que aumentarlo, así como el fuego oculto es el que más intensidad adquiere. Con el dolor y la angustia crecía la ardiente sed de venganza que devoraba á la infame mujer, y de tal modo se sobreponía en ella este sentimiento que le parecía que no podría vivir sin satisfacerlo.

No pudiendo resistir el paroxismo del odio, después de una noche terrible de insomnio, pasada en delirar contra su rival, á la mañana siguiente salió de su casa para conferenciar con Brandini, con el objeto de dar el primer impulso á la nueva infamia que había maquinado y rehacerse con un golpe de mano de todos los daños que le había producido la Piumetti, librándose para siempre de sus insidias y de sus ataques.

El abogado socialista apenas acababa de vestirse cuando le fué anunciada la visita de la comadrona. La hizo pasar en el acto, acogiéndola con gran cordialidad como á una antigua conocida y diciéndola sonriendo:

—¡Buenos días! ¿Qué nuevo manjar vienes á ofrecerme hoy?

—Un bocado exquisito.

—¿Y no hay peligro de indigestión? ¿No podrá intervenir en ello la justicia?

—Con usted nada pueden hacer los jueces.

—Sí; pero quien confía demasiado permanece engañado. Veamos ahora el nuevo embrollo que me traes.

—El embrollo y el peligro son para mí; las ventajas para usted con tal que me ayude á dar un buen golpe á nuestro enemigo.

—¿A la Piumetti?

—Precisamente.

—Me lo esperaba. Para satisfacer tus rencores, ¿no es eso?

—Por obra de la necesidad.

—¡Bah!... Boberías.

—¿Son boberías los triunfos de la *Alianza* y las derrotas de la *Liga*?

—¿Y tú crees que con jugar una mala pasada á la Piumetti se arreglará el asunto?

—Yo creo firmemente que con asestarle un buen golpe heriremos de rechazo á la Condesa y á la *Alianza*, y, por consiguiente, la *Liga* recobrará nueva vida.

—*Mors tua vita mea*,—dijo riendo Brandini.—Pero en fin, veremos; ¿cuál es tu proyecto?

—Que usted, mi antiguo y noble cliente y magnífico protector haga su deber y se encuentre en su puesto en el momento de la batalla decisiva entre mi implacable enemiga y yo. El riesgo, como decía, para mí y todas las utilidades para usted, la Schwitzer, el feminismo y el socialismo.

—Ea, vengamos al caso. Dime claramente qué diablos quieres que yo haga.

—Pues que en una noche, que fijaremos, se encuentre usted con la señora Schwitzer en mi casita de campo donde tan buenos ratos ha pasado en otro tiempo.

—Con provecho tuyo.

—No salgamos del asunto. Vendrán ustedes los dos solos y los recibiré yo que haré de dueña y criada de la casa.

—¿Para bailar los tres la danza de las brujas?

—Habrá más de tres, porque estará la Piumetti.

—¡Demonio! ¿qué es lo que dices?

—Repito que irá la Piumetti, acompañada por una de mis más fieles domésticas, en coche cerrado, guiado por uno de mis más fieles guardianes.

—¡Aventuras de novela!

—Pero novela histórica, es decir, historia verdadera. Luego en mi casa estaremos cinco: usted, la Schwitzer, yo, la Piumetti y la doméstica; mi hombre, esto es, el sexto, estará á la puerta. ¿No le parece á usted que podremos estar seguros contra todo peligro?

—Aquí la cosa empieza á ponerse seria. ¿Pero cómo te vas á arreglar para tenderle el lazo y pillarla?

—¡No se pretende tanto! Basta con hacerla salir en coche dándola á entender que la llama con urgencia una persona de su confianza para asuntos de gran interés para la *Alianza*; luego, durante el trayecto, su compañera tratará de adormecerla. Por lo tanto, y aunque el golpe se malogre, es decir, que ella no se deje coger en el lazo, ¿qué daño tendrá usted á no ser el de haberse tomado una molestia inútil?

—¿Ninguno?... Y si cae en tus manos, ¿qué he de hacer yo?

—¿Y usted me lo pregunta? ¡Esta si que es buena! Usted como abogado y diputado, como hombre de ciencia, preparará, de acuerdo con la Schwitzer, cartas y documentos, que la Piumetti suscribirá de grado ó por fuerza y que bastarán para hacer que la despidan del servicio y para cubrir de vituperio y de ignominia á la *Alianza*, para deshonar á ambas para siempre, para darnos el triunfo, en una palabra.

Brandini arrugó el entrecejo, y acariciándose la barba estuvo algunos momentos en silencio, hasta que al fin dijo con una sonrisa maligna:

—¿Mujeres? ¡Diablos! Casi casi comienzo á creer también yo que el mismo demonio te ha sugerido este nuevo embrollo... Pero no me conviene mezclarme en él.

—Espacio, caro señor. Usted, que es un hombre honrado

y que tiene buena memoria, no puede haber olvidado los peligros á que yo me he expuesto por servirle, como no puede ignorar tampoco lo que ocurriría si se descubren ciertas cosas... Pero mis secretos bajarán conmigo al sepulcro... Y para mí no pido nada, sino los riesgos y los daños que puedan sobrevenir. Le recuerdo, por lo tanto, que no ha pensado usted bien que si no consigo inutilizar á la telegrafista, no sólo habré de abandonar mi industria, sino que en las próximas elecciones faltarán recursos y su derrota es segura. Así, de grado ó por fuerza... debemos entrar juntos en el negocio.

—Eres la mayor bribona del mundo, pero me parece que en esta ocasión no has atado bien los cabos. Cierto es que hay necesidad de vencer á la *Alianza*, y cierto es también que, de conseguir lo que te propones, el golpe resultaría de efecto. ¡Diantre! Bastaría para ello con hacer gritar en todas partes á los vendedores de periódicos: *Las gravísimas revelaciones y el inaudito escándalo clerical...* Pero nada de esto es cosa segura.

—¿Qué es lo que falta?

—Lo principal... El ratón no está todavía en la trampa, y aunque entre en ella, puede no querer rendirse.

—¡Bah!... En eso pienso yo... ¡Tengo tantos medios para vencer ciertas resistencias! En mi larga carrera filantrópica he tropezado con muchas tentativas de resistencia, pero siempre he conseguido vencerlas.

—¿Y si ahora fallasen tus *argumentos*? Es decir, si la Piu-metti se obstinara en no suscribir nada, ni aun con riesgo de su vida.

La comadrona soltó una carcajada tan maligna, que el mismo Brandini se estremeció. Luego replicó tranquilamente:

—Dado caso de que eso ocurriera, ustedes dos se van sanos y salvos y yo me quedo sola con ella, no para retorcerle el pescuezo, eso no... Dios me guarde de ello... Sino para que

vuelva á su casa en condiciones tales, que los efectos no se borren nunca de su memoria... Al buen entendedor...

—¡Calla, demonio—interrumpió también sonriendo siniestramente Brandini.—Dime mejor que si la cosa tiene éxito y se le induce á hacer lo que deseamos, borrarás todas las huellas de nuestros pasos para que nunca nos resulte algún perjuicio. Esto es lo más importante.

—Respecto á eso, duerma usted tranquilo. Ya le he dicho que todas las ventajas serán para ustedes y los peligros para mí. Concluído el asunto, ambos se retiran y yo permanezco con mi dulce amiga, y hasta muy entrada la noche no la soltaré, llevándole á la parte opuesta de la ciudad en coche cerrado, y allí la dejaré en libertad á campo raso... Así obran las personas como yo; la carne magra para los otros y el hueso duro para ella.

—Eres una perla, un tesoro, que sólo vive para hacer bien á la humanidad... Pero oye todavía una cosa: ¿No te parece arriesgada la intervención de la Schwitzer? ¿No podría echar á perder el juego con alguna ligereza suya?

—¡Bah! En esta comedia no hará más papel que el de comparsa; pero quiero que intervenga en el embrollo para ligarla á nuestro partido y ponerla bajo nuestra dependencia... También pienso hacerle pagar las costas más adelante... Pero, por ahora, no se hable de ello... Cada cosa á su tiempo.

—¿Conoce ya tu proyecto?

—¡Dios me libre! Sería inútil dárselo á conocer. Está persuadida de su superioridad y á mí me mira con cierta desconfianza á causa de mi profesión *honrada*.

—Honor de boca á poca costa se goza.

—Eso lo saben por experiencia ciertos *honrados* clientes míos... Pero usted puede hablar con la alemana y bastarán cuatro palabras tuyas para que le siga como un cordero.

—Pues bien, yo le hablaré y trataré de convencerla.

—Repito que es la cosa más fácil del mundo el persuadirla.

—¿Cuándo piensas poner en obra tu proyecto?

—Dentro de pocos días... Mientras tanto no se olvide usted de hablar con la Schwitzer para que nos ayude en la empresa.

—Ten cuidado con lo que haces, ¿entiendes?

—No [haya miedo de que el plan se malogre. El que algo quiere algo le cuesta.

Después de decir esto se separaron y la comadrona se retiró tan satisfecha como si ya se hubiese realizado su venganza.



XLV

¡Á dentelladas!

DESPUÉS de haber librado á la hija de Lisetta de las garras de la comadrona, Giorgina dijo con gran seriedad á Giannina:

—Ahora conviene no dormirse sobre los laureles y estar muy alerta. Me parece ver á esa condenada morderse los labios, jurar, blasfemar, entregarse, en suma, al diablo para devolver el daño que se le ha hecho.

—Miedo da el pensarlo... Si tú la conocieses como yo, y la hubieses visto en ciertos momentos como yo la he visto... ¡Desgraciada de la que se encontrase entonces con ella! Era como un tigre furioso. De fijo no ve la hora de vengarse, y quién sabe las insidias que preparará contra la señorita. Sí, no hay duda; debemos tener cien ojos y no perderla un momento de vista para que no prepare algún lazo infernal contra la señora Condesa ó contra la señorita.

—Contra ellas descargará su ira: porque á nosotras dos nos considera como enemigas despreciables... Y además, ¿qué tenemos nosotras que perder...? Pero estaremos vigilantes para impedir su venganza... Te repito que esa bruja llevará su merecido.

—Pues yo tiemblo ante la idea de alguna traición infernal, de algún golpe imprevisto que no tengamos tiempo de remediar.

—Redoblabemos la vigilancia. Hoy mismo voy á ver á nuestros guardias para que estén con el ojo alerta y para que me avisen de cualquier movimiento sospechoso de esa bruja maldita. Tengo el presentimiento de que en estos días debe de suceder algo... ¡Ay de nosotras si no estamos avisadas!

—Sí, dices bien. También yo estoy como sobre ascuas; me parece que después del triunfo de la *Alianza* y del último golpe que tú le has dado, es imposible que no trame algo.

—Por eso voy, como te he dicho, á dar instrucciones á nuestras amigas para que estén en acecho.

Antes de salir, Giorgina fué á visitar á Ida para que estuviese en guardia, así como para enterarla del servicio de vigilancia que había constituido de acuerdo con Giannina, servicio que ahora iba á reforzar con una frecuente correspondencia telefónica con la *vigilante* encargada de la policía secreta.

Sonrió Ida por la diligencia que mostraba la valiente joven, animándola á persistir en su empresa.

—Por mí dijo, no tengo cuidado alguno. Cuando suene mi hora tendré que irme... Luego la comadrona no me da miedo. Pero, por la obra santa que la Providencia se ha dignado confiar á nuestras manos, debemos estar siempre dispuestas á defenderla lo mejor que podamos. Y así como es cierto que la *Alianza* nada puede temer de la señora Schwitzer, que es una pobre comedianta, es indudable, que de la comadrona debemos esperar nuevas villanías, y que no depondrá su furia hasta que realice un nuevo golpe más terrible que los anteriores. Y además, con usted tiene antiguas cuentas que ajustar.

—Así es—dijo sonriendo Ida.—A mí me aborrece y ha jurado hacerme todo el daño que pueda... Aguardo que cumpla su juramento y espero cualquier nueva tentativa por parte de esa mujer.

—Nosotras lo impediremos. Dios está con nosotras y el demonio con ella...

Llena de ira contra la comadrona y muy preocupada por los graves peligros que amenazaban á su *ángel bueno*, Giorgina visitó aquel día á las *vigilantes* que vivían más cerca de la infame bruja, y dejó á cada una de ellas instrucciones sobre el modo de mantener con la secretaria general de la *Alianza* un servicio continuo de vigilancia é información telefónica. Para fijar la correspondencia, señaló á cada cual un número, asignándose para ella el uno, el doce para Ida y el trece para la comadrona, y para expresar los diversos casos que podrían ocurrir, estableció también un lenguaje convenido.

Desempeñada su misión, volvió á casa tranquila y satisfecha, como el comandante de una fortaleza después de visitar las guardias y de reforzar las puertas. Pidió y obtuvo que la encargasen del servicio del teléfono y allí estuvo noche y mañana.

Pasaron algunos días en los cuales nada ocurrió de particular.

Luego le comunicaron que una mañana la comadrona había salido en coche por la Puerta Mayor dirigiéndose hacia su casita de campo.

Finalmente, una tarde, hacia la puesta del sol, recibió aviso de que la comadrona había salido de nuevo en coche de lujo, y que en el pescante estaba vestido con librea el vigilante de su casa. También en esta ocasión el carruaje había tomado la dirección del campo.

Más tarde recibió un nuevo aviso. El mismo coche había regresado á la calle de Granchí, 11; había subido á él una joven vestida de negro que ahora se dirigía hacia el centro de la ciudad.

—¿Qué viajes son estos?—se preguntó Giorgina.—Aquí está el misterio.

Mientras tanto siente llegar un coche y pararse delante de la puerta de la casa.

Se asoma á la ventana y ve bajar de él á la Condesa que volvía de paseo.

Un pensamiento cruza por la mente de la joven; el coche quizá podrá servir para seguir y alcanzar á la otra.

Corre en seguida á buscar á Giannina y le dice con insólita energía:

—Ve ahora mismo al encuentro de la Condesa, que sale por las escaleras y dile que no mande desenganchar los caballos y que el cochero no abandone el pescante, porque quizá tendremos que salir dentro de poco... Después lo sabrá todo. En tanto, haz lo que te mando.

Vuelve al telégrafo y escucha el timbre.

—¿Presente?

—Sí; ¿quién es?

—¿Con quién hablo?

—Con la *Alianza*.

—¿Su nombre?

—*Uno*; y el de usted.

—*Once*.

—Bien. ¿Qué pasa?

—Un coche sospechoso está parado delante de las oficinas de Telégrafos. Dentro de él hay gente del *trece*. Creo que esperan al número *doce*.

—Gracias. Basta.

Como por encanto, vió desplegarse en su imaginación toda la trama. La comadrona había partido antes para apoderarse de su presa; sus sabuesos habían venido después para preparar la caza y hacerla caer en la red.

En este momento entró Giorgina á quien aquélla dijo:

—¿Está todo dispuesto?

—Sí.

—¡Alabado sea Dios!

Y como si tuviese alas en los piés, corre á escape por la es-
lera, oculta al lacayo dentro del coche, salta al pescante con el
cochero y le dice:

—¡A la plaza de Garibaldi, delante de Telégrafos! ¡A escape! Durante el trayecto le reveló en parte el objeto de aquella carrera y para instruirle sobre la manera de seguir al otro coche en el caso de que ya no estuviese parado en la plaza.

En efecto, el carruaje misterioso no estaba en ella.

—Dios mío—dijo con acento de angustia la pobre Giorgina. Después, dirigiéndose al cochero, añadió:

—Á la Puerta Mayor, por el camino más breve. La suerte de la señorita está en tus manos.

Tranquilo é impasible el cochero puso al galope los caballos y por vías transversales llegaron pronto á la calle de la Victoria, una vía larga y estrecha que desembocaba en la Puerta Mayor.

Al llegar á ella Giorgina se levantó dirigiendo miradas enrutadoras á todas partes. Al principio nada vió en medio de aquel confuso rodar de vehículos, pero al fin descubrió un coche que trotaba hacia el campo.

—¡Allí está—exclamó,—procurando calmar la inmensa agitación que sentía!

El cochero fustigó á los caballos y á pocos pasos de la puerta alcanzó al otro carruaje.

Entonces Giorgina dijo al cochero:

—Ahora volverán hacia la izquierda. Te pasas por delante de ellos y luego vuelves los caballos y colocas el carruaje de manera que no puedan huir. De lo demás yo me encargo.

Así sucedió.

Á pocos pasos de la Puerta, los caballos del otro carruaje se pusieron al paso. El cochero de la Condesa aprovechó la oportunidad para colocarse delante y luego se volvió de improviso, arrojándose encima del enemigo.

Giorgina mientras tanto, gritaba agitando la manos:

—¡Para! ¡Para!

El coche se detuvo.

Giorgina saltó en tierra, llama al lacayo, avanza con él hacia

el otro coche, corre á la ventanilla de la izquierda, da un puñetazo á la mujer vestida de negro. Entra en el coche aprovechándose del espanto de la mujer, coge á Ida por debajo de los brazos, que estaba inmóvil á la derecha, como si estuviese muerta, y entregándosela al lacayo le dice:

—Pronto, llévela al coche.

Ante esta escena rápida, extraña, imprevista, el otro cochero había permanecido atónito; pero cuando vió que la presa entraba en el segundo carruaje, saltó del pescante y blasfemando como un turco se abalanzó contra el lacayo.

Pero había echado mal sus cuentas. El lacayo, que era un atleta, después de depositar á Ida en el carruaje se volvió de improviso y agarrando á su enemigo cuerpo á cuerpo, lo arrojó á cuatro metros de distancia.

—¡Pronto, vamos!—le gritó Giorgina.

Mandó al lacayo que subiese al pescante, y ella se encerró con Ida en el carruaje.

Entonces se aproxima á la joven y observa con terror que no da señales de vida. Pero se acerca á su rostro y observa que respira. La toca el pulso, y ve que es lento y regular.

—La han aletargado; pero yo la despertaré.

Así volvieron á la ciudad donde ya empezaban á encenderse los faroles. Al reflejo de las luces Ida empezó á moverse, después abrió los párpados y mirando á su alrededor maravillada, dijo con voz apenas perceptible:

—¿Qué sucede? ¿Dónde estamos?

—Nada... Estamos cerca de casa.

En efecto, en aquel momento se detenía el carruaje. Giannina estaba aguardando á la puerta.

Salta del coche Giorgina, y con un gesto enérgico ordena á la otra que guarde silencio, y luego sosteniendo á Ida que aunque algo vacilante, podía ya tenerse en pie, suben ambas por las escaleras.

En aquel momento apareció la Condesa que estrechó entre sus brazos á la joven, pues por la precipitada salida de Giorgina había comprendido que estaba en peligro su protegida.

Mientras tanto Giorgina había llamado por teléfono al médico de la casa.

A pesar de las protestas de Ida, manifestando que se encontraba bien, la Condesa la obligó á meterse en el lecho.

Luego vino el médico y aseguró que la joven no ofrecía peligro alguno.

Entonces refirió Ida los pormenores de la emboscada. Al salir de la oficina se le había acercado una joven, dándole una tarjeta de la princesa Astolfi, que le rogaba vivamente pasase en el acto á verla para un asunto urgente.

Subió al coche con aquella mujer, que se titulaba doncella de la Princesa, y á los pocos momentos su compañera le acercó á la boca un pañuelo plegado que olía á esencias diciéndole:

—Respire usted fuerte. Esto le hará bien para reponerse de las fatigas del trabajo.

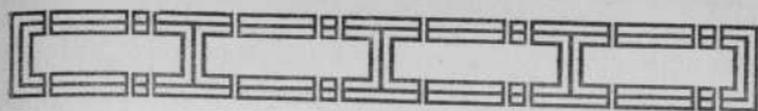
De pronto sintió Ida zumbidos de oídos, y una extremada languidez y cayó en un estado tal de postración, que aunque trató de rechazar á la supuesta doncella, no pudo conseguirlo.

Luego ya no recordaba más hasta el momento en que se encontró en otro coche con Giorgina.

El médico declaró que Ida había sido cloroformizada, y que la mujer que le había suministrado el anestésico debía haber sido instruída por algún compañero de profesión, porque de otro modo ó no hubiese obtenido el efecto que se buscaba, ó la habría envenenado.

La narración que hizo después Giorgina, fué acompañada por las lágrimas de Ida, de la Condesa y de la propia Giannina. ¡Cuán elocuentes eran aquellas lágrimas!

—Tú me has salvado la vida—exclamó Ida abrazándola con ternura—y acaso algo que vale más que la vida.



XLVI

La constituyente del feminismo.

LA gran conmoción producida en casa de la condesa Storní por la extraña aventura de Ida, y por el grave riesgo que había corrido, fué pronto disipada por los graves y múltiples cuidados que imponía á la Condesa y á sus auxiliares la próxima reunión general de la nueva *Alianza* nacional, y del trabajo febril que producía tal acontecimiento.

No se le ocultaba á la Condesa la importancia de este Congreso en el cual debían intervenir con sufragio deliberativo las delegadas de todas las provincias, para constituir definitivamente la nueva *Alianza* nacional, discutir y aprobar los Estatutos, elegir los cargos de los tres grupos y corresponder, en fin, al maravilloso entusiasmo con que la idea había sido acogida por las mujeres italianas, y desplegar ordenadamente, universalmente, su actividad y sus ventajas.

Por consiguiente, como había hecho siempre en la realización de su admirable labor de organización femenina, la Condesa se dedicó á considerar y disponer todas las circunstancias del próximo Congreso, con el objeto de que alcanzara un éxito completo. Y semejante labor de preparación iba, por decirlo así, creciendo entre sus manos, porque cuanto más trabajaba tanto mejor veía lo que quedaba por hacer.

Una relación completa respecto á las nuevas instituciones, debía comprender la primera parte para exponer el origen, los progresos, la naturaleza y el objeto de ella. En cuanto á los Estatutos que debían ser discutidos y votados por la Asamblea, convenía preparar el proyecto de ellos en forma clara, sencilla y breve. Pero precisamente por eso era largo y penoso el trabajo preparatorio, porque había que prepararse para vencer todas las dificultades, ilustrar, sostener y conducir á buen término todas las cosas, de modo que pudiera llegar á ser la única representación corporativa de los intereses femeninos en Italia.

Respecto al objeto principal, esto es, á las condiciones necesarias para el buen funcionamiento de la naciente Sociedad nacional, estribaba en la buena elección de las personas elegidas para los tres grupos, y especialmente en la secretaria general. Debía por tanto, la Condesa, como iniciadora del proyecto, conocer plenamente la naturaleza de los cargos y el valor de las personas encargadas de desempeñarlos.

También se debía preparar el Balance, esto es, dar cuenta á la Asamblea general de las entradas y salidas ocurridas en el estado preparatorio de la futura Sociedad, así como asimismo otro Balance de previsión de los ingresos y gastos del nuevo estado de cosas.

Y para que la inauguración de la nueva Sociedad resultara verdaderamente ordenada, solemne y grandiosa, convenía tomar con tiempo las disposiciones necesarias y hacer los preparativos precisos para el recibimiento y alojamiento de las invitadas que acudirían á la fiesta inaugural, para la función religiosa que debía celebrarse antes del Congreso, para el desfile público del cortejo y para los banquetes que debían contribuir á la mayor brillantez de la solemnidad.

Cuanto más se acercaba el gran día del Congreso, tanto más el ánimo de la Condesa aparecía preocupado. Pero como había previsto y prestablecido todas las cosas, procedía con cal-

ma inalterable, concentraba y condensaba toda su actividad directiva, y reforzaba los medios de ejecución, con el objeto de que todo se hiciera con prontitud.

Llegado por fin el día de la gran Asamblea, la Condesa sólo se ocupaba en celebrar dignamente la inauguración de la *Alianza nacional*.

En las estaciones de los ferrocarriles y de los tranvías, por las calles y por las plazas, tapizadas con manifiestos y carteles de varios colores, con el programa y con otras indicaciones concernientes al Congreso; en las ventanas y en las tiendas, adornadas con emblemas; en todas partes, en suma, se escuchaba un clamoreo incesante y vertiginoso, como si todas las gentes constituyesen una sola familia y se preparasen á celebrar una fiesta doméstica.

El tema obligado de todas las conversaciones era, naturalmente, el Congreso, y el nombre de la condesa Storni estaba en todos los labios. Parecía que toda la ciudad estaba orgullosa de constituir el centro, la Sede suprema de aquella fiesta.

Como queda indicado, el Congreso dió principio con la función religiosa.

Millares de personas, pertenecientes á todas las clases sociales, se congregaron en el vasto templo, animadas todas de un solo sentimiento de fe y de fraternidad cristiana. Cuando el orador sagrado se dirigió á la concurrencia con palabras de saludo y bienvenida, el silencio fué absoluto. Después trazó á grandes rasgos la misión redentora de la nueva Sociedad, haciendo ver las ventajas que reportaría á todo el país, á las mujeres, á las familias, y concluyó invocando á la Santa Virgen; la *bendita entre todas* las mujeres, rogándole encarecidamente que extendiera su manto celestial y acogiese en su corazón inmaculado á la nueva *Alianza* y á todas las adheridas á ella. Entonces la conmoción se pintó en todos los semblantes, y no pudiendo desbordarse el entusiasmo en vítores y aclamaciones

por la santidad del lugar, la conclusión del sermón fué acogida con lágrimas de alegría.

Bendecida por el obispo la bandera social, el cortejo se encaminó al *Politeama*, que era el lugar designado para la Asamblea. Las adscritas á la *Alianza* nacional marchaban en grupos, y detrás de ellas venía larguísima fila de las que componían la *Alianza* local, precedidas de la condesa Storní y de las señoras del Consejo. Cerraba el cortejo una representación del Municipio, que había acordado asistir á la reunión y asistir en su palco á la reunión inaugural.

El paso de aquella muchedumbre de mujeres por las calles principales, provocó ruidosas manifestaciones de entusiasmo. Al aparecer la Condesa, los aplausos fueron ensordecedores. Vestida sencillamente de negro, á pesar de su serenidad, no pudo menos de conmoverse al verse objeto de tales muestras de simpatía, y nuestra heroína Ida, que la amaba tanto, lloraba á su lado de satisfacción.

Cuando la Condesa llegó al *Politeama*, éste se encontraba ya bien lleno de gente. Las butacas y las galerías estaban destinadas exclusivamente á las mujeres; los palcos se veían repletos de señoras y de caballeros; el proscenio se había reservado para las delegadas que bajo la presidencia de la *Alianza* local, debían elegir á la futura presidenta, constituyendo definitivamente la nueva Asociación.

No hay modo de describir el entusiasmo que se apoderó de todo el mundo cuando la Condesa ocupó su puesto en el escenario. Los aplausos y las aclamaciones resonaron con tal estrépito, que parecían no tener fin.

Bastó, sin embargo, que la Condesa empuñase la campanilla presidencial, para que en el acto reinase el mayor silencio.

Se levanta entonces y con voz límpida, segura, vibrante, dice:

—¡Señoras, amigas, hermanas!

»Si nuestros antepasados pudiesen hoy volver entre nosotros,

se mostrarían asombrados ante el espectáculo singular y para ellos extrañísimo, que ofrece en este momento la asamblea general de la *Alianza* femenina. ¡Las mujeres asociándose solas, organizándose solas, deliberando y votando solas, van á constituir un gran ejército social que ya se extiende por todo el país! Y lo que haría más singular, más extraño este fenómeno, sería que el hecho de que se trata no nos lo ofrece una pequeña minoría de mujeres italianas, las cuales queriendo destruir la naturaleza y la tradición, pretenden apresurar el tipo de la *mujer nueva*, emancipándola de los deberes del sexo en el orden privado y público, para colocarse en guerra abierta con los hombres, sino que procede la gran mayoría del pueblo femenino, que se jacta de ser fiel al ideal de la *mujer antigua*, heredado de sus antecesores, y pretende unir juntos los principios, las tradiciones, las costumbres cristianas de la familia italiana con programas, métodos y medios de acción y de organización, que obligan á la mujer á salir del santuario doméstico para arrojarse en la agitación de la vida pública y defender sus derechos. ¡Qué aberración, qué extraño les parecería todo esto á nuestros antepasados para la propia mujer, para la familia y para la sociedad!

»Al condenar tan severamente la obra de la *Alianza*, nuestros excelentes padres cometerían un error, por la sencilla razón de que nacidos en otros tiempos, esto es, cuando la mujer tenía en la familia educación, ocupación y derecho, y viviendo en ella se desenvolvían todas sus actividades, no podrían apreciar las condiciones de nuestros tiempos, en los cuales la mujer, por la revolución sobrevenida en los métodos de producción, y por la anarquía intelectual y moral determinada por el individualismo, si no quiere sucumbir ante el egoísmo del hombre, debe prepararse á trabajar por sí, debe en muchos casos salir de casa á ganar su pan, debe constituirse no sólo en sus deberes sino también en sus derechos, para poderlos defender contra la in-

vasión del hombre; debe, en suma, ejercitar su actividad para bastarse á sí misma cuando á sus intereses no atiende ni la familia ni la sociedad.

»Por eso es por lo que hoy la comunidad de intereses conduce á la mujer á la asociación, como hacen los hombres.

»Este fué el concepto que nos guió al fundar primeramente la *Alianza* local y después la nacional, que hoy se constituye definitivamente é inaugura con tal solemnidad su acción, en beneficio de la mujer italiana.

»El estímulo para tan ardua empresa nos lo ha dado el hecho evidente de que la organización femenina es reclamada por la índole de los tiempos, de tal modo, que si no se hubiese creado institución, antigua en los principios y nueva en los métodos, para reunir á las mujeres italianas, éstas hubiesen ingresado en otras sociedades, nuevas en los principios y en los métodos, es decir, en el radicalismo con daño y ruina de la mujer, de la familia y de la sociedad.

»El efecto que ha obtenido nuestra obra, lo dice á Italia entera el número de las adheridas y el espectáculo de este día memorable, que señalará una fecha verdaderamente histórica en los anales de nuestra patria.

»Nada más añado, porque tendría mucho que decir si debiese expresar todo lo que el corazón me dicta en este momento. Ni siquiera doy las gracias por el favor con que fué acogida nuestra obra, ni por el plebiscito grandioso de las mujeres italianas, ni por este universal entusiasmo... No, no añado nada, porque todo lo que tratase de decir resultaría pálido para manifestaros la intensidad de nuestro reconocimiento.

»Pero lo que no puedo callar es el hecho de que en lo sucesivo la mujer italiana tiene en la *Alianza* nacional la facultad de decidir la propia suerte, y no puede decidirla más que con adoptar todos los medios del progreso moderno, para hacer más provechoso el patrimonio inalienable de las antiguas tradiciones.

»Después de esto, como presidenta de la *Alianza* local á quien correspondió hasta hoy la dirección provisional de la *Alianza* nacional, declaro abierta la asamblea constituyente y la primera reunión general de la misma...»

Concluido el discurso, que fué interrumpido con aplausos interminables, Ida leyó la relación del origen y desarrollo de la Sociedad y el programa de los trabajos futuros. También aquí resonaron muchos aplausos.

Luego se llegó al acto más importante del congreso, esto es, á la elección de la nueva presidencia que la Condesa estaba resuelta á rechazar, declarando que no podía entrar en la dirección de la *Alianza* nacional, para consagrarse á la *Alianza* local.

Levantóse, por tanto, y anunció que se debía proceder, en primer lugar, á la elección de la presidencia general, después de lo cual se elegirían las presidencias de los tres grupos principales. Manifestó que deseando consagrar todas sus fuerzas á la Sociedad local, estaba firmemente decidida á no aceptar cargo alguno en la *Alianza* nacional. Invito, pues, á las delegadas á votar la nueva presidencia.

Entonces se levantó una de ellas y dijo con voz conmovida y solemne:

—Si la *Alianza* local es obra de la condesa Storní, la *Alianza* nacional es su obra maestra. Propongo, pues, que sea elegida por aclamación para la primera presidencia general, y ruego que la Asamblea confirme esta elección con un aplauso unánime.

A estas palabras todas las delegadas se pusieron en pie aplaudiendo y gritando:

—¡Viva la nueva presidenta!

Aunque visiblemente conmovida, trató la Condesa de hablar muchas veces para insistir en su propósito; pero siempre fué cubierta su voz por los aplausos y los vivas. Por lo tanto, tuvo que aceptar aquel puesto.

En escrutinio secreto fueron elegidas las presidencias de los tres grupos, resultando elegidas las más idóneas.

Por último se llegó al postrer punto de la orden del día: *Observaciones y votos de las asociadas*. La presidencia anunció que se podía hablar aunque nada más que durante cinco minutos.

—¡Pido la palabra!—se oyó decir en un palco del primer piso.

—Hable usted—respondió la presidenta, que había visto levantarse en el palco á la princesa Astolfi.

Entre el asombro de todos, ésta dijo:

—Después del gran plebiscito, la *Asistencia* femenina que tengo el honor de presidir, ha acordado, después de larga deliberación por unanimidad, fundirse con la *Alianza femenina nacional* y convocar lo antes posible una reunión general para comunicar á todas las asociadas tal resolución, invitándolas á inscribirse en la *Alianza*, por realizar ésta con mayor facilidad nuestro programa. Tengo mucho gusto en participar tal deliberación á la Asamblea, y también para hacer público la alta estima que profeso á la ilustre organizadora de la *Alianza*.

Estas palabras que constituían un nuevo triunfo para la Condesa, fueron aplaudidas con el más vivo entusiasmo.

Pronto llegó un triunfo más.

Apenas había terminado de hablar la señora princesa Astolfi, cuando se oyó en un palco tercero una voz argentina exclamar:

—¡Pido la palabra!

Era nuestra estudiante Celia, ya conocida de los lectores.

—En nombre mío—dijo—y de otras dos estudiantes en la Universidad, antes adheridas á la *Liga feminista*, declaro que después de haber seguido con atención el desarrollo de la *Alianza*, su actitud responde por completo á nuestros propósitos. Por consecuencia, todas tres ingresamos en la *Alianza*, proponiéndonos además trabajar cerca de la *Federación universitaria feminista* para que se adhiera á la *Alianza*.

Nuevos y atronadores aplausos.

Luego siguieron algunas otras adhesiones y observaciones, y cuando estaba para terminar la Asamblea, resonó en las galerías una voz resuelta, que gritó:

—¡Pido la palabra!

Todo el mundo volvió la cabeza hacia este sitio, incluso la Presidencia, que no tardó en reconocer á Olga Fioroni, en pie, esperando que la otorgase licencia para hablar. Sonrió la Condesa y dijo con calma:

—¿Es la señorita Olga Fioroni, secretaria de la *Liga feminista*, quien ha pedido la palabra?

—Sí, señora.

Murmullo universal y exclamaciones de asombro, por el hecho de que hubiese entrado en el teatro una persona que no debía tener billete de invitación.

—Sepa usted, señorita—replicó tranquilamente la Presidencia—que no pudiéndose entrar aquí sin pase personal, debería negarle la palabra. No obstante, permitiré que usted hable, si me promete atenerse á la orden del día. Diga usted si está dispuesta á hacerlo.

—La palabra es libre.

—¡Sí ó no!

—Es una reunión pública.

La Asamblea se agita y el murmullo crece.

La Presidencia toca la campanilla y luego dice:

—Esta no es una reunión pública. Es una fiesta de familia, hermosa y solemne, en la cual la dueña de la casa, sostenida por todos los miembros que la han elegido, tiene el derecho y el deber de impedir que se turbe el orden.

—Pues renuncio á la palabra—gritó la Fioroni, con un gesto de desdén y de desprecio.

—Nunca estuvo en el uso de ella—repitió la Condesa, entre risas y aplausos.

Renacida la calma, la Presidencia indicó que el orden del día estaba agotado y que, por lo tanto, debía cerrarse aquella solemne reunión general; que en los días sucesivos se continuarían los trabajos, ocupándose principalmente en la discusión de los Estatutos y en la elección de las tres Juntas permanentes. Con visible emoción dió gracias á la Asamblea, á la Autoridad, al Municipio y á todos los que habían prestado su apoyo á la *Alianza*. Por último, concluyó diciendo:

—¡Señoras, amigas, hermanas!

»Definitivamente constituida hoy nuestra Asociación, adquiere jurídicamente su puesto en la vida del país, como la más vasta y numerosa institución nacional.

»Firme en su derecho, esto es, en la libertad igual para todos, la Asociación resulta tan fuerte, que si bien no participa directamente en la vida administrativa y política, nada se podrá realizar sobre los intereses femeninos sin su concurso. Aseguramos de este modo, por la fuerza del número, la libertad é independencia de nuestra acción contra todo abuso, y podremos con toda tranquilidad ejercitar nuestra obra, para ofrecer á la patria el fundamento inconcuso de su unidad moral, que es el verdadero principio, la fuente genuína y perenne de su fuerza, de su prosperidad, de su grandeza. Unidad moral entre el pasado y el porvenir, determinando en el presente una corriente de vida, inspirada en todo lo que hay de grande en las tradiciones del pueblo italiano. Unidad moral entre los varios órganos para que la mujer pueda ejercitar su maternidad social en la regeneración y unificación de la patria.

»Por tanto, la *Alianza* nacional no es un partido de guerra que excita á las mujeres á luchar contra los hombres para la perfecta igualdad de los derechos económicos, civiles y políticos, haciendo más ancha y más profunda la llaga social del moderno proletariado, sino una milicia de paz, que con sus fuerzas defiende su libertad, y de ella se sirve para beneficiar al hom-

bre y á la mujer, la familia y la sociedad, mediante el ejercicio perfecto, constante, universal de la maternidad social.»

Apenas hubo acabado de hablar la Presidencia, el entusiasmo se desbordó de nuevo, prorrumpiendo todo el auditorio en aplausos y aclamaciones, que se renovaron entre la inmensa multitud congregada en la plaza cuando la Condesa salió en coche descubierto con su fiel secretaria la joven Ida.

—¡Me la han pagado!—dijo la Condesa al ponerse en marcha.

—Quien la hace que la espere.

—Hoy eres la secretaria general de la *Alianza*. Mañana presentarás la renuncia de tu destino en Telégrafos.

—¡Alabado sea Dios! ¡Voy á saltar de alegría!



XLVII

Después de la derrota.

Los últimos acontecimientos, que habían precedido y acompañado á la inauguración triunfal de la *Alianza*, y que todavía continuaban en diversas fiestas, mantenían en el campo enemigo no sólo un estado cada vez más angustioso, sino que producían verdadera desesperación en los dos personajes más comprometidos en aquel triste negocio.

La pobre presidenta de la *Liga feminista* no podía encontrar un momento de reposo, de tal manera su condición se había vuelto intolerable, que deseaba salir de ella á toda costa.

La continuada y dura guerra entre los dos ejércitos de la *Liga* y la *Alianza* estaba ya concluída; aquélla yacía deshecha en la más espantosa derrota; ésta era dueña del campo y marchaba de triunfo en triunfo.

En todos los semblantes leía la señora Schwitzer la burla que inspiraba su vencimiento. En cambio la condesa Storní era el ídolo del pueblo, la reina de los corazones.

Después de haberla provocado tantas veces á la guerra, después de tanta publicidad, de tantos retos, triunfaba en toda la línea. Ya la parte más numerosa y mejor de su ejército se había desbandado; de mes en mes decrecía el número de las cuo-

tas cobradas. Sólo quedaba á sus órdenes un grupo, y éste estaba compuesto por la hez del socialismo.

¿Qué hacer? ¿Prolongar la agonía? ¿Permanecer en el timón de una nave desarbolada, que iba á ser engullida por las olas? ¿Comparecer en público, mostrarse á las gentes, tratar con todas las personas como presidenta de la *Liga* para ver en todos los semblantes la propia condena, para beber gota á gota el tósigo de la desesperación?

Cuando el plebiscito nacional de dos millones de votos á favor de la *Alianza*, la había revelado claramente que en adelante la *Liga* estaba vencida para siempre, si un pensamiento más alto, el de arrojar al rostro de sus cooperadores la ingratitud, el egoísmo, la traición, no la hubiese contenido, y si además no hubiera tenido un rayo de esperanza. Pero después de aquella famosa reunión, en la cual las consejeras habían colmado la medida de la petulancia y de la felonía, el rayo de esperanza se había disipado en absoluto.

Y la solemne inauguración de la nueva *Alianza*, con la elección de la Storni y de la Piumetti para la presidencia y la secretaría, demostraba hasta la evidencia que esta Sociedad llegaba al colmo de la victoria.

No había duda alguna; la *Liga* estaba muerta.

Luego también debía morir su presidenta, como ya había resuelto en otra ocasión, suspendiendo el suicidio solamente por no mostrarse cobarde abandonando el campo de batalla, antes de haber llamado á cuentas por última vez á su estado mayor.

¡Extraña contradicción! Ahora que todo parecía empujarle al suicidio, la señora Schwitzer distaba mucho de tener este pensamiento y no veía la salvación más que en la fuga imprevista y oculta.

Italia, que había sido siempre para ella el país encantado, en el que pensaba concluir poéticamente sus días, le resultaba ahora odiosa, insoportable.

—¡*Verdammentes Bigottenland!* (Maldito paso *degazmos*)—decía rugiendo.—No, no poseerás mis huesos. Pronto, pronto, fuera de esta tierra execrada, de estas hordas fanáticas, de este aire impregnado de fetichismo. Largo de aquí; quiero morir tranquila. Quise redimirte, regenerarte, sacar á tus mujeres del embrutecimiento, del idiotismo, de la esclavitud. Pero no has entendido otros feminismos que el de mis escudos.. No, no tendré paz hasta que te haya vuelto la espalda, cuando pasados tus límites, podré mandarte la última maldición. Entonces sabrás quizá lo que has perdido.

Firme en su proyecto de fuga, trazó por escrito las disposiciones que debían seguirse después de su partida en todos los asuntos que la interesaban. Tales disposiciones consistían: una declaración formal al Consejo directivo de la *Liga*, renunciando de manera irrevocable á la presidencia; instrucciones particulares á la secretaria y á la cajera, sobre el modo cómo debían prescindir de sus intereses desde el día de la renuncia; una exposición de todos sus gastos en beneficio de la *Liga*, que ascendían á 150.000 liras; un inventario de todos los objetos de sus propiedad, y un memorial al Consejo sobre las razones que la obligaban á dimitir.

Para no comunicar á nadie su secreto, ni siquiera á Brandini ó á la Fioroni, escribió por sí misma todos estos documentos, trabajando noche y día..

Otra persona que ansiaba también liberarse de su estado de agonía insoportable era la famosa comadrona.

Imagínese el lector la situación en que se encontró aquella célebre noche, cuando aguardando en su casita de campo, acompañada de Brandini y de la Schwitzer, la llegada de su víctima, supo que el pájaro había volado. Una loba hambrienta á quien se quita de las garras un corderillo, no sentiría mayor rabia ni mayor furor que la vengativa mujer.

Despidió á sus huéspedes apresuradamente, temiendo ser

descubierta y luego se marchó á pie hacia la ciudad por las calles menos frecuentadas para no ser vista de nadie.

Durante algunos días, permaneció como alendada, pasando las noches en delirar contra sí misma y contra todos por su maldita suerte.

Entretanto, llegaron los preparativos para la primera reunión general de la nueva *Alianza*, y la solemne jornada inaugural, con las demostraciones y fiestas extraordinarias en que tomó parte toda la ciudad y que se prolongaron en los siguientes días.

Entonces se vió sola é inerme enfrente de un ejército aguerrido é invencible.

Brandini, con sus fanfarronadas; la Schwitzer, con su *Liga*, ya moribunda; la vieja bruja, con sus oráculos fallidos; todos se habían mostrado impotentes para ayudarla en la lucha. Sólo ella estaba en pie enfrente de su rival. Y esta última, que también la había vencido muchas veces, era ahora secretaria general de una poderosa organización, disponía de una fuerza inmensa en todo el país y no tardaría en vengarse dándole el golpe de gracia.

Y claro está que á la comadrona no se ocultaba que Ida podía encontrar motivos para echar sobre ella todo el rigor de la ley, para hacer que se prohibiera su infame tráfico, para mandarla á galeras. Porque demasiado sabía que uno de los objetos predilectos de la *Alianza* era el de combatir sin descanso la profesión que ella ejercía. Luego prescindiendo de su resentimiento personal, Ida, por principio de conciencia, debía causar su ruina.

Por lo tanto había necesidad de adoptar una resolución extrema, decisiva. ¿Cuál?

La comadrona sólo veía abiertos dos caminos: ó renunciar á su tráfico, cerrar la casa y cambiar de domicilio, trasladándose á un país lejano del campo de su derrota, ó buscar la manera de vengarse con un golpe desesperado.

El primer partido lo rechazó desde luego como irrealizable, de tal manera le atormentaba el pensamiento de la pobreza y el de renunciar á la venganza. Por otra parte, sabía demasiado que para tomar esta resolución siempre habría tiempo, cuando el segundo proyecto hubiese fracasado; entonces sería cosa de pensar en ceder el campo.

Á meditar sobre este último proyecto se dedicó con todas las facultades de su imaginación la astuta mujer, para urdir un nuevo asalto en el cual sucumbiese su adversaria con seguridad.

—Sí, sí—se decía—esa mujer debe morir; mientras esté con vida yo moriré de rabia y de desesperación, arrastrando una existencia de infierno que es la peor de las muertes. Si tengo que jugar mi vida para tomar la suya, la jugaré... Sí, iré á gale-ras, al patíbulo si es preciso... Pero si puedo hacerlo con el auxilio ajeno, haciendo que las sospechas recaigan sobre mis cómplices, entonces tanto mejor... Acaso lo consiga... Allá veremos.

Al llegar aquí empezó á examinar todos los planes para asegurar su venganza, buscando al propio tiempo á las personas de quien pudiera servirse para ejecutar sus atroces designios, pues intentaba, como ya se ha dicho, sacar las castañas del fuego con mano ajena, esto es, urdir una trama en que ella corriese el menor riesgo de ser descubierta. Entre los nombres que acudieron á su mente como instrumentos más idóneos para entrar en el plan que fraguaba, se fijó, desde luego, en el de la señora Schwitzer.

La astuta comadrona suponía que, después de la inauguración triunfal de la *Alianza*, la alemana debía de encontrarse en tal estado de perturbación mental que sería fácil empujarla á cualquier empresa desesperada. Si obtenía su concurso, la infame mujer se arreglaría de manera que todas las responsabilidades cayesen sobre su cómplice.

Persuadida de haber dado en el blanco y de realizar fácilmente su propósito, dijo:

—Ahora que hemos resuelto la dificultad no perdamos tiempo... ¡Manos á la obra!

Mandó en seguida una persona que fuese á pedir hora á las oficinas de la *Liga* para ver á la señora Schwitzer, pero allí le dijeron que la presidenta andaba muy ocupada en aquellos días y apenas se presentaba en la Asociación.

Entonces la comadrona le escribió con gran misterio, diciéndole que tenía que darla noticias de gran interés.

La Schwitzer contestó á la carta, citando á la comadrona para el siguiente día.



XLVIII

El gran secreto.

DESPUÉS de haber adoptado la resolución irrevocable de fugarse, la presidenta de la *Liga* había cambiado de tal modo, que ella misma no se conocía.

Dominada por un solo pensamiento, el de sustraerse para siempre al espectáculo de su derrota, no veía la hora de abandonar la ciudad y hasta la propia Italia. Por eso apresuraba secretamente todos los preparativos de viaje y no se dejaba ver de nadie.

Cuando hubo recibido la carta de la comadrona, presto adoptó la resolución de no dejarse engañar por aquella mujer que tantas veces había burlado su confianza.

Como es natural, esta disposición de ánimo de la Schwitzer era completamente desconocida de la famosa comadrona, la cual, por el contrario, creía encontrar á la alemana en el colmo de la desesperación y dispuesta á convertirse en instrumento suyo. Por consiguiente, cuando se hallaron ambas frente á frente, la segunda no dejó de sorprenderse al ver la tranquilidad de la primera, que la miraba con aire de indiferencia, como si quisiera decirle:

—Estoy aquí para oírte y nada más.

Disimuló sin embargo la comadrona su disgusto, y queriendo ante todo tantear á la Schwitzer, le dijo:

—¡Estamos derrotadas en absoluto!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pues está claro. La *Liga* resulta vencida y el feminismo muerto.

—¡Quién sabe!

—¡Después del último triunfo de la *Alianza*!

—Vaya, «no hay mal que por bien no venga».

—Sí—replicó irónicamente la comadrona.—«Hasta ahora voy bien, y le llevaban á ahorcar», dice el proverbio.

—Pero nosotras todavía estamos vivas, y mientras hay aliento hay esperanza.

—También yo creo que se consigue encontrar remedio. Esperar se debe siempre. Pero, á juzgar por el presente, el porvenir no resulta muy halagüeño. Luego, para quien ama como yo la obra de la *Liga* y el feminismo, la posibilidad de su derrota nos sobresalta. ¡Renunciar á un ideal tan noble y á una empresa tan gloriosa! ¡Dejar todo el movimiento feminista en manos del clericalismo! Verse obligados á ceder el campo, á deponer las armas, á emprender la fuga delante de cuatro charlatanas. Sólo de pensarlo me dan escalofríos... No, no hay que dejar á la Storní ni á la Piumetti dueñas del campo. La derrota reclama venganza.

Mientras se expresaba en tales términos, la comadrona estudiaba el efecto de su discurso en el rostro de la Schwitzer, la cual permanecía impasible, porque habiendo adoptado la resolución de marcharse, nada le importaban ya las consecuencias de la lucha.

De manera que preguntó con la mayor calma á su interlocutora:

—¿Cuál es el pensamiento de usted?

—Los pensamientos se disipan en humo. Lo que se necesi-

fan son hechos. Usted, señora, que ha creado la *Liga* no ha cesado de dedicar á la obra su actividad, su tiempo y sus riquezas. Yo, en mi modestia, he tratado de prestarle mi auxilio; pero el caso es que hemos permanecido solas en contener al enemigo reforzado con todos los prejuicios del atavismo clerical.

—Y eso que me habían prometido ayudarme todas.

—Sí, y le dejan á usted en la estacada... ¡Bribonas! Yo en su lugar lo mandaba todo enhoramala.

—¿Entonces usted me aconseja que abandone el campo?

Aquí la comadrona tardó algunos momentos en responder, y después dijo como hablando para sí:

—Cierto; conviene ir sobre seguro. Todo consiste en hacerlo una por sí sola.

—¿Pues no se proponía usted ayudarme?

—Por eso mismo no debo esconderle la verdad.

—Venga entonces.

—En suma—respondió la comadrona empezando á enseñar el juego.—¿No vale más un gran ideal que una ó dos personas vulgares?

—Indudablemente.

—Más una obra inmensa de reforma social que la vida de cualquier miserable?

—Sin duda.

—Más la regeneración de la mujer italiana, con el verdadero feminismo de la *Liga*, que el pellejo de la Storni y el de la Piu-metti.

—Así lo creo.

—¿Pues entonces?...

—¿Entonces?...

—Entonces conviene eliminar el obstáculo para salvar la institución.

—¿Eliminar el obstáculo? ¿Qué quiere usted decir?

—Bien claro está. Suprimir á la Storni y á la Piumetti, ó por lo menos á la última.

Aun cuando todavía no hubiese penetrado todo el alcance de la propuesta fatal de la comadrona, no obstante el oír hablar de la muerte de sus enemigas, la Schwitzer se sintió aterrada, diciendo como si hablara para sí:

—¿La muerte de ambas?

—Es el único medio de salvar la vida de la *Liga*... ¿Si alguno quiere atravesarme el pecho con un puñal, no tengo yo el derecho de volver el arma contra él? Pues bien, la vida de la *Liga* merece la realización de cualquier sacrificio. No hay evolución social sin lucha por la existencia, ni ésta puede concebirse sin la eliminación de las unas para la sobrevivencia de las otras.

—¿Y cómo piensa usted obtener semejante... eliminación?

—Con la acción directa.

—¿De quién?

—De aquellas que representan legítimamente la justicia social, esto es, los intereses del feminismo.

—¿Y serían?

—La creadora de la *Liga*, como directora, y su servidora fiel, que no la ha abandonado en la derrota, como ejecutora.

—En resumen, ¿qué yo debería dar á usted orden para matar á la Storni y á la Piumetti y usted piensa en la manera de ejecutar el mandato? ¿No es esto?—preguntó ansiosamente la Schwitzer, sintiendo aumentar su terror.

—¿Por qué no?—replicó impertérrita la comadrona.—¿Qué dificultad hay en ello? ¿Teme usted acaso ser descubierta? Tranquílcese usted; el riesgo es todo mío y no tengo ganas de ir á galeras. Si no estuviese segura del éxito, no me metería en tan peligrosa aventura.

—¿Por qué quiere usted entonces mi mandato?

—Porque sin él no puedo armar la mano que debe herirlas infaliblemente.

—La mano... ¿de quién?

—¡Pardiez! De un hombre... Yo soy mujer, y la mujer no tiene aliento, ni pulso, ni ánimo para eso.

—¿Y ese hombre necesita mi asentimiento?

—Sí, señora.

—¿Por qué?

—Á esta pregunta suya, tan natural como exacta, no puedo responderle de otro modo que revelándole un gran secreto. Pero antes debo exigir de usted la promesa solemne de no revelararlo nunca á nadie. ¿Me lo promete usted por su honor?

—Se lo prometo sobre mi honor.

—Muchas gracias, pues ha de saber usted, — continuó la comadrona bajando misteriosamente la voz, y mirando con recelo hacia la puerta—que mi profesión de partera me ha abierto camino para descubrir una sociedad secreta de anarquistas, los cuales no tienen otro programa que la acción directa y la propaganda por el hecho, en nombre de la justicia social. La ejercitan por cuenta propia cada vez que su Consejo pronuncia sentencia capital contra alguno, y la suerte designa al ejecutor; pero también la ejercitan por cuenta de las empresas sociales afines, cuando lo dispone el presidente del Consejo. Venganzas privadas no se realizan, porque las prohíbe el derecho jurídico de la justicia social. Esta es la razón, porque yo no podré obtener de ninguna manera la supresión de nuestras enemigas; pero bastaría una carta suya, señora, como presidenta de la *Liga* para mandarlas al otro mundo.

—¿Y á quién debería dirigir esta carta?—preguntó la Schwitzer que se había creído la patraña y temblaba de terror.

—A mí sencillamente; yo me encargo de enviarla á su destino. Ya he dicho á usted que echo sobre mí la parte más arriesgada, la de la ejecución. Pero si esto no le satisface, puedo poner á usted en correspondencia directa con el comité ejecuti-

vo, mediante un delegado que vendría aquí á recibir sus órdenes. Elija usted, pues, lo que más le agrade.

Estrechada en tal forma, la Schwitzer permaneció silenciosa algunos momentos, mientras la comadrona la miraba fijamente como para arrancarle una respuesta.

La astuta bribona había conseguido que la presidenta de la *Liga* tomase en serio sus nuevas patrañas, y esperaba que entraría en su siniestra conjura para echar sobre ella toda la responsabilidad.

Pero la señora Schwitzer, debemos decirlo en honor suyo, sentía una repugnancia invencible hacia aquella mujer, de tal manera, que cuando Brandini le había propuesto la famosa partida de campo se había mostrado rehacia á acompañarlo.

Pero ahora que descubría por completo la enorme maldad de la comadrona, permanecía silenciosa, no porque tuviese duda en la respuesta, sino porque las revelaciones de un proyecto tan feroz la llenaba de espanto y al propio tiempo, temía atraerse el odio de aquella fiera, negándose á secundar sus planes resueltamente; por eso continuaba silenciosa, buscando ansiosamente una salida cualquiera.

La comadrona tomó esta vacilación por una señal de asentimiento. Por lo tanto, redobló su audacia, reforzó los argumentos, sin conseguir arrancarle una respuesta definitiva.

Por último, se percató la Schwitzer de que aquella actitud no podía prolongarse mucho sin riesgo suyo, y que lo mejor era entretener á la comadrona con alguna esperanza, mientras llegaba el momento de su partida, dejándola después con un palmo de boca abierta.

Por eso le dijo:

—Así de improviso no puedo prometer nada... Déjeme usted reflexionar y considerar detenidamente todas las cosas. Y para que no tenga usted que sufrir la molestia de venir á bus-

carla de nuevo yo le enviaré un aviso respecto á la determinación que haya adoptado en el asunto.

En vano procuró la comadrona arrancarle una respuesta definitiva. La Schwitzer se mantuvo inflexible y acabó por despedirla graciosamente, prometiéndola el silencio más absoluto sobre tan gran secreto.

Desde este momento se apresuró á precipitar los preparativos de su partida.



XLIX

Vocación laíca.

TERMINADO ya el movimiento extraordinario promovido por la primera Asamblea de la nueva *Alianza nacional*; cerradas felizmente las sesiones, y concluidos los últimos festejos, en casa de la condesa Storní, reinaba la tranquila actividad de antes, si bien las tareas encomendadas á la presidencia general reclamaban en lo sucesivo una labor intensa, larga y difícil.

Las oficinas provisionales fueron colocadas en casa de la Condesa hasta que se construyera el nuevo palacio donde debía instalarse definitivamente el centro directivo de la nueva Sociedad. Conforme á su proyecto, ya madurado antes del Congreso, asignó locales á propósito para las dos secretarías, la general y la local.

Nuestra protagonista Ida, después de la elección de la Condesa para la presidencia general, había presentado su dimisión del servicio del Estado, declarando que antes de quince días abandonaría definitivamente su profesión de telegrafista.

Una vez transcurrido este plazo, fué por última vez á la oficina, despidiéndose de todos sus compañeros con frases de la más exquisita cortesía, y ellos correspondieron á su lenguaje con palabras no menos corteses y cariñosas. Sólo Fiocchetti se mostró reservado, sin encontrar nada que decir, pero Ida le

sacó del atolladero, despidiéndose de él atentamente, como si nada hubiese ocurrido entre ambos.

Al salir para siempre de aquel lugar, donde tanto había sufrido y donde permaneciera hasta el último instante, únicamente por cumplir con su deber, la pobre joven experimentó un gran consuelo y exhaló un suspiro de satisfacción, como el condenado á quien se abren de improviso las puertas de la cárcel en que vivió encerrado.

Voló á casa de la Condesa para dar rienda suelta á su alegría y allí cayó en brazos de su protectora llorando y riendo como que una chiquilla.

—Ahora soy suya,—decía, besándole las manos—nada más suya hasta la muerte.

—¿Y después?—preguntó riendo la Condesa.

—¿Después? Oh, yo me iré antes para guardarla en el Paraíso, donde haré también de secretaria suya.

—¿Y si vamos al Purgatorio? Me parece que te has vuelto un poco vanidosa, desde que desempeñas ese cargo.

—Pronto se arrepentirá usted de hábermelo concedido. No soy un pájaro de jaula, sino un ave del bosque y quiero saltar, volar, cantar y correr á mi capricho.

Toda la vivacidad ardiente, alegre y expansiva de su carácter, se desbordaba ingenuamente en este primer coloquio después de su liberación, como una fuente cristalina que inunda la llanura apenas se quita el obstáculo que impedía su salida. Y como ésta sigue su carrera, esparciendo por todas partes la fecundidad, así Ida parecía haber cambiado de naturaleza, tan serena y tan jovial se manifestaba.

Apenas entrada en la nueva vida, su primer pensamiento fué el de entregarse al trabajo para desempeñar bien su cargo. A este propósito solía decir que la voluntad lo puede todo, y que una buena secretaria debe vigilar todas las cosas y corregir todos los defectos.

—Usted es la cabeza,—decía á su protectora,—nosotras los pies; pero sin los pies el cuerpo no anda y la cabeza por sí sola no puede dar un paso.

—No obstante, si la cabeza se rompe la culpa es de los pies que marcharon al encuentro del peligro y no supieron evitarlo á tiempo.

—Por eso los pies de usted deberán tener alas. Con ellas la cabeza podrá elevar el vuelo y salir incólume de cualquier peligro. En todo caso los pies serán los primeros en aplastar á ciertos animales dañinos, porque todas nosotras estamos dispuestas á dar la vida por la presidenta...

Larga, paciente, fatigosa fué la realización de este trabajo, tal como lo había concebido la nueva secretaria general. División y distribución de la labor entre sus colaboradoras, registros, índices, prospectos, correspondencia, todo, en suma, lo que pertenece á tan importante cargo, fué concertado por Ida con extraordinaria habilidad. A ello concurrió eficazmente la generosidad de la Condesa, procurándose la cooperación de las personas más peritas para montar el servicio con toda la perfección de la técnica moderna.

Al fin Ida, después de tantas borrascas, había llegado al puerto, y no tenía otra aspiración ni otro deseo que el de permanecer en su cargo de secretaria de la *Alianza* hasta la muerte.

La vida doméstica era para ella una continua fiesta, una compensación de todas las pasadas aflicciones. Considerada y tratada por la Condesa como hija predilecta, gozaba de toda su confianza y encontraba en ella á la más afectuosa de las madres. Giannina y Giorgina se habrían hecho matar por defenderla y contentarla. Además, el cargo de Secretaria no podía ser ni más conforme con su genio, ni más de su gusto, ni más á propósito para que pudiera desplegar sus aptitudes é inclinaciones.

Rica de ingenio y dotada de ánimo viril, acostumbrada desde

niña al estudio, práctica en los asuntos de la vida por la amarga experiencia de su antigua profesión de telegrafista, encontraba en su nuevo cargo un campo vastísimo que cultivar, ejercitando en su desempeño toda su actividad, con gran ventaja de la obra á que había consagrado la existencia.

Por consiguiente, todo lo que aprendiera con el estudio y la escuela de la vida, le servía ahora maravillosamente para el desempeño de su cargo, que era el centro vital de un organismo vasto y benéfico, que extendía su acción saludable sobre todo el país, que ejercitaba su apostolado hacia millones de personas, que propagaba y multiplicaba por todas partes el bien moral y material de las mujeres italianas. ¿Qué más podía desear para ser completamente dichosa?

—¿Quién más afortunada que yo,—decía en cierta ocasión la joven á la Condesa?—En familia, nada me falta. Mi trabajo es una delicia. La *Alianza* es la primer potencia del país, y yo, como fiel delegada de la presidencia, puedo hacerla marchar como un reloj. Además, usted me lleva siempre en la palma de la mano y parece que siempre estamos de boda.

—¡A propósito!—la interrumpió la Condesa con una sonrisa maliciosa,—¿no has pensado todavía en tus verdaderas bodas?

Se ruborizó Ida y vaciló un instante antes de responder, pero pronto se repuso, diciendo alegremente:

—Para una boda hay necesidad de dos personas.

—Has tenido buenos partidos y no aceptaste ninguno.

—Por esa misma razón ahora no los tengo.

—¿Pero y si se presenta uno nuevo?

—No será fácil. Pero, de todos modos, mi sentencia está escrita. Yo no perderé mi libertad. Así podré consagrar todas mis fuerzas á trabajar en el servicio de la *Alianza*. Esta es mi única familia, y la presidenta es mi madre.

—¡Ah, bribonzuela! cómo sabes herir en el punto sensible. Pero aguarda, que ahora te voy á devolver el golpe. Haz el favor

de decirme: ¿si no te hubieses mezclado en los asuntos de la *Alianza*, no habrías aceptado un esposo para librarte del servicio telegráfico?

—No niego que la condición de la mujer sea la de tomar marido y la de llegar á ser una buena madre de familia, por más que esta regla, como todas las demás, tiene sus excepciones, que no sólo confirman la regla, sino que hacen menos tristes ciertas consecuencias y ciertas otras más ventajosas. Así el celibato de las vírgenes consagradas á Dios ha creado y mantiene el apostolado de las hermanas de la caridad. Para curar ciertas llagas domésticas y sociales, la viudez de una ¡Condesa ilustre, bien conocida de usted ha creado y mantiene el gran ejército del feminismo. Si esta señora, viuda á los veinte años, hubiese contraído segundas nupcias, y el Señor le hubiera concedido una hermosa sucesión de hijos, la *Alianza* no habría nacido ni yo sería su secretaria.

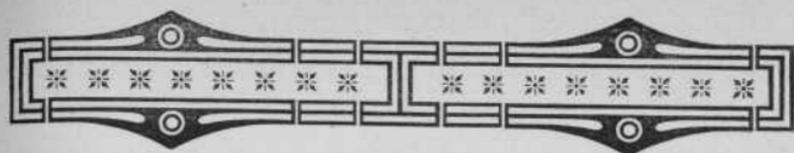
—Luego en este caso, ¿habrías profesado como monja? Y quizá lo hagas todavía... El mejor día me abandonas y te vas al convento.

—No, no... Ni matrimonio ni convento, sino celibato hasta la muerte... ¡Este es mi programa! Del matrimonio me ha apartado la experiencia de la vida, porque crecida y criada siempre entre hombres, he sentido la más profunda repugnancia en ligarme indisolublemente con alguno de ellos. Conozco demasiado á nuestros hombres y *superhombres* modernos! y á la vida religiosa tampoco tengo inclinaciones. Para mí es indudable que la Providencia me ha destinado á caer en las manos de quien estoy ahora. La *Alianza* es mi reino, mi papado. Pero si eso no hubiera ocurrido, después de la muerte de mi pobre madre habría tratado, por todos los medios posibles, de asegurarme un estado modesto de libertad é independencia personal, para poder vivir con mi trabajo y cooperar al apostolado laico, para la rehabilitación social de la mujer. Pues

esta misión, que es la más importante y vital de todas, me ha sido ofrecida por la *Alianza*. Por eso puedo decir que mi vida es la más dichosa y la más afortunada del mundo. He aquí en pocas palabras mi confesión general.

Ante esta nueva prueba de la nobleza y grandeza de ánimo de su secretaria, la Condesa se complacía en la perfecta comunidad de sentimientos que existía entre ambas, pues parecían creadas á propósito para trabajar juntas en el apostolado del feminismo cristiano. Terminó, por lo tanto, el coloquio con aquel acento de ternura, que empleaba siempre con la joven.

—Poco á poco y sin quererlo me das la razón. Luego absolvámonos mutuamente y hagamos juntas penitencia combatiendo al laicismo falso con el nuestro, que es de muy buena ley. Esta es ciertamente la misión más útil de la mujer por la mujer en los tiempos modernos. Estamos en la misma barca, yo sobre el puente de mando y tú en el timón. Esperemos que á pesar de todo género de borrascas hemos de entrar felizmente en el puerto.



L

La última trama.

CUANDO la comadrona regresó de su visita á la Schwitzer, con el rabo entre piernas, como suele decirse vulgarmente, aguardó algunos días para ver si recibía el aviso convenido para la terminación del asunto, pero lo aguardó en balde, cosa que no sorprendió á la astuta mujer, porque demasiado había visto que la alemana se resistía á entrar en la conjura proyectada.

Intentó entonces hacer entrar en la red á otras personas, para servirse de ellas como instrumentos en su infame proyecto y descargar sobre su cabeza las responsabilidades. Tanteó especialmente el ánimo de Brandini, de la Fioroni y de la Lisardi, mostrándose consternada con el triunfo de la *Alianza*, y declarándose pronta á todo sacrificio para salvar á la *Liga*, insistiendo siempre sobre la necesidad de un remedio radical, de un acto heroico, de un remedio seguro para vencer al enemigo común.

Pero no tardó en advertir que perdía el tiempo lastimosamente, porque no sólo encontraba en todos frialdad y desconfianza, sino que cada vez que trataba de excitar su interés para

provocar la explicación final, todos la dejaban decir y hacían oídos de mercader, dándole á vislumbrar que se lavaban las manos.

No le quedaba, pues, más que un último partido, y era buscar el auxilio de la vieja bruja haciéndola creer que la Storni y la Piumetti estaban tramando un plan terrible con el propósito de arruinarla, comprometiéndola en un proceso. Por más que tuviese pocas probabilidades de engañar á la vieja que la aventajaba en astucia, quiso no obstante, intentar la prueba, por aquello de que en todas las cosas lo último que se pierde es la esperanza.

Por tanto, según su antigua costumbre, una mañana antes de amanecer fué á ver á la vieja, tratando de asustarla, hablándole de una denuncia judicial á la que seguiría un proceso y quizá una condena criminal.

Pero pronto pudo percatarse de que la astuta sibila había adivinado el juego y que lejos de dejarse engañar amenazaba con las más terribles represalias á cualquiera que tratase de darle un disgusto con la justicia. Entonces la comadrona mudó de registro y reclamó su ayuda para salvarse de una catástrofe inminente.

Alzó la bruja los hombros con desdén y le replicó secamente, despidiéndola con cajas destempladas, añadiendo además una porción de injurias de lo más selecto de su abundante repertorio.

Irritada por aquellas provocaciones, la comadrona se levantó vomitando también las más horribles amenazas. Pero la vieja sin conmoverse, ni apelar como la vez anterior á los espíritus, le dijo fríamente con una sonrisa siniestra y maligna.

—No juegues con fuego porque la mina está cargada y pudiera encenderse la mecha. Nuestro último coloquio, como los anteriores fué oído por dos testigos de mi confianza. Conque no ameneses si no quieres que te prendan.

Dicho esto, la bruja se puso en pie y desapareció, cerrando tras de sí la puerta interior del saloncillo.

La comadrona se quedó como herida del rayo, y hasta llegó á temer que aquellos dos testigos la detuviesen en el acto Huyó, pues, también apresuradamente, dándose por satisfecha con encontrar libre la salida y echar á correr sin que la siguiesen.

Llegada á su casa, agitada y furiosa, por la impresión que le había producido aquella escena, murmuró entre dientes para sí:

—Acto quinto. Escena última. Encuentro final entre las dos protagonistas del drama... Nadie obra mejor que uno mismo... Luego manos á la obra... Después veremos.

Y se puso á reflexionar y á considerar atentamente la evolución fatal de los últimos acontecimientos y la resolución definitiva que debía adoptar y realizar por sí misma, puesto que los demás la abandonaban.

Pronto vió con evidencia que estaba completamente sola enfrente de un verdadero ejército victorioso y que no le quedaba más que huir ó dar un golpe desesperado.

Eran ya demasiadas las personas que conocían los secretos de las tramas criminosas que había realizado contra la Piumetti: Brandini, Fiocchetti, la Schwitzer, la bruja, y además ésta tenía dos testigos. Ahora, en el momento supremo, todos ellos la habían abandonado á su triste suerte, esquivando todo empeño para la común defensa y salvación.

A Fiocchetti no le había comunicado su último proyecto, porque lo consideraba completamente incapaz é inepto para contribuir á su ejecución, no ya como autor, sino como simple instrumento, pues sabía que aunque lo dominaba por el terror, una vez cesado éste sería el primero en denunciarla.

Por otra parte, tenía indicios y hasta pruebas seguras de que era expiada continuamente por sus enemigas, las cuales no dejarían de presentar buen número de argumentos para mandarla

á galeras. El ejercicio de su infame industria sería indudablemente una de las principales materias de acusación.

Si ello ocurría, esto es, si compareciese delante de la justicia, sus antiguos amigos y cómplices realizarían todo género de esfuerzos para agravar su situación y disculparse. Las más fieles personas de su casa, sus deudoras, sus auxiliares en otros delitos lo revelarían todo. La cadena perpetua para ella no podía faltar.

Además, y prescindiendo de estos casos extremos, la guerra que la *Alianza* hacía en general al torpe mercado y en particular á su industria privada, la reduciría pronto ó tarde á la impotencia para continuarlo, y, por lo tanto, á la ruina.

En este estado de cosas no podía esperar que el peligro se le echase encima; era preferible ir en su busca.

¿Huir? ¿Renunciar á su tráfico, abandonar la empresa y vivir escondida en un país lejano, donde sus enemigos no pudieran encontrarla? Pero esto era condenarse á la miseria, á la desesperación, con la certeza de aumentar el triunfo de su rival y con peligro además de ser descubierta y entregada á la justicia. ¿Cómo y dónde ocultarse á la *Alianza*, cuya organización llegaba á todas partes? Y luego, ¿dónde encontrar paz, sin haber cumplido su juramento, sin apagar el irresistible apé- tito de venganza?

¡Antes la muerte que una vida tan intolerable!

El solo pensamiento de huir ante su enemiga la llenaba de furor. Por eso decía frenética:

—¡O vengarse ó matarse!

Luego la venganza.

Venganza que hiriese de muerte á la Piumetti, que alcanzara también á la Condesa, para hundir á la *Alianza* definitivamente.

Venganza, cuyo autor resultase ignorado, y entonces ella podría continuar su industria. Y en último término, si llegara

á ser descubierta, con unas cuantas pastillas de sublimado asunto concluído.

Venganza realizada de manera que las sospechas cayesen contra los que se habían negado á entrar en la conjura, especialmente contra la bruja y Brandini, para vengarse de ambos.

Esbozado así en sus líneas generales el siniestro proyecto permaneció ya más tranquila. De tal manera le parecía necesario.

Pero si era fácil de concebir un proyecto de venganza, su feliz ejecución resultaba empresa difícil y ardua. Aquí, pues, concentró la comadrona todos sus pensamientos y durante días y noches no hizo más que madurar el golpe que habría de liberarla de su enemiga.

Después de haber fantaseado largamente sobre toda clase de planes, encontrando siempre difícil realizar el proyecto con impunidad, le pareció haberlo conseguido con tal de encontrar una persona que la auxiliase. Esta persona no podía ser otra que su directora.

Encerróse, por lo tanto, con ella en su gabinete y le dijo sin preámbulos:

- ¿Qué será de nosotras dentro de un año?
- Estaremos perdidas... Vamos hacia el precipicio.
- ¿Debemos presenciar la catástrofe tranquilamente?
- Que remedio nos queda.
- Entonces hay que buscar la salvación en la fuga.
- Para salir de las brasas y entrar en el fuego. Nuestras enemigas nos perseguirán sin descanso.
- ¿Y no habremos de defendernos?
- Sí, es preferible hacer justicia por nosotras, antes de que nos la hagan. El que da primero da dos veces.
- Muy bien. Tú has dado en el blanco... Yo estoy dispuesta á jugarme el todo por el todo, pero tengo necesidad de alguna persona que me ayude, con valor y sangre fría, en el

desarrollo de mi plan... Pues bien, fuera de ti no puedo contar con nadie. Con tu auxilio nada temo. Por otra parte, todo el riesgo lo correré yo; yo daré fuego á la mecha y tú no tendrás más que ayudarme en los preparativos. ¿De quién he de fiarme mejor que de ti? En el peor de los casos, es decir, si yo cayese en la ratonera, todo mi capital será para ti, pues haré testamento en favor tuyo... ¿Estamos de acuerdo?

—¡Completamente! ¿Pero el proyecto está bien fraguado.?

—Todavía necesito algunos días para darle la última mano y adoptar las medidas para ponerlo en práctica.

—¿Cuántas palomas quiere usted coger con un cebo?

—Dos: la Presidenta y la Secretaria; pero prefiero pillar á esta última. Luego hablaremos.

—Así Dios nos ayude.

—Todo tiene su término.

—Precisamente. Conque lo dicho; preparemos los medios para llegar al asalto final.



LI

El asalto final.

DESPUÉS de esta conjura pasaron algunos días empleados por la comadrona en determinar todos los detalles del asalto, asegurándose ante todo, de tres cosas. En primer término, de dar un golpe tan preciso que ambas víctimas, ó por lo menos Ida, resultase sacrificada; después desaparecer sin dejar rastro alguno, por el cual pudiera la justicia dar con el autor del delito; y, finalmente, preparar ciertas huellas ó indicios falsos, que desviando la atención de la verdadera autora, resultasen comprometedores para las personas que se habían negado á entrar en el complot.

Cuando le parecía que todo estaba admirablemente combinado, comunicó su proyecto á la directora y discutió con ella extensamente hasta el menor de los detalles. Luego se pusieron en acecho, esperando con paciencia que se les presentase la ocasión más favorable. Para conseguirlo había montado la comadrona un servicio de información digno del policía más astuto.

La ocasión favorable no tardó en presentarse. Se estaba en la víspera de la Navidad, día deseado por la comadrona, porque tenía por seguro que ambas víctimas designadas, irían á la misa

del gallo á cualquier iglesia, probablemente á la del *Albergue* de las obreras, ya conocido de nuestros lectores, para comulgar. Aquel sitio á tales horas le parecía el más oportuno para llevar á efecto su designio infernal.

A hora bastante avanzada de la noche, ordenó á su criado que fuese á rondar con precaución el palacio de la Condesa hasta media noche, para ver á las personas que la acompañasen y viniese en seguida á darle cuenta de todo.

A las once y media, el criado volvió y dijo que la Condesa con Ida y Giorgina, había salido en carruaje tomando el camino que conducía al *Albergue*, que Giannina que las había acompañado hasta la puerta, permanecía en casa.

—Está bien—respondió con indiferencia la comadrona.—Anda, ahora ve á dormir. Esta noche pienso yo guardar la casa y despedir á todos los extraños al primer toque... A propósito; si ocurriese algo declara que estuviste de guardia y que antes de media noche se cerró todo sin que entrase ni saliese nadie de la casa.

El criado que había visto brillar una moneda, afirmó que estaba dispuesto á jurar que no había entrado ni salido una mosca.

Diez minutos después, el hombre dormía á pierna suelta, relevado como estaba de la tarea de vigilar por la casa.

La comadrona había calculado justamente que sus víctimas no podrían volver antes de las dos de la madrugada, porque tendrían necesidad de emplear un par de horas para la misa nocturna, la comunión general y las demás funciones de precepto. Decidió, por lo tanto, con su compañera no colocarse en acecho hasta las dos.

Entretanto, y con el fin de preparar la coartada permaneció charlando alegremente con sus huéspedes hasta media noche. Después ordenó á la vieja portera que cerrase todas las puertas y se retiró con su compañera para prepararse á la empresa arriesgada de aquella memorable noche.

Veinte minutos antes de las dos descendieron ambas sobre la punta de los pies, hasta el patio anterior; allí detrás de una puerta cogieron dos bicicletas, y abriéndola sin hacer ruido, montaron en ellas y en menos de un cuarto de hora llegaron al sitio de la emboscada, situado á pocos pasos del *Albergue*, es decir en un lugar sombreado por algunos árboles y yerbas altas.

Al llegar á este sitio, se bajaron de las bicicletas, y las ocultaron entre las plantas, la comadrona tomó una manteleta y una cruz de metal que había llevado consigo y se cubrió los hombros con la manteleta poniéndose la cruz al pecho, asemejándose entonces á una demandadera de monjas. Al mismo tiempo la otra sacó de una bolsa que llevaba puesta un revólver y se lo alargó diciéndole:

—¡Tiene seis almendras! Sé generosa y regálaselas todas.

—Si yerro el golpe la última será para mí.

—¡Quién piensa en eso! Ojo seguro, pulso firme y dentro de una hora dormiremos el sueño de los justos,

—Si no tenemos otros pecados, el Paraíso es nuestro. Con que no te olvides de nada. Mientras yo estoy en acecho tú está preparada con las bicicletas. Al primer rumor que oigas monta en la tuya y ten la mía con la mano izquierda para que yo pueda saltar sobre ella y echar á correr.

—Tenga usted cuidado de tirar el revólver en cuanto haya disparado el último tiro, y eche mano en seguida á los famosos polvos para arrojarlos sobre cualquiera persona que tratara de perseguirla. De eso depende el buen éxito de la expedición.

—Sí, dices bien; nada se me olvidará. Ahora esperemos que el diablo no se vuelva en contra nuestra.

—No podemos quejarnos hasta este momento... Al venir no hemos visto á nadie, y además la noche está oscura como boca de lobo... ¡Conque valor!

—¡Silencio! ¿No oyes?

—Es el carruaje que vuelve á buscarlas.

—¡Maldito carruaje! Si volviesen á pie el asunto estaba hecho. Pero no es hora de lamentaciones. Antes de que llegue me voy á mi puesto. Cuando se vuelvan los caballos hacia la ciudad pasaremos delante de ellos... Conque ¡alerta!

Y desapareció en las tinieblas, corriendo á ponerse en acecho detrás de los muros del *Albergue*. Desde allí, y protegida por la obscuridad, vió llegar el carruaje y detenerse delante de la puerta del asilo; pero no tardó en experimentar un sobresalto mayúsculo, al observar que en el pescante, además del cochero estaba el lacayo. La infame mujer permaneció un momento consternada y aun fué mayor su temor cuando vió que el lacayo se bajaba, abrió la portezuela del coche, saliendo por ella una mujer que se acercó á la puerta tocando la campanilla. Esta mujer era Giannina.

¡Qué desdicha! La comadrona había pensado que aquella noche la Condesa se contentaría con su cochero. Y en vez de ello aparecían ahora dos personas más, dos nuevos actores de la terrible escena que preparaba.

Tan grande llegó á ser su desconcierto, que estuvo á punto de abandonar su empresa. Pero no tardó en advertir que, aun en el caso de adoptar este partido, tenía que aguardar, para ponerlo en ejecución, á que sus víctimas se hubiesen marchado.

Sumida en tan encontrados pensamientos, la comadrona procuraba escuchar lo que acontecía delante de ella, á la puerta de la casa.

Oyó las últimas estrofas del canto pastoral, que resonaban en la iglesia; vió entrar á Giannina en casa y al lacayo permanecer fuera de ella. Después sintió un rumor confuso de voces que hablaban á la vez, y el crujido de la llave en el ojo de la cerradura.

—¡Este es el momento!—se dijo entre dientes,—y entonces sintió desarrollarse en su pecho un furor satánico de odio y venganza. Pero se contuvo y permaneció inmóvil, sin mover los párpados.

Por último, se abrió la puerta y salió por ella un haz de luz.

Entonces vió al cochero sentado tranquilamente sobre el pescante; vió salir primero á una doméstica, que le pareció Giorgina, y la oyó decir riendo al lacayo:

—Esta noche no nos hará velar, como aquella otra, esa malvada comadrona.

A estas palabras, la infame mujer siente aumentar el furor que la devoraba; aprieta con mano convulsa el revólver y apunta en dirección al carruaje. En la mano izquierda aprieta un cartucho de los famosos polvos á que había aludido su compañera de expedición.

Detrás de Giorgina sale la Condesa, luego Ida, y, finalmente, Giannina.

Ahora todas ellas están á tiro; pero la comadrona no se mueve, porque quiere disparar á quemarropa, pues de lejos el tiro puede fallar.

—O ahora ó nunca,—se dice á sí misma, lanzando un relámpago de odio,—y avanzando sobre la punta de los pies, se adelanta, apuntando á Ida.

Pero, al primer movimiento de la comadrona, Giannina había visto relucir algo en las tinieblas. Era la cruz que la miserable llevaba al pecho, para hacer que las sospechas del crimen que se preparaba á realizar cayesen sobre otra. Al ver aquel fulgor, Giannina, temiendo una emboscada, se arrojó delante de Ida para cubrir á la joven con su cuerpo, y sin vacilar avanzó hacia adelante.

Entonces la comadrona pierde la serenidad y sólo piensa en huir. Pero Giannina, lanzando un grito, se arroja sobre ella y le arranca la cruz.

Viéndose perdida la comadrona, le dispara el revólver sobre el pecho, y con un salto de fiera echa á correr, después de tirar el arma, dejando la cruz en manos de la joven.

Todo esto ocurrió con tanta rapidez, que cuando acudieron

al ruido del disparo el lacayo, Giorgina y la Condesa, encontraron á Giannina en el suelo y sin dar señales de vida. Ida se arrodilló delante de ella, levantando su cabeza entre sus brazos.

Giorgina y el lacayo echaron á correr tras el bulto que huía; pero la obscuridad era tan completa, que nada vieron, y aterrados con lo sucedido, regresaron al lugar donde se encontraba el cuerpo de la infortunada joven.

El caso era verdaderamente desesperado. La pobre Giannina, arrojando borbotones de sangre por el pecho y privada de sentido fué llevada en brazos al asilo, donde la rodearon desde el primer momento las hermanas aplicándole algunos remedios. También la Condesa y la afligida Ida permanecieron cerca de ella. Giorgina subió al pescante con el cochero y regresó precipitadamente á la ciudad para reclamar, en nombre de la Condesa, los auxilios del más ilustre cirujano, denunciar el hecho á la policía y tratar de hallar las huellas del asesino.

Firmemente convencida de que el delito era obra de la comadrona, ó por lo menos tramado por ella, al volver á la ciudad lo primero que hizo fué pasar por la calle de los Granchí. La casa donde se verificaba el infame tráfico estaba silenciosa y sumida en las tinieblas. Nada sospechoso se veía en aquel tugurio.

Entonces se apresuró á ir á buscar al cirujano á quien cedió el carruaje para que llegase antes.

Luego Giorgina se fué á pie á la Dirección de policía donde dió cuenta de lo ocurrido.



LII

La segunda víctima.

EN el estado de la pobre Giannina se manifestaron pronto los síntomas más peligrosos y más graves: fiebre violenta, fatiga y acceso de delirio.

Reconocida minuciosamente, sobre las costillas se le encontró un agujero redondo, con los bordes quemados y empapados, en sangre y otro del mismo tamaño en la espalda, lo cual revelaba que el proyectil la había atravesado de parte á parte. La desnudaron con prontitud y la aplicaron sobre las heridas un bálsamo para prevenir una inflamación maligna en las heridas, que en efecto tenían la forma ovalada, como producidas por una bala de revólver.

Después de lavadas suavemente las heridas se le colocaron sobre ellas dos apósitos, pero la sangre continuaba brotando gota á gota. Las pobres mujeres que estaban alrededor de su lecho acongojadas, esperaban con ansiedad al médico, angustiadas por aquella tragedia que inesperadamente había ocurrido en la propia Natividad del Señor.

Ida, especialmente, se mostraba apenadísima y tenía que hacer verdaderos esfuerzos sobre sí misma para contener los sollozos que arrancaba á su corazón aquella pobre joven que acababa de dar su vida por salvar la suya.

—¡Pobre Giannina mía!—dijo por último, no pudiendo ya contener su emoción, mientras caía de rodillas á la cabecera de la cama, y tomaba la mano de la herida inundándola de lágrimas.

—¡Pobre Giannina mía! Yo te he asesinado con mi estupidez. Debía haber previsto el peligro y no exponerte á él.

—¡Ida—interrumpió la Condesa, esforzándose también en dominar el inmenso dolor que sentía...—No digas despropósitos... Ahora hay que tener fortaleza para salvar á Giannina. Espere-mos que el Señor nos la devuelva sana y salva... Todas somos inocentes del hecho, y sobre todo tú que habrías dado la vida por salvar la suya... ¿no es cierto?

—¡Oh sí, bien lo sabe Dios!.. ¡Pobre Giannina mía! Me parece que la veo lanzarse al peligro como una leona. ¡Qué momento más terrible! ¡Qué escena más espantosa, santos cielos!

—¿Y tú has visto al asesino?

—¡Era una mujer!

—¿Una mujer?—exclamó la Condesa y con ella las hermanas asombradas.

—Sí, seguramente, una mujer. Primero he visto un reflejo que se movía en la obscuridad, luego el bulto que se echaba encima de Giannina; no le pude ver la cara, pero observé bien claro que era una mujer cuando emprendió la huída.

Aquí todas se callaron, coincidiendo en el pensamiento de que aquella mujer misteriosa fuese la comadrona, ó por lo menos alguna cómplice suya. Pero nadie se atrevió á pronunciar el nombre.

Después de un momento de silencio la Condesa preguntó:

—¿Aquel reflejo que viste moverse en la obscuridad procedía del arma que el asesino tenía en la mano?

—No, no. Le salía del pecho y parecía una cruz de metal como la que llevan las hermanas.

—¡Misericordia! ¿Es posible? Qué alma más malvada,—exclamaron á coro las hermanas.

La Condesa se puso pensativa y dijo:

—Esta es una circunstancia que puede resultar muy importante. Que llamen al lacayo.

Apenas se presentó éste acompañado de la hermana que había ido á buscarle, la Condesa le dijo:

—Toma un farol y anda á ver si encuentras algún objeto en el lugar del crimen. Busca con el mayor cuidado hasta en las cercanías del sitio. Acaso se encuentre algún rastro. Ya sé que no tienes miedo al asesino.

—Ojalá encontrase cerca de mí á esa sierpe infernal. Las pagaba todas juntas.

El lacayo volvió pocos minutos después con el revólver y con la cruz de la cual pendía un trozo de cinta.

El revólver fué encerrado en el cajón de un armario y la cruz resultó ser muy semejante á la que llevaban al pecho las hermanas, aunque no idéntica. Después de haberla examinado atentamente, la Condesa dijo:

—Ahora tenemos la clave que podrá descubrir el misterio. El diablo enseña á hacer; pero no á deshacer. Dios haga que el proverbio resulte verdadero en esta ocasión.

Mientras tanto la infortunada Giannina seguía sin sentido, aunque respiraba con verdadero afán. La fiebre era cada vez más intensa, el pulso más agitado y frecuente y la postración mayor.

Por consiguiente, fué llamado el capellán del *Albergue* que había celebrado la misa y las funciones nocturnas, y que habiéndose retirado á descansar en el ala opuesta del edificio no conocía lo sucedido. Al oír la triste noticia acudió consternado, encontrando á la herida tan grave que empezó á recitarle las preces litúrgicas.

Por fin llegó también el doctor, el cual, después de examinar á la enferma, dedujo que el proyectil había roto una arteria, determinando una hemorragia interna que podía ocasionar la

muerte de un instante á otro. Recomendó que se abriesen las ventanas y las puertas de la habitación, que se evitase todo lo que pudiese excitar á la paciente, sobre todo los rumores y los reflejos vivos. Recetó un unguento para las heridas y se marchó, prometiendo volver al mediodía.

A las preguntas de la Condesa y de Ida sobre si había alguna esperanza de salvarla, alzó los hombros y replicó con una larga explicación científica, manifestando que aquel delirio prolongado le parecía muy mal síntoma porque provenía sin duda de graves lesiones traumáticas, con fiebre purulenta que anunciaban un caso desesperado. Por eso no le asombraría que la herida falleciera antes de la noche.

Cuando el doctor se preparaba á regresar en carruaje, Ida quiso que la Condesa aprovechase la ocasión para retirarse á descansar; pero ésta se negó á abandonar á la pobre víctima temiendo un desenlace funesto.

El mismo temor experimentaban las hermanas, más expertas en el cuidado de los enfermos, al ver los síntomas que presentaba la desdichada joven. Su delirio especialmente era cada vez más intenso y angustioso.

De pronto se incorporó violentamente y apretando los puños, con los ojos en llamas, gritó:

—¡Aquí está! ¡Pronto!... ¡Huya usted señorita! ¡La infame tiene una pistola en la mano!... ¡Ay de mí! Ma ha herido en el pecho... Me ahogo, me muero... ¡Mira como huye!.. ¡Es ella! Condesa, señorita... una cruz... ¡Lleva una cruz en el pecho! Debe ser la misma que tenía cuando... ¡No puedo más! ¡Agua..., agua!... ¡Jesús!... ¡Virgen Santísima, salva á mi señorita!... ¡Es una santa! ¡Me ha arrancado del infierno! ¡Yo muero!... ¡Ah!

Y volvió á caer permaneciendo inmóvil como una muerta.

Pero su respiración, aunque muy débil, se escuchaba todavía.

Viéndola quieta, la hermana enfermera dijo:

—Me parece que duerme... Si continúa reposando tranquilamente durante una hora es una buena señal.

La Condesa y la acongojada Ida, se arrodillaron rezando con gran fervor, como si aquella pobre doméstica fuese sangre de su sangre.

Pero aquel descanso no era un sueño reparador, sino un estado comatoso de abatimiento y de languidez mortal, pues pronto aparecieron crecientes contracciones nerviosas, irregularidad en el pulso, y por fin el estertor que anunciaba la agonía.

Por lo tanto, se administró á la enferma la Extremaunción y se le rezaron las preces de los agonizantes.

Al despuntar el alba volvió en sí del largo delirio, y aún cuando apenas pudiese pronunciar una palabra, reconoció á la Condesa y á Ida, estrechándoles las manos y mirándolas con ternura indecible.

—¿Sufres mucho?—le dijo suavemente Ida.—La moribunda hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Has dado la vida por mí; yo rezaré siempre por ti y llevaré tu recuerdo en mi corazón como el de una hermana.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las pálidas mejillas de la enferma, y una sonrisa de complacencia se dibujó en sus labios.

—¿Perdonas á todos?—le preguntó la Condesa.

—Oh, sí.

—¿Hasta á la que te ha asesinado?

—De todo corazón.

—Basta, no te fatigues. El Señor te dará el cielo.

—Así lo espero—dijo la paciente besando el Crucifijo que le presentaba Ida.

Esta añadió:

—Estás muy mala, y ya te ha sido administrada la Extremaunción.

—Hágase la vo...

—Sí, hágase la voluntad de Dios... Tú has recibido la Comunion esta noche... ¡Qué fortuna ir al Paraíso el día de la Navidad!

Abrió un momento los ojos Giannina, y después se esforzó en decir:

—Aquella... poca... de ropa... se la dejo á mi pobre... madre.

—Yo la atenderé mientras viva—replicó la Condesa.

El sacerdote se acercó á la moribunda para darle por última vez la absolución, con la bendición apostólica *in articulo mortis*.

En el postrer beso al Crucifijo se extinguió su último destello de vida, y su último aliento se transfiguró en una sonrisa que permaneció impresa en el rostro de la difunta, como un reflejo de la gloria.

Cuando vino la justicia, para examinar las circunstancias del delito y tomar declaración á la víctima, ésta había dejado de existir.

Como la noticia del delito, apenas conocida en la ciudad, había producido en todas partes un sentimiento de horror, los funerales de la pobre víctima resultaron una verdadera manifestación general de duelo.

Tan largo era el cortejo, las filas del público tan apretadas que se agrupaban en las calles por donde tenía que pasar el féretro, que bien se puede decir sin exageración, que la ciudad entera, como una sola familia, tomaba parte en el piadoso convoy para honrar la memoria de aquella pobre hija del pueblo, haciendo público homenaje á la nobleza y grandeza moral de su sacrificio.

La presidenta de la *Alianza*, con todas las personas del Consejo, intervino oficialmente en las exequias. Ida, transida de dolor, hizo poner sobre el mármol de su sepulcro esta inscripción:

AQUÍ YACE
GIANNINÀ MAGLIONI

PRIMERA . EMPLEADA . DE LA ALIANZA
NACIONAL . FUÉ ENGAÑADA POR
LA TRATA DE BLANCAS . VÍCTIMA
INOCENTE . ANHELÓ INMOLARSE POR
SU LIBERADORA . RECIBIÓ MUERTE
HEROICA EN UN FEROS ATENTADO.

R. I. F.

Se decía después que aquella pobre aldeana, doméstica de profesión, por la nobleza y grandeza de su ánimo, merecía muerta un mausoleo real, y en vida toda la grandeza de la tierra; pero que la Divina justicia ya le había dado más que esto en el cielo.

Giorgina, inconsolable por la pérdida de aquellá que amaba como á una hermana, solía decir:

—Una sola cosa no puedo perdonarla; que me haya arrebatado el derecho de morir por la señorita.

Y la Condesa repetía de vez en cuando:

—*La Alianza* será bendecida por el Señor, porque ha dado ya al cielo una mártir.



LIII

Dios no paga el sábado.

Con el primer correo de Navidad el Director de policía recibió la siguiente carta:

«Ilmo. Sr. Director.

Víspera de Navidad 10 de la noche.

»El que suscribe acaba de descubrir una conjura, tramada contra la Condesa Storni, presidenta de la ALIANZA, y contra Ida Piumetti, secretaria suya, pero no puede denunciar á la autoridad más que por medio de esta carta anónima, sin exponerse á una feroz venganza de los conjurados. Estos han acordado la muerte de las dos pobres víctimas, y están en este momento acechando la manera de llevar á cabo su infame proyecto.

»El doble asesinato fué urdido por motivos de rivalidad y de antagonismo religioso y político, relacionados con el movimiento feminista. La presidenta de la LIGA FEMINISTA ITALIANA y su abogado predilecto Brandini, deben saber algo de esto. Las huellas del delito que se prepara, podrían encontrarse en casa de una vieja adivinadora, que vive en una aldea fuera de la Puerta de San Martín, y á quien los vecinos llaman «la bruja.»

»No pierda V. I. el tiempo en buscar al autor de la presente, porque todos sus agentes jamás llegarán á encontrarlo.»

La carta estaba escrita á máquina.

Al propio tiempo el mismo funcionario recibió la noticia del atentado de aquella noche, de la muerte de la víctima, de las voces que corrían acusando del delito, por lo menos como instigadora de él, á la partera Lucía Trecoppe, y luego le fueron mostrados el revólver y la cruz encontradas en el lugar del crimen.

Un guardia nocturno añadió que hacia las tres de la madrugada, había visto de lejos dos sombras, como las de dos mujeres, montadas en bicicleta, entrar en la ciudad por la parte opuesta al lugar donde se cometiera el delito, y correr hacia el barrio donde vivía la comadrona, deteniéndose enfrente de un buzón público de correos y echando en él un papel.

Después vino á ver al Director de policía, Giorgina, la cual le enseñó la instantánea de la comadrona que, como recordarán los lectores, había sido hecha á instancias de la Condesa durante la excursión de la bruja para abastecer su infame tráfico.

Por todos estos indicios sacó el funcionario una primera impresión del presunto autor del crimen. Por lo tanto, llamó á uno de sus delegados, ordenándole que vigilara á la comadrona, deteniéndola en el caso de que tratara de huir.

Luego preguntó á los dos agentes más aptos de la policía secreta la opinión que les merecía la Trecoppe. Uno de ellos respondió que aunque no había podido probarse nada hasta el presente, la consideraba capaz de los mayores delitos. El otro se expresó casi en los propios términos.

Mandó también un delegado á casa de la Condesa á informarse, si en el caso de una acción penal, podría aducir razones para demostrar la animosidad de la comadrona hacia la *Alianza*. La Condesa manifestó que tenía materia sobrada para intentar un proceso criminal.

Ultimamente, examinada por un perito la cruz que llevaba la

fotografía con la encontrada en el lugar del crimen, el perito declaró que ambas cruces se correspondían perfectamente.

De todo esto, el funcionario dedujo que la Trecoppe era autora ó instigadora del delito y que era ella misma la persona que le había enviado la carta anónima.

Aquella misma noche dictó el Juez el auto de prisión de la partera Lucía Trecoppe, recibiendo tres agentes el encargo de cumplimentarlo.

No obstante, la comadrona, que esperaba la visita de la policía, había dispuesto las cosas hábilmente, para despistar á la justicia.

Apenas advirtió la comadrona que había herido gravemente á Giannina y que Ida resultaba ilesa, su único pensamiento fué el de huir, enviar la carta al Director de policía, meterse en su casa tranquilamente para reflexionar sobre las nuevas condiciones en que iba á encontrarse, por el inusitado desenlace de la infame aventura.

En el largo trayecto que recorrió huyendo en bicicleta con la directora, hasta llegar á la primera puerta de la ciudad, y dar después la vuelta por el camino de circunvalación, le contó á su compañera en voz baja el éxito frustrado del encuentro, añadiendo friamente:

—Por un punto fray Martín perdió la capa; pero yo no me dejé burlar fácilmente. Mañana, es decir, hoy día de Navidad, lo sabrán todo mis queridos amigos los polizontes. Yo me encargaré de dejarles con un palmo de boca abierta.

No dijo más hasta llegar á casa, mientras su compañera balbuceaba algunas frases incoherentes, pensando en los males que le pudieran sobrevenir por haberse mezclado en aquella aventura peligrosa, y las ventajas que podría sacar dejando á la comadrona sola en el porvenir.

Echada la carta en el buzón, entraron en la casa como habían salido, por la puerta falsa, y al retirarse á descansar, dijo la comadrona:

—La noche es buena consejera. Yo voy á fingir que duermo mientras pienso en la manera de salir del paso. Entretanto, tú duermes tranquilamente; yo te despertaré cuando sea hora, y entonces ambas decidiremos sobre la manera de ocultar el rastro á todo el mundo.

Dominada por el temor de ser descubierta y el miedo de un proceso y de una condena criminal, que ahora había vuelto á apoderarse de su ánimo, la comadrona, cuando se encontró sola, examinó fríamente las condiciones en que se hallaba, determinando, ante todo, no caer más que muerta ó moribunda en manos de la justicia. Decidió, por tanto, tomar en el momento supremo, las pastillas de sublimado que tenía preparadas.

—Es preferible—decía—acabar con un acto de valor, que exponerse al suplicio prolongado, á la lenta agonía de todas las vejaciones que ahora me están preparando mis enemigos y mis falsos amigos. Mejor morir que ir á presidio.

Sabía, ó por lo menos temía, que esta fuese la conclusión del proceso. Luego se hacía la ilusión de que no quedaba vestigio alguno de su delito, porque nadie la había visto, excepto Giannina, á quien consideraba muerta. Y en semejante juicio vino á confirmarla la noticia de que su víctima había expirado antes de que la justicia le hubiese tomado declaración. Acerca de la cruz, perdida en el encuentro, la comadrona lo consideraba como un buen indicio, porque despistaría á la policía en sus indagaciones.

Resolvió, por consiguiente, estar alerta para ver el giro que tomaban las cosas, pronta á morir cuando quisiesen capturarla. Resuelta á defenderse astutamente y á cargar sobre los demás las responsabilidades si fuese llamada como testigo en la causa, tenía la más absoluta confianza en conseguir su objeto, apartando las sospechas de la policía y haciéndolas recaer sobre las personas denunciadas por ella.

Quien hubiese podido penetrar hasta el fondo de su corazón, habría visto que esta esperanza de salvación se había fomentado en ella por el miedo al suicidio. Pues aunque trataba de ocultarlo, el hecho es que la idea de la muerte, la aterrizzaba mucho.

El astuto delegado, á quien se confiara la ejecución del mandato de captura, diestro como era en su profesión, sabía que en la mayor parte de los casos, las mujeres, más que á la resistencia, recurren á la astucia, y que cuando la comadrona se percatara de que iba á caer en la boca del lobo, al verse perdida podía intentar un golpe desesperado.

Deseando, pues, prevenir tal peligro y coger viva y sana á la liebre en su cama, aguardó que fuese de noche y dió orden á sus agentes, que vigilasen sin dejarse ver, después montó en un automóvil, vestido como un *dandy* inglés. Llegado delante de la casa, y tras de haber llamado á la campanilla y habiéndole abierto la puerta la vieja de marras, le preguntó con acento y pronunciación anglo-sajona, si podía ver á la dueña.

La vieja, que conocía la predilección que la comadrona experimentaba hacia los ingleses, le condujo en el acto al saloncillo, mientras ella entraba en el gabinete de la señora para anunciarle.

Pero el bravo policía entró detrás de ella y colocándose frente á la comadrona, le preguntó:

—¿Es usted la señora Trecoppe, dueña de la casa?

—A sus órdenes.

—Vengo á rogarle que tenga usted la bondad de acompañarme á casa del señor Director de policía, para darle algunas explicaciones sobre orden público.

La comadrona palideció, reconociendo en aquella invitación una orden de arresto. Pero trató de vencerse y dijo con tono tranquilo:

—¿Por qué ahora? Mañana lo veré.

—El negocio es urgente y no admite dilación.

—¿Por qué no dice usted que trae una orden de arresto?

—Cierto, léala usted, dijo su interlocutor presentándola un papel.

Fría en apariencia y tranquila como antes, la comadrona echó una ojeada sobre la orden, y con otra ojeada dirigida al delegado, dijo con voz cariñosa, acompañada de un extraño movimiento de los ojos y de una sonrisa dulce:

—Me disgusta salir en hora tan desusada... Además, no me siento bien... Me consideraría tan dichosa en mostrar á usted mi agradecimiento, añadió recalcando con intención estas últimas palabras... Si pudiera usted diferir la visita hasta mañana... Podía usted dejar los guardias á la puerta.

—También á mí me disgusta—replicó el otro, con un tono no menos intencionado;—pero no puedo pasar por otro camino... Conque, vamos.

Y se puso en pié. La comadrona cambió nuevamente de color, y permaneció sentada porque le temblaban las piernas; pero de pronto se repuso y alzándose, dijo:

—Voy á ponerme un sombrero y un abrigo. En seguida vuelvo.

Y al decir esto, abrió prontamente la puerta y entró por ella tratando de cerrarla. Pero el delegado se le fué encima y la agarró por los hombros.

—Perdone usted si la molesto, pero no la dejo entrar si no enciende la luz. ¿Comprende usted?

—Comprendo,—añadió la comadrona;— se me trata como á una criminal.

—¡Bah!—replicó el otro, cuando la comadrona hizo girar la llave eléctrica.

Después, ambos callaron. La comadrona se colocaba el sombrero sobre la cabeza y luego sacó del armario un abrigo. Pero mientras se ponía el boa y los guantes, volviendo las espaldas

al delegado, sacó diestramente del bolsillo una cajita y abriéndola sin hacer ruido, se preparaba á sacar de ella algunas pastillas de sublimado, cuando su ángel custodio, que no la perdía de vista, la agarró la mano, apretándosela con tal fuerza, que la obligó á soltar la caja y las pastillas. Entonces se metió ambos objetos en el bolsillo diciendo:

—Esto no es ropa.

—Es un medicamento para calmar los nervios.

—Más adelante se le dará á usted.

Viéndose ya perdida, la comadrona se enfureció, y revolviéndose como una serpiente, gritó desesperada:

—¿Qué modos son estos? Venir á insultarme en mi propia casa... Conque, acabemos... Yo no tengo que hacer con la policía. Si no se me deja en paz descubriré muchas infamias.

—Acabemos, pues... Usted se viene conmigo sin hacer resistencia; yo la conduzco en automóvil á la Dirección sin que nadie nos vea. En otro caso, me verá obligado á llamar á los guardias. Elija usted.

A estas palabras, pronunciadas con solemnidad policiaca, la comadrona se aquietó.

—Vamos, dijo.

El delegado la obligó á salir primero para vigilarla de cerca.

Atravesaron el saloncillo, descendieron por la escalera y al salir dijo la comadrona á la vieja portera:

—Dí á la directora que esta noche permanezco fuera de casa y que mañana nos veremos ó tendrá noticias mías.

Por la cara seria del ama, la vieja comprendió que algo grave ocurría, y fué á dar aviso de ello á la directora.

Pero ésta, que después del atentado estaba alerta, había visto algunas sombras sospechosas en las inmediaciones de la casa y luego detenerse un automóvil. Cuando vió salir á la comadrona y á su ángel custodio respiró con libertad, diciendo á la vieja que venía á indicarle sus sospechas:

— Cuando los ingleses andan en danza, la ganancia es segura... Mañana lo sabremos. Entretanto, ten cuidado con la puerta y no admitas más que personas seguras. En caso de duda, avísame á mí... Todas las precauciones son pocas.

Después oyó el ruido del automóvil que se alejaba.

Entonces volvió á respirar con fuerza, y dijo:

—Qué fortuna. Hasta ahora he tenido más suerte que juicio... ¿Por qué me habré embarcado en semejante empresa? Ahora conviene reparar la falta. Cuando el ama navegue perdida, yo buscaré un puerto de refugio... La caridad bien entendida principia por una misma. Pero en fin, mientras hay esperanza, hay vida. Ella hará toda clase de esfuerzos para defenderse y para defenderme á mí también. Conque por ahora no hay prisa... Estaré alerta, de todos modos.

Al día siguiente, y habiendo sabido de buena tinta que los asuntos de la comadrona tomaban muy mal aspecto y que la autoridad judicial iba á practicar un registro en la casa, la directora recogió diligentemente los objetos de valor y el dinero, y desapareció sin dejar rastro.



LIV

Fuga y maldición.

LA señora Schwitzer había terminado todos los escritos referentes á las disposiciones posteriores á su partida, y no obstante, no se resolvía á marchar. Cierta que iba enviando por delante de ella algunos equipajes; pero lo realizaba con tal lentitud, que parecía dominada por una fuerza oculta, la cual la tuviese encadenada á Italia.

Así como había trabajado con verdadera fiebre para terminar sus preparativos, así ahora que los había concluído sentía la gravedad del paso que intentaba dar, y toda la angustiosa tristeza de tener que renunciar á una empresa por la cual todo lo había sacrificado.

¡Misterios del corazón humano!

No se equivocaría en su fallo quien quisiese explicar tal diferencia de sentimientos al observar que mientras nuestra heroína del feminismo ultimaba sus disposiciones por escrito, encontraba en semejante ocupación un desahogo al despecho que la roía al verse tratada con tanta ingratitud por el público italiano y vencida por la *Alianza*.

Con esta espina en el corazón, y no queriendo buscar alivio comunicando á alguien su secreto, sentíase cada vez más per-

pleja é irresoluta, aplazando para hoy y para mañana, con los más variados pretextos, la última resolución, ó sea el fijar la fecha de su partida, no sin hacerse la ilusión de cuando en cuando de que quizá algún inopinado incidente viniese á mudar la faz de las cosas y á darle la solución para rehacerse del quebranto.

No hay que decir las penas que experimentaba la pobre señora Schwitzer en tal estado de incertidumbre, especialmente debiendo vivir retirada y oculta, como un capitán que ha perdido la batalla decisiva, y no puede resolverse ni á recoger las avanzadas del ejército derrotado y á retornar al combate, ni á dejar el mando y apelar á la fuga.

En tal situación de ánimo llegó para ella el día de Navidad, encontrándose con las maletas preparadas, pero sin que hubiese fijado aún el día de la partida...

Aquella mañana estaba la Schwitzer precisamente en la habitacioncita que le servía de cuarto de vestir, colocando en las maletas sus vestidos y pensando con melancolía en su próximo viaje, cuando de la callejuela inmediata llegaron hasta sus oídos los gritos de un vendedor de periódicos que pregonaba un extraordinario, anunciando sucesos importantes.

Se acercó á la ventana para oír mejor, y entonces oyó distintamente: *El crimen de esta noche. La Presidenta y la Secretaria de la Alianza, agredidas. Una mujer asesinada. Segunda edición.* Lanza un grito de espanto la alemana, exclamando: «*¡Um Sottes Willen! ¡Entsetzlich!*» (Cielo santo... Es horrible); toma el sombrero, corre por la calle, compra un periódico, vuelve á subir, y lee temblando como una caña la narración completa de lo ocurrido.

Al recordar el último coloquio con la comadrona, y la infame propuesta de entrar en la conjura con los anarquistas, adivina en seguida á los autores del atentado, y sintiéndose comprometida de verse envuelta en las declaraciones del proceso de

homicidio, como invadida por el terror y el espanto, no piensa más que en precipitar su fuga. Consultadas las guías de ferrocarriles y viendo que había un tren de lujo para Génova, Ventimiglia, Niza y Cannes, que partía por la tarde, se resuelve en el acto á emprender este trayecto, queriendo descender en Montecarlo, para reposar allí algunos días, haciendo conocimiento con la alta sociedad internacional. Con esto se proponía, además, calmarse de la extraordinaria agitación de aquellos terribles días.

Dicho y hecho. Escribe en el acto una carta á su administrador, en la cual le expone que debiendo partir aquel mismo día, y no queriendo molestarle en el día de Navidad, le enviaba por el correo sus disposiciones autógrafas, autorizándole para ejecutarlas, y reservándose indicarle después su nueva residencia, adonde debería dirigirle la correspondencia.

Hizo un pliego con la carta y con los documentos, y esforzándose en vencer y disimular su enorme agitación, corrió á correos y lo certificó para que no sufriese extravío.

Estando siempre con el temor de que la policía no le echase los ojos encima en las pocas horas que aún se veía obligada á permanecer en Italia; cada minuto le parecía un siglo. En las oficinas de la *Liga* no se dejó ver, si bien tuvo que volver á casa, pero permaneció oculta en ella, por temor de demostrar en público su turbación y su miedo.

Una hora antes de la partida estaba ya en el restaurant de la Estación, donde apenas probó bocado. Cuando la locomotora, después de lanzar los agudos silbidos de partida, se movió majestuosamente por la vía, pareció á nuestra presidenta de la *Liga* que volvía á la vida, y para solemnizar su liberación, ella que sólo fumaba cigarrillos, encendió un habano auténtico y bebió un par de copas de coñac.

A medida que el tren devoraba el camino, alejándose del punto de partida, se alejaba también del peligro y del centro de la

Liga feminista, donde la Schwitzer había gastado todo su genio, toda su energía y todos sus cuartos para crear una gran institución de importancia nacional y mundial, y ahora la pobre mujer se iba para siempre con la certeza fatal de que su obra estaba condenada á perecer irremisiblemente. La infeliz ex-presidenta sentía renacer en su corazón todos los sentimientos de dolor, de rabia y de desesperación que el atentado de la noche precedente habían calmado.

Y cuanto más volaba el tren, tanto mayores eran en ella estos sentimientos. A pesar de los esfuerzos que hacía para distraerse, no podía arrancarlos de su mente; de tal modo estaban fijos en ella.

Por último, cuando estuvo próxima á pasar la frontera, con la evidencia de que el ideal, el sol de su vida se ponía para siempre, no podremos explicar la situación de su ánimo, más que parangonándole con el dolor que experimentó Aníbal en el acto en que se vió obligado á abandonar á Italia.

Después de haber vivido durante varios años siempre entre los ejércitos y en medio de los enemigos, el gran capitán cartaginés se vió precisado á partir, sin que sus famosas victorias hubiesen realizado el sueño de toda su vida, esto es, subyugar al pueblo romano. A medida que la nave se aleja, crece el dolor y más viva se hace la angustia de su corazón desesperado. De pronto se vuelve á mirar el *bel paese* que huye delante de sus ojos, hasta que, vencido por la emoción, prorrumpe en acusaciones contra muchos de sus hombres, en maldiciones contra sí mismo, por no haber conducido el ejército, desde la victoria de Cannas á la conquista de Roma. Nunca, nadie, —añade el historiador romano,—estuvo más triste al abandonar la patria para ir al destierro, de lo que se mostró Aníbal al dejar la tierra enemiga para retornar á la patria.

En semejante disposición de ánimo se encontraba la famosa alemana, capitana generala por elección propia del feminismo

italiano, cuando llegó en plena noche á Ventimiglia, al verse ya en visperas de abandonar la frontera italiana, para no repasarla más, conforme al juramento que había hecho. Entonces sintió todo el peso de su inmensa desventura, y no pudiendo dominar ni disimular la tempestad de afectos encontrados que se agitaban en su corazón para sustraerse á las miradas de algunos ingleses y americanos con quienes viajaba, se retiró al lugar más obscuro del vagón, donde tenía la seguridad de no ser molestada por nadie, en el momento de atravesar el limite que separa á Italia de Francia.

Al llegar á él abrió la ventanilla, para recibir de la fresca brisa nocturna algún alivio á su agitación y pasar inadvertida la línea fronteriza.

Por fin llegó al punto de paso, viendo los faroles encendidos, los aduaneros franceses y el tren pasó el arroyo frontero. Entonces sintió como si una mano de hierro la apretase el corazón, y en la fantasía, excitada por la gran agitación que experimentaba, imaginóse ver á las mujeres italianas desplegadas en las fronteras en actitud de rechazar á su libertadora para caer de nuevo en la barbarie y en la superstición. Por lo cual vencida como Aníbal de la angustia por tanta ingratitud, oprimida por el dolor de su genio despreciado, de su ideal traicionado, pero moralmente más elevada que él, se inclinó fuera de la ventanilla como si quisiera lanzarse en las tinieblas, apretó los puños, y de pronto los abrió agitándolos en el vacío, cual si tuviese en ellos los rayos del cielo y los arrojara contra sus enemigas, gritando con voz profética, aunque cubierta por el rumor del tren: *¡Du Italien, sei verflucht!* (¡Oh, Italia, maldita seas!)

Y cerró con furia la portezuela, como si temiese que por ella volviese á entrar la maldición. Luego corrió á su rincón para buscar unas horas de reposo de que tenía gran necesidad, tras las largas vigiliias de la noche precedente y de la agitación de aquella triste Navidad; por más que este día tan solemne no tu-

viese para ella un significado diferente que el de otro cualquiera día del año.

Soñando le pareció ver que toda Italia quedaba atónita por su partida, y que una diputación nacional, había venido hasta los confines de la frontera para suplicarla que retornase, y que entonces ella ponía como condición un plebiscito con los millones de votos y la supresión de la *Alianza nacional*.

La noche siguiente la señora Schwitzèr se presentaba en el casino de Montecarlo donde perdía á la ruleta una suma respetable.



LV

Un año después.

ERA la segunda fiesta de la Natividad. Después de haber asistido aquella mañana á una misa celebrada en el *Albergue* de las operarias en sufragio del alma de Giannina, la Condesa é Ida, con su fiel Giorgina, habían ido al caer la tarde al camposanto á rezar sobre el sepulcro de aquella pobre doméstica, que un año antes se había sacrificado por su ama, afrontando la muerte con heroísmo.

Cumplido tan noble acto de piedad y de reconocimiento cristiano, rodeadas de la paz profunda, que el misterio de los muertos esparce en torno suyo, la Condesa quiso aprovechar aquella coyuntura tan conforme con la disposición de su ánimo, para entregarse con Ida á uno de estos coloquios íntimos, en que tanto la una como la otra gozaban indeciblemente, coloquios en que solían tratar ambas las cuestiones más vitales y arduas de la *Alianza* antes de someterlas á la discusión y deliberación del Consejo directivo.

Dejó, por tanto, á Giorgina en el cementerio rezando por su inolvidable amiga, con orden de que se encontrase al paso de su carruaje para volver á la ciudad, y cogiendo á Ida por el brazo, salió con ella del camposanto, diciendo:

—Ven por aquí unos momentos...! ¡Qué hermoso día! Go-

ce mos de esta última hora de sol y aprovechémosla para dar un paseo y hablar de nuestros asuntos.

—¡Con mucho gusto! Yo misma iba á proponérselo. No sólo los pulmones, sino hasta el alma respira más libremente en esta soledad, especialmente después de una visita á los muertos... ¡Pobre Giannina! Ya hace un año...

Y se interrumpió para contener la emoción. La Condesa añadió:

—Dichosa ella que ha muerto mártir de la fidelidad por quien la salvó de la perdición. Ella está en el cielo y ruega por nosotras, que aún pasamos por las tribulaciones de la vida.

—Yo siempre me recomiendo á ella.

—Y se ve que te protege desde el Paraíso, como te ha defendido desde la tierra.

—¡A costa de su vida! ¡Cuánto heroísmo en una pobre aldeana!

—¡Y cuánta perversidad en su asesina...! Hasta después de su condena ha continuado en manifestarse inocente, jurando y blasfémando como un demonio.

—Roguemos al Señor para que le toque en el corazón. Mientras hay vida hay posibilidad de arrepentirse y de salvarse.

El Señor tenga misericordia de esa mujer. ¡Cuántos crímenes se descubrieron en su proceso... Si la guardia no la defiende el pueblo la hubiera linchado. Esperemos, pues. El peor pecado de todos es la obstinación. Pero más que por esta mujer, siento mayor compasión por la Schwitzer, que ha muerto sin poder hacer siquiera un acto de contrición, en aquel famoso *raid* de automóviles de Niza.

—¡Desgraciada! No le faltaba más que meterse á *chauffeur*. Hermoso feminismo el que ella soñaba para Italia. Acaso sea cierto lo que han dicho los periódicos, manifestando que fué á buscar la muerte porque había perdido toda su fortuna en el juego.

—De todas maneras causa espanto pensar en ello. ¡Cuántas catástrofes en un año!

—El aniversario de Giannina nos hace evocar el pasado.

—¡Así es! ¿No has pensado tú que todos aquellos que nos han combatido, resultan actualmente desaparecidos de su campo?

—Muchas veces lo he pensado también. Mi colega Fiocchetti, á causa del proceso de la Trecoppe, se vió obligado á salir del servicio telegráfico. Y menos mal que la cosa no ha pasado de aquí.

—Y tu colega la Fioroni ha abandonado los estudios para transformarse en amazona de circo.

—¡Qué locura! La más afortunada ha sido aquella vieja embaucadora, que desapareció en compañía de su criada antes de que la justicia fuera á su casa. Si llegan á apoderarse de ella, ¡quién sabe los escándalos que se habrían descubierto!

—¡Cuánta podredumbre! A medida que resulta más perfumado en la superficie, el mundo moderno, mayor es la descomposición que se descubre en su interior.

—Así se ha visto en el proceso de la comadrona.

—Nada más que en parte, porque sus cómplices permanecen libres. Los mayores bribones no están en presidio, sino que pasean en libertad y tal vez frecuentan y brillan en los salones más aristocráticos.

—Eso dijo la comadrona en el proceso.

—Pero después se ha desdecido. Se trataba seguramente de Brandini. ¿Te acuerdas?

—Sí, sí... Por lo demás la maestra ó directora de la casa de la comadrona, que había huído, fué descubierta en la frontera de Suiza y fué condenada á doce años de reclusión por su viaje nocturno en bicicleta. ¡Quién se lo hubiese dicho antes de entrar en la aventura! El examen de las dos famosas bicicletas,

demostró que habían sido las mismas cuyas huellas estaban marcadas en las inmediaciones del *Albergue*.

—Ya ves que los inventos modernos que tantas veces sirven para hacer mal, esta vez han resultado muy útiles á la justicia. La fotografía instantánea de la comadrona, con la cruz al pecho ha constituido una prueba irrefutable del delito.

—Y mientras tanto nuestra *Alianza* va de triunfo en triunfo. Las adhesiones son cada día más numerosas y yo espero cerrar el año con un millón de socias más que el anterior.

—Demos gracias al cielo. Con la buena estación nos instalaremos en el nuevo edificio y entonces se podrá dar nuevo incremento á la Sociedad.

—¿Y las dos *Alianzas* continuarán como antes y con la misma presidencia, no es cierto?

—Qué se yo. Me parece demasiado trabajo para una sola persona. Entre las dos, yo preferiría á la primogénita; pero, ¿quién les dice semejante cosa á las señoras que constituyen la segunda? Si renuncio á una es como si declarase la guerra civil entre ambas.

—Usted es nuestra Papisa. Y como el Papa es pastor de todo el mundo y al propio tiempo Obispo de Roma, del mismo modo la presidenta de la *Alianza nacional* debe estar á la cabeza de la *Alianza local* en la ciudad donde reside.

—Ya veo que me estás adulando. Pero te arrepentirás cuando veas que no se puede repicar y andar en la procesión, y que tú, como secretaria, tendrás que cargar con el exceso de trabajo.

—Eso no me asusta. Hasta ahora las cosas han marchado con velas desplegadas, y en el porvenir también iremos viento en popa. En la actualidad la *Alianza* camina como sobre ruedas, mientras la *Liga* si no ha muerto, está moribunda.

—Ciertamente, yo presumía que la profesora Lisardi, encargada de dirigirla después de la fuga de la Schwitzer y ayudada por Brandini, iba á infundirle un poco de vida; pero al contrario...

—Están ya en liquidación y tratan de transformar *La Liga feminista* en una federación socialista femenina. Así las avanzadas de los ejércitos dispersos entran en las filas del socialismo, y por tanto Brandini puede jactarse de haber salvado la cabra y los cabritillos á expensas de la pobre Schwitzer.

—Buen provecho les haga. Son tal para cual. Nosotras en tanto continuaremos destruyéndoles el juego. A decir verdad, vivimos en tiempo de tanta confusión, la lucha entre las viejas ideas y los hechos nuevos es tan encarnizada, que es muy difícil seguir el camino rectamente.

—Si el Señor no le hubiese otorgado á usted el don de mantenerse siempre en el justo medio entre el mundo viejo y el mundo nuevo, para salvar la fe antigua con los métodos modernos, hoy no sería la *Alianza* la más potente institución nacional y la *Liga* se mantendría á la cabeza del feminismo italiano.

—Verdaderamente la Providencia nos ha favorecido hasta ahora de un modo singular, casi estoy por decir maravilloso. Cuando reflexiono en las dificultades superadas, en las luchas sostenidas, en las victorias alcanzadas y en el desarrollo gigantesco, prodigioso de nuestra empresa, comenzada bajo tan modestos auspicios, siento mi corazón lleno de reconocimiento á la Divina bondad y digo: ¡Aquí se vé el dedo de Dios! Luego si recuerdo las circunstancias de nuestro primer encuentro y la protección visible con que el Señor te ha librado de tantos peligros, insidias y traiciones no puedo menos de ver lo mismo.

—Ah, sí, señora Condesa, yo también siento que el brazo de Dios es quien nos lleva, sostiene y defiende. Bendito y alabado sea.

—Y nos asista para no dañar su obra.

—Esta es para mí,—dijo Ida sonriendo—que tengo el encargo de vigilarla.

—Bajo la dirección y con el concurso de la presidenta—añadió en el propio tono la Condesa.—Y después continuó:

—Me has hecho perder el hilo del discurso. Pues quise decir... que después de tantas pruebas de la Divina protección ahora sería tiempo de tener mayor fe en Dios para... para dar un paso atrevido... aunque necesario en mi opinión.

Miró Ida á su protectora con ojos penetrantes, replicando:

—Aunque sea atrevido, se debe dar ese paso, si usted lo juzga necesario. ¡El Señor estará con nosotras!

—Mira, hija mía, cómo están las cosas. Entre los medios humanos de que se ha servido la Providencia para bendecir nuestra obra, yo pongo en primer lugar los errores de nuestros enemigos y las condiciones políticas del país. Y al hablar de los enemigos no aludo solamente, ni siquiera principalmente, al feminismo de la señora Schwitzer, que siempre ha laborado por la propia ruina y en nuestra ventaja; sino á los partidos anticlericales y subversivos, los cuales, cuando tuvieron el Gobierno en su mano antes del presente Ministerio, hicieron lo imposible por hacerse odiosos al país y provocar una reacción formidable contra su insensato despotismo. Cuando después quisieron profanar la familia, la verdadera Italia los mandó con cajas destempladas. Para nosotras fué aquella una ocasión de oro. Si no hubiéramos utilizado la agitación contra el divorcio para conquistar el país, la *Alianza nacional* ó estaría sin formarse ó apenas empezaría á nacer.

—Pero se necesitaba su valor para mezclarse en la contienda. ¡Qué lucha gigantesca! Y qué victoria tan ruidosa.

—Que hubiera resultado un fuego de paja, si no nos hubiéramos aprovechado de ella para constituir una obra estable de organización general...

—A la que se debe la salvación de la mujer italiana y por lo mismo la de la familia y la de la sociedad.

—Despacio, querida, no exageremos. Para restaurar la familia y la sociedad, se necesitan los hombres, y éstos están todavía muy lejos de pensar como nosotras.

—Pero con la autoridad educativa de la mujer, en el ejercicio de la maternidad social y la acción indirecta en la vida práctica...

—Lo sé, lo sé y lo digo siempre; pero esta es una teoría á largo plazo y se quiere trabajar para el momento. Me explicaré: El actual Ministerio continúa haciendo lo que puede para roturar el terreno. Nuestro Terziglio, nos ayuda; si no hubiera sido por él tú habrías ido á Cerdeña. Pero ni Terziglio ni sus colegas pueden abolir las leyes anticlericales votadas, bajo el precedente Ministerio. Es el suyo un Gobierno de concentración ó de paso, que se apoya en una pequeña mayoría parlamentaria, constituida de partes no homogéneas y por lo mismo fácil de disgregarse. Así han permanecido en vigor las leyes jacobinas contra las congregaciones religiosas, contra la propiedad eclesiástica y contra la instrucción religiosa en las escuelas; en la práctica se ha tratado de atenuar la ejecución conforme al dicho: «Hecha la ley, hecha la trampa...» Pero....

—Sí, los daños son enormes; yo no sé cómo y cuándo se pondrá remedio á ellos.

—Y lo peor es que si el remedio no viene pronto y radicalmente, se cae de nuevo en la boca del lobo.

—¡Dios nos libre de ello!

—¿No sabes que estamos en la víspera de las elecciones generales?

—Sí, y también sé que deberán resultar según nuestros deseos.

—Aquí está el busilis. No puede realizarse más que uno de estos tres casos: ó prevalece la liga anticlerical de la masonería, del radicalismo y del socialismo, ó permanece dueña del campo la presente mayoría del Gobierno; ó bien éste se transforma con la exclusión de las partes heterogéneas, en un gran partido nacional, que lleve al Gobierno un programa semejante al que

hemos seguido nosotras con tanta fortuna para la organización de las mujeres.

—Yo estoy por el tercero.

—Y yo temo al segundo.

—También yo, y semejante temor me parece precisamente una razón más para no temer al tercero.

—¿Cómo quieres sostener un partido que no existe?

—Deberá salir de las urnas.

—Y armado de todas armas como Minerva de la cabeza de Júpiter.

—Quiero decir que deberá salir victorioso de las urnas; claro es que para vencer hay que combatir, y para combatir es preciso existir.

—Pero, ¿quién le da el ser y la vida? En Italia, como en cas todas partes, la democracia política, con la preponderancia de las cuestiones económicas y sociales, va ganando siempre terreno; así es que los partidos que no se acomodan al propio programa, están destinados á perecer. Pues bien, la presente mayoría parlamentaria es refractaria á emprender este camino, no pudiendo, sin disgregarse, renunciar al apoyo del grupo liberal moderado, que aunque se llame democrático, es contrario de hecho á la democracia. Por esto, el partido del Gobierno se hace de día en día más impopular; y esta es la razón por que yo temo que sea derrotado por la liga anticlerical, y quisiera, como te decía, su transformación en un partido nacional, con programa más popular y moderno. Lo que hemos hecho las mujeres, ¿por qué no habrían de realizarlo los hombres, aunque en otra forma? Pero para que esta tentativa resulte seria y pueda alcanzar éxito, se necesita un trabajo previo intenso, inmenso de agitación electoral en todo el país. Tal trabajo, naturalmente, debe ser realizado y dirigido por los hombres. Las mujeres nada podemos hacer en ello.

—También yo convengo en que no podemos ponernos á la cabeza del movimiento electoral.

—Sería una empresa inútil.

—Pero la historia nos enseña que la acción de la mujer en todos los asuntos políticos y sociales no es despreciable. En los países anglo-sajones, usted sabe mejor que yo cuánta parte toman las mujeres en la agitación electoral, aunque allí también están excluidas del sufragio.

—¿Pretenderías que imitásemos á las inglesas dando reuniones en favor de nuestros candidatos? Sería inútil. A distintos países, distinta sangre y distintas costumbres.

—Sin embargo, se puede agitar con la prensa, con discursos.

—Nuestros periódicos no los leen los hombres y nuestras predicaciones las acogen con burlas.

—¿Pero no ha dicho usted hace un momento que habría necesidad de dar un paso atrevido? Pues bien, explíqueme usted su pensamiento, porque no lo adivino.

—Está bien, vamos al punto: Hace un momento te decía que si no se constituye en Italia un gran partido nacional, con carácter democrático y social, á semejanza de lo que hemos hecho nosotras por las mujeres, en las próximas elecciones generales yo preveo un desastre, que arrojará á Italia en el abismo en que yace ha tiempo la Francia jacobina y decadente. Como hoy están las cosas, no hay que esperar que los hombres comprendan su deber. Los que tienen voz en el Parlamento son impopulares é incapaces de realizar una acción general radicalmente nueva. Y no obstante, no sólo el primer impulso, sino toda la agitación electoral propiamente dicha debe venir de ellos; de otro modo, en lugar de una gran campaña política, tendremos una inmensa mascarada.

—Hasta ahora estamos de acuerdo; pero, ¿y después?

—¿Después? Si hubiese un grupo de hombres nuevos y valerosos, superiores en todos conceptos, y si ellos lan-

zasen un llamamiento al país, anunciando la formación del nuevo partido nacional con un diluvio de manifiestos, como hicimos nosotras, primero contra el divorcio y luego por la *Alianza nacional*...

—Es una idea que vale más que el oro.

—Si, no teniendo ellos las fuerzas necesarias para dar el asalto á todo el país con los medios de la moderna publicidad, nos encargáramos nosotras de tal tarea, pero dejándoles á ellos aparecer ante el público...

—¡Perfectamente! Sembremos nosotras el trigo y que ellos lo recojan.

—Sí, nosotras movilizaremos todo nuestro ejército, no para arrojarse en la agitación electoral que pertenece á los hombres, sino para darles el apoyo moral de que son capaces dos millones de mujeres...

—Obtendríamos la victoria—exclamó Ida entusiasmada.

La Condesa la miró con ojos vivos y penetrantes, diciéndole con tono serio y solemne:

—Basta por hoy. Reflexiona bien en las grandes dificultades de la empresa y mañana me darás la respuesta.

Esta era la fórmula que usaba la Condesa cuando quería conocer la opinión de su secretaria, acerca de los asuntos graves. Y para dejarle entrever que estimaba en mucho su opinión, no quiso decirle que ya había hablado de este asunto con su antiguo preceptor, y que éste no sólo le había animado á seguir su proyecto, sino que él mismo se comprometiera á constituir el primer núcleo del nuevo partido, diciéndola:

— Si usted no da este paso decisivo, que es la consecuencia legítima y necesaria de su precedente acción pública, sepa que se ha frustrado el último objeto de su misión; así como el labrador que no coge el fruto más precioso de sus sudores, cuando lo ha dejado madurar demasiado.

Un día después Ida tuvo con la Condesa una larga conferen-

cia, en la cual se acordó que la *Alianza* se lanzaría atrevidamente en la nueva empresa...

*
*

Aquí acaba nuestra historia.

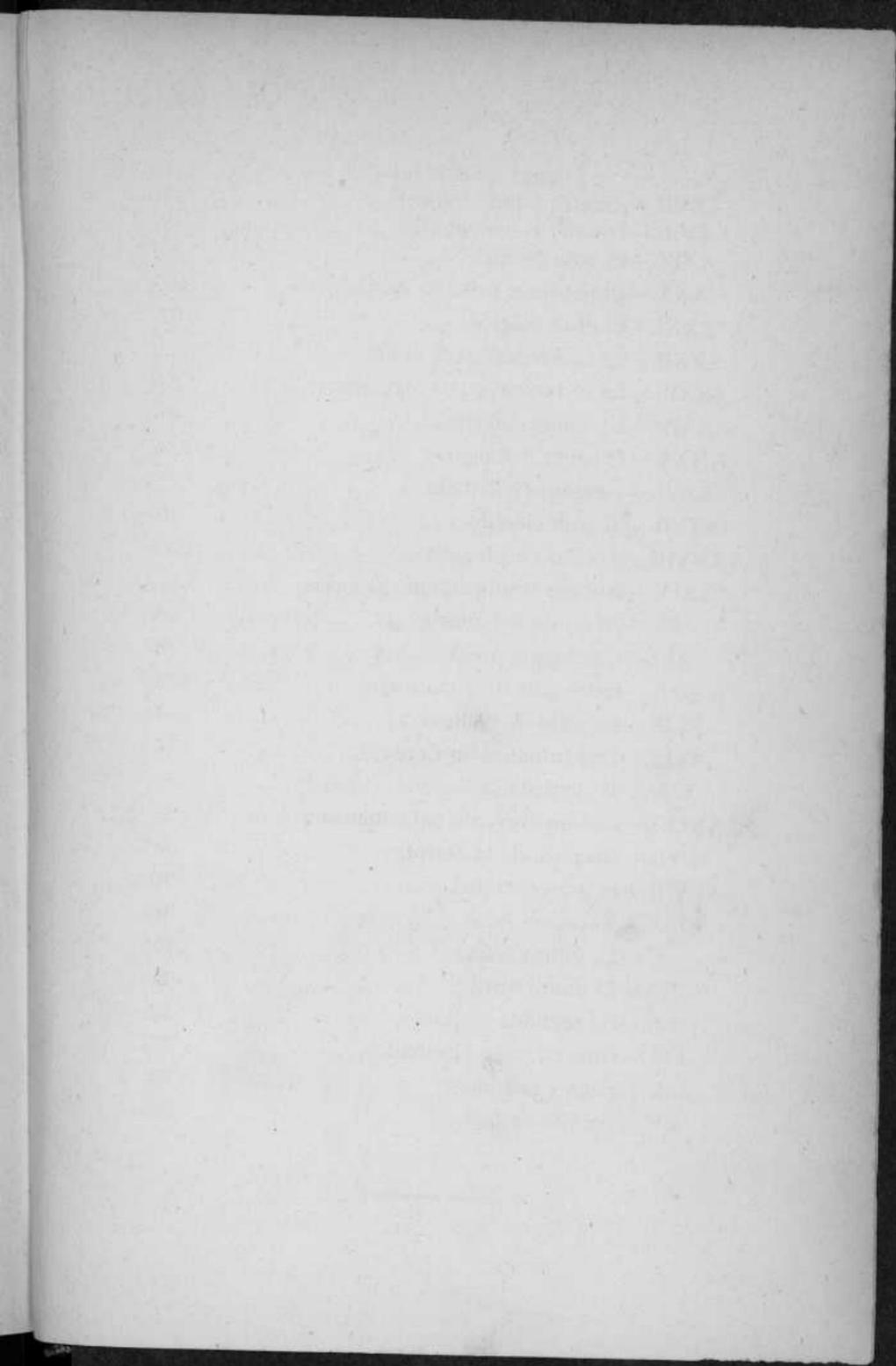
Si otro quiere continuarla, deberá narrar cómo salió victorioso de las urnas el nuevo partido nacional, y cómo la *mujer antigua* no sólo triunfó de la *mujer nueva*, sino que fué la verdadera salvadora de la patria.



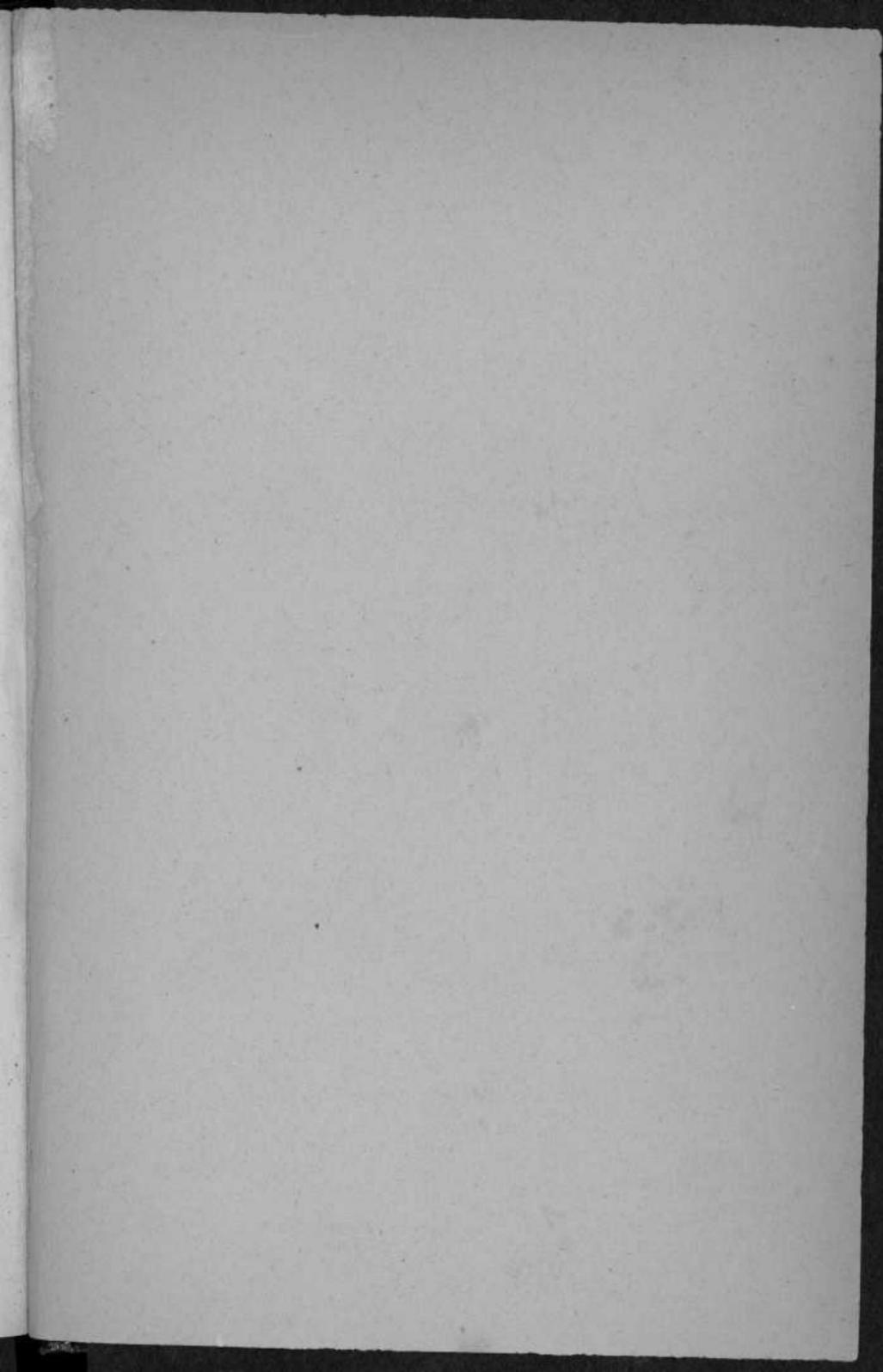
ÍNDICE

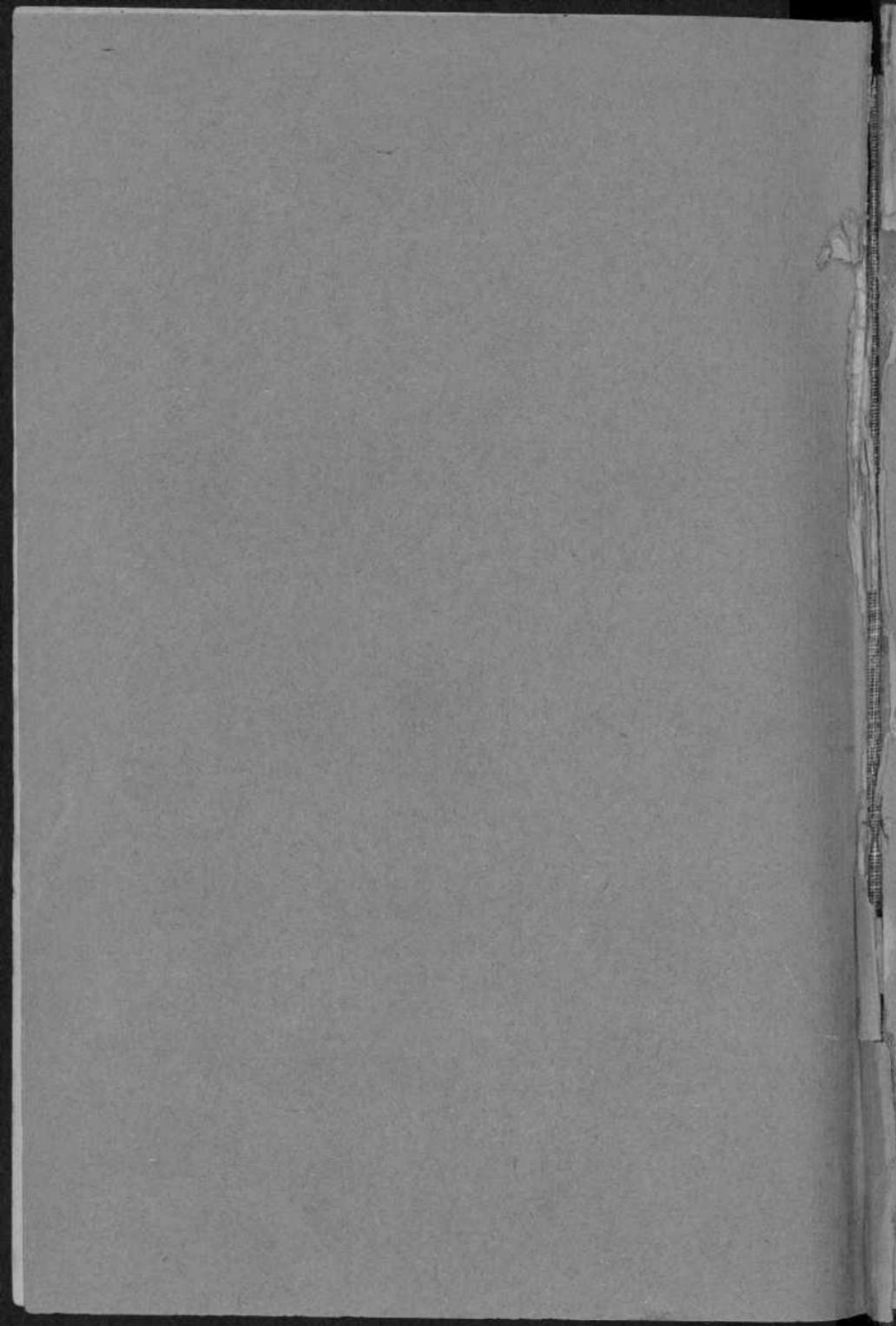
	Páginas.
I.—El colega con faldas.....	5
II.—La heroína del feminismo.....	10
III.—Conflicto y ruptura.....	20
IV.—Sobre el campo de la gloria.....	31
V.—El primer contratiempo.....	35
VI.—Arenga é intermedio.....	43
VII.—Ataque fallido.....	52
VIII.—Epilogo y farsa.....	60
IX.—Tempestad salvadora.....	67
X.—Abordar á buen puerto.....	74
XI.—Maternidad social.....	79
XII.—Alianza femenina.....	88
XIII.—Cuerpo á cuerpo.....	93
XIV.—La presa recobrada.....	101
XV.—La bodega del diablo.....	107
XVI.—Mina y contramina.....	116
XVII.—Tiranía jacobina.....	122
XVIII.—Recobro nacional.....	127
XIX.—Una nueva conjura.....	135
XX.—Una jornada triunfal.....	142
XXI.—El lazo al cuello.....	148
XXII.—A pie firme.....	153
XXIII.—La primera víctima.....	158
XXIV.—Entre el yunque y el martillo.....	167
XXV.—Pactos claros, amigos caros.....	174

XXVI.—Los pífanos de la montaña.....	179
XXVII.—¡Guerra á todo trance!.....	186
XXVIII.—Desafío y comentarios.....	192
XXIX.—El voto político.....	201
XXX.—Quien tiene prisa va despacio.....	213
XXXI.—El filtro mágico.....	219
XXXII.—La razón prevalece al fin.....	226
XXXIII.—La fortuna ayuda á los audaces.....	234
XXXIV.—Un golpe maestro.....	240
XXXV.—Ó beber ó ahogarse.....	248
XXXVI.—Venganza frustrada.....	253
XXXVII.—El gran ejército.....	259
XXXVIII.—Á velas desplegadas.....	266
XXXIX.—Nuevos hombres, nuevas cosas.....	272
XL.—Al borde del abismo.....	280
XLI.—Una buena presa.....	287
XLII.—Entre galeote y marinero.....	295
XLIII.—La trata de blancas.....	302
XLIV.—Dos bribonas en Consejo.....	309
XLV.—¡Á dentelladas!.....	316
XLVI.—La constituyente del feminismo.....	323
XLVII.—Después de la derrota.....	334
XLVIII.—El gran secreto.....	340
XLIX.—Vocación laica.....	347
L.—La última trama.....	353
LI.—El asalto final.....	359
LII.—La segunda víctima.....	365
LIII.—Dios no paga el sábado.....	372
LIV.—Fuga y maldición.....	380
LV.—Un año después.....	386









83



La Calleja, Eneclon.

PAVISSICH

Mujer antigua
y moderna

23793

4